

SERIE LOS JEFES: LIBRO TRES

AMOR ENTRE JEFES

— VICTORIA QUINN —



*Los dos
estamos
al mando*

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

AMOR ENTRE JEFES

Los Jefes #3

VICTORIA QUINN

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Amor entre jefes

Copyright © 2018 de Victoria Quinn Todos los derechos reservados

Hunt

LAS LUCES DE LA CIUDAD NOS BAÑABAN EN UN SUAVE RESPLANDOR. LAS sombras se extendían por todas partes y el sonido de nuestra agitada respiración llenaba el enorme ático. Su aliento empañaba la ventana a pesar de que estaba sentada a metro y medio de ella.

Estaba arrodillada.

Delante de mí.

Me obedecía sin miramientos, con el rostro inclinado hacia el suelo. Su frágil espalda subía y bajaba con cada respiración. Ni siquiera en el suelo parecía débil. Se la veía fuerte, haciendo algo a lo que se oponía con tanta vehemencia.

Por mí.

Bajé las manos hasta sus hombros, cerrándolas sobre su frágil complexión. Recorrí su piel suave con el pulgar, observando cómo desaparecían las pecas al deslizar el dedo sobre el mapa de su cuerpo. Mis manos recogieron su largo cabello oscuro y se lo pasaron por encima de un hombro, derramándolo sobre su pecho y dejando su esbelto cuello al descubierto. Mis dedos resbalaron sobre su superficie, deleitándose con la piel blanca como la leche. Exploré su nuca, a pesar de haberla tocado ya cientos de veces. Ahora todo había cambiado.

Este juego era diferente.

La tenía más dura que una piedra.

Interrumpí el contacto y di una vuelta a su alrededor, observando su pose de estatua mientras me movía. Mis pies hicieron sonar el parqué mientras mantenía los ojos clavados en su rostro en todo momento. Observé cómo miraba al suelo, sin alzar ni una sola vez la vista hacia mí.

Cuando estuve delante de ella mi cuerpo bloqueó la luz, creando una sombra sobre su rostro. Me quité la sudadera de un tirón por encima de la cabeza y la dejé caer al suelo junto a nosotros. Ella continuó en la misma postura, sin dar ni la más mínima muestra de incomodidad. Sus pechos tenían un aspecto firme y turgente porque seguramente tenía frío, sentada a mi merced de aquella manera. Me desabroché los vaqueros y me los bajé junto con los bóxers, dejando al descubierto mi enrojecido miembro, por el que circulaba más sangre que nunca; el glande estaba tan tenso que parecía a punto de estallar. Había disfrutado permitiendo que me utilizara, pero ahora que me tocaba a mí estar al mando, disfrutaba todavía más.

Sus ojos se desplazaron hasta mi sexo, frente a sí.

La tomé por la barbilla y la obligué a levantar la mirada, ordenándola que la fijara en mis ojos.

—Chúpamela.

En vez de frustración, en sus ojos sólo había excitación. Era una mirada sutil, pero yo la había visto las veces suficientes para reconocerla. Asimilaba mis órdenes sin ofenderse, dejándome conquistarla sin deshacerse de su poder innato. Presionó el rostro contra mi entrepierna y depositó un beso justo en el centro con labios suaves y húmedos.

—Sí, jefe.

Dudó ante mis palabras, arqueando la espalda y derramando su aliento cálido sobre mi erección palpitante.

—Así es como te referirás a mí a partir de ahora.

Me volvió a besar el miembro.

—¿Lo has entendido? —La cogí por la nuca y tiré de su cabeza hacia atrás, obligándola a levantar la vista para mirarme. Ya estaba tratándola con mucha más agresividad de la que ella había empleado conmigo, pero no podía evitarlo. Me sentía un hombre poderoso por todo lo que había conseguido en mi corta vida. Era un fuera de serie, alguien que había alcanzado la cima en la mitad de tiempo que el resto del mundo. No admitía un no por respuesta y a veces me emborrachaba de mi propia fortaleza. Pero jamás me había sentido tan poderoso como en aquel momento... con Tatum Titan arrodillada ante mí. Tenía todos los músculos del cuerpo en tensión a la espera de que ella se me rindiese, de que se postrara ante mí con sus palabras.

Era la primera vez que la veía dudar, la primera vez que le suponía un esfuerzo hacer lo que le pedía.

El miembro se me endureció mientras esperaba, con la mano cerrada sobre su nuca. Mi oscura mirada perforaba la suya, perdiéndose en el reluciente color verde que poblaba constantemente mis sueños.

Sus labios se entreabrieron.

—Sí... jefe.

Mi sexo se tensó. Dejé de respirar. Mi mano se cerró con más fuerza alrededor de su cabello. Una leve sensación me nació en los testículos, la advertencia de que se aproximaba un orgasmo a toda velocidad. Yo no era de los que descargaba precozmente, pero aquellas pocas palabras bastarían para llevarme al orgasmo, si se lo permitía a mi cuerpo. Nunca en toda mi vida había escuchado algo tan sensual. No me habían dicho jamás ninguna guarrería que se le pudiera comparar.

Aflojé la mano que se cerraba sobre sus mechones y guie su rostro hasta la base de mi erección.

Ella hizo el resto. Empezó por mis testículos y los succionó hasta introducirlos en la boca, utilizando la lengua para masajearlos

con suavidad. Su saliva me empapó la piel del escroto, volviendo resbaladiza su superficie. Se introdujo otra parte en la boca, devorándome como había hecho en mi despacho hacía tanto tiempo. Después se desplazó hacia la base, arrastrando la punta de la lengua a lo largo de las venas palpitantes.

—Mírame.

Elevó rápidamente la mirada hacia la mía mientras adoraba mi sexo con su lengua.

—Sí, jefe.

Dios mío.

Ascendió por mi erección hasta llegar al glande. Me pasó la lengua por encima, limpiando con ella la lubricación que empezaba a brotar de él. Me lo succionó con delicadeza, extrayendo cualquier sobrante oculto justo bajo la superficie.

Había merecido la pena. Nuestro acuerdo había merecido la pena sólo por disfrutar de aquel momento.

Por poseerla.

Agarró mi miembro por la base y lo hizo descender hasta su boca, introduciéndoselo despacio en la garganta todo lo profundamente que pudo. Era una mujer de constitución pequeña y yo tenía un sexo enorme. Nos complementábamos bien, pero no podíamos lograr lo imposible.

Levantó la vista para mirarme con la boca llena de mí y la saliva empezando a acumularse en las comisuras de sus labios.

Joder.

Empezó a moverse, sacándose lentamente mi sexo de la boca antes de volver a introducirse en ella. Se movía a un ritmo lento, seguramente dándose cuenta de que yo estaba al límite de mi resistencia. Deseaba que aquello durase el máximo tiempo posible.

Estaba seguro de que aquel era también su deseo.

—Métetela más.

Se esforzó por introducirse más de mi miembro en la garganta

sin atragantarse. Empujaba con fuerza, mientras las lágrimas se le empezaban a acumular en el rabillo de los ojos. Su saliva empezó a gotear en el suelo, formando charquitos sobre el parqué.

Joder, no iba a durar mucho más.

Quería eyacular en el fondo de su garganta, pero también deseaba correrme en lo más hondo de su sexo. Quería dar comienzo a la iniciación, hacerla oficialmente mía. Era el jefe que había conquistado a aquella jefa. Quería anegar todos y cada uno de sus orificios con mi semen.

Al menos teníamos toda la noche.

Antes de permitir que me llevara al límite, saqué el miembro de su boca. Goteaba de su saliva, reluciente bajo las luces de Manhattan. No pude evitar que me temblara la voz, a pesar de mi intento por mantenerla firme.

—Sobre la cama.

Se puso de pie y trepó sobre la cama, con el culo en pompa.

Cogí su ropa interior de encaje y se la bajé por las piernas, viendo brillar su sexo tanto como el mío.

Estaba claro que le gustaba.

Lancé la ropa interior a los pies de la cama y después le di la vuelta, poniéndola de espaldas sobre la cama con la cabeza apoyada en la almohada. El colchón se hundió cuando me subí encima de ella, sintiendo la suavidad de las sábanas acariciar las palmas de mis manos. La cubrí como las nubes cubren el sol, bloqueándola de todo lo demás. Doblé los brazos por detrás de sus rodillas y la plegué perfectamente debajo de mí en el ángulo ideal para follarla con la profundidad que deseaba.

Tendría que haberle puesto una toalla debajo del trasero, porque lo iba a poner todo perdido de semen.

Suspendí los hombros por encima de los suyos y la miré directamente a los ojos, conquistándola antes incluso de hundir mi erección en su interior. Podría haberla atado boca abajo y

habérmela follado hasta hacer que perdiera el sentido, pero no era aquello lo que deseaba. Podría haberla azotado con una fusta, pero tampoco era aquel mi deseo.

Aquella noche tenía otros planes.

Guie el glándulo hasta su entrada y, como si mi sexo supiera por su cuenta cómo llegar hasta ella, se deslizó atravesando su estrecha humedad. Continuó avanzando, dilatándola a su paso y desplazándose a través de su reluciente excitación hasta enfundarse en ella por completo.

Me puso las manos en los bíceps y gimió.

Yo continué enterrado en ella mientras me inclinaba para besarla.

No movió sus labios con los míos, abrumada por la sensación de plenitud que sentía entre las piernas. Gemía contra mi boca con aliento entrecortado. Cuando la besé con más fuerza, por fin me devolvió el beso. Empezó a mover los labios contra los míos, su lengua saludando a la mía con entusiasmo.

Nuestros labios emitían húmedos chasquidos al resbalar juntos. Cuando nos apartábamos, se podía escuchar la piel separándose. Nuestra respiración se amplificaba en la habitación en silencio, nuestra excitación hacía eco contra las cuatro paredes. Las sábanas susurraban al movernos.

Empecé a empujar, introduciéndome más en su interior con cada embestida. Estaba invadiendo su sexo como si fuera un enemigo conquistando un terreno hostil. Lo estaba reclamando como de mi propiedad y tenía intención de establecerme en él durante un largo tiempo. Su humedad hacía ruidos cada vez que mi miembro se deslizaba por ella. Estaba empapada y mi sexo estaba obligando a la humedad a acumularse todavía más. Imaginaba que estaría goteando entre sus nalgas hasta la sábana que tenía debajo.

Sus manos se deslizaron subiendo por mis hombros hasta que sus dedos encontraron mi cabello. Los enterró en él, sintiendo la

suavidad de los mechones al retorcerlos. Sus gemidos subieron de tono, aumentando su volumen e intensidad.

Sabía lo que se avecinaba.

—Tú no te corres hasta que yo lo diga.

Toda la luz escapó de sus ojos como si la orden hubiera sido un bofetón. Parecía realmente dolida, como si mi petición fuese lo más decepcionante que había escuchado en su vida.

—Me voy a correr dentro de ti toda la noche. Y cuando haya terminado, te dejaré acompañarme.

—Hunt, por favo...

—Jefe.

Dudó antes de corregirse.

—Jefe...

Aminoré la velocidad de mis embestidas, demostrando cierta compasión al no follármela con la agresividad que deseaba. Me mecía en su interior a ritmo lento, permitiendo a mi miembro disfrutar de su entrepierna empapada. De vez en cuando notaba sus paredes tensarse a mi alrededor cuando el impulso natural de llegar al orgasmo se apoderaba de ella. Pero luego rectificaba, negándose a sentir placer.

No estaba seguro de cómo continuaba resistiendo, porque yo estaba a punto de perder el control. Su sexo era demasiado increíble, su rostro demasiado hermoso. Tenía los pechos redondeados y firmes, y los pezones rosados y erectos. Mi sexo dio una sacudida mientras permanecía profundamente dentro de ella. Estaba a punto de correrme, preparado para explotar.

Y no me contuve.

La penetré todo lo profundamente que pude y me entregué al orgasmo sin apartar mis ojos de los suyos. Un gemido gutural escapó de mis labios, haciéndome sentir como un cavernícola que acabara de alcanzar el propósito de su vida. Mis ojos horadaban los suyos casi con hostilidad. Mi glande estalló, vertiendo oleada tras

oleada en su interior. La rellené por completo, tanto que empezó a rebasar por su entrada.

Me clavó las uñas en la cabeza mientras daba grititos debajo de mí, una callada súplica escapando de sus labios. Nunca había lamentado tanto ceder su poder como en aquel momento. Ahora ansiaba su propia liberación, correrse alrededor de mi miembro igual que hacía antes.

Me las estaba pagando todas juntas.

Mantuve mi miembro cada vez más flácido en su interior y empecé a besarla, permitiendo a mi boca disfrutar de la suya. Le enterré una mano en el cabello, sintiendo mi semilla gotear de su entrada a medida que mi sexo disminuía de volumen. Pero no pasaron más que un par de minutos antes de que volviera a endurecerse, obsesionado por aquella vagina húmeda y repleta de semen. Cuando recuperó la solidez del acero, empecé otra vez a balancearme sobre ella.

Me arrastró las uñas bajando por la espalda y empezó a retorcerse, chillando más que gimiendo. Estaba frustrada, enfadada conmigo incluso. Deseaba correrse más que ninguna otra cosa en el mundo.

Pero yo no se lo permitiría.

La embestí con más firmeza que la última vez, penetrándola con fuerza y golpeándola profundamente.

Sus gemidos se convirtieron en gritos.

Bajé la mirada hacia ella mientras me recolocaba para estar justo encima, doblándola por las caderas y poniéndole las piernas a ambos lados de la cabeza. Mi glande se introdujo presionando entre los hinchados labios de su sexo hasta llegar al cremoso canal y golpear por último su cérvix. Estaba decidido a llenarla con más semilla todavía que antes.

—Jefe... por favor. —Levantó unos agresivos ojos verdes hacia mí con desesperación. No era demasiado orgullosa como para

suplicar, aunque los ruegos no eran algo a lo que Tatum Titan recurriese. La estaba torturando y, si no alcanzaba pronto su alivio, iba a perder la cabeza.

Yo estaba a punto de correrme otra vez, y cuando lo hiciera, necesitaría un descanso más prolongado. Dado que me había obedecido hasta aquel momento, decidí levantar un poquito la bota.

—Espera a que me corra...

Me aferró las nalgas y tiró de mí hacia ella con más firmeza. Ahora me estaba follando con más fuerza ella a mí que yo a ella. En nuestra prisa por llegar a la línea de meta, estampábamos el cabecero de la cama contra la pared. Ella gemía mientras nos movíamos, con bastante fuerza para romperme los tímpanos. Yo estaba otra vez al borde del orgasmo, a punto de explotar. Sólo necesitaba unos empujones más.

—Dios... Ya no puedo aguantar más. —Su cara empezó a adoptar el arrebatador aspecto que adquiría cada vez que alcanzaba el orgasmo. Se le arrebolaron las mejillas, se le abrieron los ojos y se le separaron los jugosos labios, a punto de dejar escapar un potente grito.

Yo llegué al límite y gemí mientras mi sexo vertía toda la semilla que contenía en su interior.

—Córrete, pequeña.

Dejó escapar el grito que había estado conteniendo mientras su canal se contraía alrededor de mi gruesa erección. Sus fluidos la recubrieron de cremosa blancura desde la base hasta la parte inferior del glande. Sus caderas saltaron hacia arriba y me clavó las afiladas uñas con fuerza, casi cortándome la piel. Su orgasmo fue todo un espectáculo por el que deberían haberle dado un galardón.

Todavía me moví unas cuantas veces sobre ella a pesar de haber terminado, disfrutando de la mezcla de nuestros fluidos, suave y cálida. Su sexo estaba hecho para el mío. Salí lentamente de ella, viendo gotear mi semen de su sexo y deslizarse por su nalga hasta

la sábana. No oculté mi sonrisa mientras me daba la vuelta para tumbarme de espaldas.

Ella se tomó unos minutos para recomponerse, cerrando los ojos y respirando profunda e irregularmente. Lentamente volvió a un estado de calma, recuperándose de la poderosa explosión que ambos habíamos experimentado. Cuando estuvo preparada, se metió en la ducha para aclararse.

Me volví a poner los bóxers y configuré la alarma en mi teléfono, dejándolo sobre la mesilla de noche antes de ponerme cómodo en la cama, disfrutando de las lujosas sábanas. Eran suaves y sedosas, y la almohada se adaptaba perfectamente a mi cabeza. No estaba muy seguro de cómo Tatum Titan conseguía levantarse cada mañana teniendo una cama como aquella. Yo pedía lo mejor de lo mejor para todas mis residencias, pero era obvio que ella tenía mejor gusto.

Titan volvió a entrar en la habitación quince minutos después con el pelo todavía algo húmedo, aunque se lo había secado casi del todo. Se puso unas bragas y una camiseta antes de sentarse en el borde de la cama. Ni una sola vez habíamos encendido las luces, permaneciendo ocultos en nuestra oscuridad mutua. Establecía las pautas de nuestra nueva relación, un cambio que ambos podíamos detectar.

Tenía el brazo debajo de la cabeza y las sábanas enrolladas en la cintura. Cerré los ojos, sintiendo disiparse mis pensamientos entre la fresca y reconfortante caricia de las sábanas.

—¿Hunt? —Escuché su voz, pero no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado desde que me había adormilado hasta que ella había dicho algo.

—¿Hmm?

—Deberías ir marchándote ya, antes de que estés demasiado cansado.

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo.

—No voy a ir a ninguna parte.

Una tensa pausa llenó el aire entre nosotros. Como si fuera el extremo de un cartucho de dinamita, la mecha se prendió y empezó a arder lentamente hacia la base del explosivo. Su ira estaba entremezclada con una intensa alarma.

—¿Disculpa?

Me incorporé y la cogí por el brazo. Tiré de ella hacia la cama, haciendo que su espalda diera con las sábanas.

—Voy a dormir aquí. Y tú vas a dormir a mi lado.

—Ya te he dicho que yo n...

La agarré de la nuca y la obligué a mirarme.

—Ahora jugamos con mis reglas, Titan. —La coloqué a mi lado, acurrucándome contra su espalda. Rodeé su cintura con un brazo y le enterré la cara en la nuca. En su olor se olía el mío, vainilla y sexo. Inspiré profundamente y solté el aire despacio, sintiéndome más cómodo de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Titan estaba tan tesa como un tablón de madera.

—Cierra los ojos. —No me hacía falta ver su rostro para saber que tenía los ojos abiertos—. Y duérmete.

Titan

AQUELLA NUEVA DICTADURA ERA ATERRADORA.

Hunt se había hecho con el mando como si hubiera nacido para ejercer esa clase de poder. Me controlaba, me obligaba a hacer cosas que nunca antes me había planteado. No había dormido junto a un hombre en casi diez años... y ahora lo estaba haciendo.

Aquella noche apenas logré pegar ojo, incapaz de conciliar el sueño. El miedo, el pánico y la ansiedad me consumieron durante gran parte de la noche. Aquellos sentimientos no estaban específicamente dirigidos hacia Hunt. No eran más que emociones que no podía controlar. Caer en estado de inconsciencia me obligaría a bajar todas mis defensas, pero permitir que ocurriera aquello iba en contra de mi naturaleza.

Así que sólo dormí unas cuantas horas de forma intermitente.

La alarma de Hunt sonó alrededor de las seis. Silenció el teléfono y se estiró junto a mí, tomándose unos minutos para despertarse del todo. Su enorme cuerpo movió la cama bajo su peso, haciendo que el colchón se hundiera ligeramente en el centro.

Yo era la única persona que había dormido en aquella cama y ahora el colchón parecía un lugar totalmente distinto con un hombre de metro noventa en él. Con sus noventa kilos, inundaba las sábanas con su calidez natural. Respiraba con tranquilidad

mientras dormía y el sonido penetraba en mi silencioso dormitorio. Cambiaba de postura al dormir y a veces me agarraba y me acercaba a él, como si pudiera escabullirme mientras él estaba inconsciente.

Yo yacía inmóvil a su lado sin saber qué hacer.

Se dio la vuelta y pegó su cuerpo al mío. Me subió la mano por la camiseta y la posó sobre mis pechos desnudos mientras me besaba el cuello hasta llegar a la oreja. Mientras me acariciaba, llegó a mi oído un gemido callado y su sexo se apretó contra mi espalda.

A pesar de mi agotamiento, sentí la atracción de inmediato.

Me bajó las bragas tironeando y me dio la vuelta hasta que quedé tumbada sobre mi vientre. Trepó sobre mi cuerpo, apoyando las caderas contra mi trasero. Saltándose los preliminares y yendo directo al grano, me introdujo su enorme erección de una sola embestida.

Dios mío.

Presionó la boca contra mi oreja y respiró mientras me penetraba, echándome un polvo rápido cuyo único propósito era alcanzar el orgasmo. No pronunció una sola palabra ni emitió una sola orden. Me folló en silencio mientras nuestros cuerpos chocaban con cada impacto. A veces gemía directamente junto a mi oído y mi sexo no tardó en empaparse.

Me aferré a las sábanas que tenía debajo y sentí que un escalofrío me subía por la columna. Su sexo me proporcionaba un placer exquisito y su respiración era tremendamente sensual. La barba incipiente de su mandíbula rozaba mi piel sensible con cada mínimo movimiento. Sentí que el orgasmo se formaba en mis entrañas y se iba extendiendo a todas mis extremidades. Una ola de placer arrasó conmigo, sumiéndome en un orgasmo que me obligó a morder la almohada que tenía debajo.

Cuando Hunt me oyó gritar, empujó con más vigor, golpeándome las nalgas con el hueso pélvico. Hundió su enorme

sexo en mí, abriéndose paso por mi canal estrecho y resbaladizo y enterrándose en mi humedad. Soltó un largo gruñido antes de envainarse por completo en mi interior y eyacular, llenando mi cuerpo con su deseo cálido y pesado. Apoyó la cara contra mi nuca y respiró complacido, inhalando lenta y profundamente.

Tener un orgasmo a primera hora de la mañana no estaba tan mal.

Salió lentamente de mí, asegurándose de que su semilla permaneciera dentro de mi cuerpo. Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño; un segundo más tarde, el agua de la ducha empezó a salpicar contra las baldosas del suelo.

Me quedé allí tumbada un minuto entero, recuperándome del calor que todavía me ardía entre las piernas. No me había dicho ni una sola palabra antes de hacérmelo exactamente como a él le gustaba. Había pegado su cuerpo al mío y me había penetrado haciendo el mínimo esfuerzo posible, porque sólo quería correrse antes de ir al trabajo.

Era tan erótico...

Seguía sin gustarme que durmiera allí, pero despertarme así era una verdadera gozada.

Cuando mi cuerpo por fin dejó de latir, me metí con él en la ducha.

Era obvio que no llevaba bien los madrugones, porque no dijo nada. Se lavó el pelo y se frotó el cuerpo con una pastilla de jabón. Nos íbamos turnando: él permanecía un rato debajo del agua caliente y me dejaba usarlo si lo necesitaba.

Yo tampoco dije nada.

No parecía necesario que hubiera ninguna conversación. Éramos como cualquier otra pareja del mundo que tenía una rutina matutina parca en palabras. Nos sentíamos lo bastante cómodos el uno con el otro como para no tener que llenar el silencio con temas banales.

Hunt fue el primero en salir y se secó antes de acercarse al lavabo.

Y se lavó los dientes con *mi* cepillo.

Mi puto cepillo de dientes.

Hunt contemplaba su reflejo en el espejo y observó mi mirada de cabreo. Y entonces me guiñó un ojo.

Capullo.

Yo también salí y me sequé el cuerpo antes de pasar al pelo. A diferencia de la noche anterior, cuando no me había importado mi aspecto, tuve que dedicar un rato a peinarme perfectamente, rizando las puntas para dar una suave elasticidad a los mechones. Me maquillé, aplicándome un pintalabios de color burdeos y dándoles un toque ahumado a los ojos. Después saqué uno de los vestidos que Connor me había regalado, una prenda de color negro con botones de plata en la parte superior. Parecía un conjunto de falda y blusa, pero en realidad era una sola pieza. Me puse unos zapatos de tacón a juego y un collar, lista ya para marcharme.

Volvía a ser Tatum Titan.

Entré en el salón sin saber si Hunt ya se habría ido, pero se encontraba en la cocina, donde acababa de preparar una jarra de café. Sacó lo que quiso de la nevera e improvisó un desayuno rápido con huevos revueltos y espárragos.

Me preparó un plato a mí también.

Tomó asiento y disfrutó del desayuno mientras revisaba su correo en el teléfono. Entrecerraba los ojos cada vez que leía algo que no le gustaba y tecleaba una rápida respuesta con sus gruesos dedos.

Yo comía intentando no mirarlo fijamente.

Él daba lentos sorbos al café con cuidado de no derramar ni una gota en el traje. Debía de haberlo traído en la maleta, pero me parecía inexplicable que no estuviese arrugado. A lo mejor lo había planchado mientras yo me maquillaba.

Seguimos sin hablar.

Cuando Hunt acabó de desayunar, se metió el teléfono en el bolsillo y dejó el plato en el fregadero. Volvió hasta mí, ahora ya preparado para marcharse. Tenía un aspecto pulcro y acicalado, como si no acabara de pasar la noche con una mujer. El único indicio de que no era un día normal era su barba.

Me sorprendía que no se hubiera afeitado con mi cuchilla.

—Te voy a preparar la cena en mi casa. Estate allí a las siete.

Siseé entre dientes, apenas capaz de procesar aquella orden. Ahora estaba a merced de aquel hombre y sus órdenes eran la ley. Yo lo había sometido a la misma rutina durante seis semanas así que, evidentemente, tenía que cumplir con mi parte del trato.

Pero eso no hacía que fuera más fácil de soportar.

Se me quedó mirando, como si se me estuviera olvidando algo.

Sabía exactamente de qué se trataba.

—Sí, jefe. —Aparté la mirada y di un sorbo al café, ya sin disfrutarlo.

Me agarró el pelo por la nuca y me echó la cabeza hacia atrás para poder darme un beso en los labios. Me estropeó el pintalabios antes incluso de que empezara la jornada, pero a ninguno de los dos nos importaba. Me besó con pasión, ofreciéndome su lengua con agresividad. Era como si no acabara de acostarse conmigo cuarenta y cinco minutos antes.

Se apartó y caminó hasta las puertas del ascensor.

—Que tengas buen día.

—Y tú... —Seguía obnubilada por aquel beso, por haber sido conquistada con un simple contacto.

Las puertas se abrieron y pasó al interior. Antes de que se cerraran, dijo una cosa más: —Y prepara una maleta.

«¿QUÉ TAL TODO?». El mensaje de Thorn apareció en mi teléfono.

Sabía exactamente lo que me estaba preguntando.

«No va mal».

«¿Pero tampoco bien?».

«Se quedó a dormir anoche...».

«¿Y qué tal?».

«No he dormido, si eso responde a tu pregunta».

Su actitud bromista rezumaba a través del teléfono.

«O sea, que fue muy bien».

«No he podido dormir, nada más».

«Se volverá más fácil. Tienes que relajarte».

Thorn nunca podría manejar aquella situación, así que era una estupidez que hablara de ello.

«A lo mejor eres tú el que se tiene que relajar».

«Nah. Los dos sabemos que en esta relación eres tú la estirada... Y me gusta. ¿Qué te parece si te invito a comer?».

«Tengo demasiado que hacer, pero gracias».

No quería pasarme una hora allí sentada hablando de cómo me ordenaban que me arrodillara. No quería hablar de mi vida de sumisa cuando iba en contra de cada fibra de mi ser.

Dejé de hablar con Thorn y me centré en las tareas que tenía que dejar acabadas para aquella tarde. Tenía algunas reuniones pendientes y ahora que trabajaba con Hunt, también tendría que tratar con él en algún momento del día.

Qué suerte la mía.

Jessica me habló a través del intercomunicador.

—El señor Suede ha venido a verte.

¿De verdad?

—¿Por qué?

—Tiene una reunión contigo esta tarde.

¿Ah, sí?

—¿Estás segura? —Saqué rápidamente mi agenda y encontré la

respuesta antes de que ella dijese nada.

—Sí. Se concertó hace tres semanas.

Hacía malabarismos para compaginar tantas cosas que me veía incapaz de poder con todo. Pero me negaba a admitir mi error ante mi ayudante.

—Dile que pase.

—Por supuesto.

Connor entró unos minutos más tarde, todo vestido de negro. Llevaba unos vaqueros negros y una camisa negra de manga larga que se ajustaba a su cuerpo musculado de manera muy sugerente. Resaltaba su impresionante pecho, sus hombros anchos y los intrincados músculos de sus brazos. Su cabello de un color rubio oscuro tenía un aspecto fantástico en contraste con los tonos oscuros y sus ojos azules mostraban un gesto gélido.

—Titan. —Caminó hasta mi mesa y extendió la mano.

Yo rodeé el escritorio y se la estreché.

—Siempre es un placer verte, Connor.

Me atrajo suavemente hacia su pecho y me dio un beso en la mejilla... Un largo beso.

Connor era maravilloso en la cama. Sabía cómo hacérselo a una mujer con calma y habilidad. Las pocas veces que nos habíamos liado había sido algo feroz y apasionado, pero nunca le había pedido que fuera nada más porque no cumplía los requisitos. Y no sabía si podía confiar en que guardara mi secreto. Tenía muchos contactos con el resto de industrias del planeta. No importaba si se dedicaban a la tecnología o a los deportes, todo el mundo necesitaba llevar la ropa adecuada.

Y Connor era un genio, la verdad.

Clavó la mirada en mi vestido.

—Te queda de maravilla.

—Todo lo que tú haces es una maravilla. —Me alejé antes de que la intimidad se prolongara más de lo necesario. Si yo viera a una

mujer besar a Hunt así, no me gustaría un pelo. Aunque mi relación con él fuera temporal, teníamos un compromiso. Era un beso inofensivo, pero yo sabía que Connor todavía me deseaba. Lo notaba en su forma de agarrarme.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Volví a rodear la mesa, interponiendo el enorme mueble entre nosotros. No rechacé sus avances, pero tampoco los recibí con gusto. Los hombres no se tomaban bien los rechazos, especialmente los hombres con éxito.

Tomó asiento y apoyó el tobillo en la rodilla opuesta. Aquel despacho era mío, pero él lo invadía con su presencia. Rebosaba seguridad en sí mismo y su presencia se proyectaba en un radio de cinco kilómetros. A Connor le encantaba la moda, la declaración de intenciones que unas prendas elegantes podían representar. Era considerado un arte femenino, pero Connor era tan masculino que estaba claro como el agua que era heterosexual. Había tenido relaciones con modelos, aventuras con sus ayudantes y una relación de altos vuelos que se había enfriado después de un año.

Era atractivo y rudo al mismo tiempo.

En cuanto empezó a ligar conmigo, caí rendida. Quise aquellas enormes manos por todo mi cuerpo, aquella brusca boca sobre la mía. Me lo llevé a casa y no se marchó hasta la mañana siguiente.

Y no dormimos en toda la noche.

Pero ahora cuando miraba a Connor no sentía nada. No cabía duda de que era atractivo, tan seguro de sí mismo como siempre. Tenía una reputación impecable y todo el mundo lo catalogaba de genio. Poseía todo lo que me parecía atractivo en un hombre: un buen físico, riqueza y respeto.

Pero ahora no significaba nada para mí. No era más que otro rostro cualquiera entre la multitud, algunas noches de pasión que habían acaecido hacía tanto tiempo que apenas podía recordarlas. Cuando pensaba en sexo, sólo me venía a la mente una cara.

Connor juntó las manos sobre el regazo y entrelazó los dedos.

Me miró fijamente con la confianza de un hombre que no le temía a nada, ni siquiera a mí.

—¿Estás saliendo con alguien?

Aquella pregunta tan directa me pilló con la guardia baja. Creía que Connor había venido a hablar de ropa, no de lo que tenía entre las piernas.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Me decepcionó que no quedáramos después del desfile de moda. Entonces me pregunté si ya estarías saliendo con alguien. No se me ocurrió preguntar.

—Ya sabes que estoy saliendo con Thorn.

Entrecerró los ojos.

—Siempre he tenido la impresión de que lo vuestro es una relación de negocios.

Y tenía toda la razón del mundo.

—No le contaré a nadie mis sospechas. Quedará entre nosotros.

Yo no me fiaba de nadie y él no era ninguna excepción.

—Estoy saliendo con Thorn. Los dos acordamos que sería una decisión empresarial inteligente para los dos, pero, con el tiempo... hemos llegado a sentirnos muy unidos. —No podía darle a Connor nada más que eso—. Me halaga tu interés.

Connor dejó el tema.

—Muy bien.

Sospechaba que aquel no era el único motivo por el que se encontraba allí. Podría haberme llamado en lugar de sacar tiempo de su ajetreada vida para reunirse conmigo cara a cara.

—He venido a hablar contigo de una oportunidad de patrocinio.

—¿Patrocinio? —A las actrices y a las modelos les llovía la ropa de diseñadores interesados en que representaran sus marcas, pero yo no era actriz... y desde luego no era modelo.

—El mundo está avanzando en una nueva dirección y yo quiero estar involucrado desde el principio. Los principales consumidores

de mis productos son mujeres. Quieren ser sensuales y elegantes, y tener clase, pero también quieren ser fuertes. Así que voy a lanzar una campaña publicitaria patrocinando a las mujeres más triunfadoras del mundo. Me gustaría que fueras una de ellas.

—Me halagas otra vez.

—Tengo tres nombres en mente y tú encabezas la lista. Me gustaría rodar unos cuantos anuncios y hacer algo de publicidad. Estas imágenes representarán el poder, el espíritu empresarial de las mujeres. Será elegante, sensual y fuerte. —Sostuvo las manos en alto y empezó a enmarcar la zona de mis pómulos—. Los ángulos de tu rostro y tus ojos... quedarán de maravilla en las fotos. Estoy dispuesto a hacerte una oferta generosa por tu tiempo. Teniendo en cuenta que eres la mujer más rica del mundo, dudo que eso signifique gran cosa para ti. Sé que te importa más tu imagen. Y creo que esta será una forma fantástica de capturar tu sofisticada belleza y de llegar a un público de mujeres jóvenes que aspiran a ser como tú. ¿Qué me dices?

La oferta era generosa. Me permitía hacer de modelo, llevar ropa espléndida y hacer una declaración con ellas. Al igual que había hecho con el coche, iba a hacer algo en un nuevo mercado. Ya tenía un rostro conocido, pero ahora estaba esculpiendo la percepción que tenía el mundo de él.

—Connor, me encantaría.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eso es maravilloso. —Se puso de pie y rodeó la mesa para abrazarme—. Creo que esto va a ser increíble. —Me atrajo hacia su pecho, estrechándome firmemente la parte baja de la espalda con sus fuertes brazos—. Me muero de ganas de ver tu cara en mis anuncios. Elevarás la marca Suede a un nuevo nivel.

—Eso espero —dije—. Pero, sinceramente, lo hago sólo por la ropa.

Soltó una risita y se echó hacia atrás para inclinar el rostro y

mirarme.

—Tú y todos los demás.

THORN ME LLAMÓ cuando llegué a casa del trabajo.

—Hola. Hoy he hablado con mi madre.

—¿Y?

—Quiere que nos quedemos con ellos unos días. Yo tengo que ir a la ciudad por asuntos de trabajo de todas formas. ¿Estás libre el fin de semana que viene?

No tenía nada urgente programado.

—Creo que sí.

—Genial. Mi madre se va a poner contentísima.

—¿A que no adivinas lo que me ha pasado hoy? —Entré en mi ático y me quité los tacones de inmediato. Eran bonitos, pero me mataban de dolor.

—¿Te has comprado otro negocio?

—No. Connor Suede se ha pasado por mi despacho y me ha pedido que salga en algunos de sus anuncios. Va a apostar por una imagen fuerte y feminista. Quiere que otras cuantas emprendedoras de éxito más y yo formemos parte.

—Vaya, eso es absolutamente genial. Primero lo del Bullet y ahora esto.

—Creo que podría ser muy buena publicidad, sería un modo de que el mundo viera a las mujeres triunfadoras de una forma que no sea sexista.

—Ya estamos avanzando en esa dirección. Esto podría ayudar.

—Además, me puedo quedar con la ropa.

Él se rio.

—Por supuesto, eso para ti es importante.

—Si Connor te pidiera que hicieras de modelo para él, tú

también querías quedártela.

—Cierto. Con suerte nos pedirá a los dos que hagamos una línea de ropa para parejas casadas.

—A lo mejor. —De repente la cara de Hunt apareció en mi mente, pero no tenía ni idea de por qué.

—¿Quieres hacer algo esta noche? Tengo la sensación de que hace mucho que no nos vemos.

Era la segunda vez que me pedía hacer algo en un solo día. Ahora me preocupaba que estuviese pasando algo.

—Ya tengo planes con Hunt. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien —dijo rápidamente. Sonaba sincero y su voz era profunda y bromista como siempre—. ¿Comemos mañana?

—Vale. Lo apunto en la agenda.

—Pues mañana nos vemos. —Colgó.

LAS PUERTAS se abrieron y entré en el ático de Hunt. En su sala de estar predominaban los tonos marrones y negros, claramente masculinos y oscuros. Los sofás eran de cuero y tenía dos cigarros sobre la mesita de café. Me planteé anunciar mi presencia, pero sospechaba que ya sabía que estaba allí.

Salió de la cocina con las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos. Llevaba unos vaqueros oscuros y tenía la mandíbula rasurada. Sus ojos marrones me saludaron con un gesto de afecto.

—Hola, pequeña. —Me rodeó la cintura con los brazos y me apoyó las manos en la base de la espalda. Me besó con suavidad, saludándome como un hombre saludaría a su esposa.

Era una sensación agradable.

Su beso delicado se volvió sensual cuando me introdujo la lengua en la boca. Convirtió un beso inocente en algo erótico sin intentarlo siquiera, llevándolo a un nuevo nivel de pasión. Deslizó

las manos hasta mis caderas y me las estrujó antes de dar un paso atrás.

—Espero que tengas hambre.

De sexo, no de comida.

—Sí.

Puso la mesa y dejó un Old Fashioned encima.

Me senté, sorprendida de que quisiera comer en lugar de ir directo a la parte buena. Di un trago y disfruté del sabor, sabiendo que se le daba bien preparar copas.

Se sentó delante de mí y empezó a comerse su salmón.

—¿Qué tal tu día?

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Bien. —Mantuvo los ojos en mí mientras masticaba, observándome como si fuera una pantalla de televisión en lugar de una persona.

—¿Qué?

—¿Qué? —me preguntó él también a mí.

—Te me has quedado mirando.

—Te puedo mirar todo lo que quiera. —Dio otro bocado con una mirada inquebrantable. Había preparado salmón con verduras—. Si no aguantas esto, espera a que terminemos de cenar.

Era incluso más agresivo que cuando lo había conocido. Estaba hablando con Hunt, uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Cuando tenía la sartén por el mango, no temía hacer uso de su fuerza.

Mentiría si dijera que no me gustaba.

—¿Dónde está tu maleta? —preguntó.

—¿Mi qué?

—Tu maleta —repitió con una mirada gélida. Dejó de comer, sosteniendo el tenedor con firmeza entre sus dedos tensos—. La que te dije que trajeras.

No había sido mi intención desobedecer. Se me había olvidado

de verdad.

—Se me ha pasado...

—A ti no se te pasa nada. —Sus ojos eran oscuros como el carbón.

—Yo nunca duermo en casa de nadie. Así que sí, se me ha olvidado.

—Todo eso está a punto de cambiar. Deberías acostumbrarte. —Fue el primero en acabar de cenar y se quedó observando cómo terminaba yo.

Me negaba a dejarme intimidar por su mirada feroz, así que comí a ritmo normal, tomándome mi tiempo y sin apresurarme sólo porque él hubiera terminado.

—Esto está bueno.

Silencio.

—¿Lo has preparado tú?

—Sí.

—Creía que no se te daba bien cocinar.

—Mis habilidades son limitadas, pero las cosas que sé hacer, las hago bien. —Su mirada no disminuyó en intensidad. Me contemplaba como si apenas pudiera contenerse para no agarrarme.

—Si lo único que quieres hacer es follar, no hacía falta que te molestaras en preparar la cena.

Fue la primera vez que su mirada flaqueó y dejó de parecer tan agresivo.

—Eso ya lo sé, pero quería cocinar para ti.

Titubeé antes de dar otro bocado.

—La mayor parte del tiempo lo único que quiero hacer es follarte, pero disfruto de tu compañía en la misma medida.

Yo sentía lo mismo. Hunt se había ido convirtiendo en mi amigo poco a poco. Cuando se ponía posesivo y hostil me costaba recordarlo, pero tras aquellos ojos fríos todavía existía un alma

amable. Terminé lo que me quedaba de la cena, dejando el plato limpio.

Hunt se levantó en cuanto hube terminado. Sus definidos antebrazos estaban cubiertos de venas que evocaban la forma de ríos. Cogió mi plato, pero no se llevó la copa, porque sabía que la querría.

—Ve a mi habitación y quítatelo todo menos las bragas. Ahora.

Daba órdenes como si fuera un comandante de las fuerzas armadas. Se adaptaba bien al papel, moldeándose a él de inmediato como si nuestra relación hubiera sido así todo el tiempo. Era un buen líder y me complacía al tiempo que se complacía a sí mismo. Pero a mí siempre me supondría un esfuerzo ceder, siempre me costaría cumplir órdenes.

—Sí, jefe.

Me acabé el resto de la copa y entré en su dormitorio. Era exactamente como yo lo recordaba: una cama con un edredón gris, y cómodas y mesitas rinconeras negras. Tenía una alfombra blanca en el suelo y un cuadro con una imagen abstracta en la pared. Prenda a prenda, me fui desnudando hasta que no me quedaron más que las bragas.

No sabía dónde esperar, así que me senté en el borde de la cama y crucé las piernas. Pasaron unos minutos antes de que se reuniera por fin conmigo. Entró vestido únicamente con los vaqueros, que le quedaban bajos, a la altura de las caderas. Iba descalzo y con el pecho descubierto. Con el pelo corto y aquellos ojos agresivos, tenía un aspecto absolutamente exquisito.

Durante un segundo me dio igual que estuviera él al mando.

Era tan perfecto... Sus abdominales eran unas líneas infinitas de músculos duros. No tenía un gramo de grasa, su cuerpo era todo huesos y músculo. Estaba fibrado y fuerte, con los muslos gruesos y las piernas esbeltas.

Se apoyó en el marco de la puerta mientras me observaba,

examinando mis pechos desnudos. Yo metí tripa automáticamente, porque no quería que viera cómo sobresalía. Cuando me contemplaba así, no podía evitar mirarlo con el mismo deseo.

Entró en la habitación y se acercó a la cama; sus brazos musculosos se vieron más definidos a medida que se acercaba. Posó las manos en mi trasero y agarró mis bragas de encaje. Lentamente, fue bajándomelas por los muslos.

Descrucé las piernas y me eché hacia atrás, elevando las caderas para que pudiera bajarme las bragas por mis largas piernas. Las arrastró hasta mis tobillos antes de arrojarlas a un lado. Pegó mis pies a su pecho y subió las manos por mis piernas, sintiendo la tersura de mi piel suave. Me giró una pierna y me besó la parte interna de la rodilla. Hizo lo mismo con la otra.

Se me tensaron los muslos, al igual que la zona de mi entrepierna. Mi respiración se convirtió en una serie de jadeos mientras me asaltaba un irresistible deseo de quitarle los vaqueros. Quería aquel espléndido cuerpo sobre el mío para poder besarlo mientras él me besaba a mí.

Me soltó las piernas y se llevó las manos a los vaqueros. Se tomó su tiempo para quitárselos y el sonido de la cremallera me llegó con intensidad a los oídos. Se los bajó por las estrechas caderas y a continuación metió los dedos en la goma elástica de los bóxers. Tiró poco a poco de ellos, bajándolos por las piernas y pasando las rodillas. Su enorme erección saltó hacia delante, con el glande ya rezumando semen.

Ahora ya no me importaba nada quedarme a dormir.

Me arrastró hasta el borde de la cama, dejando que mi trasero sobresaliera ligeramente. Entonces presionó su sexo contra el mío, frotándose despacio de atrás hacia delante. Mi entrada estaba encharcada de humedad, cubriéndolo con aquella crema reluciente. Incluyó las caderas ligeramente y se introdujo en mi canal empapado, deslizándose hasta el fondo.

Cerré los ojos y gemí, sintiéndome en cierto modo más mujer cuando estaba así de llena. Era el único hombre que me hacía sentir de aquella forma tan increíble, que me producía tanto placer. Desplacé las manos hasta sus muñecas y él me agarró de las caderas. Apoyé los pies contra su pecho; sus pectorales eran como dos bloques de cemento.

Se introdujo con delicadeza en mí, empujando hasta que su cuerpo se frotó contra mi clítoris. Entonces volvió a salir, considerando aquello una maratón en vez de una carrera de velocidad. Se llevó los dedos a los labios y los chupó.

Yo contemplaba sus actos sin estar segura de qué pretendía hacer con aquellos dedos.

Se los sacó de la boca y los apretó contra mi entrada posterior. Empujó con suavidad, abriéndose paso entre mis tensos músculos.

Nunca había practicado sexo anal. Nunca me había llamado la atención y nunca había tenido una pareja que me hubiera dicho que le gustaba. Pero, como Hunt era quien llevaba las riendas, de todos modos yo no podía hacer nada al respecto. Permanecí relajada, sintiendo cómo su enorme miembro se introducía en mí una y otra vez. Cuando sus dedos llegaron al fondo, dilatándome, sentí placer. Mis terminaciones nerviosas se encendían por todas partes, agudizando mis sensaciones.

Tendría que haber sabido que a Hunt le iba el sexo anal.

Me rodeó los muslos con un brazo y me mantuvo en la postura adecuada mientras embestía y me masturbaba con los dedos. Ejercía el control como si hubiera hecho aquello cientos de veces. Probablemente las mujeres le suplicaban que les diera por detrás... de dos en dos. Él lo había hecho todo, había explorado hasta la última posibilidad. Aquello no era nada para él.

Eso explicaría por qué era tan bueno en la cama.

Balanceó las caderas una y otra vez, introduciendo su sexo más profundamente en mi interior.

Estaba a punto de correrme. Extendí las manos hacia él porque necesitaba aferrarme a aquel poderoso cuerpo. Quería agarrarle los antebrazos, los bíceps, cualquier cosa.

—No.

Solté un gruñido de frustración, sabiendo perfectamente a qué se refería con aquella palabra.

—Hunt...

—No hagas que te lo pida otra vez.

—Jefe —corregí.

—No tendrás que esperar mucho más. —Sacó los dedos de mi interior al mismo tiempo que su erección. Estaba cubierta de mi humedad, embadurnada de mi excitación. Dejó mis pies apoyados en su pecho mientras se inclinaba más y presionaba su miembro contra mi trasero.

En el lugar donde habían estado sus dedos.

Le agarré las caderas y lo inmovilicé, impidiendo que se introdujera en mí.

Él me dedicó una mirada cargada de agresividad.

—¿Alguna vez te lo han hecho por detrás, pequeña?

Era una pregunta personal, pero como era algo que estaba a punto de ocurrir, le dije la verdad.

—No...

—Te trataré con cuidado. —Entró lentamente, teniendo dificultades para introducir el glande en la abertura. Si se tratara de mi sexo, se habría abierto paso con un violento envite. Pero se hundió en mí despacio, tratándome con delicadeza, tal y como había prometido.

Respiré con dificultad, tensa mientras mi cuerpo se estiraba como nunca lo había hecho. Su enorme contorno me hacía daño, mentiría si dijera lo contrario. Ya era demasiado grande para mi entrepierna.

Así que para mi trasero era gigantesco.

Siguió empujando hasta que la mayor parte de su erección quedó enterrada en mí.

Yo respiré con más fuerza, soportando el dolor sin inmutarme.

Hunt apoyó las manos sobre la cama a ambos lados de mi cuerpo y clavó los ojos en mí.

—¿Estás bien, pequeña? —El hombre al que conocía había vuelto conmigo, sustituyendo al dictador controlador al que yo había desatado. Era considerado y compasivo, y se preocupaba por hacerme sentir placer en lugar de dolor.

Me hizo recordar que confiaba en él.

—Sí, estoy bien.

Puso las manos en la parte posterior de mis muslos y me dobló las rodillas sobre el torso, obligándome a separar las piernas y alejándolas de mi pecho. Empezó a embestir con empujones lentos y regulares.

Dolía.

Pero era placentero al mismo tiempo.

Me sujeté a sus muñecas y hundí las uñas en su piel, haciendo lo posible para no arañarlo. Inhalaba con cada embestida y soltaba el aire de los pulmones cuando se retiraba. Tenía un miembro enorme en el trasero, así que, por muy delicado que fuera, me iba a doler.

Cuando me acostumbré, empezó a moverse con más energía. Sus ojos permanecieron pegados a mi rostro y tenía la mandíbula tensa por el placer. Su disfrute era evidente, imposible de ocultar. Quería penetrarme de ese modo durante mucho tiempo.

Sentí que las lágrimas asomaban a mis ojos, acumulándose en el rabillo y resbalando lentamente por mis mejillas. No estaba llorando, pero los ojos me escocían de manera natural. Sentía tantas cosas a la vez, tantas sensaciones...

—¿Quieres que pare?

Cuando yo le había fustigado veinte veces, él no me había pedido que parase. Cuando le había dicho que se arrodillase, él no había

escapado. Había hecho todo lo que le había pedido hasta cuando mis exigencias le habían resultado difíciles de satisfacer.

No podía rendirme.

No podía echarme atrás.

—Fóllame más fuerte.

Sus ojos se oscurecieron, ensombreciéndose mientras se introducía en mí del todo, envainando hasta el último centímetro de su enorme erección.

Entonces mis uñas se enterraron en su piel, dejándole marcas donde había estado cada dedo. Dejé escapar un grito ahogado, pero era mejor que el chillido que estaba conteniendo.

Me penetró con intensidad, sacudiendo la cama y follándome como lo haría si se tratara de mi sexo. Gruñía y jadeaba con cada movimiento, a punto de explotar en mi interior. Estaba claro que no podía contenerse más, porque apretó el pulgar contra mi clítoris y lo frotó con agresividad.

—Córrete, pequeña.

El tamaño de su erección me hacía daño. Sus embestidas lo empeoraban aún más. Pero tenía algo poderosamente erótico, mi cuerpo liberaba un torrente de endorfinas mientras soportaba todo aquello. Había tanto placer entremezclado con el dolor, tanto que disfrutar a pesar de las molestias...

Me frotó con más intensidad, conteniéndose con respiración profunda e irregular. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, disfrutando de mis curvas mientras mis pechos temblaban con cada empujón. Después de algunas embestidas más, de algunas caricias, llegué al límite.

Me corrí.

Y me corrí con ganas.

—Dios... —Le apreté los brazos con tanta presión que seguramente le saldrían moratones. Dejé caer la cabeza hacia atrás y solté un grito que bien podría haber hecho estallar las ventanas.

Mi cuerpo había ascendido a algún lugar sobre las estrellas. La experiencia era surrealista, llevándome más allá del paraíso. Sentí un millón de cosas al mismo tiempo, vi más de lo que podía procesar.

Era más intenso que cualquier otro orgasmo que hubiera tenido nunca. Hunt me había dado algo que ni siquiera sabía que me faltaba.

Gruñó al eyacular, llenando mi trasero de todo su semen. Introdujo su erección por completo mientras apoyaba la frente en la mía. Me llenó de su deseo, habiendo hecho algo que ningún otro hombre había hecho. Me había tomado de una forma nueva, brindándome una experiencia que nunca me había planteado vivir.

Se quedó dentro de mí cuando hubo terminado y su respiración se acompasó a la mía. Su sexo fue ablandándose poco a poco y sentí que la presión disminuía en todo mi cuerpo. Cada vez que él tomaba aliento, su pómulo suave se apretaba contra mis pechos. Me tenía inmóvil y doblada bajo su cuerpo; era un hombre tomando a una mujer de una forma tan carnal que resultaba animal.

Salió de mí despacio y mi cuerpo se estremeció mientras se adaptaba a su ausencia. Se retiró y se puso en pie, un hombre musculoso cubierto de sudor. Contempló su obra entre mis piernas, observando el semen que empezaba a gotear. La mirada de arrogancia habitual se apoderó de su rostro, como si acabara de conquistar unas tierras y hubiera arrasado con todo aquel que no se había rendido.

Todo el poder me había sido arrebatado de las manos, dejándome indefensa y sometida por completo. Iba en contra de mi naturaleza, de los fundamentos de mi personalidad. Yo no aguantaba las tonterías de nadie y ni de coña permitiría que mi hombre me anduviera mangoneando. Pero cuando era Hunt quien estaba al mando, disfrutaba del juego. Disfrutaba cumpliendo sus fantasías al igual que él había cumplido las mías.

Me dio la espalda y se metió en el baño. Un instante después, se encendió la ducha.

Ahora que mi cuerpo estaba relajado y que había recobrado el aliento, estaba ansiosa por asearme.

Aunque no estaba ansiosa por dormir.

ME TOMÉ la libertad de coger una de sus camisetas, que encontré en el cajón. No tenía secador, así que tuve que hacer lo que pude con la toalla. Tenía los mechones húmedos, pero después de unos minutos al aire, volverían a secarse.

Hunt estaba sentado en la cama con la *tablet* delante. No llevaba camiseta y su físico musculado tenía un aspecto cincelado bajo la luz de su lamparilla. Pasaba los dedos por la pantalla mientras leía algo por encima.

Si en aquel momento hubiera estado en mi casa, probablemente estaría trabajando o bebiendo. Eso era lo que solía hacer en mi tiempo libre. Retiré las sábanas y me metí en la cama con él, todavía sintiéndome rara al compartir la cama con otra persona. Estaba agotada porque no había pegado ojo la noche anterior. Intentaría dormir aquella noche, pero sospechaba que me iba a resultar igualmente difícil. No podía esperar que me quedara con él todas y cada una de las noches durante las próximas seis semanas.

Aquello no era realista.

Me acomodé en la cama yladeé la cabeza hacia la ventana, concentrándome en el incesante ajetreo de la ciudad. A sólo unas manzanas de distancia podía ver mi edificio.

Hunt dejó la *tablet* a un lado y se desplazó por la cama hacia mí, tumbándose a mi lado con el cuerpo girado hacia el mío. Su pesado brazo me rodeó la cintura y su mentón se apoyó sobre mi hombro. Con cada mínima caricia, el vello áspero arañaba mi piel suave. El

olor a jabón y su esencia masculina natural me inundaron, rodeándome en una burbuja. Sus sábanas ya estaban impregnadas de su olor y todo en aquella habitación reflejaba su personalidad adusta. Sus muslos gruesos rozaban los míos bajo las sábanas.

—¿Estás bien?

—Sí. —Aunque no fuera así, nunca lo admitiría.

—Porque puedes decírmelo. No voy a pensar mal de ti.

Silencio.

Me dio un beso en el hombro.

—Sé que la tengo enorme, pequeña. Es uno de mis defectos.

Aquello me hizo soltar una carcajada sarcástica.

—Estoy segura de que te ha hecho perder un montón de citas...

—Te sorprenderías.

—Ninguna mujer rechazaría nunca a un tío por tenerla demasiado grande.

—Todas las mujeres son distintas... Algunas son más pequeñas que otras.

—Bueno, yo soy bastante pequeña y puedo con ella perfectamente.

—Pero tú tienes una entrepierna de acero. —Soltó una risita junto a mi hombro—. Es indestructible.

Sentí que su mano se posaba en la mía sobre mi vientre. Sus dedos largos se entrelazaron con los míos y cerró los ojos.

Yo no los cerré.

—¿Por qué quieres que duerma contigo?

Volvió a abrirlos al oír mi pregunta.

—Porque eso es lo que hace la gente después de follar. Echan un polvo y luego se duermen.

—Eso no es verdad. Y no has respondido a mi pregunta.

Permaneció callado, como si no fuera a contestar.

—A lo mejor me gustas de verdad, Titan.

—Yo no le gusto a nadie —susurré—. Soy despiadada y

controladora.

—Y también eres inteligente, divertida y sensual, además de despiadada y controladora.

—Eso sigue sin convertirme en un gran osito de peluche.

—Pues yo creo que sí —dijo—. ¿Por qué te provoca tanto rechazo la idea de dormir conmigo?

—No tiene que ver contigo personalmente.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? —insistió.

Nunca podría contárselo.

—Es que no me gusta, nada más. Si un hombre afirmara lo mismo, nadie lo cuestionaría.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—¿Qué tal dormiste anoche? —preguntó.

—Pues apenas pegué ojo.

Se apoyó en un codo y me miró fijamente.

—No ronco, así que ¿por qué no dormiste?

—Llevo mucho tiempo durmiendo sola. No estoy acostumbrada a compartir cama.

Examinó mis labios como si así pudiera hallar más respuestas.

—Puedes follarme seis semanas ¿pero dormir a mi lado te sigue resultando raro?

—No es nada personal, Hunt.

—Claro que es personal —susurró—. Creía que éramos amigos.

—Y lo somos.

—Los amigos confían los unos en los otros. Y se nota que tú no confías en mí.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. —Volvió a tumbarse y se quedó mirando el techo—. Y es una pena, porque yo sí confío en ti. —Estiró la mano y apagó la lamparilla de la mesita de noche. La habitación se sumió en la oscuridad y él se dio la vuelta.

Me sentía culpable cuando no debería. Hunt significaba más para mí que todos los demás. Lo consideraba alguien que podía ser un amigo para toda la vida, alguien que me importaba. Estaba claro que no estaba demostrándole demasiado bien aquellos sentimientos. No se me daba bien la emotividad ni expresar abiertamente lo que sentía.

Me desplacé hasta su lado de la cama y pegué mi cuerpo a su espalda. Ahora era yo la que lo abrazaba por detrás, con los pechos contra sus omóplatos y el rostro en su nuca.

—Sí que confío en ti, Hunt. De hecho, eres una de las personas en las que más confío...

Su única reacción consistió en seguir respirando. La espalda le subía y bajaba cada vez que tomaba aire y no se movió ni un centímetro. Se quedó allí tumbado sin más, fingiendo que yo no existía.

No iba a sacar nada de él.

Entonces habló.

—Pues demuéstalo, Titan.

Hunt

ME GUSTABA MANDAR EN ELLA.

Obtenía todo lo que quería, cuando lo quería.

Pero me obedecía con titubeos, seguía mostrándose reacia cuando no debería. Yo no tendría por qué haber esperado otra cosa, pero me sentía desilusionado de todas formas. Me había dicho que no dormía con nadie, cualesquiera fuesen sus razones. Pero había esperado que conmigo se sintiera de otro modo.

No estaba seguro de por qué.

Las mujeres siempre me habían deseado porque tenía dinero, fama y coches de lujo. Querían acostarse conmigo para poder presumir de ello delante de sus amigas. Querían salir de fiesta conmigo para que los *paparazzi* pudieran sacarles una foto y ponerla en la portada de una revista. Nunca querían que me marchara después, y si consiguieran dormir en mi cama conmigo, tampoco querían marcharse de allí.

Titan era la primera mujer a la que yo no le impresionaba.

Era como un robot. Los únicos momentos en los que demostraba pasión era cuando estábamos follando. Entonces finalmente revivía, mostrando auténticas emociones. El resto del tiempo se comportaba con tanta frialdad como durante las reuniones de negocios. Sólo muy de vez en cuando bajaba las defensas y

enseñaba aquella dulce sonrisa que le salía del corazón.

Titan me impresionaba.

Pero estaba más obsesionado con Tatum.

¿Quién era ella?

Me desperté con el sonido de mi alarma a la mañana siguiente. Titan estaba despierta a mi lado, aunque no tenía claro si lo había estado antes de que sonara la alarma. Me puse encima de ella, le eché un rápido polvo mañanero y, a continuación, me metí en la ducha.

Entró sin llamar en mi cuarto de baño, utilizando mi cepillo de dientes del mismo modo que yo había utilizado el suyo. Buscó mi mirada en el reflejo del espejo del baño y me guiñó un ojo.

Aquello me pintó una sonrisa en la cara.

Cuando terminé de prepararme para ir a trabajar, ella se puso la misma ropa que llevaba el día anterior y se calzó los tacones. Si se hubiera traído una bolsa como se suponía que tenía que hacer, podría haberse marchado directamente al trabajo.

—Te veo luego. —Se puso de puntillas y me dio un beso antes de meterse en el ascensor.

Me quedé mirándole el culo cuando se dio la vuelta, pensando en cómo me lo había follado la noche anterior.

Ella se giró, dedicándome una mirada cargada de intención. Probablemente supiera exactamente lo que me estaba pasando por la cabeza en aquel momento. A Titan se le daban de miedo aquellas cosas. Entonces las puertas del ascensor se cerraron y ella desapareció.

Llegué al trabajo y despaché algunas llamadas telefónicas. Todo el edificio bullía de actividad. Había muchísimo que hacer y muy poco tiempo para hacerlo. Hasta si trabajara las veinticuatro horas del día, seguiría sin estar satisfecho con mi nivel de productividad.

Pine me llamó algo antes de las diez.

Contesté.

—Me sorprende que estés despierto.

—¿Por qué?

—Todavía no son las doce.

—Cierra el pico, capullo. —Se estaba riendo mientras me insultaba, lo cual invitaba a poner en entredicho su grado de sinceridad—. Tengo una invitación especial para ese club nuevo que van a abrir en el centro. Y tú y Mike me vais a acompañar.

—¿Cuándo es?

—Esta noche.

—Estamos a miércoles.

—¿Y? —preguntó con incredulidad—. ¿Desde cuándo no salimos de fiesta entre semana? Cualquiera día es bueno para salir cuando eres lo más como nosotros.

Sólo tenía seis semanas para estar con Titan y no pensaba desperdiciarlas fingiendo que me liaba con alguna. Si Titan dejase de una vez a un lado su estirada paranoia, podría llevarla conmigo, o por lo menos explicar por qué no estaba interesado.

—Voy a pasar, tío.

—¿Qué? —saltó él—. ¿Por qué?

—Voy a quedar con los de Megaland.

—¿A las nueve? —preguntó sin poder creérselo.

—No sé cuándo terminará la reunión.

—No alucines —me interrumpió—. Mike y yo vamos a ir a recogerte, quieras o no. —Una vez dicho esto, me colgó el teléfono.

Aquel mamonazo me había colgado.

ME DIRIGÍ al nuevo edificio que poseía con Titan. Estaba a unas cuantas manzanas de mis oficinas principales, por lo que mi chófer me acercó en coche y me dejó allí. Mucha gente reconocía mi coche, así que si no quería llamar la atención, solía coger el reluciente

Mercedes negro con ventanas tintadas.

Subí en el ascensor hasta el último piso y entré en la sala de conferencias. Nuestros despachos seguían en obras.

Titan estaba sentada a la cabecera de la mesa... bebiendo un Old Fashioned.

A las diez de la mañana.

Dado que aguantaba el alcohol como una auténtica y jodida campeona, no pensaba juzgarla por ello.

—He estado pensando en un nuevo nombre para la compañía.

—Oigámoslo. —Se enderezó en la silla y me concedió toda su atención.

Me senté en la silla a su derecha con los ventanales frente a mí. No había nadie más en aquella planta porque todo el resto estaba siendo reformado. Titan y yo preferíamos tener privacidad hasta que encontráramos asistentes adecuados sin lealtades hacia Bruce.

—Stratosphere.

Sus cejas se elevaron y una sonrisa de aprobación se formó en sus labios pintados.

—Me gusta.

—Es perfecto.

—A mí también me lo parece. Estamos de acuerdo. —Sacó su bloc de notas y apuntó la palabra con su femenina letra inclinada—. Llamaré a nuestro abogado y pondré en marcha la corporación.

—Perfecto.

Titan sacó a relucir otros pequeños asuntos que requerían nuestra atención. Cada vez que me presentaba información, todo era meticuloso en extremo. Ataba cualquier cabo suelto y necesitaba saber hasta el último detalle sobre todo. No dejaba nada al azar.

Era una socia de negocios formidable. Si iba a tener a alguien de mi lado, sería ella. Tenía además una aguzada intuición con la que leía tan bien a la gente que era como si tuviese a alguien

investigando su vida privada.

—He concertado una reunión con un nuevo proveedor —dijo—. Es extranjero y cuesta la mitad.

—¿Cómo? ¿Tienen a esclavos trabajando?

—Utilizan un tipo de material que resulta mucho más barato de producir. Allí tienen un excedente pero aquí hay mucha demanda.

A aquello no me importaba apuntarme.

—Genial.

—También he recortado muchos gastos aquí. —Me empujó un papel por encima de la mesa—. Si Bruce hubiera prestado más atención a lo que hacía, podría haber salvado su compañía.

—En fin, era un imbécil.

Empujó otro papel hacia mí.

—Este es el valor de las acciones. Se disparó la semana pasada.

Le eché un vistazo, sorprendido por el súbito ascenso. Apenas habíamos hecho nada, por lo que no entendía a qué se debía la subida del valor.

—Creo que es por el anuncio que hicimos con Brett —dijo ella—. Los inversores están apostando por nosotros como nuevos dueños, no por los productos.

Aquello tenía sentido.

—Pues está funcionando.

—También voy a empezar una nueva campaña con Connor Suede. Quiere hacer una serie de anuncios en prensa y televisión con las mujeres más poderosas del mundo. Creo que sólo puede ser de ayuda.

Mis ojos volaron hacia su rostro al oír mencionar aquel nombre. Había visto el mensaje de texto aparecer en su teléfono semanas atrás. Había visto el modo en que la hablaba, inclinándose hacia ella como si estuviera a punto de besarla. Ella no era la única que tenía intuición. Si no se la había follado ya, era evidente que deseaba hacerlo.

—No. —La palabra salió flotando de mi boca por su cuenta. No me lo había pensado dos veces antes de promulgar aquella ley.

Titan se dio lentamente la vuelta hacia mí con una ceja levantada.

—¿No, qué?

—No vas a hacer ese anuncio. Connor Suede es gilipollas.

—¿Lo conoces?

No lo había visto en mi vida.

—Eso no importa.

—No, sí que importa. Es el mejor diseñador de moda del mundo. Yo llevo sus diseños casi a diario.

Era la primera vez que sentía deseos de arrancarle la ropa del cuerpo por algo que no fuera follármela a continuación.

—Sería una publicidad fantástica para nosotros.

—No necesitamos publicidad. —Le devolví el informe sobre las acciones empujándolo por encima de la mesa en su dirección—. Así estamos bien.

Ella lo empujó hacia mí.

—Hunt, ¿pero qué te pasa?

En nuestra relación no había lugar para los celos. Ni siquiera teníamos una relación, sólo un acuerdo. Pero había algo carnal en mi interior que se encendía y me ponía de mal humor, que me tensaba la mandíbula y hacía que me sobresalieran las venas de los antebrazos.

—¿Te has acostado con él?

Titan solía controlar su expresión en todo momento, pero en aquel instante dejó salir sus auténticas emociones. Sus rasgos se suavizaron por la sorpresa antes de volver a endurecerse en un gesto de ofensa.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. —La pregunta estaba sobre la mesa y ya no podía dar marcha atrás. Debía continuar con ello hasta el final. Si

iban a trabajar juntos, necesitaba saber qué tipo de relación tenían.

—Eso no es asunto tuyo, Hunt.

—Ayer por la noche te di por el culo. Desde luego que es asunto mío.

Tenía aspecto de ir a apuñalarme con el bolígrafo en cualquier momento.

Cada vez que intentaba tranquilizarme, volvía a alterarme sin poderlo evitar. Lo veía todo rojo y era incapaz de pensar con claridad. Yo era calmado, lógico y pragmático. Pero la idea de que otro hombre tocara a Titan me ponía hecho una furia. Al parecer era de los celosos.

Nunca me había dado cuenta de ello.

—Hunt, ahora mismo estás jugando con fuego. —Presionó el dedo contra la mesa, trazando una línea invisible entre los dos—. Déjalo ya o te vas a quemar.

—Pues quéname entonces —respondí fríamente—. Las próximas seis semanas mando yo... y tú vas a decirme exactamente lo que quiero saber. Ahora mismo.

Entrecerró los ojos.

—Eso no funciona así, Hunt. Yo nunca me he entrometido en tu vida personal.

—Bueno, pues deberías haberlo hecho.

—Respeto tu privacidad.

—No quiero que la respetes... y ni de coña voy a respetar yo la tuya.

Se reclinó en su asiento, anonadada por mis palabras.

—Estoy harto de fingir que esto no es más que un cómodo atracón de sexo. Los dos hemos hecho sacrificios por el otro. Tenemos un negocio juntos, algo que es la primera vez que sucede para ambos. Sabes más de mí que la mayoría de la gente y yo sé más de ti de lo que cuentas normalmente. No somos amigos ni amantes; somos algo totalmente diferente. Por eso todas esas reglas

tuyas no se aplican en nuestro caso. Así que dime, Titan: ¿te has follado a Connor Suede?

No se dejó intimidar por mi expresión mientras me fulminaba con la mirada, moviendo ligeramente los ojos. Había erigido una fortaleza de piedra y ladrillo totalmente impenetrable. Pero daba igual lo gruesos que fueran aquellos muros, yo podría atravesar todos y cada uno de ellos. Es posible que ella estuviese hecha de piedra, pero yo estaba hecho de balas. Podría atravesarla de lado a lado.

—No sé qué es esto y no tengo intención de etiquetarlo, pero no es lo que era al comienzo. Ha crecido hasta convertirse en algo diferente, en una excepción. Así que seamos sinceros el uno con el otro: esa es una regla que sigue vigente.

Apretó fuertemente los labios, endureciendo su expresión.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Me he tirado a Connor Suede.

Yo ya sospechaba su respuesta, pero escucharla no hizo que me resultara más fácil de digerir. Era como intentar tragarse una pastilla enorme sin agua. Puse una mano sobre la mesa y empecé a tamborilear con los dedos sobre su superficie. En vez de dejar salir al monstruo de mi ira, lo mantuve bien encerrado dentro de mí... en su mayor parte.

—¿Cuándo?

—Hace un tiempo.

—¿Eso cuánto es? —Mantuve la voz serena, aunque me estaba costando un mundo conseguirlo.

—Unos seis meses. No veo qué importancia puede tener el tiempo, si terminó antes de que empezara lo nuestro.

—Sólo me estaba preguntando por qué sigue intentando acostarse contigo.

Sus ojos permanecieron tan gélidos como dos esquirlas de hielo

verde.

—Tú has estado conmigo. Estoy segura de que no te costará demasiado imaginártelo...

Porque era un polvo inolvidable. Yo lo sabía y ella también. Volví a tamborilear con los dedos en la mesa.

—¿Ahora te sientes mejor? —preguntó con sarcasmo—. ¿O eso no ha cambiado nada de nada?

—¿Por qué te acostaste con él?

—¿Por qué? —Las cejas le dieron un buen salto en la frente—. Porque es atractivo, seguro de sí mismo, tiene éxito... ¿De verdad te tengo que explicar cómo funciona la atracción sexual? ¿Por qué no me hablas tú de la última mujer con la que te acostaste y luego intentas justificar por qué lo hiciste?

Aquella era una conversación estúpida. Ella ya había demostrado que tenía razón.

—¿Sabes qué, Diesel?

Era la primera vez que la oía utilizar mi nombre de pila. No lo había hecho en tono afectuoso, sino como solía pronunciarlo mi madre cuando yo había hecho algo malo.

—Me gustaste en cuanto te conocí porque no eras un capullo como todos los demás. Siempre he sentido que estábamos al mismo nivel, te he respetado y he reconocido tu valía igual que el resto de tus colegas. Tú nunca has mirado con lupa mis decisiones sólo porque lleve falda en vez de pantalón. Los hombres como tú son lo que le hace falta a este mundo. Para que se conceda el mismo respeto a las mujeres que a sus homólogos masculinos, es necesario que los hombres nos traten con igualdad. Tú ya lo has hecho, preparando el terreno para los siguientes. Pero esto... esto es doble rasero. Si yo fuese un hombre, no me preguntarías por qué me acosté con Connor. Me estás juzgando por algo que podrían haber hecho tus amigos Mike o Pine. —Se inclinó hacia delante y levantó una mano—. No pienso tolerarlo, Hunt. No voy a ser vilipendiada

por actuar como un ser humano sexual que ejerce su derecho a hacer lo que le dé la puta gana. —Estampó la mano en la mesa, provocando un fuerte ruido que retumbó en la sala de conferencias. Apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y cruzó los brazos delante del pecho dedicándome una mirada de desprecio, como si yo fuera algo asqueroso pegado a la suela de su zapato.

Me estaba haciendo sentir como un canalla, cuando mi intención en ningún caso había sido ofenderla.

—Antes de empezar a odiarme, deja que te expliqu...

—¿Explicarme qué? —Volvió a su actitud fría y objetiva, como si no acabara de pronunciar aquel discurso.

—No te he preguntado sobre Connor porque te esté juzgando, ni pienso mal de ti por disfrutar del sexo por el sexo. En mi opinión, una mujer soltera puede hacer lo que le apetezca. El número de parejas que haya tenido es irrelevante, igual que lo es el número de parejas que haya tenido yo. No era eso lo que quería decir.

—Pues eso ha parecido.

—Lo preguntaba porque... es evidente, Titan.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Qué es evidente?

—Es evidente que estoy celoso. —Confesé mi crimen, sabiendo que no tenía derecho a sentirme de aquella manera.

Sus rasgos se suavizaron lentamente.

—Lo admito —dije en voz baja—, cuando vi a Connor tocarte en el desfile de moda, no me gustó. Cuando vi que te enviaba un mensaje al móvil pidiéndote que fueras a su casa... casi me parto la mandíbula de lo fuerte que apreté los dientes. No tengo nada contra ese tío, pero odio a cualquiera que haya tenido alguna vez el placer de disfrutar de ti. Por lo que a mí respecta, tú eres mi mujer. Soy un hombre posesivo, celoso y egoísta. —Miré por la ventana cuando dejé de desear ser el objetivo de su mirada.

A continuación sólo hubo silencio.

En grandes cantidades.

En vez de trabajar, absorbimos la tensión. Se suponía que iba a ser una tarde de plazos y planes, pero, de algún modo, nuestra relación sexual había pasado a ocupar la primera fila de nuestra conversación.

Yo ya había arrojado toda prudencia por la ventana, así que no tenía más que añadir. Había explicado mi comportamiento y le había confesado que significaba más para mí de lo que debería.

—Hunt... —Volvió a fruncir los labios, tomándose su tiempo para escoger sus palabras.

Yo ya sabía lo que iba a decir.

—A decir verdad, yo también estoy celosa.

De acuerdo... Aquello no era lo que había esperado que dijese.

—Cuando estábamos en el desfile de moda, había una modelo apretándose contra ti. Sentí el ácido inundarme la boca, pero me contuve y no cedí a los celos. No me permití sentir nada, pero sí que lo sentí...

Tatum Titan había estado celosa por mí. No me lo podía creer.

—O sea, que sí lo entiendo.

Mi reacción natural fue sonreír, disfrutar del sentimiento de victoria que se extendía por mi cuerpo. Pero mantuve mi reacción bajo control, moderándome para no hacer nada que pudiera resquebrajar su vulnerabilidad.

—Me gustas mucho, Hunt.

Aquello estaba mejorando por momentos.

—A veces me asusta —susurró—. Para mí es tan excepcional encontrar a alguien en quien confíe, encontrar a alguien con quien me sienta tan conectada... En la última década no he hecho más que un puñado de amistades de verdad. Cuando te conocí... no estaba esperando hacer otra. Me he sentido cómoda contigo desde el principio porque siempre has respetado mi intelecto y mi talento, sin fijarte únicamente en el aspecto de mis piernas debajo de la

falda.

—Aunque tienes unas piernas muy bonitas...

Me miró con una sonrisita extendiéndose por sus labios.

Yo le devolví la sonrisa. Aquellos eran los momentos con Tatum para los que vivía. Me encantaba ir conociendo a la mujer que se escondía debajo de aquellas prendas de ejecutiva, de aquel rostro severo. Era suave como el pétalo de una rosa, sedosa al tacto.

—El sexo es increíble por muchas razones. Creo que una de las más importantes es este sentimiento que compartimos... camaradería, amistad, confianza... llámalo como quieras. Nunca me había asociado antes con nadie, pero cuando pensé en hacerlo contigo, no me cupo ninguna duda. Eso me dice que aquí hay algo.

Mi sonrisa se difuminó lentamente mientras se me aceleraba el corazón.

Ella apartó la vista durante un segundo, posándola en su bolígrafo de plata sobre la mesa.

—Pero lo que te dije al principio sigue en pie. No estoy buscando una relación romántica. No estoy buscando enamorarme. Sólo estoy buscando un acuerdo que me proporcione placer. Y cuando se acabe... romperemos, pero seguiremos siendo amigos.

Fue como si alguien me hubiera disparado en el pecho.

Justo en el corazón.

La sangre manaba de la herida y yo me esforzaba por respirar.

Con cada latido iba perdiendo la vida.

Algunas veces me había dado la impresión de significar algo para ella, pero a fin de cuentas, no era así.

¿Por qué debería importarme?

—¿Por qué no quieres enamorarte? ¿Por qué queda eso descartado?

Volvió la mirada hacia mí.

—Voy a casarme con Thorn. No puedo enamorarme de otro hombre.

—¿Quieres decir que podrías enamorarte de mí si te lo permitieras? —Era una pregunta muy directa, pero dado que estábamos siendo sinceros, decidí intentarlo. No tenía nada que perder.

Estudió mi rostro mientras sopesaba la pregunta, tomándose su tiempo.

—Yo... no lo sé.

Tatum Titan acababa de titubear y estaba evitando mirarme a los ojos.

—Eso a mí me parece un sí.

Volvió a girarse hacia mí, endureciendo de nuevo la mirada.

—Cuando te estás acostando con alguien, las emociones se complican. Sólo tengo que recordarme a mí misma lo que quiero... y no permitir que las cosas se enreden. Nunca he permitido a nadie que me controlara. Que a ti te haya dado ese lujo debería confirmarte que significas algo más para mí.

—Y el que yo te haya dejado controlarme a mí debería confirmártelo a ti.

Siguió una larga pausa.

Y un contacto visual intenso.

En aquella habitación empezaba a hacer mucho calor.

Era como si estuvieran quemando un bosque entero en un horno.

Mis ojos no se apartaron de los suyos. La observaba fijamente, negándome a desviar la mirada.

Ella hacía lo mismo, con unos ojos que parecían llamas de color esmeralda.

Fue la primera en romper el silencio.

—Pues entonces quiere decir que tenemos que tener cuidado... porque los dos queremos cosas diferentes.

—¿Sigues queriendo casarte con Thorn?

—Me he comprometido con él.

Me incliné hacia delante en la silla, acercándome a ella.

—No has respondido a mi pregunta.

—Sí que lo he hecho.

—Te he preguntado si *querías* casarte con él, no si te habías comprometido a hacerlo.

—¿No es lo mismo?

Sacudí levemente la cabeza.

—Para nada.

Titan fue la que apartó la mirada por segunda vez.

—Creo que es lo mejor.

—Tu vida amorosa no tiene por qué ser una decisión de negocios.

—Toda mi vida tiene que ser una decisión de negocios. No puedo cometer otro error.

—¿Otro?¿Has cometido algún error anteriormente?

Volvió a mirarme a los ojos.

—Sí, como todos.

Era lo de su antiguo novio. Lo presentía.

—No pasa nada por cometer errores, pequeña. Nos bajan los humos. Nos fortalecen. Nos convierten en personas poderosas como Tatum Titan y Diesel Hunt. Los errores dan significado a los éxitos. Y desde luego, yo personalmente he aprendido mucho más de mis errores que de mis éxitos.

Ella me observó con ojos sumisos.

Me apoyé las puntas de los dedos en la barbilla, pasándolas por el hirsuto vello. No aparté mis ojos de los suyos.

—Creo que podríamos tener algo bastante increíble si nos lo permitimos. —Puse mis cartas sobre la mesa, apostando todas mis fichas.

Ella se quedó inmóvil al escuchar mis palabras.

—¿Me estás diciendo que quieres que tengamos una relación?

Me encogí de hombros.

—Estoy abierto a ello. ¿Y tú? —Mantuve la dureza de mi expresión, pero al mismo tiempo estaba conteniendo el aliento.

—Tengo un compromiso con Thorn. Es un buen hombre y con él seré feliz.

—Y te aburrirás.

Sus ojos brillaron de irritación.

—Un amor como el nuestro es de los que perduran. Es todo lo que busco, un hombre poderoso y fiable. Y aunque no lo fuera, ya está hecho.

—Todavía no has firmado ningún certificado de matrimonio.

—Pero yo no incumplo mis promesas.

¿Thorn le había hecho prometer que se casaría con él? ¿Qué tipo de hombre haría algo así? Una proposición de matrimonio no debía imponerse, sino desearse.

—Además, Hunt, tienes a todas las demás mujeres de Nueva York para acostarte con ellas. Tú no eres hombre de una sola mujer.

—Yo no estoy tan seguro de eso. —Me froté los labios con las puntas de los dedos—. Estoy disfrutando mucho contigo.

—Por ahora. —Se dio la vuelta y cogió sus papeles. Se aclaró la garganta, dando silenciosamente por concluida la conversación—. Voy a hacer esa campaña con Connor. Empezaremos a rodar en unos días. Llego tarde a comer, he quedado con Thorn.

Tampoco me hacía gracia que quedara con Thorn. Estaba celoso del hombre que la había conseguido para sí hacía tanto tiempo. Estaba celoso de lo comprometida que estaba con él, de cómo lo consideraba el único hombre lo bastante bueno como para compartir su vida.

Me levanté de la silla en cuanto lo hizo ella.

—Iré a tu casa a las siete.

Ella alzó la vista hacia mí, con el cabello formando una cascada por encima de uno de sus hombros. Aceptó mi declaración sin protestar.

—Sí, jefe.

Antes de que pudiera marcharse, rodeé su cintura con los brazos y la atraje hacia mí para darle un beso. La besé con fuerza en la boca, enterrando la mano en su cabello. Mis dedos se arrastraron por la suave piel de su cuello, sintieron su pulso y descendieron por su cabello. La besé con pasión, con ansia. La besé como si fuese la única mujer en el mundo a la que hubiera deseado besar jamás.

Y ella me devolvió el beso.

Estuvimos varios minutos besándonos. Era evidente que no le importaba llegar algo tarde si era por una buena razón.

Y aquella era definitivamente una buena razón.

Cuando terminé, me aparté sin quitarle la mano de la nuca.

—Thorn Cutler nunca te besaré así. —Mis dedos la soltaron a regañadientes, pero mis ojos se clavaron en los suyos como nunca lo habían hecho.

ESTABA a punto de salir por la puerta cuando me topé con Pine.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó subiendo y bajando ambas cejas.

—¿Ahora te dedicas a acosarme?

—No me queda más remedio, porque no paras de darme largas.

—No te doy largas. Es sólo que estoy ocupado, tío.

—Bueno, pues últimamente estás ocupado muy a menudo. Nunca has tenido ningún problema para hacerle sitio a un poco de fiesta aquí y allá.

—Te he dicho que esta noche he quedado con los de Megaland.

—Son las siete, no me jodas, anda.

—El trabajo nunca duerme. Ya lo sabes.

—Cierra el pico y vámonos. No pienso marcharme si no me acompañas. —Bloqueó la puerta con el cuerpo.

—¿Crees que eso va a detenerme?

Se encogió de hombros.

—Probablemente no. Pero si no vienes conmigo me limitaré a seguirte a todas partes. Y ambos sabemos que tú no quieres que te siga... porque estás ocultando algo.

Sí que estaba ocultando algo.

—A lo mejor te estás tirando a una princesa tailandesa o a la secretaria de prensa de la Casa Blanca, no lo sé. Pero te la puedes follar más tarde. Ahora vámonos.

Pine me tenía acorralado y sus sospechas no podían ser más acertadas, pero al menos no sospechaba que fuera Titan la mujer con la que me estaba acostando. Aquello era de agradecer.

LA VIDA nocturna seguía siendo la misma, a pesar de que llevaba algún tiempo alejado del ambiente. Era todo luces de neón, oscuridad, camareras de falda ajustada y pechos.

Pechos por doquier.

Dos chicas estaban enrollándose delante de mí en un intento por seducirme para que volviera a mi ático con ellas. Vi sus lenguas moviéndose al unísono antes de que se sellaran sus labios. Se agarraban los pechos la una a la otra por encima del vestido.

Yo las observaba mientras daba cuenta de mi Old Fashioned, sabiendo que aquel era el único modo de seguir fingiendo que estaba soltero y dispuesto a follarme cualquier cosa que llevara falda. Aquel tipo de cosas solían excitarme. Me gustaba ver enrollarse a dos tías tanto como al que más.

Pero en aquel momento no sentía nada.

Sólo había un lugar en el que quisiera estar: con Titan.

El sexo con ella era más ardiente que cualquier trío en el que hubiera participado nunca. A ella no le gustaría verla enrollándose

con otra mujer. Lo único que me gustaría ver es un vídeo de mí mismo follándomela.

Pine tenía a una chica colgada del brazo, una morena de ojos almendrados. Mike se estaba liando con una rubia. La estridente música a todo volumen retumbaba sin cesar en mis oídos y sabía que me daría dolor de cabeza antes de que acabara la noche.

—Menudo espectáculo. —Brett salió de la nada y se sentó en el asiento que había a mi lado sin apartar los ojos de las dos mujeres que se estaban enrollando en el sofá que había junto a mí—. La entrada es gratis, ¿no?

—No para ti.

Soltó una risita y continuó contemplándolas.

—Joder, yo no beso así de bien.

—Intuición femenina.

Brett las observaba frotándose una mejilla, casi sin parpadear.

El móvil me vibró en el bolsillo. Lo saqué y vi un mensaje de Titan.

«Teniendo en cuenta que han pasado dos horas, supongo que no vas a venir».

Había pensado en avisarla, pero no había tenido ocasión.

«Me han entretenido. Estaré allí sobre medianoche».

«Pues a lo mejor yo no».

Se había mosqueado... pero me gustaba que se mosqueara. Le enfadaba que yo no estuviese allí, lo cual quería decir que deseaba que lo hubiera estado. Y aquello me parecía una noticia excelente. Sonreí antes de volver a meterme el móvil en el bolsillo.

—¿Estás viendo a alguien? —preguntó Brett de repente.

Hice un gesto con la barbilla hacia las dos mujeres.

—Ahora mismo, a ellas.

Brett se me quedó mirando, pero con una expresión poco habitual en él: acalorada, intensa, intimidante... Era la primera vez que me miraba de forma parecida.

—¿Va todo bien?

Bebió de su vaso y vi su garganta moverse al tragar el líquido.

Continué mirándolo, esperando a que me diera alguna explicación.

—Sé sincero conmigo, tío.

—¿Perdona? —Levanté una ceja, no muy seguro de estar interpretando su expresión correctamente. Era un gesto sombrío y él parecía enfadado, pero no tenía claro si su enfado era de verdad. ¿Por qué narices tendría que estar enfadado?

—Te he preguntado si estabas viendo a alguien.

—Y yo te he dicho que no.

—Lo cual es mentira.

Dejé de sentir en mis oídos la vibración de los graves de la música cuando fue sustituida por el latido de mi corazón; podía escucharlo y también sentirlo. Mi hermano nunca se había andado con miramientos a la hora de llamarme la atención, y aquello era precisamente lo que estaba haciendo en ese momento. Siempre se aseguraba de estar en lo cierto antes de plantarme cara.

Sabía lo de Titan.

¿Cómo? No tenía ni idea.

¿Por qué había decidido sacarlo a relucir justo en aquel momento? No se me ocurría absolutamente nada. Por suerte mis amigos parecían muy concentrados en sus citas, así que no nos estaban prestando atención. La música estaba demasiado alta como para que pudieran oírnos a distancia.

Brett parecía tan cabreado como hacía un minuto.

—¿Por qué me mientes?

Seguía sin tener confirmación alguna de que se estaba refiriendo a Titan, pero sospechaba que así era.

—¿Cómo te has enterado? —Le tiré de la lengua para ver qué me decía.

—Por cómo hablas de ella. Besas el suelo por donde pisa esa

mujer.

—Para nada —le corté yo—. Simplemente la respeto y la admiro.

—Por no hablar de ese intercambio de mensajes que acabáis de tener.

¿Había sido un inocente al pensar que mi hermano nunca invadiría así mi privacidad?

—Eso que has hecho ha sido una cabronada.

—No he mirado a propósito. La pantalla brilla muchísimo y su nombre aparecía justo arriba.

—Eso no quiere decir nada. Trabajamos juntos.

Entrecerró los ojos.

—¿Me vas a volver a mentir?

Mi hermano me había pillado; de aquella no me iba a poder escapar. No dije nada para no incriminarme aún más.

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

Le había prometido a Titan que no se lo iba a contar a nadie y ahora me sentía como si la hubiera traicionado. Aunque tenía a mi favor que no le había contado nada a mi hermano, ni tampoco pensaba hablarle sobre nuestro acuerdo. Aquello al menos era algo que podía proteger.

—Algunos meses.

—¿Y qué pasa con Thorn?

¿Cómo iba a esquivar aquella pregunta?

—Ellos... tienen algo así como una relación abierta.

—O sea, ¿que no le está poniendo los cuernos?

—No —dije yo rápidamente—. Titan jamás haría eso.

Ahora que estábamos hablando de ello, Brett pareció relajarse.

—¿Por qué lo estáis manteniendo en secreto?

—Ella no quiere que nadie se entere. Te lo habría contado, pero... me pidió que no lo hiciera. —Hice un gesto hacia Pine y Mike con la cara—. Ellos tampoco lo saben.

—¿Se supone que eso va a hacer que me sienta mejor?

—preguntó con incredulidad—. Soy tu hermano.

—Tampoco es como si habláramos normalmente de mujeres.

—Lo hacemos si llevamos algunos meses saliendo con alguien.

A mí no me daba esa impresión, pero no podía corregirlo.

—No creo que vaya a durar. Otra razón por la que no quería mencionártelo.

—¿Por qué no? Ahora diriges una compañía con ella.

—Es que ella... no está buscando nada serio. —Me volví hacia las mujeres que seguían besándose en el sofá—. Y la verdad es que yo tampoco. Es sólo que disfruto con su compañía.

Brett no apartaba la vista de mi perfil.

—Mantenlo entre nosotros, ¿quieres? —dije yo—. Lo digo en serio.

—Puedes confiar en mí, Hunt. Ya lo sabes.

—Sí... Es verdad.

—O sea que, ¿entonces no sois más que follamigos?

Asentí.

—Básicamente.

—Eres un tipo con suerte, Hunt. —Sacudió la cabeza, sin podérselo creer—. No hay muchos lo bastante hombres para una mujer como esa.

Yo desde luego lo era.

—Pero parece una persona fantástica. Si fuese yo... me costaría muchísimo no enamorarme de ella.

Redoblé mi concentración en las chicas, ignorando sus palabras.

Brett no añadió nada más, probablemente a propósito.

Deseaba con todas mis fuerzas que aquella conversación se hubiese acabado ya. Cuanto más se prolongara, más probabilidades había de que alguien la escuchase.

—¿Por qué no te marchas y vas a buscarla? —me preguntó—. Es obvio que es lo que preferirías estar haciendo, en vez de seguir aquí. —Hizo un gesto hacia mis amigos—. Además, ellos ni se darán

cuenta de que te has marchado.

—¿Y dejarte colgado?

—¿Dejarme colgado? —preguntó con incredulidad. Se dio la vuelta hacia las dos mujeres, que tenían las manos metidas dentro del vestido de la otra—. Pienso llevarme a estas dos a casa esta noche. No te preocupes por mí. Ahora vete a casa con la mujer en la que has estado pensando toda la noche. Si yo fuera tú, allí es donde estaría.

LAS PUERTAS del ascensor se abrieron a medianoche. Entré en su ático y la encontré sentada en el sofá. No me había pasado por mi casa a por una bolsa porque me había dirigido directamente a la suya. Tendría que madrugar para poder volver a mi ático y prepararme antes de ir a trabajar.

Seguía sentada en el sofá con una copa de vino tinto frente a ella. Aquello sí que era una sorprendente novedad.

Me saludó con una simple mirada.

—Me he quedado sin *bourbon*.

Sonreí mientras me acercaba a ella.

—Ahora lo entiendo. —Me senté junto a ella en el sofá e introduje inmediatamente la mano en su cabello. Mis caderas deseaban pegarse a ella, penetrándola hasta introducir en ella tal cantidad de semen que le goteara por los muslos cuando estuviera de pie debajo de la ducha. Afortunadamente sólo llevaba puesta una camiseta, así que se la subí por encima de las caderas.

Presionó la mano contra mi pecho, alejándome al instante de ella de un empujón.

—Esta noche te has divertido, ¿no? —Con aquel tono acusador rebosante de furia no parecía tan excitada por verme como yo lo estaba por verla a ella.

—La verdad es que no.

—No es eso lo que parecía.

Volví a avanzar con el cuerpo, guiándola otra vez hacia el sofá.

—¿Estabas allí?

—No. Pero sí alguien con una cámara.

Le agarré las bragas y empecé a quitárselas.

Me apartó la mano de una palmada con ojos como puñales.

—Parecía que ibas a hacer un trío.

—¿Alguien me sacó una foto mirando a aquellas tías liarse?

—Sí... y parecías bastante entusiasmado.

—Prefiero verte a ti tocándote.

Me dio un bofetón, estampándome la palma con fuerza en la mejilla.

Me giré por el golpe y sentí un abrasador arretrato de deseo. Me di lentamente la vuelta hacia ella, excitado y cabreado a la vez.

—No habría estado viendo a dos mujeres enrollarse si pudiera simplemente contarles a mis amigos que nos estamos viendo. Pero tú no me concedes ese lujo. —Como ya estaba furiosa, preferí no echar más leña al fuego mencionando que Brett sabía lo nuestro.

—Podrías no haber ido.

—Pine se pasó por mi casa. Le dije que tenía que trabajar, pero no me creyó. Llevo semanas pasando de él y me parece normal que le haya molestado. Pero si hubiera podido explicarle la situación, habría dejado de presionarme.

—De eso ni hablar.

Después de la conversación que habíamos tenido aquella mañana, ¿seguía sin confiar en mí?

—Eres una estirada de la leche.

Bofetón.

No contaba con que me lo diera, pero me gustó. En cuanto me recuperé del golpe bajé la vista hacia ella.

—Y tienes un culo de la leche.

Me abofeteó por tercera vez.

Esta vez tiré de sus bragas con fuerza, desgarrándolas ligeramente por las costuras. Me quité con rapidez los pantalones y los bóxers, olvidándome de los zapatos y trepando encima de ella. La inmovilicé contra el sofá, le pasé una pierna por encima del respaldo y me deslicé en su interior.

Estaba totalmente empapada.

Hice una pausa mientras permanecía asentado en su interior, deleitándome con su estrecha calidez alrededor de mi miembro. Había estado observando a aquellas mujeres cuando podría haber estado haciendo esto desde el principio. Me pareció un desperdicio.

—Ahora ya sé por qué estabas tan enfadada. Llevas toda la noche deseando que te eche un polvo. —Empecé a moverme en su interior, embistiéndola lenta y regularmente.

—Dios, qué arrogante eres. —Se mordió el labio inferior, desabotonándose la camisa y abriéndola para que nada se interpusiera entre nuestras pieles.

—Sí, soy un dios arrogante. —La hundí en el sofá y me coloqué entre sus piernas, donde fui recibido por más humedad mientras aceleraba el ritmo. La penetraba con fuerza y profundidad, haciendo que su trasero dejara una marca en el almohadón.

Disfrutaba tanto de mí que le importó un bledo el comentario engreído que acababa de hacer. Se aferró a mis caderas y se movió conmigo lo mejor que pudo, apoderándose ansiosa de mi largo miembro.

—Hunt... sí.

—Dime que me has echado de menos.

Me miró a los ojos mientras me clavaba las uñas en el pecho.

—Te he echado de menos...

—¿Y qué más?

—Te he echado de menos, jefe.

La penetré con más fuerza, utilizando todos los músculos de la

espalda mientras le echaba un polvo de primera a aquella mujer. Me agarré a su nuca como punto de apoyo, manteniéndola inmóvil para poder entrar en ella tan profundamente como quisiera.

—Joder, sí.

Gemía mientras arremetía contra mí con la misma fuerza. Habíamos hecho cosas pervertidas, pero nunca habíamos follado con aquella agresividad. Estábamos haciendo todo lo posible por sentirnos el uno al otro, por sentir aquella electrizante sensación de euforia.

—Pídeme permiso para correrme.

Durante un solo segundo apareció un brillo de rebeldía en sus ojos, pero desapareció con rapidez cuando su deseo de llegar al orgasmo superó su amor propio.

—Déjame correrme, jefe.

—Suplícamelos. —Me incliné sobre ella y la embestí más profundamente, besándola y metiéndole la lengua en la boca.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, jefe... déjame correrme.

La sujeté por el pelo con más fuerza y la obligué a mirarme directamente a los ojos.

—Antes estabas celosa. Admítelo.

Respiró en mi boca arrastrándome las uñas por la espalda.

—Dímelo.

—Sí... Estaba celosa.

—¿Celosa de qué?

Intensifiqué mis movimientos y empezó a gemir, apenas capaz de contener el orgasmo.

—De que las miraras...

—¿Y?

—Quiero que sólo me mires a mí.

Ahora me moría por correrme. Quería depositar en ella toda mi

semilla y ver cómo goteaba por todas partes. Aquella frase era lo más erótico que había oído de sus labios.

—Puedes correrte, pequeña.

En aquel preciso instante explotó, contrayéndose salvajemente alrededor de mi erección.

—Jefe... Sí... Dios. —Me apretó la cara contra el cuello, arañándome con las uñas y retorciéndose debajo de mí con el cuerpo bañado en sudor.

Yo di dos empujones más antes de eyacular en su interior, llenando por completo su sexo con mi excitación. Aquello era lo que había querido hacer durante toda la noche, no contemplar a unas mujeres desconocidas intentando hacer realidad mis deseos. Ya tenía una mujer que sabía exactamente cómo hacerlo.

Dejó caer la cabeza, respirando trabajosamente con los pezones erectos.

—Dame las gracias. —Mi mirada autoritaria la exhortaba a obedecer.

Estuvo a punto de no hacerlo. Le costó esfuerzo, más que cualquier otra cosa que le hubiera pedido.

La agarré del pelo y le di un tirón.

—Acabo de follarte como tú querías. Ahora, agradécemelo.

Sus ojos eran como carbones encendidos preparados para escupir vapor al contacto con una sola gota de agua. A una mujer como ella no le hacía falta darle las gracias a ningún hombre por echarle un polvo, pero yo no era un hombre cualquiera. Era el hombre que poseía a aquella mujer hasta que nuestro acuerdo llegara a su fin. Tendría que decirlo si quería que siguiera follándomela.

—Gracias...

Los músculos de la espalda y el trasero se me tensaron al escuchar sus palabras. La mujer más poderosa del mundo acababa de agradecerme que la llevara al orgasmo, haciendo que le

temblaran las piernas por la intensidad del clímax. Era su dueño absoluto y ella lo sabía. Aquel poder y aquella fortaleza me dieron un subidón increíble.

Ya me había vuelto a empalmar.

Empecé a moverme.

—Bien. Ahora haré que te vuelvas a correr.

ERAN las dos de la mañana cuando nos preparamos para dormir. Yo lo hacía desnudo porque estaba demasiado cansado para ponerme los bóxers. Agradecí que la alarma del móvil fuese automática para así no tener que ocuparme de activarla todas las noches. Muchos días no sabía dónde iba a terminar durmiendo aquella noche, así que era una cosa menos por la que preocuparse.

Titan se metió en la cama a mi lado con la cara lavada y lista para dormir. Se puso mi camisa de vestir, la que había llevado en el bar. Olía a alcohol, sudor y agua de colonia.

—¿Vas a dormir con eso puesto?

—Prefiero tus camisetas, pero servirá.

—Siempre puedo dejar aquí unas cuantas... —Sonreí al imaginarla apegada a mi ropa. Podía permitirse comprar las mejores camisas del mundo, las más cómodas... pero prefería las mías.

No tenía nada que ver con el tejido.

—No —contestó—. No hace falta. —Se tumbó a mi lado y se tapó con las sábanas. Pero estaba rígida, no relajada como había estado aquella mañana conmigo. Siempre que estábamos juntos en aquella cama y no estábamos haciéndolo, se envaraba como una tabla. Contemplaba el techo inexpresivamente, contando las horas hasta que se hiciera otra vez de día por fin.

Pensé que sus reparos desaparecerían después de una o dos

noches, pero era evidente que no se le iba a pasar.

—¿Ayudaría esto? —Me quedé en mi lado de la cama, dejando un palmo y medio de separación entre ambos.

—¿El qué? —susurró ella, girando lentamente la cabeza hacia mí.

—Que me quedara aquí toda la noche, sin tocarte.

—Si de verdad quieres ayudar, podrías irte y ya está.

—No. Tienes que superarlo. ¿Es que nunca vas a dormir con Thorn?

—Estoy segura de que tendremos nuestros propios dormitorios.

—¿Y a tus hijos no les va a parecer raro?

Se encogió de hombros.

—Será uno de nuestros extravagantes defectos.

—Es un defecto extravagante de verdad —dije yo llanamente—. Eres una mujer valiente que no le tiene miedo a nada. ¿No te parece que ya es hora de superar este asunto? Ahora mismo estás siendo una gallina, Titan.

La incredulidad hizo que abriera inmediatamente los ojos.

—¿Acabas de llamarme gallina?

—Sí, y lo he dicho en serio.

Sus ojos se estrecharon.

—No deberías hablar de cosas que no comprendes.

—Pues ilumíname. Dijiste que no te importaba contármelo.

—Dije que no me importaba pensármelo.

—Bueno, pues has tenido tiempo de sobra.

—Dos días...

—Es tiempo suficiente. Ahora, cuéntamelo.

Volvió a posar la vista en el techo, dejando clara su respuesta.

Aquella mujer era totalmente insufrible.

—Siguiendo con lo que te estaba diciendo antes, ¿qué te parece que me quede en este lado de la cama?

—No lo sé.

—Y prometo no tocarte. Será casi como si no estuviera... Ya sabes, pasito a pasito.

—Supongo que podríamos intentarlo. Llevo tres días casi sin dormir. Estoy agotada.

¿Qué tipo de miedos podrían asaltarla para obligarla a permanecer despierta durante casi tres noches seguidas?

—De acuerdo. Tienes mi palabra: no te voy a tocar.

—¿En serio?

—Cuando doy mi palabra, lo hago bastante en serio.

Extendió la mano hacia mí.

La miré sin tener ni idea de lo que estaba haciendo.

—Cerramos el trato con un apretón de manos.

Fui incapaz de reprimir la risa que me subió por la garganta.

—De acuerdo, si es lo que necesitas... —Estreché su mano y después volví a mi lado de la cama.

Ella se recolocó la almohada, dio unas cuantas vueltas para acomodarse y luego se durmió de inmediato.

Lo supe por su respiración.

Yo no me dormí en seguida. En vez de eso, la observé dormida a mi lado, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Tenía el pelo esparcido por la almohada y mi camisa cubría holgadamente su cuerpo. Los momentos en los que Titan se mostraba más vulnerable eran también aquellos en los que estaba más guapa.

Desearía poder ver aquella faceta suya todos los días.

Titan

CUANDO SONÓ MI ALARMA A LA MAÑANA SIGUIENTE, ME DI CUENTA DE QUE había dormido toda la noche.

Y de que podía pensar con claridad.

Apagué la alarma y miré a Hunt, junto a mí. Estaba en su lado de la cama con un brazo debajo de la cabeza mientras sujetaba el teléfono con la otra mano. Iba desplazando la pantalla para leer los mensajes y parecía llevar despierto unos minutos.

—¿Has dormido bien? —preguntó con voz ronca.

—Pues... la verdad es que sí.

—He cumplido mi promesa.

Me froté los ojos para despejarme y por fin volví a notar el cuerpo lleno de energía. Hacer números y dirigir mi imperio empresarial era casi imposible cuando no era capaz de pensar dos frases coherentes seguidas. Ahora volvía a tener la mente fresca. Podría disfrutar de las maravillosas vistas que tenía desde la ventana por primera vez en días.

—Gracias.

—Pasito a pasito. —Retiró las mantas con los pies, dejando a la vista la erección palpitante que descansaba contra su cuerpo. Larga y gruesa, sus veintitrés centímetros me impresionaban cada vez que la miraba—. Bueno. —Se incorporó apoyándose en un codo y me

miró—. ¿Puedo cruzar ya la línea? —Estiró los dedos y dibujó una línea que atravesaba el centro de la cama.

—Sí.

—Genial. —Me envolvió la cintura con un brazo y me arrastró hacia el centro. Se puso encima de mí y me separó los muslos con los suyos. Se colocó entre mis piernas y me introdujo su grueso sexo, deslizándose hasta que quedó completamente enfundado—. Me encanta llenarte de mi semen a primera hora de la mañana. —Se puso manos a la obra, estimulándome el clítoris con el hueso pélvico y hundiéndose en mi cuerpo hasta el fondo. Embestía con fuerza y velocidad, llevándome a un orgasmo rápido que fue seguido por el suyo propio. Cuando hubo terminado, se retiró y se metió de inmediato a la ducha.

Mientras yo permanecía allí sentada con su semen dentro, tuve que admitir que a mí también me gustaba el sexo por las mañanas. No había besos ni introducciones. Era sexo puro y duro, sin rodeos. Era rápido y placentero, sin preliminares que ninguno de los dos necesitábamos.

Era una forma espléndida de empezar el día.

MI CHÓFER me estaba llevando a Stratosphere.

Thorn me llamó.

—¿Qué pasa, Titan?

—Me has llamado tú. —Pasé el dedo por la *tablet* para leer los correos.

—Tienes razón —dijo—. Quería saber si podríamos usar tu avión este fin de semana.

—¿Qué le pasa al tuyo?

—El tuyo es más nuevo —dijo—, y el mío lo tengo en revisión.

—Claro, no pasa nada.

—Genial. ¿Qué tal te va con tu juguete?

—Pues la verdad es que bastante bien. —La ventanilla divisoria me separaba del chófer para que no pudiera oír lo que decía.

—¿Y lo de dormir juntos?

—Ha mejorado.

—¿En serio? —preguntó sorprendido—. ¿Has dormido de verdad?

—Sí. Me prometió que no me tocaría en mitad de la noche. Sé que es un hombre de palabra, así que he podido dormir.

—Vaya. Menudo progreso.

—Pues sí.

—Hmm...

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —se apresuró a decir—. Que parece que estáis cada vez más unidos.

—Creo que siempre hemos estado unidos. Lo veo todos los días.

—Pero unidos de una forma distinta.

—¿En qué sentido?

—No sé... No creía que fueras a superar lo de dormir juntos.

—Yo no diría que lo he superado —dije—. Simplemente me ha parecido que esta noche ha sido tolerable. —Mi chófer se detuvo delante del edificio, así que tuve que poner fin a la llamada—. Tengo que dejarte. Mañana nos vemos.

—Vale. Hasta luego.

Colgué y entré en el edificio. Me monté en el ascensor hasta la planta alta y salí a la diáfana estancia. La puerta de la sala de conferencias estaba cerrada, así que di por descontado que Hunt estaría dentro. Me preparé una taza de café y entré.

—Hola.

—Hola. —Miró la taza de poliestireno como si fuera alguna rareza.

—¿Qué?

—¿Qué estás bebiendo?

—Café.

Ahora estaba totalmente perplejo.

—¿Bebes otras cosas aparte de alcohol?

Puse los ojos en blanco y me senté.

—Cállate.

Cuando soltó una risita, esgrimió la sonrisa más sensual del mundo. Era adorablemente encantadora y mostraba la parte más dulce de aquel hombre, aquella que muy pocos llegaban a presenciar. La corbata azul marino hacía juego con el traje, que era del mismo color intenso. Le quedaban bien todos los trajes que tenía, pero aquel color le favorecía especialmente.

—Estás muy guapo hoy —dije a bocajarro.

Se recolocó la corbata.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

Abrí la carpeta y me puse a trabajar. Pasamos las dos horas y media siguientes concentrados en todo lo que nos quedaba por hacer. Hunt iba directo al grano cuando hablábamos de negocios, descartando las cosas que no eran tan prioritarias. Era capaz de categorizar las tareas sin olvidarse nunca de lo menos importante, pero reservándolo para otro momento. Razonaba muy rápido, superándome en muchas cosas porque ofrecía un planteamiento mejor. Llevaba mucho más tiempo que yo haciendo negocios en aquel sector, así que tenía experiencia y conocimientos vitales que compartir.

Era un socio fantástico.

—Me aseguraré de que todo esto quede resuelto para mañana por la tarde —dijo—. Porque este fin de semana no se trabaja. —Me dirigió aquella expresión intensa que yo ya podía descifrar de inmediato. Su significado estaba tan claro como el agua.

No le iba a alegrar la noticia que tenía que darle.

—Este fin de semana me voy a Chicago.

—¿Para qué? —No alzó la voz ni alteró el tono, pero de alguna forma logró impregnar sus palabras de más autoridad.

—Thorn y yo vamos a visitar a sus padres. Van a celebrar un evento de su empresa.

La expresión de Hunt no cambió, pero de algún modo su aspecto se volvió despiadado. Sus cejas oscuras se aproximaron y sus ojos color café perdieron aquella calidez propia de una mañana de otoño. Parecía peligroso, como las ascuas de un fuego todavía ardiente.

—No vas a ir.

Aquel intercambio de poder cada vez se hacía más difícil de soportar. Interpretábamos la autoridad de modos distintos. Yo sólo le ordenaba que viniera adonde yo estaba, pero no le prohibía ir a otros lugares. Su sentido del control llegaba más allá, adoptando un significado rotundamente distinto.

—Eso es un abuso de poder.

—Entre nosotros no existen palabras de seguridad. Así que no hay normas.

—Ya les he dicho que voy a ir.

—Pues entonces diles que no vas a ir.

—Hunt...

—No vas a seguir con Thorn durante un tiempo que es mío, Titan. Soy tu dueño durante las próximas seis semanas.

—Yo nunca te dije dónde ir o no ir.

—Pero te daba igual lo que estuviera haciendo cuando me pedías que acudiera a ti. Pues yo te voy a reclamar de la misma manera y más te vale que vengas a cuatro patas.

Respetaba su fuego, pero también lo despreciaba.

—No me queda más remedio, Hunt, no puedo hacer nada. Sus padres planearon esto hace meses...

—Eso no es problema mío.

Me contuve para no poner los ojos en blanco.

—Bueno, pues voy a ir. Y no puedes hacer nada para impedírmelo.

—Excepto esposarte a mi cama. —Ladeó la cabeza, logrando que la amenaza adquiriera una dimensión más real.

—Entonces me marcharé cuando menos te lo esperes.

—¿Tan decidida estás a desafiarme?

—A lo que estoy decidida es a cumplir la palabra que le di a Thorn. Ya lo he estado dejando bastante de lado de por sí.

—Como si yo no hubiera estado dejando de lado a todos mis amigos —dijo con frialdad—. Al menos él sabe lo nuestro.

No podía discutir con un hombre que siempre tenía la sartén por el mango.

—Volveré el domingo por la noche. Sólo van a ser dos noches.

—Eso es demasiado tiempo. Pero, si insistes en ir, me parece bien.

No podía creermelo que hubiera cedido con tanta facilidad después de todas las cosas que había dicho.

—¿De verdad?

—Sí, porque voy a ir yo contigo.

Aquello sí que era un giro de los acontecimientos.

—¿Cómo?

—Te quedarás conmigo en mi hotel. Sal y haz lo que tengas que hacer, pero en cuanto termines, vuelves conmigo.

—Normalmente nos quedamos en casa de sus padres...

—Pues entonces yo también me quedaré en su casa. O eso o te quedas en un hotel. Tú eliges.

No dudaba de que haría honor a su palabra.

—¿De verdad quieres ir hasta Chicago para pasar el fin de semana?

—De verdad quiero llenarte de mi semen antes de que salgas con tu familia política.

Me sentí sucia por haberme excitado con aquellas palabras.

—Entonces nos quedaremos en un hotel. Supongo que ese es el único acuerdo que vamos a alcanzar...

—Por mí perfecto.

No sabía si eran los celos o la posesividad lo que se había adueñado de él, pero fuera lo que fuera, su humor era más sombrío y ya no se comportaba con la misma actitud despreocupada que hacía unos minutos. Quería tenerme cada segundo de sus seis semanas. Quería que fuera su presa, su juguete.

Y por una vez a mí no me importaba en absoluto.

ME TRAJERON el vestido en una funda de plástico hasta la puerta de casa. Lo recogí y lo colgué en el salón para que no se me olvidara al marcharme al día siguiente. Era suave, de un color verde azulado intenso, y se ajustaba perfectamente a cada centímetro de mi cuerpo. Tenía una pulsera de oro blanco para ponerme con él y los tirantes quedaban colgando de los hombros, dejando al descubierto las clavículas.

Era precioso.

Era una de las pocas prendas que tenía que no eran de Suede.

Las puertas del ascensor volvieron a encenderse antes de abrirse.

¿Se le habría olvidado algo al repartidor?

Hunt apareció con vaqueros oscuros y una camisa de manga larga verde oliva. Con las manos en los bolsillos, entró en mi casa con su cuerpo duro y definido por todas partes. Se invitó a pasar sin decir una sola palabra.

Tendríamos que tener más cuidado con aquel constante ir y venir suyo. Si cualquiera con una cámara se fijaba en la frecuencia con la que acudía a mi edificio, sólo tendría que investigar un poco para saber que él no vivía allí... pero yo sí.

Contempló el vestido que acababa de colgar y la caja de zapatos que había sobre el sofá. Se acercó más a mí y su presencia se extendió por aquel enorme ático. Tenía la mandíbula recién rasurada, y no se le veía ni un solo pelo en el mentón porque se había afeitado después de trabajar.

Se detuvo justo delante de mí, dejando su rostro a unos centímetros del mío. Bajó la vista para mirarme, fijándola en mis labios y a continuación en mis ojos.

Yo contuve la respiración, sintiendo un torbellino de emociones. Me cosquillearon los dedos, el vello se me puso de punta y se me humedeció la entrepierna. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Me invadía tal lujuria, tal deseo carnal que me vi inmersa en una densa neblina. Todo lo demás se puso borroso y lo único que lograba ver con claridad era a Hunt.

Aquel hombre tan fascinante.

Subió la mano lentamente por mi brazo, pasando por el hombro hasta ascender por el cuello. En ningún momento interrumpió el contacto visual conmigo mientras sus dedos alcanzaban mi cascada de pelo. Enroscó los mechones en sus dedos con suavidad, formando un nudo entre su mano y mi cabello. Dio un paso más hacia mí; su presencia era tan cercana que nuestros cuerpos casi se fundieron en uno solo.

Yo me limitaba a respirar.

No sabía qué se había apoderado de mí, pero me sentí débil. Toda mi fuerza y todo mi deseo desaparecieron. Sólo quería que aquel hombre me tomara, que me hiciera sentir de maravilla. Quería que me besara por todas partes, que me succionara los pezones hasta dejarlos en carne viva.

Pegó la frente a la mía.

—Te echaba de menos.

Se me erizó la piel de los brazos cuando sus palabras hicieron mella en mí. Sentí un escalofrío bajándome por la columna hasta

los talones. Juntos trabajábamos a la perfección. Nuestras mentes eran muy distintas, pero las aportaciones de los dos eran igual de importantes. Cuando no estábamos debatiendo ninguna idea, nuestra química sexual nos complementaba a la perfección.

—Yo también te echaba de menos.

Me besó la comisura de la boca, dejando allí los labios durante un largo tiempo. Me rozó la nuca con los dedos, haciéndome temblar.

—Ya lo sé. —Arrastró la boca por mi labio inferior de forma provocativa, seduciéndome—. Desnúdate y métete en la cama. —Sus dedos abandonaron mi pelo lentamente—. Espérame.

Su petición estaba clara y me resultó más fácil obedecer que otras veces. Ahora que lo deseaba tanto, estaba ansiosa por tenerlo de cualquier manera posible.

—Sí, jefe...

Entré en el dormitorio y me quité toda la ropa. Las luces estaban apagadas porque nunca me molestaba en encenderlas; las vistas de la ciudad siempre proyectaban un intenso resplandor en mi habitación, permitiendo verlo todo sin necesidad de encender una sola luz. No me había dicho qué postura debía adoptar, así que me puse a cuatro patas con el culo en pompa, dando por hecho que me querría así.

Solía ser la postura favorita de todos los hombres.

Oí entrechocar unos vasos y el sonido de líquido al ser vertido. Era obvio que se estaba sirviendo una copa, haciéndome esperar a propósito.

Capullo.

Encendió la televisión y me lo imaginé sentado en el sofá, tomándose su tiempo.

Más capullo todavía.

Yo sólo podía pensar en aquella boca sobre mi cuerpo, en aquella enorme erección haciéndome sentir plena, en su

respiración sobre mi nuca mientras se balanceaba hacia mí. Lucía una expresión completamente erótica mientras me miraba, un semblante oscuro acompañado por una mandíbula tensa. Me sentía la única mujer del mundo cuando me penetraba, enterrando su enorme miembro en mi cuerpo.

El tiempo pareció extenderse una eternidad.

Me estaba haciendo esperar a propósito, obligando a mi sexo a relucir de humedad por él. Mi espalda se arqueó por voluntad propia y esperé a que el sonido de la televisión se apagara.

Ningún hombre me había hecho esperar así jamás.

Por fin oí que apagaba el televisor y sus pisadas resonaron contra el suelo de parqué. Ya estaba descalzo y me imaginé que su camisa estaría colgada en el respaldo del sofá. Su presencia masculina entró en el dormitorio y se acercó a la cama con aquellos gruesos brazos a los costados. Su torso era una combinación de líneas y surcos duros, un hombre tallado en piedra. Se detuvo a los pies de la cama y me contempló.

Yo me quedé mirando el cabecero, esperando a que hiciera algo.

Oí cómo caía su cinturón al suelo. Después se bajó los bóxers por sus fuertes muslos y los apartó a un lado de una patada.

Arqueé más la espalda.

—Ahora me echas de menos de verdad.

—Sí...

Desplazó el cuerpo y se puso de rodillas sobre el parqué. Metió la cara entre mis piernas, saludando a mis labios hinchados con los suyos. La ligera barba que tenía en la mandíbula me rozaba la cara interna de los muslos mientras su boca se dedicaba a mi sexo.

—Ah... —Agarré la sábana que tenía debajo y cerré los ojos.

Movió la lengua en círculos sobre mi clítoris antes de introducirla en mi abertura. Me saboreó, dándose un festín conmigo. Me agarró las nalgas con ambas manos y las estrujó. Su boca ancha me lamió y me succionó a conciencia, tornándose más

agresiva.

Se me debilitaron los brazos y apenas fui capaz de sostener mi propio peso. Dejé caer la cabeza en la cama y respiré con dificultad. Eché la mano hacia atrás y encontré su muñeca; necesitaba agarrar su antebrazo para no perder el equilibrio.

Sopló sobre mi sexo y depositó otro beso en él.

—¿Te quieres correr, pequeña?

—Por favor, jefe.

Me besó de nuevo, esta vez con delicadeza.

—No te he oído.

—Por favor —dije más alto.

Ejerció más fuerza en círculos sobre mi clítoris palpitante, aplicando la presión perfecta para arrastrarme a un clímax intenso que casi me hizo arrancar las sábanas de la cama. Le clavé las uñas en el antebrazo y apenas pude evitar que mis caderas se sacudieran.

—Jefe...

Me succionó con más fuerza, prolongando el orgasmo todo lo posible. Me hizo el amor con la boca, provocándome sensaciones maravillosas con su sensual lengua. Soplaba y succionaba una y otra vez.

Yo me sumergí en un éxtasis orgásmico, con la visión nublada y la columna rígida. Tenía el pómulo contra la cama y seguía con el culo en pompa. No podía hacer nada más que respirar, sentir cómo la sensibilidad abandonaba mi cuerpo lentamente.

Hunt se puso de pie, me cogió por las caderas y me dio la vuelta.

Yo me puse de espaldas y vi cómo se colocaba sobre mí, cubriendo mi cuerpo con su físico musculado. Me plegó las piernas hacia arriba y unió nuestras caderas, dejando su torso muy por encima del mío. Clavó su mirada en mis ojos mientras se deslizaba poco a poco en mi interior.

—Este coño es increíble... —Me penetró hasta el fondo, hasta que

cada centímetro quedó envainado. Y, entonces, gimió.

Yo también gemí. Mis manos se posaron sobre su abdomen y fueron subiendo despacio, palpando las líneas intrincadas de su cuerpo donde los músculos separaban las zonas de su físico. Podría haberse dedicado a ser modelo de ropa interior si no hubiera tenido éxito en su carrera como magnate. Su pecho era mi parte favorita. Era suave con esbeltas almohadillas de músculo. Me gustaba arrastrar las uñas por encima para sentir la intensa fuerza que residía debajo.

En lugar de embestirme al instante, aproximó la cara a la mía y me besó.

Despacio.

Suavemente.

Con delicadeza.

Nuestras bocas se movían al unísono con tiernas caricias, nuestros labios se unían y volvían a separarse. Él se mecía lentamente hacia mí, introduciendo y sacando su gruesa erección. Nuestros besos delicados iban volviéndose más intensos, pero no le hicieron perder el ritmo. Me besaba, se retiraba ligeramente para mirarme, me dedicaba la expresión más ardiente que había visto en mi vida y luego volvía a besarme otra vez.

Le rodeé el cuello con los brazos y lo atraje hacia mí, acariciándole el cabello con los dedos. Necesitaba más de él.

Lo necesitaba todo de él.

Separé sus labios con los míos y le metí la lengua en la boca, sintiendo nuestros alientos entremezclarse de inmediato. Me froté contra él, tomando su miembro un poco más rápido. Nos uníamos, nos distanciábamos y volvíamos a unirnos cada vez más fuerte.

Nos ardía el cuerpo.

Nos dolían los dedos.

Ansiaba tener más. Y él se apropió de más.

—Hunt... —hablé contra su boca con labios trémulos. Mi canal

ya se constreñía en torno a él y otro orgasmo me sacudió el cuerpo cuando volvió a cubirme la marea. Mis besos se detuvieron por completo porque lo único que podía hacer era gemir en su boca, sofocar mis gritos para no perforarle los tímpanos. Me aferré a sus hombros y mi cuerpo se desplazó y retorció bajo el suyo.

—Dios...

—Pequeña... —Ahondó el ángulo y me introdujo más su erección, golpeándome con fuerza y profundidad. Su prieto trasero se contrajo y él se hundió hasta el fondo antes de eyacular con un gemido callado, llenándome de su semilla.

Me encantaba sentir su semen dentro de mí. Me sentía mujer al notar el deseo de un hombre en el fondo de mi cuerpo. Y no de un hombre cualquiera, sino de Diesel Hunt.

—Qué placer...

—Pues tengo mucho más.

MIS HOMBRES LLEVARON al avión el equipaje y el vestido, que tenía que ser manejado con sumo cuidado para evitar que se arrugase. Me bajé del asiento trasero en cuanto Thorn aparcó su BMW en la pista. Salió del coche con unos pantalones de vestir, una camisa y gafas de sol oscuras.

—Un día precioso para volar.

—Pues sí.

Sus empleados metieron sus maletas en el avión mientras él se aproximaba a mí.

—¿Preparada para partir?

—Estoy esperando a...

Un Mercedes con los cristales tintados aparcó y, cuando se detuvo por completo, Hunt salió de su interior. Con vaqueros y camiseta negros, tenía un aspecto agradable y sensual con aquellas

gafas de aviador que llevaba. Exhibía una deslumbrante sonrisa, probablemente encantado con la expresión consternada del rostro de Thorn.

—Estaba a punto de decirte que Hunt venía con nosotros. —Era un poco tarde, pero Thorn ya pillaba la idea.

Se cruzó de brazos mientras observaba cómo Hunt se aproximaba a nosotros.

—¿Por qué?

—Me dijo que no quería que me marchara todo el fin de semana. Al principio me ordenó que me quedara, pero le dije que no podía hacer eso porque ya me había comprometido a ir antes de que estuviéramos juntos, así que entonces dijo que venía él. No había mucho que pudiera hacer al respecto.

La expresión de Thorn no se alteró, pero sabía que aquello no le hacía ninguna gracia.

—¿Se va a quedar también en casa de mis padres?

—Nos vamos a quedar en un hotel.

—¿Y qué se supone que le voy a decir a mi madre?

—Dile que tengo reuniones en el hotel. Eso se lo creerá.

Thorn no discutió, pero fruncía más el entrecejo a cada minuto que pasaba.

Hunt llegó hasta donde nos encontrábamos con una sonrisa infantil en los labios. No me saludó con un beso porque no estábamos solos, pero no se contuvo a la hora de pasarme el brazo por la cintura y darme un cariñoso abrazo. Volvió la cara hacia mi cuello y me dio un beso rápido justo detrás de la oreja, actuando con discreción para que nadie se diera cuenta.

Pensé en la noche anterior, en cómo nos habíamos movido lenta y acompasadamente hasta después de amanecer. Me había llenado de su semilla y se había opuesto a que me duchara para que tuviera que dormir con su semen dentro.

Qué erótico.

Hunt se giró hacia Thorn y extendió la mano.

—Señor Cutler.

Pareció que Thorn se estaba pensando si estrecharle o no la mano.

Le dirigí una mirada asesina, sin entender cuál era el problema.

Al final, Thorn acabó cediendo.

—No sabía que ibas a venir con nosotros.

—Yo tampoco lo sabía hasta ayer —dijo Hunt con sencillez—. Pero yo voy adonde va mi mujer.

Yo no era su mujer, pero no lo corregí delante de Thorn.

—¿Tu mujer? —Esta vez, Thorn no pudo contener su enfado. Inclínó el cuerpo, poniéndose instintivamente a la defensiva y dotando a sus hombros de un aspecto más ancho. Los hombres estaban ocupados cargando el avión y preparando el despegue, así que no pudieron oír aquella tensa conversación.

—Soy yo el que se acuesta con ella, ¿no es así? —lo desafió Hunt.

Thorn se acercó más a él.

—Es tuya durante las próximas cinco semanas, pero será mía durante el resto de mi vida. —Thorn estaba tan sólo a unos centímetros de él, pero, por suerte, en ningún momento llegó a alzar el puño. Le dedicó a Hunt una mirada feroz antes de caminar hasta la escalerilla y subir al avión.

Hunt no borró la sonrisa de su cara, ignorando el enfrentamiento como si no hubiera ocurrido nada en absoluto.

—¿Vamos?

Hunt no había hecho nada para provocar a Thorn, pero me decepcionaba que no se llevaran bien. Cada vez que hablaba con él de aquel tema, Thorn parecía calmarse, pero cuando volvían a estar juntos surgían las tensiones.

Hunt se percató de mi desilusión.

—Si creyeras que iba a dejar que alguien me hablara así, no estarías acostándote conmigo.

No, probablemente no.

—Vámonos.

NOS REGISTRAMOS EN EL HOTEL. Thorn acabó alojándose en el mismo lugar porque no podía quedarse en casa de sus padres mientras yo me alojaba en un hotel sola. No resultaría creíble y probablemente les haría pensar que teníamos problemas.

Los dos estábamos en la planta alta, pero en extremos opuestos del hotel... a propósito.

Dudaba que Thorn quisiera oír cómo nos pasábamos la noche follando.

—Hemos quedado para cenar con mis padres a las seis —Thorn me habló mientras subíamos en el ascensor hasta el piso superior. Hunt estaba junto a mí, pero al otro lado, guardando silencio para que pudiéramos mantener nuestra conversación—. Te recogeré a las cinco y media.

—Vale.

Las puertas se abrieron y los tres salimos del ascensor.

Hunt me cogió de la mano y tiró de mí en sentido contrario de inmediato, alejándome de Thorn en cuanto tuvo ocasión.

Thorn lo dejó pasar y se alejó en dirección opuesta.

Recorrimos el pasillo en silencio hasta que llegamos a la *suite* presidencial. Era demasiado grande para sólo dos personas, pero nosotros dos siempre necesitábamos hacer una declaración de intenciones. Nuestro equipaje ya estaba allí, además de una botella fría de champán y flores frescas.

Hunt echó una ojeada a las vistas sobre la ciudad del viento, como apodaban a Chicago, antes de quitarse las gafas de sol y dejarlas sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera esta noche?

—No estoy segura. Sus padres hablan mucho.

Me quité los tacones y dejé que los pies descansaran directamente sobre el parqué.

—¿Alguna vez te has preguntado si los sentimientos de Thorn por ti son más románticos de lo que parece? —Hunt se metió las manos en los bolsillos mientras miraba por la ventana; su espalda fuerte se ensanchaba hasta llegar a sus prominentes hombros.

—No es así.

—¿Tan segura estás de eso?

—Completamente. —Caminé hasta el mueble bar y me serví una copa—. Se comporta de forma posesiva porque para él soy un activo. Me ve como algo de su propiedad a pesar de que todavía no estamos casados. No hay nada de romántico en ello.

—¿Y de verdad es eso lo que crees?

—Totalmente.

Hunt se dio la vuelta y se me quedó mirando.

—¿Se lo has preguntado alguna vez?

—No hace falta. Si se sintiera así, me lo diría.

—¿Y qué harías tú en ese caso?

Dejé caer la cereza y la cáscara de naranja en la bebida.

—Nada.

—¿Nada? —preguntó.

—Sus sentimientos no cambiarían nada.

—Eso iría en contra de todos los motivos por los que te vas a casar con él.

—El amor romántico no cambiaría nuestra amistad ni nuestra lealtad.

—¿Tú le corresponderías? —Sus ojos escudriñaban cada ápice de mi rostro.

—No, yo no lo veo de ese modo. Y esta conversación es una estupidez porque él tampoco me ve a mí así. Thorn Cutler no es la clase de hombre que alberga otros sentimientos que no sean lujuria

y poder. Es muy simple.

Hunt se me quedó mirando unos instantes más antes de girarse hacia la ventana otra vez.

—Esta conversación se ha acabado. No tengo más que decir al respecto y no voy a contestar ninguna pregunta.

—Esto no es una conferencia de prensa —dijo con frialdad—. Y si lo es, soy yo el que lleva la batuta. Puedo preguntar lo que me dé la puta gana.

Me terminé la copa y me senté en el sofá.

Hunt se dio la vuelta y me miró con las manos en los bolsillos.

Yo le devolví la mirada sin inmutarme.

Se sacó las manos de los bolsillos y tomó asiento a mi lado en el sofá. Me quitó la copa de la mano y dio un trago largo antes de devolvérmela.

—Eso, tú sírvete...

—Lo haré. —Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá.

—Bueno, tenemos dos horas antes de que tenga que empezar a prepararme. ¿Qué hacemos?

—Yo ya sé qué es lo que quiero hacer. —Volvió la cara hacia la mía con una mirada diabólica en los ojos.

—¿Y eso es...? —Di un trago a la copa, dejando que el *bourbon* se asentara en el fondo de mi estómago.

—Llenarte de semen... por todos los agujeros.

HUNT CUMPLIÓ SU PALABRA.

Se corrió en mi boca, en mi entrepierna y en mi trasero. Cuando intenté lavarme los dientes antes de ir a cenar, me quitó el cepillo de un tirón y lo arrojó sobre el mueble del lavabo.

Psicópata.

Me puse un vestido de cóctel negro con unos zapatos de colores

estilo *tie-dye*. Tenían los bordes revestidos de negro, por lo que hacían juego con mi vestido oscuro. Me recogí el pelo hacia un lado, colocándomelo sobre el hombro para que cayera formando tirabuzones sueltos pero de estilo informal.

Cuando entré en la sala de estar, Hunt estaba sentado a la mesa trabajando con el portátil. Tenía la cara apoyada en una mano y no se movió ni un centímetro al entrar yo, aunque movió los ojos hacia mí.

Me analizó de los pies a la cabeza.

—¿Te gusta lo que ves, jefe?

Asintió tan levemente que apenas fue perceptible.

Cogí el bolso de mano de la repisa y metí dentro el teléfono. Cuando me di la vuelta, Hunt ya se había levantado y estaba de pie detrás de mí. Me puso las manos en las caderas y estrujó el tejido del vestido, haciendo que se levantara ligeramente.

—¿Estás intentando torturarme?

—No, pero si lo he hecho, entonces he escogido el vestido adecuado.

Dejó escapar un gruñido callado contra mi oreja.

—Tienes suerte de estar a punto de salir por esa puerta.

—A mi jefe le da igual que vaya a salir o no. —Me deshice de él alejándome y justo en ese instante, Thorn llamó al timbre.

Hunt gruñó de nuevo.

Le abrí la puerta a Thorn, que llevaba unos pantalones de traje negros y una camisa gris. En lugar de mirarme a mí primero, lanzó una mirada a Hunt por encima de mi hombro, como si quisiera localizarlo en cuanto la puerta estuvo abierta.

—Estoy lista.

—Fantástico. —Thorn por fin posó la vista en mí. Sus ojos no recorrieron mi cuerpo en señal de apreciación. Rara vez me miraba de ese modo y sólo de vez en cuando me hacía algún cumplido sobre mi apariencia. Pero aquella atracción abrasadora que Hunt

siempre mostraba no se veía por ninguna parte.

Hunt estaba totalmente equivocado sobre él.

Antes de que pudiera salir, Hunt me rodeó la cintura con un brazo. Me estrechó contra su cuerpo y me dio un beso en la boca que fue demasiado intenso para estar en presencia de otra persona. Me dio un apretón con la mano y rozó la nariz contra la mía.

—Te voy a echar de menos. —Me dio un beso en la comisura de la boca y aquella delicada caricia me dejó prácticamente sin respiración.

Yo no me paré a pensar antes de dejar escapar mi reacción.

—Yo también te voy a echar de menos.

Una ligera sonrisa se extendió por sus labios, elevándole una de las comisuras de forma arrogante y dulce al mismo tiempo.

—Ya lo sé, pequeña. —Me dio un beso en la mejilla antes de dejarme ir por fin—. Cuídala. —Clavó su mirada fría en Thorn una vez más—. Quiero que me la devuelvas en perfectas condiciones.

Thorn parecía sentir deseos de apuñalar a Hunt en el ojo con un cuchillo para untar.

Nos marchamos y pusimos rumbo hacia el vestíbulo, donde nos esperaba un conductor. Nos montamos en el asiento posterior de un coche negro, con la ventanilla divisoria elevada para poder tener intimidad. El chófer conocía la dirección, así que nos llevó a nuestro destino.

Miré por la ventana, sabiendo que se avecinaba una conversación tensa con Thorn. Tendría un par de cosas que decir sobre Hunt. Percibí sus palabras antes incluso de que llegara a pronunciarlas.

—¿Te acuerdas de todo aquello que te dije que me preocupaba hace un tiempo?

Mantuve los ojos fijos en la ventana.

—Sí.

—Bueno, pues ahora estoy más preocupado todavía. —Giró la

cara hacia mí mientras estiraba las piernas hacia delante—. ¿Ese tío ha venido hasta Chicago sólo para acostarse contigo? ¿No podía esperar dos días? Tenemos un problema, Titan.

—Admito que es posesivo.

—Demasiado posesivo para ser sólo un rollo. Y tú le estás siguiendo el juego.

—Está él al mando. Ya sabes cuáles son las circunstancias de nuestra relación.

—Pero es que te gusta. —Me contempló con hostilidad con aquellos ojos de un azul gélido.

Yo volví despacio la cabeza para poder mirarlo directamente a los ojos.

—Titan, sientes algo por ese tío. Es obvio.

Clavé los ojos en los suyos sin apartar la mirada.

—Cuéntamelo.

—Hunt y yo estuvimos hablando de ello hace unos días, pero no dejamos claro lo que queríamos decir de verdad.

—¿De qué hablasteis?

—De nada en concreto. Sólo de... cómo es nuestra relación. Él dijo que somos más que amigos, más que amantes. Tenemos una conexión. Yo no le dije que estuviera de acuerdo, pero tampoco lo negué. Entramos en una zona peligrosa, hablando de qué tipo de futuro podríamos tener, pero le dije que no me interesaba el amor, por mucho que él me gustara, y que mi decisión de casarme contigo no había cambiado.

La mirada de enfado de Thorn se desvaneció, pero ahora parecía todavía más preocupado que antes.

—¿Te gusta?

—Desde luego.

—Pero ¿te gusta mucho?

—Sí... Siempre ha habido algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Es sólo que con él siento algo distinto que con todos los demás. En el fondo sé que... cuando esto termine... me llevaré una desilusión. Sé que me costará unas semanas recuperarme. Será duro imaginármelo con otra. Me pongo celosa cuando lo veo con otras mujeres y él se pone celoso cuando me ve a mí con otros hombres. Es algo que nos sale de forma natural y parece que ninguno de los dos puede evitarlo.

Los ojos de Thorn se llenaron de decepción.

—¿Estás enamorada de él?

—No, en ningún momento he dicho eso.

—Pero ¿lo estás?

Hasta el momento había conseguido mantener el muro de hielo que se erigía en torno a mi corazón. Hunt lo había derretido en parte, volviéndolo más fino y frágil de lo que era antes, pero no había logrado resquebrajarlo del todo. Se había ganado mi confianza y mi amistad, lo cual ya era un logro impresionante, pero yo había conseguido proteger el último trocito.

—No, no me he permitido llegar tan lejos. No quiero estar enamorada de él. Mis deseos no han cambiado.

—¿Estás segura?

—Sí, Thorn. Sigo queriendo casarme contigo.

—Entonces a lo mejor deberías dejar de verlo. Si se te está haciendo tan difícil... puede que te convenga poner distancia.

Aquello sería lo más inteligente, alejarme antes de que mis sentimientos crecieran demasiado. Pero después de que él hubiera cumplido su parte del trato, yo no podía renegar de la mía.

—No. Eso no sería justo para él. Se lo ha ganado y yo no puedo desdecirme.

Thorn volvió a mirar por la ventana.

—Ten cuidado, Titan. Ya estás bastante colada.

—Ya lo sé.

—Y te dije que él se sentía así.

—Nunca lo ha dicho de forma explícita.

Sacudió la cabeza.

—No hace falta, Titan. Sería redundante.

—¿Tú crees?

—Te lo advierto, cuando acaben las últimas semanas, no te va a dejar marchar. Va a pedirte más. Y me temo que tú no seas capaz de decir que no.

El hecho de que le entraran las dudas justo en aquel momento me resultó alarmante. Yo sabía lo que quería, pero ahora aquellos sentimientos estaban logrando que dejara de tenerlo presente. Me sentía confundida, insegura. Thorn y yo ya habíamos elaborado nuestros planes para el futuro y no podía poner en riesgo lo que habíamos acordado. El amor era temporal. Duraba unos meses, a veces unos cuantos años, pero siempre acababa extinguiéndose, dejando más sufrimiento del que merecía la pena soportar. Tuve que recordarme a mí misma por qué había decidido casarme con Thorn en un principio. Era la decisión adecuada para mí.

—Diré que no.

ENTRÉ en la *suite* y me encontré a Hunt sentado en el sofá. Su portátil y algunas notas estaban sobre la mesa, pero estaba claro que los había dejado abandonados cuando había decidido disfrutar de una copa y del partido. No llevaba más que unos pantalones de deporte que le quedaban a la altura de las caderas y dejaban a la vista la marcada V que unía la pelvis a su abdomen. Su pecho cincelado estaba definido y duro, y su cuerpo era un mapa de músculos infinitos.

Dejé el bolso en la mesa y me quité los tacones.

—¿Qué tal la noche?

—Alcohol y trabajo, nada más. —Sostenía el vaso sobre el

respaldo del sofá, un Old Fashioned. Probablemente había estado pensando en mí todo el tiempo que había estado fuera.

—Suenas divertido. —Caminé hasta detrás del sofá y le quité el vaso de la mano. Di un trago y me percaté de que les ponía más *bourbon* a sus copas que yo. Y había prescindido de la cereza.

—¿Y tu noche qué tal?

—Entretenida. —Los padres de Thorn eran la clase de personas que no se comportaban de forma acorde a su edad. Estaban llenos de alegría de vivir, les encantaba viajar y nunca se habían considerado personas de más de sesenta años. Para ellos la edad no era más que un número. Vivían la vida al máximo, como si se pudiera acabar en cualquier momento. Thorn estaba muy unido a sus padres, y eso era algo que me gustaba de él. Yo no tenía una familia propia y era agradable ver a alguien valorar lo que tenía. Además, un día también serían mi familia.

—¿Qué te dijo Thorn de mí? —preguntó sin tapujos.

Al menos los dos eran sinceros con respecto a lo que sentían por el otro.

—Lo mismo de siempre.

Hunt volvió la cara hacia la televisión, pero no parecía estar viéndola de verdad.

—¿La fiesta esa es mañana?

—Sí.

—¿Puedo ir yo también?

—Ya sabes que voy a ir con Thorn. —Le puse el vaso en la mano de nuevo y me preparé mi propia copa, un Old Fashioned, asegurándome de que tuviera una cereza. Volví a la zona de estar y me senté a su lado.

—Puedo ir solo. Va a ser una gran fiesta, ¿no?

—Pero no es que vaya a poder estar contigo.

—Habrá baño, ¿no? —Sus ojos permanecieron en la pantalla.

—Ya te dije que este fin de semana iba a estar ocupada. Si te

aburres, no deberías haber venido.

Me rodeó el hombro con un brazo y me atrajo hacia sí.

—No me aburro para nada.

Me cogió las dos piernas y se las puso en el regazo, girándome el cuerpo para que quedara mirándolo a él en lugar de la televisión. Enroscó el brazo alrededor de mi cuello para poder dar un trago, sin apartar los ojos de mí en ningún momento.

—Podrías avanzar mucho con el trabajo mientras estoy fuera.

—Trabajar es lo único que hago todo el santo día. Eso es lo bueno de tenerte cerca: eres una distracción. Eres la solución a mi adicción al trabajo.

—Cualquier persona con éxito es adicta al trabajo.

—Thorn no. Él se ha criado entre algodones.

Me daba igual que Hunt dijera lo que pensaba de Thorn, celoso de mi relación con él, pero no permitiría que hablase de algo que no comprendía.

—No lo conoces, Hunt. No estás en posición de hablar de las cosas que tiene o deja de tener.

En lugar de sentirse rechazado por aquel frío comentario, sonrió.

—Fallo mío.

Di un sorbo a mi copa, dejando que el *bourbon* me humedeciera la boca.

—Eres leal.

—Sólo las buenas personas lo son.

—Eso me hace preguntarme qué dirás de mí cuando alguien me insulta. —No dejó de sonreír—. Estoy seguro de que si alguien dijera la más mínima cosa mala de mí, te arderían los ojos y no te morderías la lengua. Les dejarías las cosas claras con ese frío temperamento de Tatum Titan.

—¿Qué te hace pensar que te soy tan leal?

—No es más que una corazonada —susurró mientras me

acariciaba el pelo con la cara.

Vimos la televisión durante una hora, disfrutando de nuestras copas de *bourbon* sin intercambiar más que unas pocas palabras. Era uno de esos momentos tranquilos en los que hacíamos algo que no fuese follar. Como si fuéramos una pareja que llevaba años juntos, disfrutábamos del silencio que surgía de nuestra mutua compañía.

Cuando pasó la medianoche, apagamos la televisión y nos metimos en la cama. Hunt se quitó los pantalones de chándal y se metió bajo las sábanas, ciñéndose a su lado limitado por aquella línea invisible. Yo cogí una de sus camisetas de algodón de la maleta y me la puse, cubriéndome el cuerpo y dejando que colgara hasta la mitad de mis muslos.

—La he traído especialmente para ti.

—¿Sí? —Aparté las sábanas y me puse cómoda.

—Sí. Es mi camiseta del gimnasio.

Estreché los ojos.

Su sonrisa me dijo que estaba bromeando.

—Es suave y cómoda. Pensé que sería mejor que dormir con mis camisas de vestir.

—Qué considerado.

—Lo cierto es que no. Simplemente creo que estás buena con mi ropa.

—¿Así que tus motivos eran puramente egoístas?

Esbozó una sonrisa.

—Sí. Completamente.

Me puse de costado y lo miré, sorprendida de que no estuviera haciendo ningún avance sexual. Habíamos pasado horas follando antes de que tuviera que empezar a prepararme para la cena y lo habíamos hecho una vez más mientras me arreglaba, pero generalmente eso no bastaba para aplacar su deseo. Era como una máquina sexual que podía funcionar eternamente.

—¿Esta noche no hay acción?

—Pensé que estarías dolorida. Esta tarde te he follado de un millón de formas.

—Es verdad. —Estaba un poco dolorida. Había dilatado todos los orificios de mi cuerpo.

—De todas formas, estoy cansado... He bebido demasiado.

—¿Te emborrachas a solas?

—Sólo me emborracho cuando estoy deprimido.

Examiné el perfil de su rostro cuando entendí el significado de sus palabras.

—¿Por qué estás deprimido?

—Habías salido con Thorn... Con sus padres...

—¿De verdad te molesta eso? —susurré.

Le restó importancia encogiéndose de hombros y cambió de tema.

—¿Cuántas parejas has tenido?

No respondí.

—Esa pregunta es sexista.

—No me refiero a con cuántos hombres te has acostado, sino a cuántos acuerdos has tenido. No pregunto por celos ni por juzgarte. ¿Por qué iba a estar celoso de los hombres que haya habido antes de mí? Cuando estamos juntos, sé que soy el único hombre en el que piensas.

Y también cuando no estábamos juntos.

—Diez.

—¿Diez? —preguntó—. Me esperaba que fueran muchos más.

—Encontrar al compañero adecuado lleva tiempo.

—¿Y cómo los encuentras?

—Thorn suele ayudarme.

Enarcó la ceja derecha sorprendido.

—¿Por qué él?

—Conoce a gente...

—¿Él también hace estos acuerdos?

Como no me correspondía a mí airear la vida personal de Thorn, no contesté.

—No tengo permiso para contártelo.

—Entonces eso es que sí —dijo en voz baja—. Ahora todo tiene sentido.

No mostré ningún tipo de reacción.

—¿Con cuántas mujeres has estado tú?

Se encogió de hombros mientras soltaba un profundo suspiro.

—Joder... Pues la verdad es que no lo sé. Sé que suena horrible, pero no tengo ni idea, en serio.

—¿Ni siquiera aproximadamente?

—No me pareces el tipo de mujer que se pone celosa por sus predecesoras.

—No lo soy —dije con sencillez—. Sólo tengo curiosidad.

—Más de cien. Probablemente ciento cincuenta.

Aquello era algo que me resultaba inconcebible. No me sorprendía teniendo en cuenta lo experimentado que era. No sólo sabía dónde iba cada cosa... Sabía hacerme tocar el cielo con las manos.

—¿Nunca te has enamorado?

—No.

—¿Ni un poco?

—No —dijo—. Nunca he sentido una conexión con nadie más allá del sexo. Hay coqueteos y risas... pero nada auténtico. Las mujeres sólo me quieren por mi dinero o por mi fama, nada más. Nadie me ha preguntado nunca cuál es mi color favorito.

Sonreí.

—¿Cuál es tu color favorito, Hunt?

Esbozó una sonrisa mientras elevaba la vista al techo.

—El azul. ¿Y el tuyo?

—El rosa.

Giró la cabeza para poder mirarme.

—¿En serio?

—Sí, ¿y qué?

—Que es un color de chicas, nada más.

—Bueno, es que soy una chica...

—No, tú eres una mujer. Me imaginaba que tu color favorito sería el rojo... Algo atrevido y primitivo.

—No soy un toro.

Soltó una risita.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Me gusta el rojo... Es bonito.

—En fin —dijo—. La cuestión es que nunca he estado en contra de las relaciones, es simplemente que nunca he encontrado a nadie de verdad. La gente se cree que soy un mujeriego que se pasa el día follando porque tengo fama y dinero, pero sólo lo hago porque así es como me trata todo el mundo. Se creen que es lo único que me interesa.

—¿Por qué no les demuestras que se equivocan?

—¿Cómo?

—Haz obras de beneficencia.

Se rio como si hubiera dicho algo gracioso.

—Ya he fundado tres organizaciones benéficas y estoy involucrado en muchas más. Los medios publican fotos mías con una mujer en cada brazo, pero nunca ha habido un solo artículo sobre mis obras benéficas, porque eso a la gente no le interesa. Soy mucho más interesante en el papel de mujeriego arrogante. Están enganchados a mi disputa con mi padre como si fuera una telenovela.

Nunca había llegado a saber qué había ocurrido después de que Hunt venciera a su padre en la puja por Megaland.

—¿Te ha dicho tu padre algo sobre aquel trato?

—No, pero mi hermano me llamó para hablar del tema.

—¿Brett?

—No, Jax.

Me había contado que llevaban años sin hablarse.

—¿De verdad? ¿Y qué te dijo?

—Que mi padre estaba muy cabreado y con el orgullo por los suelos. Así que me advirtió de que se avecinaba una guerra.

Aquello era repugnante.

—Tu padre es un capullo en toda regla. ¿Cómo se puede ser tan mezquino?

Negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿Y qué tipo de guerra se avecina?

—Pues no lo sé, pero la verdad es que no me importa. Mi padre puede hacer lo peor que se le ocurra, no le tengo miedo.

Cuando miraba a Hunt, veía a un hombre trabajador, decidido y altruista. Era agresivo y autoritario, pero también era amable, considerado y comprensivo. Si fuera hijo mío, estaría tremendamente orgullosa de él. Me desconcertaba que un hombre pudiera estar celoso del éxito de su hijo. Todos los padres querían que a sus hijos les fuera mejor que a ellos. O al menos, así debería ser.

—Tienes razón. No tienes nada que temer.

—¿Tu madre alguna vez se ha puesto en contacto contigo?

La pregunta me pilló por sorpresa. Estábamos hablando de la familia, así que no era que no viniese a cuento, pero su brusquedad me había sorprendido de todas formas.

—¿Por qué?

—Había supuesto que cuando se enteró de lo rica que eras, te habría pedido que retomarais la relación.

No, eso no había ocurrido nunca.

—No. —Por desgracia, no existía en el mundo cantidad de dinero suficiente para hacer que mi madre quisiera conocerme.

—Me sorprende.

—A mí no. Cuando se marchó, no quiso seguir teniendo nada que ver conmigo. No tendría ningún sentido que cambiara de opinión al respecto.

—Estoy seguro de que se arrepintió. No al momento, pero sí con el tiempo.

—Lo dudo. Pero no la odio por haberse marchado.

—¿No? —preguntó en voz baja.

—Me dejó al cuidado de mi padre, que era un hombre maravilloso. No me abandonó en la calle. Y cuando se dio cuenta de que ser madre no era para ella, hizo lo correcto y se largó. Si no quería estar allí, era mejor que se fuese. Si no, me habría guardado rencor y me habría tratado mal. Y yo me habría visto atrapada con una madre que no era cariñosa ni afectuosa. Algunas personas la juzgan por lo que hizo, pero en realidad tomó la mejor decisión para las dos.

Hunt se me quedó mirando en silencio y sin pestañear.

—Es lo mismo que la adopción. Cuando una madre renuncia a su bebé, la gente la juzga por ello. Pero si sabe que no puede darle a su hijo la vida que se merece, entonces está tomando la decisión más responsable. Le está brindando a su hijo una vida mejor. Eso es amor de verdad.

No modificó su expresión.

—Eres mucho más comprensiva de lo que sería la mayoría de la gente.

—Tuve a mi padre, y él valía por dos. No teníamos mucho dinero ni yo muchos juguetes, pero eso no importaba. Nos teníamos el uno al otro y no nos faltaba amor.

Hunt sonrió lentamente.

—Bien dicho, Tatum.

Casi nunca me llamaba por mi nombre de pila. Nadie lo hacía.

—¿Y si acudiera a ti ahora? ¿Y si te dijera que se arrepiente de lo

que pasó hace tantos años?

—No sé... —No había pensado demasiado en ello. No es que la odiara, pero tampoco la quería; sólo sentía indiferencia hacia ella. No había necesitado una madre mientras crecía y ciertamente no la necesitaba ahora que era una mujer de treinta años—. Probablemente nunca ocurrirá, así que no tiene sentido hablar de ello.

—Lo siento si te he hecho sentir incómoda.

—No, no. —Me di cuenta de que nunca habíamos sido tan abiertos el uno con el otro, hablando como lo hacíamos Thorn y yo. Le había hablado de la madre que me había abandonado y él me había contado que su padre seguía siendo un cabrón sin corazón. Nuestras experiencias no eran las mismas, pero teníamos mucho en común: el sufrimiento.

—¿Tienes estos acuerdos por lo que pasó con ese chico hace diez años? —lo preguntó sin rodeos, probablemente en un intento de aprovechar el carácter abierto de nuestra conversación. Era algo que él deseaba saber, porque ya me lo había preguntado antes.

Me planteé la posibilidad de contárselo.

Él me observaba con paciencia, sin formular ninguna otra pregunta hasta que por fin le di una respuesta.

—Sí. —Él ya lo sospechaba, así que no veía qué tenía de malo confirmárselo.

Giró el cuerpo para ponerse de lado y me miró con una expresión tierna en los ojos.

—¿Te hizo daño?

Le sostuve la mirada sin parpadear, pensando en qué respuesta debería darle. Sabía que Hunt no se lo contaría a nadie. Ya le había confiado muchas cosas, pero mi lengua no se movió y mi boca no logró articular palabra. En parte me daba miedo lo que podría pensar de mí. Era estúpido preocuparse por eso, teniendo en cuenta que Hunt era un hombre fantástico. Nunca se mostraba prejuicioso

con nadie, sino que era comprensivo y excepcionalmente dulce.

No debería tener dudas.

Pero aun así las tenía.

Hunt rompió el silencio.

—Si no quieres hablar de ello, puedo esperar. Soy un hombre paciente.

Me permitió salir de aquel aprieto. Se dio cuenta de mi incomodidad y en lugar de presionarme para obtener respuestas, dejó el tema.

—Gracias... Supongo que no estoy preparada.

—No pasa nada. Estaré aquí cuando lo estés.

CUANDO ME DESPERTÉ a la mañana siguiente, me encontré subida a una roca sólida. El pecho de Hunt se encontraba debajo de mí, elevándose y descendiendo con cada respiración. Su olor me rodeaba, envolviéndome en una crisálida grande y cálida.

Abrí los ojos y me di cuenta de que había cruzado la línea del centro de la cama.

Y estaba completamente encima de él.

Él me miró con una sonrisa.

—Buenos días.

Me aparté de su pecho, consciente de dónde me encontraba y de que no debería estar allí. Me retiré el pelo de la cara y retrocedí lentamente hasta mi lado de la cama.

La sonrisa de Hunt desapareció mientras me contemplaba.

—Para que lo sepas, cuando me he despertado esta mañana ya estabas así, tumbada encima de mí.

Podría haberme arrastrado por la cama mientras yo dormía, pero cualquier movimiento me habría despertado de inmediato. Sabía que el único motivo por el que estaba allí era porque yo

misma me había desplazado hasta él.

—Lo siento... —Volví de nuevo a mi lado, haciendo que las sábanas susurrasen mientras me movía.

—No hace falta que te disculpes. —Sus fuertes brazos me dejaron marchar—. Me gusta.

Regresé a mi almohada y me subí las sábanas hasta el hombro, sintiendo frío en aquel lado de la cama desprovisto de calor corporal. Toda la calidez y la comodidad se habían quedado en la parte de Hunt.

Él me observó con aquella atractiva sonrisa.

—Ahora que estás despierta, ¿por qué no vuelves aquí? Sabes que lo deseas.

Claro que lo deseaba.

Dio unas palmaditas en el colchón junto a él; su pecho firme me llamaba por mi nombre.

—Venga, pequeña. No me hagas pedírtelo otra vez.

Mi boca se distendió en una sonrisa y volví a deslizarme por la cama, de vuelta al lugar del que me había escabullido. Mi cuerpo entró en contacto con su piel cálida, posé la mano sobre su pecho desnudo y apoyé la cara en el hueco de su brazo. Le abracé la cintura y enrosqué una pierna entre sus muslos.

De todas formas, era mucho más cómodo estar ahí.

Me rozó la frente con los labios, dándome un beso suave y afectuoso.

—Esta noche he dormido como un tronco.

Yo no me había despertado ni una sola vez.

—Y yo.

—Mi camiseta tiene un tacto aún más agradable cuando no la llevo puesta yo. —Sonrió mientras hablaba.

—Es cómoda. —No había dormido con nadie en casi una década y ya llevaba una semana entera durmiendo todas las noches con Hunt. Ahora me había acostumbrado a su respiración y podía

diferenciar cuándo estaba dormido y cuándo despierto. Me había habituado al sonido de su despertador por las mañanas. Me había familiarizado con aquellos besos cálidos en el cuello.

Y ya estaba acostumbrada al sexo a primera hora de la mañana. Aquel era un lujo del que nunca había disfrutado.

—Tengo una idea —dijo Hunt—. ¿Y si nos quedamos todo el día metidos en esta cama?

—Voy a tener que hacer pis.

Soltó una carcajada.

—Excepto para hacer pis.

—Y necesito comer.

—Para eso está el servicio de habitaciones.

—Aun así tendremos que abrir la puerta y yo no como en la cama.

—Hoy haremos una excepción. Y ya abro yo la puerta.

—¿Y qué vamos a hacer en esta enorme cama todo el día? —pregunté.

—Eres demasiado inteligente como para hacerte la tonta, Tatum.

Subí la mano por su pecho y palpé los duros músculos de su cuerpo. No había nada más sensual que despertarse con un hombre que parecía un muro de ladrillos. Yo no era ninguna damisela necesitada de protección, pero no me importaba sentirme protegida por él.

—Pues vamos a follar todo el día. Y a hablar entre medias.

—¿Y de qué hablaríamos?

—De sexo.

Me reí porque sabía que lo estaba diciendo en serio.

—De Stratosphere, de coches, de viajes, de las cosas que más te gustan...

—¿De las cosas que más me gustan? —pregunté.

—Sí. ¿Qué es lo que más te gusta comer?

—Salmón y ensalada.

Puso los ojos en blanco.

—Esa es una respuesta horrible. ¿Qué comerías todos los días si pudieras?

Aquello no me hacía falta pensarlo mucho.

—Pizza. ¿Y tú?

—Bistec.

—¿Eres un hombre de carne roja?

—Soy un hombre de carne sin más. ¿Cuál es tu país preferido?

—Hmm... Francia y Grecia.

—«País» es singular —bromeó.

—Bueno, pues no puedo elegir. ¿Cuál es el tuyo?

—Si no puedes elegir, entonces no tienes un favorito.

—Vale... Pues Frecia.

Me miró fijamente con las cejas fruncidas por la confusión mientras una sonrisa se dibujaba en su boca.

—¿Y eso qué coño es?

—Francia y Grecia... ¿Lo pillas?

Se rio junto a mi oído, emitiendo un sonido masculino, profundo y sin pretensiones.

—Muy ingenioso.

—Pues ahí lo tienes. Sí que tengo un favorito. ¿Y tú?

—Hmm... —Movié la mandíbula de lado a lado mientras pensaba—. Ruscocia.

—¿Ruscocia? —pregunté. Tardé unos segundos en descifrarlo—. ¿Rusia y Escocia?

—Sí.

—¿De verdad? —le pregunté—. He estado alguna vez en Rusia, pero siempre está nevando. Demasiado frío.

—Aquí también nieva.

—Pero allí está nevando siempre —contrarresté.

—Y en verano en Manhattan hace mil grados. Me quedo con la nieve sin pensarlo.

—A mí me gusta el calor.

—Entonces está claro que no sales nunca.

—Y tú tampoco.

Entrecerró los ojos mostrando su reconocimiento.

—*Touché*.

—¿Cuál es tu deporte favorito?

—El fútbol americano. ¿Y el tuyo?

—El baloncesto.

—¿De verdad? —preguntó.

—¿De verdad qué?

—¿Sigues los deportes? —preguntó sorprendido.

Levanté la cabeza inclinando el cuello para dirigirle una mirada de enfado.

—¿Por qué te sorprende tanto? ¿Porque soy mujer?

—No. Porque el baloncesto es una mierda.

Le di una palmada juguetona en el pecho.

—No lo es.

—Sí lo es.

—El baloncesto es puro entretenimiento. Requiere mucha destreza y unos reflejos rápidos.

—¿Y el fútbol no? —bromeó—. ¿Crees que cruzarte un campo entero con unos hombres descomunales persiguiéndote es fácil?

—Nunca he dicho que fuera fácil. Siempre tienen que estar parándose y recolocándose. El baloncesto es fluido.

—Porque la cancha es enana.

—¿Enana? —pregunté sin dar crédito—. Los jugadores de baloncesto corren mucho más que los de fútbol.

Sacudió la cabeza.

—Eres una mujer inteligente que sabe muchas más cosas que yo, pero de esto... no tienes ni puta idea. —Me sonrió, indicándome que estaba bromeando y pasándoselo en grande con ello.

Le di otro cachete.

—El que no tiene ni puta idea eres tú.

—Como soy un caballero, dejaré que pienses lo que tú quieras.

—Cogió la carta del servicio de habitaciones y la abrió para que los dos pudiéramos leerla—. Tengo hambre. Voy a pedir tortitas con nueces y zumo de naranja.

—No te he visto comer algo así en mi vida.

—Estamos de vacaciones. Hay que vivir un poco.

—En ese caso... —dije echando un vistazo a la carta—. Yo voy a pedir las tortitas con virutas de chocolate y plátano, un café, huevos, beicon y una tostada.

—Ya nos vamos entendiendo. —Descolgó el teléfono del soporte y pidió la comida—. Pueden traerlo a la otra sala y marcharse. —Colgó y se dirigió a mí—: La comida está de camino. ¿Qué podemos hacer mientras esperamos? —Su mirada cobró intensidad poco a poco mientras me contemplaba fijamente.

Decidí meterme con él.

—Hablar de por qué el fútbol es estúpido y el baloncesto es genial.

Me puso una mano en la cadera y me la apretó en señal de amenaza.

—Estás jugando con fuego, pequeña.

—A lo mejor me gusta quemarme.

Estrechó los ojos y se dio la vuelta para colocarse encima de mí. Su gran peso hizo que se moviera la cama y sus brazos musculosos se tensaron al sostener su enorme físico sobre mi cuerpo. Me separó los muslos con los suyos y su erección se apoyó pesadamente contra mi vientre mientras él se recolocaba para ponerse en posición. Ladeó las caderas, moviendo el glande hasta mi entrada. Entonces se enterró en mí de un empujón, abriéndose paso por mi estrecha abertura y enfundándose por completo en mi interior.

—Dios... —Nunca estaba preparada para el inmenso placer que me proporcionaba. Su gran miembro era del tamaño perfecto para

estirarme justo como se debía estirar a una mujer. Si fuera un poco más grande, no cabría en absoluto. Acercó más su cara a la mía y me miró a los ojos, observando mi reacción mientras se hundía a mayor profundidad y con más fuerza—. Mmm...

Tensó el cuerpo y envaró la espalda al escuchar cómo disfrutaba de él.

—Tatum...

Deslicé las manos por sus brazos, sintiendo las colinas y los valles de su físico. Separé todavía más los muslos y dirigí las rodillas hacia mis costados, dándole más espacio para que me penetrara.

—El servicio de habitaciones estará a punto de llegar...

—Pues entonces no hagas ruido. —Empezó a embestir, haciendo que nos moviéramos juntos al entrar y salir de mí, tomándose su tiempo mientras su grueso sexo me exploraba por entero. Se acercó más a mí, sin apenas sacar su erección de mi cuerpo con el movimiento de sus caderas. Quería sentir el máximo posible de mí en todo momento.

Llevé los dedos a su pelo y me aferré a él mientras lo besaba, notando cómo la excitación me recorría todo el cuerpo. Sentí un hormigueo en los dedos de las manos y curvé los de los pies; el pecho me subía y bajaba profunda y regularmente... Todo era irresistiblemente placentero. Ya podía notar cómo se me tensaba el cuerpo entero mientras me preparaba para llegar al éxtasis.

—Todavía no.

Mis labios vacilaron contra los suyos mientras gimoteaba.

—Por favor...

Me penetró más profundamente, enterrando su deseo en el fondo de mi entrepierna.

—No.

Le arrastré las uñas por la espalda y me mordí el labio inferior, esforzándome al máximo por obedecer.

Unos minutos después sonó el timbre y se abrió la puerta de

entrada.

Dejé de moverme, pero Hunt no lo hizo. Siguió frotándose contra mí, sin apartar en ningún momento la mirada de mi rostro.

Dios, esperaba que no pudieran oírnos.

Hunt profundizó el ángulo, frotando el hueso pélvico contra mi clítoris.

—Ahora ya te puedes correr.

Capullo.

El camarero del servicio de habitaciones puso la mesa en la otra sala, haciendo ruido con los platos y con el agua al llenar los vasos. Si nosotros lo podíamos oír con tanta facilidad, imaginaba que él también podría oírnos a nosotros.

Pero quería correrme.

Hunt se sumergió más en mí, con la erección bañada en mis cremosos fluidos.

Ya no podía contenerme más. Quería esperar hasta que el camarero se marchara, pero Hunt estaba haciendo que me resultara imposible. Me estaba penetrando en la postura perfecta, hundiéndose justo en el ángulo idóneo para lograr que mi sexo me traicionara.

Me corrí con violencia, rasgándole la piel de la espalda con las uñas mientras me mordía el labio inferior. Reprimí mi voz y encerré mis gemidos como si estuvieran bien ocultos en una caja de seguridad. Contraje los muslos alrededor de su cintura y enterré la cara en su cuello.

—Joder...

Me folló con un poco más de ímpetu y profundidad.

Dios, era una sensación maravillosa.

En el culmen de mi ardor, dejó de importarme el hombre que había en la otra habitación. Sólo me interesaba la increíble sensación de tener a Hunt dentro, las cosas fascinantes que me hacía su enorme erección, cómo aquel hombre me complacía de un

modo en que ningún otro hombre lo había logrado ni remotamente.

Me contuve lo mejor que pude hasta que la pasión menguó. Relajé las uñas, separándolas de sus músculos, y dejé de apretarle las caderas. Dejé de ver borroso y alcé la vista hacia sus ojos de color café.

El chico del servicio de habitaciones se marchó y la puerta se cerró a sus espaldas.

Hunt sonrió, pero sus ojos retenían el mismo fuego.

—Qué cabrón...

—Soy un cabrón al que te encanta tener entre las piernas.

Eso era imposible de negar.

—Sí...

—Hoy te veo las tetas preciosas. A lo mejor me corro en ellas.

Yo continuaba meciéndome con él, sintiendo cómo se engrosaba su sexo.

—Será mejor que te decidas pronto...

Me contempló los pechos antes de mirarme a los ojos.

—Júntate las tetas.

Me sostuve los pechos con las palmas de las manos, apretándolos con firmeza para formar un pronunciado escote.

—Pero, joder, es que este coño me encanta. —Flexionó las caderas y me folló con más energía, empujando con su grueso sexo.

—Y a él le encantas tú.

Gimió al oír mis palabras y después de unos envites más, salió y se corrió sobre mis tetas. Había montones de semen y quedé cubierta por sus fluidos cálidos y pesados. Me llenó el escote, me salpicó el cuello y dejó un reguero a lo largo de mi abdomen. Era una gran cantidad, tanta que me pregunté cómo me habría cabido dentro si no hubiera decidido correrse fuera.

Gruñó complacido hasta que hubo terminado y su miembro quedó satisfecho con el resultado. Se quedó contemplando su hazaña, claramente orgulloso de ella.

—Trágatelo. —Su sexo se ablandó mientras reposaba en mi vientre.

Yo me pasé las puntas de los dedos por el pecho y me los metí en la boca para chuparlos.

Hunt no pestañeó.

—Todo.

NOS SENTAMOS juntos a la mesita del desayuno con la comida frente a nosotros. Yo solía disfrutar de las comidas mientras trabajaba porque tardaba mucho en comer. Cogí el ordenador, pero la voz de Hunt me interrumpió.

—Nada de ordenadores.

—Sólo iba a...

—Ahora estás en mi turno, Tatum. —Me miró fijamente con unos ojos como el carbón. Eran oscuros y ásperos, como su exterior implacable.

Volví a guardarlo en la funda y regresé a la mesa, vestida con su camiseta aunque mi piel seguía un poco pegajosa. Tomé asiento y lo observé, viendo cómo me devolvía la mirada sin camiseta, cautivador y aterrador.

—Sí, jefe.

Bebió de su zumo de naranja y cogió los cubiertos.

—La única razón por la que estamos comiendo aquí es porque es más fácil. —Cortó la comida y dio un bocado a las tortitas—. Joder, hace años que no comía tortitas.

—Igual que yo. —Di un sorbo al café antes de llevarme un trozo a la boca.

Comimos juntos en un silencio cómodo. Hunt estaba igual de atractivo mientras comía que cuando hacía cualquier otra cosa.

Sonó mi teléfono.

Me puse de pie para cogerlo.

—No.

Me quedé quieta junto a la mesa, sorprendida de que su control llegara tan lejos.

—Sea lo que sea, puede esperar.

—Podría ser importante.

—No tan importante como atenderme a mí. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la silla—. Siéntate.

Volví a sentarme, combatiendo la irritación que me subía por la garganta. No me gustaba que me dieran órdenes, especialmente en lo relativo a mi trabajo. Probablemente era Thorn quien llamaba aquel sábado por la mañana para hablar de los planes de aquella noche. Pero, al parecer, eso no era importante.

Sonó el teléfono del hotel.

Estaba claro que era Thorn.

Hunt tiró la servilleta y contestó.

—Ah, ¿tú sí que puedes coger el teléfono? —pregunté como una sabelotodo.

Hunt me fulminó con la mirada mientras hablaba al auricular.

—Diesel Hunt.

Debía de ser Thorn quien estaba al otro lado de la línea, porque Hunt pareció aún más molesto.

—Ahora mismo no se puede poner. —Escuchó—. ¿Que por qué? Porque me la estoy follando, Thorn. Te llamará cuando yo diga que puede hacerlo. —Colgó.

Mierda.

Volvió caminando hasta la mesa, pero no se dirigió a su asiento, sino al mío.

—¿Qué?

—Arriba.

—Me acabas de decir que...

—Levántate.

Me puse en pie sin saber qué iba a hacer con ese aire tan enfadado.

—Inclínate hacia delante.

¿Acaso iba a cumplir su palabra y a hacer lo que le había dicho a Thorn? Me incliné sobre la mesa.

Me dio un fuerte azote en el trasero con su enorme mano, golpeándome con energía.

Yo salí impulsada hacia delante, quedándome sin aliento porque no me había esperado aquel brusco cachete.

Hunt volvió a su lado de la mesa como si nada hubiera ocurrido.

—No me vuelvas a replicar, Titan.

Me froté la nalga sabiendo que ya estaría enrojecida.

—Ya te puedes sentar.

Me senté en la silla, dolorida pero excitada al mismo tiempo. Odiaba el modo en que me controlaba, pero lo admiraba por ello al mismo tiempo. Lo hacía sin esfuerzo alguno, de manera impecable. Tomaba el mando como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Me había castigado por un delito que merecía su castigo.

Me gustaba.

Y lo odiaba.

Hunt

PASAMOS LA TARDE EN LA CAMA, EXACTAMENTE DONDE HABÍA PLANEADO PASAR mi día con ella. Hubo charla, sexo, más charla... pero sobre todo sexo. Todavía tenía la nalga enrojecida donde la había azotado y ahora disfrutaba contemplando mi obra mientras me la tiraba desde atrás. La quería repleta de mi semen, deseaba que mi semilla reposara en lo más profundo de su ser mientras alternaba con lo más granado de la alta sociedad de Chicago.

Al anochecer se levantó de la cama con el pelo completamente revuelto.

—Tengo que empezar a prepararme.

Me incorporé y apoyé la espalda en el cabecero con el cuerpo rígido por el intenso ejercicio que había hecho a lo largo del día. Tenía el trasero tenso de penetrarla durante horas. Había hecho que se corriera cinco veces antes de sentirme por fin satisfecho.

Ella continuó mirándome como si acabara de hacerme una pregunta. Estaba buscando mi permiso sin pedírmelo explícitamente.

—Pues entonces prepárate.

Entró en el cuarto de baño, enseñándome su trasero prieto y sus largas piernas perfectamente esculpidas. Se le hacía un hueco entre los muslos porque también tenía tensos aquellos músculos. Para ser

una mujer que no ponía un pie en el gimnasio, parecía espectacularmente en forma.

Cerró la puerta y a continuación se abrió el grifo de la ducha.

Al mismo tiempo sonó el timbre de la puerta. No había pedido nada al servicio de habitaciones y había colgado el letrero de «No molestar» en la puerta para que nadie nos molestase.

Lo cual quería decir que quien llamaba a la puerta sólo podía ser una persona.

Me puse los pantalones de chándal pero me quedé a propósito sin camiseta. Tenía los pectorales surcados de pequeñas marcas hechas por las uñas de Titan y cada uno de mis músculos tonificados y sin un gramo de grasa me daba un físico indiscutiblemente perfecto. Corría por las mañanas antes de ir al trabajo y levantaba pesas por la noche. Al contrario que a Titan, a mí me costaba mucho esfuerzo tener aquel aspecto.

Y quería que aquel capullo lo viera.

Abrí la puerta y me encontré cara a cara con el hombre de ojos azules con el que Titan se había prometido. Era de mi altura y teníamos una constitución similar. Él era igual de atractivo que yo, pero sus rasgos eran diferentes: su mandíbula no era tan fuerte como la mía y sus ojos claros le daban un aire de niño bonito. Yo era alto, moreno y aterrador.

—¿Sí?

Thorn no ocultó su desprecio, entrecerrando los ojos molesto.

—¿Dónde está?

—En la ducha.

—Tengo que hablar con ella.

—Bueno, parece ser algo que puede esperar.

Thorn dio un paso para entrar.

Mi mano se movió hasta el marco de la puerta, evitando que pasara.

—Puedes esperar en el vestíbulo.

Ahora parecía que quisiera darme un puñetazo.

—No soy la clase de tío a la que te convenga putear, Hunt.

—Qué coincidencia, yo tampoco.

Mantenía los fuertes brazos a los costados, pero iban a salir disparados hacia mi cara en cualquier momento.

—Le diré que te llame cuando salga de la ducha.

—¿Por qué no me lo creo?

—Hunt. —La voz de Titan llegó a mis oídos. Salió de detrás de mí, ya con su tono autoritario habitual.

Suspiré antes de darme la vuelta hacia ella.

—¿Sí, pequeña? —Sonreí con inocencia, fingiendo que todo iba estupendamente.

Apretó firmemente los labios y me rodeó.

—Por favor, Thorn, pasa.

—Encantado —Thorn habló con la mandíbula apretada mientras cerraba la puerta con más fuerza de la necesaria. Me dedicó otra mirada airada—. ¿Podemos hablar en privado?

No podía mantenerlos separados para siempre. Titan tenía planes para aquella noche y yo no podía entrometerme en ellos. Jamás cancelaba sus compromisos a menos que no le quedara ningún otro remedio en absoluto. Sobre aquello yo no tenía ningún control.

—Danos un minuto, Hunt. —Titan me lanzó una de sus miradas de ejecutiva, dejándome claro que nuestro acuerdo quedaba temporalmente suspendido.

Sólo por molestar me coloqué entre ella y Thorn, y la besé en la boca. Fue un contacto sensual, el tipo de beso que no deberíamos darnos delante de nadie. Le rodeé la cintura con un brazo y le di un apretón en aquel trasero que había azotado con tanta saña.

—No os tiréis demasiado tiempo hablando. —La solté y me encaminé hacia el dormitorio. La *suite* tenía varias habitaciones, así que cogí mi portátil y me senté a la mesa. Despaché parte del

correo, consulté mis acciones, valores y varias de mis compañías, y contacté con varios de mis directores regionales de todo el planeta. El trabajo no dormía nunca y ahora que estaba pasando tanto tiempo con Titan, tenía que recuperar las horas perdidas.

Quince minutos después volvió a entrar con la misma bata que se había puesto antes. Era de seda de color negro azabache y resaltaba las bellas curvas de su cuerpo. Tenía el pelo recogido en un moño apresurado y todavía no se había maquillado.

Levanté la vista del ordenador y la miré a los ojos.

Ella se cruzó de brazos y me miró furibunda.

No le pregunté qué quería Thorn porque aquello no era asunto mío... por más que yo deseara lo contrario.

—¿Sí, pequeña?

—¿Por qué me llamas así?

—¿Pequeña? —pregunté.

—Sí.

Le dediqué una sonrisita maliciosa.

—Porque me perteneces, Titan, y puedo llamarte lo que me dé la puta gana.

No pudo evitar que la irritación le asomara al rostro. Se ponía una máscara para enseñársela al mundo y dar una impresión de pragmatismo e indiferencia constantes, pero yo ahora conocía hasta la más sutil de sus expresiones porque ya las había visto todas. Sabía lo que estaba pasando realmente por aquella sagaz mente suya.

—Sólo estás consiguiendo caerle todavía peor a Thorn.

—¿Se supone que eso me tiene que afectar? —Me importaba una mierda lo que pensara aquel gilipollas. Podía odiarme todo lo que quisiera porque aquello no iba a cambiar nada. Estaba matando a polvos a Titan durante toda la noche porque era mía. Y no sería suya ningún día de estos.

—Supongo que no. —Cruzó los brazos delante del pecho—. Pero

es mi mejor amigo. Desearía que te esforzaras un poco por llevarte bien con él.

—¿Por qué iba a hacer algo semejante?

—Porque somos socios de negocios y cuando se convierta en mi marido vas a verlo con frecuencia.

—Me da igual que estéis casados. Yo hago negocios contigo, no con él.

—¿Por qué le tienes tanta manía? Es inteligente, encantador y comprensivo. La única forma de que a alguien no le caiga bien Thorn es que no quiera que sea así.

—Has acertado. Me niego a que me caiga bien.

—Al menos podrías tenerle cierto respeto. Por mí.

—No le debo nada. Y como yo estoy al mando, a ti tampoco te lo debo. Quería contarles a mis amigos que nos estamos viendo, pero te negaste a dejarme compartir esa información con nadie. Así que no, no esperes que me desviva por las personas que te importan a ti.

Cuando no añadió nada más supe que la tenía acorralada.

Volví a concentrarme en mi ordenador.

—Deberías ir preparándote. Voy a follarte esa boca antes de que te marches.

Ella levantó una ceja.

—De esa manera, si Thorn te besa... me estará besando a mí.

ENTRÓ por la puerta pasadas las dos de la madrugada, todavía radiante con aquellos pendientes de diamantes colgando de los lóbulos de las orejas. Llevaba gran cantidad de máscara oscura en las pestañas, acentuando el color verde esmeralda natural de sus ojos. Iba más maquillada que de costumbre, pero todo el conjunto contribuía a resaltar aún más sus facciones, destacando la

angulosidad de su rostro además del resto de sus bellos atributos.

Y su cuerpo... para qué empezar a contar.

El vestido se ceñía a su diminuta cintura a la perfección, resaltando las femeninas caderas que tanto me gustaba agarrar cuando estaba doblada delante de mí, con la parte baja de la espalda en un ángulo más acentuado que el de un bumerán. Sus largas piernas quedaban cubiertas, pero la insinuación de su forma estaba grabada a fuego en mi mente para siempre porque las había besado por todas partes.

La contemplé desde el sofá mientras dejaba el bolso de mano en la mesita del recibidor y se bajaba de los tacones.

Yo tenía el portátil abierto en la mesita de café, pero había dejado de trabajar hacía horas. Ahora estaba viendo uno de mis programas nocturnos de tertulia, bebiendo más *bourbon* del que probablemente me convenía. Algo en el hecho de que hubiera salido con Thorn me empujó a beber más de lo habitual.

Dejó sus zapatos de diseño encima de la mesa junto con el bolso porque eran demasiado caros para dejarlos en el suelo.

Para ser una mujer que iba con tacones siempre que estaba en público, no parecía disfrutar mucho llevándolos.

Se acercó hasta el respaldo del otro sillón y apoyó las manos en él.

—¿Qué tal tu noche?

—Bien. He adelantado mucho. —No llevaba puesto nada más que los bóxers: prefería no vestirme demasiado cuando cabía la posibilidad de que una mujer guapísima entrase por la puerta en cualquier momento.

Me observó sentado en el sofá con párpados pesados, como si le estuviera entrando el sueño. Echó un vistazo a la pantalla y luego volvió a mirarme.

—¿Qué tal la tuya?

—Bien. Estuvimos con parientes de Thorn y unos cuantos

contactos de negocios.

A mí aquel plan me sonaba aburridísimo. Cuando la había visto entrar por la puerta mi intención había sido follármela antes de irnos a dormir... pero al darme cuenta de lo cansada que estaba me lo pensé mejor. Tener sueño le daba de algún modo un aspecto vulnerable y, como me gustaba verla así, no quise hacer nada que lo hiciera desaparecer. Me gustaba Titan, la fogosa mujer de inteligencia despierta y lengua viperina, pero me gustaba más Tatum... porque muy pocas personas la conocían. Era callada, reflexiva y espontánea. Era dulce, afectuosa e increíblemente tierna.

Apagué la televisión y dejé mi copa sobre la mesita. Me reuní con ella al otro lado del sofá acercándome por detrás para rodearle la cintura con los brazos y metiendo la cara en su cuello. Aspiré el aroma de su perfume, la fragancia que se ponía a veces para ocasiones especiales. Normalmente su piel desprendía un ligero aroma a vainilla por el jabón que utilizaba. Era sutil, pero aromático.

Mis manos subían y bajaban por sus brazos sintiendo su suave piel. Mis labios descansaban cerca de su cuello y podía escucharla respirar. Me resultaba imposible estar tan cerca de ella sin desearla. No me costaría nada levantarle el vestido, poner las manos en su espalda e inclinarla sobre el respaldo del sofá.

Pero no lo hice.

Acerqué la mano a la cremallera de su vestido y se la bajé hasta el final de la espalda. El tejido se separó lentamente, desprendiéndose de sus hombros y deslizándose por su cuerpo. Cayó al suelo sin mi ayuda, revelando su desnudez cubierta únicamente por un tanga negro.

No me hubiera importado darle un mordisco a aquel trasero.

Su respiración se aceleró ahora que ambos estábamos en ropa interior. No se dio la vuelta, esperando mis instrucciones.

La levanté en brazos, acurrucándola contra mi cuerpo y transportándola hasta el dormitorio. Me rodeó el cuello con los brazos y me permitió llevarla como un hombre llevaría a la cama a su mujer. La dejé encima de la cama antes de meterme con ella debajo de las mantas. Las luces ya estaban apagadas, así que lo único que me restaba por hacer era acostarme.

Me di la vuelta en mi lado de la cama y la miré.

Ella me observaba con sus ojos verdes velados por las pestañas. Los brazos le tapaban los pechos, pero podía ver su sensual silueta desapareciendo debajo de la sábana. Me miraba como si estuviera esperando que pasara algo.

Mi mano cruzó la cama y encontró la suya. Entrelacé nuestros dedos sin desviar la mirada.

Ella acarició mi pulgar con el suyo.

—Esta noche he pensado mucho en ti.

—¿Ah, sí?

—Sí...

Había supuesto que yo sería lo último que se le pasaría por la cabeza después del día que habíamos tenido. Había sido mi esclava durante toda la tarde mientras me la follaba como y cuando me apetecía. Se le habían hinchado los labios de todas las veces que los había besado. Ni siquiera había tenido oportunidad de abrir el portátil porque yo había exigido hasta el último instante de su atención.

—¿Y en qué pensabas?

—Te echaba de menos... —Dejó de mover el pulgar sobre el mío y desvió la mirada.

Yo continué mirándola.

—He pasado todo el día contigo y hasta me has cabreado... pero aun así te he echado de menos. Deseaba que fuera tu mano la que estuviese apoyada en la parte baja de mi espalda... Deseaba que fuera tu mano la que cubriese la mía.

Me pregunté si habría bebido demasiado aquella noche. Había estado bebiendo antes de irse, probablemente había tenido un vaso en la mano durante toda la noche y ahora ya habría llegado al límite de su tolerancia. En vez de mostrarse agresiva y desorientada, se había vuelto transparente.

Tenía que hacerla beber más a menudo.

Me incliné a través de la cama y le di un beso en la mano sin apartar los ojos de los suyos.

—Yo también te he echado de menos, pequeña. —Besé cada uno de sus pequeños nudillos antes de volver a mi lado de la cama, manteniendo las distancias para que pudiera dormirse en paz—. Siempre te echo de menos.

—¿De verdad? —susurró.

—Sí.

Cerró los ojos y relajó la mano.

—Diesel...

Me encantaba escuchar mi nombre de sus labios. Muy pocos tenían el privilegio de utilizarlo. Jax me había llamado así el otro día por teléfono, pero él era de la familia: podía usarlo por derecho de nacimiento.

Ella no volvió a abrir los ojos, pero me tiró suavemente del brazo.

—¿Quieres que traspase la frontera?

Asintió.

—Sí.

Abandoné mi lado de la cama y entrelacé nuestros cuerpos. Tiré de ella directamente hacia mi pecho, me pasé una de sus piernas por la cintura y apoyé los labios en su frente. Formábamos una maraña de torsos y extremidades con dos corazones que latían al unísono y dos pechos que se elevaban y descendían a la vez.

Nunca había sentido tanta paz como en aquel momento.

No pensaba en nada que no fuéramos nosotros dos. Sólo tenía

pensamientos para aquella mujer, la única persona en el mundo que me conocía mejor que casi nadie... y de quien sabía tantos secretos. Aquello había empezado por pura lujuria pero a aquellas alturas era innegable que le había cogido muchísimo cariño. Aquella mujer me importaba, tanto su felicidad como su dolor. Acudiría en su ayuda contra el mundo en cualquier momento del día... y de la noche.

Tenía enormes cantidades de dinero y todas las posesiones materiales que pudiera desear jamás. Llevaba una vida sencilla, pero también vacía e insulsa. Por primera vez me sentía emocionado, con un subidón de los que no se bajaban. Me sentía satisfecho, como si no me faltara absolutamente nada.

Me sentía completo.

HICIMOS nuestras maletas y emprendimos el regreso a Nueva York.

Cuando Thorn nos acompañaba era como una barrera para nuestra conexión. No me sentía tan unido a ella al tener que compartirla con aquel hombre al que conocía desde hacía más tiempo. Eran el confidente del otro porque podían contárselo todo. Titan y yo ya teníamos aquel tipo de relación, pero la nuestra estaba en una etapa preliminar. Si le dábamos tiempo suficiente, estaba convencido de que me abriría su corazón de un modo en que nunca podría hacerlo con él.

O al menos aquella era mi esperanza.

Volvimos a la ciudad y Thorn recogió su propio coche para volver a su apartamento.

Me había pasado los últimos tres días completos con Titan, así que debería pasar por mi casa para preparar la semana siguiente, pero sólo quería estar donde ella estuviese.

Los chicos cargaron nuestro equipaje en los coches y hablamos

antes de ponernos en camino.

—¿Vas a irte a casa? —preguntó ella.

Estudié la expresión de su rostro, intentando averiguar lo que ella quería. ¿Querría que me quedara? ¿Querría que me marchara? ¿Importaba de verdad lo que ella quisiera cuando era yo el que estaba al mando?

—Probablemente debería marcharme a casa y adelantar algo de trabajo.

Asintió, pero sus ojos se llenaron de decepción.

—A menos que tú quieras que me quede.

Ella ocultó con rapidez su reacción, como si jamás hubiera tenido lugar.

—No. Te veré mañana, Hunt. —Se dio la vuelta hacia su coche.

La agarré de la mano y la atraje otra vez hacia mí, sin importarme que alguien pudiera vernos juntos.

—Me pasaré dentro de unas horas.

Esta vez no ocultó su reacción. En cambio, sonrió.

ENTRÉ en las oficinas de Stratosphere y subí en el ascensor hasta el último piso. Siempre que entraba a trabajar solía desembarazarme de toda emoción. La perspectiva no me alegraba ni me descorazonaba. No era nada más que otro día en la oficina, otro día para ganar dinero y reforzar mi reputación.

Pero cuando entraba en Stratosphere, sentía algo diferente.

Porque sabía que ella iba a estar allí.

Tatum Titan, directora ejecutiva de Stratosphere.

Codirectora ejecutiva.

Sentía el fuerte latido de mi corazón, el rubor extendiéndose por mi piel y la excitación apoderándose de mi bragueta. Mi entusiasmo no emanaba únicamente de la atracción que sentía. Además, era mi

persona favorita del mundo y siempre me apetecía verla.

La había visto la noche anterior, pero aquello no hizo disminuir mi alegría.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré en la planta remodelada. Cada uno teníamos dos ayudantes que trabajaban en el centro de la sala, cada uno en un escritorio blanco que Titan había escogido. La oficina tenía una atmósfera similar a la de su propio edificio, pero se había esforzado por hacerla más masculina, sabiendo que yo era el propietario de la mitad de la compañía. Había seguido los mismos principios para decorar mi despacho en los tonos exactos de mi ático.

No acudí directamente a su despacho. En cambio, entré en el mío y me puse a trabajar en sus correos y mensajes. Sabía que ella ya había llegado porque la puerta de su despacho en el extremo opuesto estaba abierta de par en par. Aunque fuese tan celosa de su intimidad, no le gustaban las barreras en su espacio de trabajo.

Yo en cambio necesitaba mucha privacidad.

Al cabo de una hora atravesé la sala ignorando las miradas que me dedicaron los cuatro asistentes y entré en su despacho.

Pero cerré la puerta.

Ella levantó la vista de su portátil. Se había puesto una blusa blanca y una falda de tubo ajustada. Aquel día llevaba el pelo echado hacia atrás en un elegante recogido que le daba un aspecto más profesional pero igual de femenino. Había un jarrón sobre la mesa con peonías rosas.

—Buenas tardes, señor Hunt —me dijo como si alguien pudiera estar espiando nuestra conversación.

A mí me daba igual que alguien pudiera estar escuchando. Deseaba que el mundo entero supiese que era mía... y sobre todo deseaba que ella sintiera lo mismo que yo.

—Acabo de repasar todo lo que me has enviado. Me gustan los cambios, pero creo que la presentación debería ser un poco más

tradicional. Admito que eso no es nada original, pero si no igualamos a nuestros competidores en elegancia, la gente no nos tomará en serio. Carol ya llevó este sitio de manera bastante desastrosa, algo que ahora también tenemos que arreglar. Nuestro lavado de cara debería ser lo más elegante posible. —Me acomodé en la silla que había ante su escritorio y apoyé el tobillo en la rodilla opuesta. Preferiría estar besándola mientras me cabalgaba subida a mis caderas, pero habíamos acordado comportarnos con profesionalidad mientras estuviéramos en el trabajo.

Aunque la profesionalidad estaba sobrevalorada.

Titan me contemplaba mientras meditaba mis palabras sin quitarme los ojos de encima. Se le daba considerablemente bien procesar ideas complejas sin que ello afectara a su intimidad con su interlocutor. Llevaba con facilidad las riendas del encuentro, haciendo pausas sin perder su seguridad.

—Tienes razón. A mí también me lo parece.

—Lo pondré todo en marcha.

—De acuerdo. —Volvió su atención al ordenador como si la conversación hubiese acabado. Otra vez era Titan, la ejecutiva agresiva y decidida.

A Tatum no se la veía por ninguna parte, aunque tampoco era que esperara su aparición en ningún momento entre las ocho y las cinco.

Me levanté.

—Me vuelvo a mi despacho. Ya sabes dónde encontrarme.

—Muy bien.

No volví la vista atrás al salir porque sabía que, de todos modos, ella no me estaba mirando.

TUVE una reunión con mis directores y ejecutivos. Siempre me

había centrado en crecer, expandiendo mis negocios todo lo posible. Pero últimamente mi actitud era la de un magnate despiadado: compraba empresas pequeñas para renovarlas y estaba aumentando Megaland a un ritmo demencial.

Trabajaba como si no hubiera tiempo que perder.

Mi objetivo era convertirme en el hombre más rico del mundo sobrepasando a los pocos que ocupaban puestos más altos en la lista... entre ellos Thorn Cutler.

No quería que aquel hombre tuviera ninguna ventaja sobre mí. Él había heredado una compañía fundada hacía cien años sin tener que levantar ni un puto dedo para ganársela. Yo, por otra parte, lo había conseguido todo partiendo de la nada. Era un auténtico empresario que había creado mi propia fortuna, aumentándola después. Tenía un nombre por mérito propio, no gracias a mis antepasados.

Estaba en mi despacho cuando recibí un mensaje de Brett.

«¿Nos tomamos una caña luego?».

Mantenía un contacto tan frecuente con mi hermano como con mis amigos. Era con quien pasaba las fiestas, la única familia de verdad que tenía en la vida. Sólo éramos medio hermanos, pero me sentía más unido a él que a Jax. Titan apareció en el fondo de mi mente. Probablemente la viera aquella noche, pero no podía pasar de mi hermano.

«Claro. ¿A las seis?».

«Sip. Donde tú ya sabes».

Cuando terminé mi sesión en el gimnasio, me vestí y me cambié antes de reunirme con él en el bar deportivo. Ya estaba allí, con un alto vaso de cerveza delante. Ya me había pedido un *whisky*, porque había uno en mi lado de la mesa.

—Más te vale no haberme echado nada en la bebida.

Brett puso los ojos en blanco.

—Si quisiera matarte, lo haría con mis propias manos.

—Cierto. —Di un largo trago mientras lo miraba desde el otro lado de la mesa. Llevaba vaqueros y una camiseta gris, e iba con barba porque era un perezoso—. ¿Qué novedades tienes?

—Estoy trabajando en una nueva idea para un coche.

—¿Tan pronto?

—Sip. La idea del Bullet la empecé a desarrollar hace años.

—¿También me vas a regalar uno de esos? —pregunté.

—Ni de coña, tacaño. Vas a tener que comprarte uno.

—Mierda. —Me reí antes de dar un trago.

—Bueno, ¿qué tal van las cosas con tu dama?

Por supuesto que aquel tema saldría a relucir.

—Bien. —Las cosas que hacía con Titan no se las contaba a nadie, dado que valoraba su privacidad tanto como los hombres de negocios valoran sus cuentas bancarias. No podía contarle los detalles, como habría hecho de ser otra mujer. Ser una cara conocida la obligaba a mantener su reputación impoluta. Me parecía una estupidez que tuviera que ser así, pero lo entendía.

—¿Bien? —preguntó él—. ¿Eso es todo lo que te voy a sacar?

—Me has preguntado qué tal iban las cosas y te he respondido.

Puso los ojos en blanco.

—¿Todavía os estáis acostando? ¿Vais en serio? ¿Se va a convertir en algo más? Eso es lo que te estoy preguntando.

—Ya te dije que era un rollito.

—Los rollitos duran dos semanas, como máximo —contestó Brett—. Esto no es un rollito.

Empezó como uno, pero indudablemente había tomado otro cariz.

—Hacéis negocios juntos... Os acostáis juntos... Sé que te gusta, así que, ¿cuál es el problema?

—Ya te expliqué cuál era, Brett.

Entrecerró los ojos.

—Y a mí todo aquello me pareció una mentira gigantesca.

—¿Cuándo me ha gustado a mí de verdad una mujer?

—Nunca —respondió en el acto—. Razón por la que nunca ves a la misma dos veces. Pero a Titan llevas viéndola meses. ¿Qué te indica eso?

Me encogí de hombros.

—Es una fiera en la cama.

—Ninguna mujer es tan fiera. Además, tiene una personalidad única... y tú lo sabes.

Odiaba cuando mi hermano se ponía a analizarme.

—¿Por qué te importa tanto, Brett?

—Me importa porque quiero que mi hermano sea feliz. Si Titan te hace feliz, déjate de tonterías: dile cómo te sientes y sé lo que ella se merece.

Aquello era más fácil de decir que de hacer.

—Ella no quiere que lo nuestro sea más serio. Ese es el problema.

—¿No? —preguntó él sorprendido.

—Eso es —respondí—. Todavía se quiere casar con Thorn.

—¿A pesar de haber estado meses contigo?

Asentí.

—No está interesada en el amor.

—¿Y tú?

Me quedé mirándolo inexpresivamente.

—¿Hunt?

—¿Qué? —contesté.

—¿O sea que tú quieres que sea algo más serio?

—Lo que yo quiera da igual.

—Si es así, deberías decírselo. Venga, hombre, las mujeres como Tatum Titan no crecen en los árboles; sólo se encuentran una vez en la vida. Si quieres estar con esa mujer, ve y pelea por ella, joder.

Podría pelear por ella como un troglodita, pero aquello no cambiaría nada. Si Titan no quería que pelearan por ella, era

totalmente inútil hacerlo. El acuerdo que tenía con Thorn era lo ideal para alguien como ella: protegía su reputación y le daba un marido en quien podía confiar, que además era uno de los hombres más ricos del mundo. No era mal plan. Los matrimonios concertados eran algo habitual entre los ricos y famosos.

—Brett, déjalo ya, por favor te lo pido.

—No puedo dejarlo si tú lo vas a dejar. Sé que has estado trabajando como un poseso en lo de Megaland y comprando todas esas otras empresas. Estás aumentando tu cartera de acciones en un diez por ciento mensual, sin fallar un mes. Nunca habías sido tan ambicioso... y ya es decir.

—Me gusta el dinero... ¿Y qué?

—Tú y yo sabemos que esto no tiene nada que ver con el dinero. Tenía que ver con mucho más que eso.

—Siento que las cosas entre nosotros han cambiado últimamente...

Brett no contestó, limitándose finalmente a escuchar.

—En realidad, ya no es cuestión de sexo. Hablamos de las cosas...

—Eso es buena señal.

—Pero cuando pregunto sobre Thorn y el futuro... la respuesta sigue siendo la misma. Aunque cada vez parece dudar más.

Brett sonrió.

—Esto me da buena espina.

—Me parece que si continuo siendo paciente, las cosas podrían cambiar. Pero por ahora voy a dejar el tema. Tampoco es como si se fuera a casar con Thorn mañana. Cuando termine nuestro acuerdo dentro de unas semanas, le diré algo.

—¿Acuerdo?

Quitó peso a mi error.

—Rollito, como lo quieras llamar.

—Bien. No deberías permitir que una mujer como esa se te escape entre los dedos.

—Mira quién fue a hablar.

—¿A qué te refieres? —preguntó él—. Yo nunca he conocido a una mujer como esa... y si lo hiciera, puedes apostarte el cuello a que sería mía.

—Como si a una mujer como Tatum Titan pudiera interesarle un hombre como tú —bromeé.

—Los dos sabemos que las mujeres me adoran —dijo sonriendo—. Y sí, lo digo en plural. —Le dio un trago a su cerveza aún con una leve sonrisita en la cara—. Como el trío que hice anoche.

Puse los ojos en blanco.

—Gracias por compartirlo conmigo.

—Tendré que compartir por los dos, en vista de que tú ya no compartes una mierda...

Bebí un poco de *whisky* para disimular mi silencio.

—Y así es como sé que Titan es superespecial para ti.

—¿Por?

—Porque la respetas de verdad.

ATRAVESEÉ las puertas abiertas que conducían al interior de su ático con una bolsa colgada del hombro. Estaba allí para recibirme sin llevar otra cosa que una camiseta y unas bragas. Tenía el pelo suelto sobre los hombros y llevaba un poco de maquillaje, lo justo para resaltar su belleza natural. Me miró y una enorme sonrisa le iluminó la cara.

Sentí que se me aflojaban las putas rodillas.

Se pegó a mi pecho, rodeándome el cuello con los brazos y besándome como si llevara todo el día echándome de menos. Su mirada había perdido la frialdad que tenía en el trabajo. No llevaba puesto aquel exterior profesional que mostraba a todos los demás.

Su dureza se había difuminado mientras desaparecía Titan y sólo quedaba Tatum.

Tatum.

Movió su boca contra la mía con los labios todavía estirados en una sonrisa.

Le puse una mano en el cabello y sentí una calidez dentro del pecho al poner por fin las manos sobre la mujer en la que llevaba pensando todo el día. La bolsa se me resbaló del hombro y cayó al suelo, sin que el golpe nos sobresaltara a ninguno. Sonreía mientras la besaba, incapaz de hacer desaparecer la sonrisa de mis labios. Nunca olvidaría aquel momento, ni tampoco la manera en la que me había mirado cuando había entrado por la puerta.

Deseaba que me mirase así todos los días.

Me enganchó una pierna alrededor de la cadera y yo le agarré el muslo por debajo para mantenerla allí. Mis dedos se hundieron en su carne firme al agarrarla con más fuerza. Introduje la lengua en su boca y le di un suave tirón de pelo.

Respiraba dentro de mi boca, mordisqueando mi labio inferior con sus dientecitos.

No interrumpí nuestro beso mientras la levantaba y la estrechaba contra mi pecho. Ya me estaba rodeando con una pierna, así que se limitó a doblar la otra alrededor de mi cintura, enganchando los tobillos por detrás. Fui siguiendo la pared acristalada en dirección a su dormitorio.

Caímos juntos en la cama y le bajé las bragas, quitándome los vaqueros y los zapatos con un par de patadas mientras ella me bajaba de un tirón los bóxers para dejar mi musculado trasero al descubierto y que pudiera desprenderme del resto. No se molestó con mi camisa y yo con la suya tampoco.

Me deslicé en su interior y ambos tomamos aire profundamente. Joder, aquello era el paraíso.

Sostuve mi peso con un brazo para poder cogerla de la nuca con

la otra mano, cerrándola firmemente sobre los mechones y balanceándome en su interior, con mi enorme miembro bien enterrado en su siempre estrecho sexo. Ya llevábamos acostándonos algunos meses y aquel diminuto canal no había cedido en absoluto.

Respiré contra su boca, disfrutando de su contacto. Sus uñas iniciaron un recorrido en mi nuca y fueron arrastrándose lentamente por mi cuerpo hasta llegar a la parte baja de la espalda. Respiraba con mayor esfuerzo y profundidad, restregando su pequeño cuerpo contra el mío para maximizar el contacto.

—Diesel...

En cierto modo, aquello me pareció más sensual que cuando me llamaba jefe. No la corregí porque no me hacía falta escucharlo. Se me tensó la columna y mi erección se endureció en su interior. Me había llamado por un nombre que muy pocas personas tenían permiso para utilizar, un privilegio que poseía porque se lo había ganado.

—Tatum.

Me puso las manos en el trasero y las cerró sobre mis músculos, tirando de mí para que la penetrara a mayor profundidad a pesar de que ya me era casi imposible hacerlo.

—Sí... Estoy a punto de correrme.

Yo no había hecho más que empezar y ella ya estaba sacudiéndose debajo de mí.

Me froté contra ella con más fuerza, restregando mi hueso pélvico contra su clítoris.

—Uf... —Sus manos me levantaron la camisa y se agarraron a mi torso musculado, empezando a clavarme las uñas.

La besé antes de que alcanzara el orgasmo, cubriéndola de besos ardientes y eróticas caricias. Mi lengua bailó con la suya antes de introducirme su labio inferior en la boca.

—Córrete, pequeña.

Se retorció debajo de mí, jadeando y chillando. Me hizo nuevos arañazos con las uñas y apretó los muslos contra mis caderas, tirando de mí con más fuerza, necesitando la totalidad de mi sexo mientras se contraía a mi alrededor.

—Diesel... Sí.

Eyaculé en su interior justo en aquel momento, depositando toda mi semilla en su cuerpo y llenándola hasta que me quedé sin espacio. Mi actividad favorita en el mundo entero era follarme a aquella mujer, entregarle todo mi deseo para que pudiera permanecer en su interior durante toda la noche. Me gustaba mucho dirigir mi imperio y recoger los frutos de mi esfuerzo, pero aquello era mil veces mejor.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, atrayéndome hacia sí.

—Me encanta tu semen...

—Y a mí dártelo. —Saboreé el sudor en sus labios al besarla. Mis labios se desplazaron hasta su cuello y luego a sus hombros con más fuerza que antes. Sembré de besos su clavícula, arropándola en mi adoración.

¿De verdad querría renunciar a todo aquello cuando nuestro acuerdo llegara a su fin? ¿Encontraría a otro que le provocase sensaciones tan intensas como yo? ¿Encontraría aquella clase de pasión, aquella clase de deseo?

Abrió los ojos y me miró con profunda satisfacción y agotamiento. Sus manos se movieron hasta mi cabello y acariciaron los mechones mientras se frotaba suavemente contra mí, sintiendo mi miembro ablandarse en su interior.

—Te deseo otra vez.

—Pequeña, sabes que todavía no he terminado contigo.

ESTABA de pie detrás de ella en la ducha enjabonándole la espalda

con el gel de ducha, acariciando sus delicados omóplatos, el largo recorrido de su espalda y la profunda curva de su columna. Era una mujer de complexión muy pequeña, algo de lo que no me había dado cuenta hasta que la había visto así, completamente desnuda.

Con tacones y aquellos vestidos suyos parecía medir uno ochenta. Su intimidante mirada la hacía parecer más grande, más fuerte, más poderosa. Pero en realidad, sólo era lo que ahora tenía delante: un metro sesenta de mujer. La tomé por los brazos y le di un beso en la nuca, saboreando los restos de su champú.

Se relajó bajo mi tacto, inclinando la cabeza hacia delante para ofrecerme más de ella.

Aquella era una invitación para besarla, así que le rodeé el pecho con el brazo y la estreché con más fuerza contra mí. Le besé los hombros, la clavícula y el cuello. Mis brazos eran dos veces más grandes que los suyos y mis manos cubrían gran parte de su cuerpo porque resultaban enormes sobre su pequeña figura. No me había empalmado porque mi cuerpo necesitaba un descanso, pero mi mente se sentía tan atraída por ella como siempre.

Y es que no me cansaba de tocarla.

Se dio la vuelta y levantó la cara para mirarme con ojos traviesos.

—Joder, besas de maravilla.

—Sólo cuando te beso a ti.

Nos aclaramos y nos secamos con las toallas. Aquella noche no habíamos cenado porque ninguno se había parado a pensar en ello. Nos metimos en la cama al terminar, Titan con la camiseta con la que había venido yo. Yo me puse los bóxers y me acomodé en su enorme cama mientras la ciudad se extendía ante nosotros al otro lado del enorme ventanal.

La línea invisible que atravesaba el centro de la cama había desaparecido. Ahora estábamos los dos en mi lado o en el suyo. La atraje hacia mí como me gustaba, pasando su pierna sobre mi

cintura. Mi rostro estaba pegado al suyo, lo bastante cerca para sentir su aliento derramarse sobre mi piel cuando respiraba.

A aquellas alturas todo había pasado a formar parte de una rutina.

Era hora de dormir. Yo me tenía que levantar temprano por la mañana para pasar por el gimnasio antes de ir a trabajar. Ella se levantaba al mismo tiempo que yo y solía trabajar con el portátil mientras se tomaba su café matutino. El trabajo era algo que nunca había requerido explicaciones entre nosotros. A ambos nos apasionaban todos nuestros proyectos y los dos entendíamos que nuestros negocios eran nuestro legado.

Observé sus ojos de pesados párpados combatir una oleada de sueño que se había apoderado de ella. Estaba cansada después de su larga jornada laboral y de todo aquel sexo, y su cuerpo empezaba a traicionarla. Pero, de algún modo, sentía la necesidad de permanecer despierta.

Una pequeña sonrisa se formó en mis labios al observarla.

—¿Te puedo hacer una pregunta, pequeña?

—Siempre me estás haciendo preguntas.

—Entonces, ¿te puedo hacer otra más?

—Claro —susurró.

—Tu editorial... ¿por qué no la vendes? —Fuesen cuales fuesen sus motivos, no eran de carácter empresarial. Poseía algún tipo de significado personal para ella. Era un negocio que agonizaba porque el proceso editorial había tomado un curso que nadie había previsto.

La soñolencia abandonó sus ojos de inmediato.

—Espero que no sigas empeñado en comprarla.

Me reí.

—No, he aprendido que es más inteligente hacer negocios con Tatum Titan que contra ella.

—Buena respuesta —dijo con una pequeña sonrisa.

Esperé a la respuesta de verdad.

—Mi padre era poeta. También escribía relatos cortos. Mientras trabajaba para poner comida sobre la mesa, intentaba vender sus obras a las casas editoriales. Siempre soñó con poder ganarse la vida como escritor y así poder pasar más tiempo en casa conmigo. Aquel sueño suyo nunca se cumplió... así que yo me aseguré de que su obra fuese publicada.

La miraba fijamente con incredulidad al ver la cara más amable de aquella encantadora mujer. Era emotiva, afectuosa y profundamente leal. Nunca se olvidaba de sus seres queridos y se había pasado la vida honrándolos. El mundo la había catalogado de mujer de negocios con el corazón helado, pero ella era muchísimo más que eso. Era compasiva, dulce y dolorosamente bella.

Se dio la vuelta y abrió el cajón de su mesilla de noche. Sacó un pequeño volumen de no más de un centenar de páginas. Se giró hacia mí y me enseñó la cubierta; era sencilla y azul, con las olas del océano de fondo. El nombre escrito en la parte inferior era T. Titan.

—¿T. Titan? —susurré—. ¿Tu padre?

—Tom Titan —me explicó ella—. La primera letra es una inicial porque así es como firmaba todos sus poemas. Di por sentado que así es como él lo habría querido.

Le cogí el libro y lo abrí por una página al azar. Tenía impresas palabras en cursiva formando largos poemas sobre el dolor de la vida y también sobre su belleza. Yo era bastante obtuso para la poesía, pero no me costó mucho darme cuenta de su calidad. En sólo unas cuantas páginas, me sentía como si conociera al hombre que había dejado una huella tan profunda en la mujer que yacía a mi lado, la mujer que luego se convertiría en la más poderosa del mundo.

—Estaría muy orgulloso de ti, Tatum...

—Lo sé —susurró ella—. Y espero que ahora mismo me esté viendo desde arriba... que esté viendo toda la gente que ha

comprado su libro.

—¿Qué tal se vende?

—Pues bastante bien, la verdad. Pero claro... Publico una cantidad reducidísima de otras antologías de poesía, así que mi padre no tiene demasiada competencia en mi catálogo.

—Aunque la tuviera, esta es la clara ganadora.

—Gracias. Mi padre era un gran escritor. A veces no resultaban fáciles de leer... cuando hablaba de la lucha constante por el dinero, de la pérdida de mi madre, de criar a una niñita él solo... de que le diagnosticaran un cáncer. Este libro es la crónica de toda su vida. Cuando murió, me permitió conocerlo de un modo completamente distinto.

—¿Encontraste este libro después de su muerte?

—No. Mientras crecía sabía que era escritor. Después de convertirme en una mujer de negocios de éxito, decidí hacer algo con ello. No había ninguna editorial interesada en su poesía, porque decían que no daba dinero. Así que compré una editorial y lo publiqué yo misma.

Admiraba su dedicación.

—Terminaste el trabajo de su vida... pero también eres tú el trabajo de su vida.

—Ojalá todavía estuviese aquí. Lo echo de menos todos los días.

—Yo también echo de menos a mi madre.

Una fina capa de humedad recubrió sus ojos, pero la hizo desaparecer parpadeando. Cogió el libro y lo volvió a meter en el cajón de la mesilla.

—Me reconforta que lo entiendas... pero desearía que no lo hicieses.

—Lo sé.

Se volvió a acurrucar contra mí y me pasó el brazo por la cintura.

—Gracias por contármelo.

—De nada...

Acaricié su frente con los labios y su suave cabello con los dedos. Su aroma me envolvía, arropándome como una suave manta. Ya estaba más acostumbrado a su colchón que al mío propio. Las pocas veces que dormía solo eran las que peor descansaba. Ahora ya me había habituado a tenerla junto a mí noche tras noche.

No quería imaginarme mi vida cuando ella no estuviera.

DESAYUNAMOS JUNTOS SENTADOS A LA MESA, dando sorbos de café y comiendo claras de huevo con verduras. Casi nunca la veía comer por las mañanas, con frecuencia se saltaba también el almuerzo y apenas tocaba su comida durante la cena.

Antes o después tendría que hacer algún comentario al respecto.

Estaba utilizando su *tablet* en la mesa, ya vestida y preparada para entrar en la oficina como un auténtico bombón. Llevaba unos tacones de aguja de infarto y una falda tan ajustada que levantaba la ya perfecta nectarina que tenía por trasero. Era un diez absoluto envuelto en ropa ejecutiva.

En vez de concentrarme en mis bandeja de entrada, continué mirándola.

Ella no levantó la vista de la *tablet*.

—¿Qué pasa?

—Puedo mirarte todo lo que quiera. Eso pasa.

—Pero ya estarás cansado de mirar esta misma cara.

—Jamás.

Sonrió antes de dejar el dispositivo a un lado. Dio un último sorbo a su café antes de levantarse de la mesa y coger su bolso. Era negro y reluciente, con el logotipo de Connor Suede discretamente impreso en un lateral.

Pedazo de mierda.

Capté su poco sutil indirecta y fui a coger mi cartera, que estaba junto a la puerta. Iba con traje y corbata, preparado para un nuevo día en la oficina.

Se acercó a las puertas del ascensor y pulsó el botón.

—Subiré después de ti.

Ya no bajábamos a la vez en el ascensor. Titan había decidido que era demasiado sospechoso.

—Nos vemos luego. —Le rodeé la cintura con un brazo, me incliné y le di un beso de despedida. Fue breve y directo al grano, pero me siguió pareciendo un bonito modo de empezar el día. Entré en el ascensor y bajé hasta la planta inferior.

Algunas personas más salieron de los otros ascensores y se dirigieron hacia la calle atravesando el vestíbulo, todos ejecutivos de camino al trabajo. El portero me abrió la puerta y salí a la acera.

Entonces divisé a Bruce Carol entrando en el asiento trasero de un coche con las ventanas oscurecidas.

Aquella era la segunda vez que lo veía cerca del edificio de Titan.

¿Se trataría de una coincidencia? ¿O no lo era? Antes de llamar más la atención me metí en el asiento de atrás de mi coche y mi chofer arrancó. No tenía pensado comentarle a Titan que había visto a Bruce la primera vez, pero ahora que lo había visto una segunda, tendría que decirle algo.

Con suerte no sería nada más que paranoia mía.

Mi conductor paró en un semáforo y la luz roja pareció brillar una eternidad. No me hacía falta preocuparme por llegar tarde al trabajo porque era yo el que imponía las reglas, pero tampoco me gustaba perder el tiempo.

Miré por la ventana y advertí una pequeña librería en la esquina.

—Da una vuelta a la manzana y recógeme en esta esquina. —Salí del asiento de atrás, entré en la tienda y examiné la sección de poesía hasta encontrar lo que estaba buscando.

T. Titan.

Saqué el libro de tapa dura y abrí la sobrecubierta. Había una corta biografía de T. Titan y una foto en la que aparecía él con una niña pequeña en el regazo. Con el oscuro cabello recogido en dos coletas, parecía tener unos cinco años. Él la estaba sonriendo con las gafas apoyadas en el tabique de la nariz. Pude advertir cierto parecido entre ellos, especialmente sus ojos. Eran idénticos.

Yo también tenía los ojos de mi madre.

Me acerqué a la caja y lo compré.

Titan

ESTABA EN EL TRABAJO CUANDO ME LLAMÓ CONNOR SUEDE.

—Titan, ¿cómo estás? —hablaba con una voz contundente y profunda, irradiando poder a través del teléfono. No sólo era diseñador de moda, sino también un empresario astuto. Había creado una línea de ropa preciosa que les gustaba a hombres y a mujeres, pero además había construido todo un imperio valiéndose exclusivamente de su propio nombre.

—Muy bien. ¿Y tú qué tal, Connor?

—Hace un día fantástico en Nueva York y en un día así sólo pueden pasar cosas fantásticas.

Estaba acostumbrada a aquellas extravagantes frases filosóficas que soltaba. A veces eran extraordinarias y a veces no tenía ni la más remota idea de su significado.

—Seguro que tienes razón.

—Esperaba que pudiéramos hacer la sesión de fotos esta tarde, si puedes hacer un hueco en tu agenda.

—Puedo organizarlo. ¿Pero crees que debería hacerme algo especial en el pelo? ¿Me lo corto?

—Por eso no te preocupes, Titan, mi equipo se encargará de todo. Quedamos a las tres, si te parece bien. Después podemos ir a cenar para hablar del tema.

—Me parece bien.

—Enviaré a mi chófer a recogerte. Vamos a ir a los almacenes que tengo en Brooklyn.

—Vale.

Colgamos y volví a centrarme en el trabajo. Sólo había hablado con dos de mis directores regionales en Francia cuando Hunt me llamó. Ya nunca me llamaba al número del trabajo, sino directamente al móvil.

—Diesel. —Se me hacía raro seguir llamándolo Hunt. Cuando pensaba en aquel apellido, me venía a la mente Vincent Hunt, aquel patán capitalista. Me hacía pensar en Jax, el hermano de quien se había distanciado y que no había cumplido su papel en absoluto. Hunt compartía el apellido con ellos, pero él desde luego le daba una nueva dimensión.

—Tatum. —Él tampoco usaba ya mi apellido. Ahora siempre se dirigía a mí por mi nombre de pila cuando estábamos a solas—. Hoy no has venido a las oficinas de Stratosphere. Había pensado que podíamos comer juntos en mi despacho.

Sabía exactamente lo que quería decir con «comer».

—No podemos dejar de comportarnos con profesionalidad en el trabajo.

—Por desgracia para ti, soy yo el que decide eso.

Aquello era cierto, pero sólo lo sería durante unas semanas más.

—Tengo mucho que hacer aquí hoy. ¿Podrías ocuparte tú de la reunión de esta tarde?

—Sin problema.

—Me tengo que marchar a las tres para la sesión de fotos con Connor.

Era imposible oír el silencio, pero el de Diesel se escuchaba alto y claro. Era brusco y denso, justo igual que su voz.

—Creía que ya habíamos hablado de eso.

—Sí, lo recuerdo. —Había dejado perfectamente claros sus

sentimientos hacia Connor. Estaba celoso y lo último que quería era que yo pasara tiempo con él—. Pero esto es una buena decisión para mis negocios, y para los tuyos también.

—Mis negocios van perfectamente.

—Pero a Stratosphere le iría de lujo este impulso. El anuncio que hicimos con Brett fue todo un éxito.

—Pero Brett no es gilipollas.

—Y Connor tampoco. Me acosté con él porque me parecía guapo, encantador y respetuoso. Y sigo pensando lo mismo de él.

A Diesel no le gustó aquella respuesta y lo dejó bien claro con su silencio.

—No te estoy pidiendo permiso, simplemente te estoy poniendo al corriente de mi agenda para hoy.

Más silencio.

—No entiendo qué es lo que te molesta. Aunque no estuviera contigo, no volvería a acostarme con él.

—¿Por qué?

—Porque no quiero. Tú eres el único hombre con el que quiero estar. —Aquella última frase me salió en un tono más emotivo de lo que pretendía. Salió disparada, como si fuera una avalancha desprendiéndose por un acantilado.

Ahora su silencio adquirió un matiz diferente. Era tranquilo, pero no era la calma que precedía a la tormenta.

—Volveré a casa después de cenar.

—¿Vas a cenar con él?

—Sí.

Esta vez gruñó a través del teléfono.

—Acuérdate de todo lo que te acabo de decir.

—Pequeña, si yo fuera a cenar con una de mis ex supermodelos, tú te pondrías peor todavía.

—Pues claro que no.

Se rio al teléfono como si mi afirmación fuera completamente

imposible de creer.

—Y una mierda.

—Puede que me molestara un poco, pero no me pondría como te pones tú.

Volvió a reírse.

—Lo que tú digas.

—No me atraen los hombres inseguros. No deberías sentir celos de nadie.

—Yo no soy inseguro. Simplemente no me gusta que mi mujer pase tiempo con un hombre que está claro que se la quiere tirar, porque ya se la ha tirado.

—Yo no soy tu mujer...

—Sí que lo eres.

Me enfadé tanto que no supe qué hacer a continuación, así que mis dedos tomaron la decisión por mí y le colgué.

Clic.

Dejé el teléfono y suspiré entre dientes, frustrada por la conversación. Hunt se había puesto celoso de Thorn y ahora también lo estaba de Connor, dos hombres con los que no me acostaba. Admitía que yo me ponía un poco celosa cuando lo veía con otra persona, pero no había ni punto de comparación. Seguí con mi día e intenté olvidar aquella conversación por completo.

LA SESIÓN de fotos fue de maravilla. Me puse ropa preciosa que normalmente llevaría a trabajar y me hicieron fotos en posturas de las que rara vez alguien hacía gala. Hubo tomas delante de escritorios, en salas de juntas, delante de coches caros... de todas las formas que proyectaban mi éxito. No me habían puesto un vestido corto con las tetas fuera. Todos los conjuntos eran finos y elegantes. Las imágenes no tenían que ver con sexo.

Tenían que ver con poder.

Unas horas más tarde, Connor y yo fuimos a un restaurante italiano de Brooklyn. Dejó que su equipo se ocupara de revelar y retocar las fotografías. Ahora estábamos los dos solos hablando de la ropa y los colores.

—Me encanta ese chaquetón negro. Cuando lo hice con mis propias manos, pensé en ti al instante.

—Es muy bonito.

—Y combinado con ese pañuelo morado, que le da el toque de color perfecto. —Sacudió la cabeza mientras sus ojos adoptaban un aire distante. Parecía que sus pensamientos fueran a mil por hora. Si yo era incapaz de seguirle el ritmo, dudaba que casi nadie pudiera. No era fotógrafo, pero había dirigido la sesión y había decidido casi todas las perspectivas—. Es simplemente... —Mantuvo las manos en alto y volvió a bajarlas lentamente—. Es absolutamente perfecto. Esas fotos tendrán un gran impacto. Cambiarán la percepción que tenemos de las mujeres ejecutivas, de la moda, del poder femenino... Esa fuerza femenina suscita deseo... Es sensual.

—Espero que el mundo lo vea del mismo modo.

—Con fotos así de bonitas, no les va a quedar más remedio.

De repente pensé en Hunt y me pregunté qué pensaría de mis fotos. Probablemente le encantarían, a pesar de la participación de Connor. Hunt no me había devuelto la llamada después de que yo le colgara. No era de esperar que hiciera nada después de aquella jugarreta por mi parte.

Connor siguió hablando del tema, inmerso en el proceso aunque nuestra jornada ya había terminado por aquel día. En ningún momento habló de que volviéramos a liarnos ni dio la más mínima impresión de que hubiera estado pensando en ello.

Hunt estaba celoso sin motivo alguno.

Cuando terminamos de cenar, nos despedimos en la acera con

un apretón de manos y me metí en el asiento trasero de mi coche. Mi chófer me llevó de vuelta a Manhattan y luego hasta mi ático. Durante el trayecto fui leyendo las noticias sobre negocios y me topé con algo que hizo que el estómago me diera un vuelco.

Diesel Hunt pillado cenando con su ex, la supermodelo Paris Prescott. ¿Se estará volviendo a calentar la cosa? La pareja tuvo un breve romance hace tres veranos y, según fuentes cercanas a Hunt, él no estaba preparado para comprometerse, pero puede que las cosas hayan cambiado.

Debajo del titular había una foto de los dos cenando juntos tranquilamente en un restaurante de lujo. Ambos bebían vino y Hunt lucía mi camisa gris favorita, la que me había puesto algunas veces para dormir.

Sentí algo que no esperaba. Rabia.

Mucha.

Se me llenó la boca de ponzoña.

Estaba abrumada por tanto enfado que no sabía qué hacer con él.

Sabía que aquello era una treta suya para demostrar que tenía razón, pero eso sólo logró enfadarme más.

Bajé la ventanilla que me separaba del chófer.

—Cambio de planes.

LAS PUERTAS del ascensor se abrieron directamente a su salón.

—Diesel. —Entré y lancé el bolso sobre el sofá. A lo mejor no estaba porque seguía con Paris de fiesta por la ciudad. Si era el caso, esperaría a que entrara por aquella puerta.

Para poder darle un bofetón en la cara.

Sin embargo, apareció caminando por el pasillo vestido sólo con los pantalones de chándal y su cuerpo perfecto completamente

expuesto para que yo lo viera.

Más le valía que Paris no lo hubiera visto.

Lucía una sonrisa arrogante y sin duda estaba disfrutando de lo mucho que me había enfadado toda aquella pantomima.

—Pareces molesta. —Rodeó el sofá y se dirigió directamente hacia mí, abrumándome con su altura.

—No me puedo creer que hayas montado ese numerito sólo para intentar ponerme celosa. Es completamente patético, Hunt.

—¿Para intentar ponerte celosa? —preguntó con la misma sonrisa—. *Estás celosa.*

—No estoy celos...

—Sí que lo estás. Tienes las mejillas más rojas que cuando te corres. Tus ojos parecen dos dardos y yo la diana. Has venido hasta aquí sólo para ponerme los puntos sobre las íes. No finjas que no se te ha hecho un nudo en el estómago en cuanto has visto esas fotos.

Me crucé de brazos, notando cómo me temblaban las manos del enfado. Cuando me lo había imaginado pasando toda la noche con aquella antigua aventura, me habían entrado náuseas. ¿De qué iban a hablar si no era de cuando se acostaban?

—Yo sólo he hablado con Connor de trabajo, no de follar en mi yate.

—Nunca me la follé en mi yate.

—Lo que tú quieras. El lugar es lo de menos.

—Entonces ¿por qué has escogido uno? —preguntó con tono de sabelotodo.

No quería seguir mirándolo a la cara. Si me quedaba allí, diría algo de lo que luego me arrepentiría.

—Buenas noches, Hunt. —Me di la vuelta y me dirigí al ascensor.

—Admite que estás celosa.

—No. —Pulsé el botón y esperé a que se abrieran las puertas.

Él se acercó a mí por detrás, aproximando la cara a mi nuca.

—Admítelo, pequeña. Ya sé que lo estás. No recuerdo la última

vez que te he visto tan enfadada.

—No.

Me puso las manos en los brazos y me agarró con suavidad.

—Le he pedido que cenara conmigo porque he decidido hacer un anuncio con ella para Megaland. Una mujer guapa a la que le encanten los aparatos tecnológicos disparará las ventas.

—No te lo he preguntado.

—Y nunca me he acostado con ella.

Mi cuerpo se quedó inmóvil al oír aquello.

—Los medios piensan que estuvimos liados hace unos años, pero no es verdad. Estaba haciendo algunas inversiones privadas en su nombre. Yo no quería que nadie supiese que estaba en ese sector porque era un conflicto de intereses y, como no me acuesto con mis clientes, nunca pasó nada.

Sentí una oleada de alivio y, un segundo después, vergüenza.

Apoyó la frente contra mi nuca.

—No me hace falta mirarte a la cara para saber que te sientes mucho mejor.

Cerré los ojos, sintiendo finalmente tranquilidad por primera vez desde que había visto aquella foto de los dos juntos.

Me dio un beso en la nuca y me rodeó el abdomen con los brazos.

—Has irrumpido en mi apartamento esperando encontrártela aquí sentada en mi sofá bebiendo vino e intercambiando conmigo historias sobre nuestras posturas sexuales favoritas... Y eso te ha vuelto loca.

Me sentí estúpida, pero también una embustera por no ser sincera cuando la verdad estaba delante de mis narices.

—Me he puesto celosa...

Me volvió a besar.

—Extremadamente celosa.

—No te regodees.

—No voy a hacerlo. —Su voz transmitía su sonrisa—. Pero me gusta verte celosa. Me gusta ver cómo te vuelves loca al imaginarme con otra persona. Así es exactamente como me siento yo contigo...

Me di la vuelta lentamente y quedé de frente a él, manteniendo todavía una mueca de enfado en lugar de mostrar mi evidente alivio.

—Pero no tienes nada por lo que sentir celos.

—Y tú todavía menos, pero eso no te ha detenido. —Sus grandes manos me frotaron los brazos de arriba abajo y sus ojos oscuros revelaron la sinceridad de sus emociones—. Así que dejemos de fingir que no nos sentimos terriblemente posesivos con el otro.

—Sólo has ido a esa cena para enfadarme. Yo no veo a Connor sólo para cabrearte, esa es la diferencia.

—Vale, admito que ha sido completamente deliberado.

—Entonces ¿qué se supone que tenía que hacer? ¿Pasar de Connor? Me estaba haciendo un favor enorme.

Hunt no dejaba de mirarme moviendo suavemente las manos de arriba abajo. Sus ojos oscuros y sensuales no se apartaron de los míos.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer, Hunt? —repetí.

Detuvo las manos a la altura de mis codos.

—Llevarme contigo.

—¿Y cómo iba a explicar tu presencia allí?

Se aproximó más a mí, apoyando su frente en la mía.

—Diciendo la verdad.

Me quedé mirándole los labios cuando me agarró los codos con las manos. El olor de su perfume persistía sobre su piel, aquella fragancia que usaba cuando iba a trabajar y tenía reuniones. Normalmente se había desvanecido para cuando llegaba a casa del trabajo y se revolcaba entre las sábanas conmigo. El tejido absorbía su olor natural y aquel era el aroma que a mí me gustaba.

—Sabes que no puedo contarle la verdad a nadie, Hunt.

Pensarán que estoy jugando a dos bandas y poniéndole los cuernos a Thorn. Nadie lo entenderá.

—Entonces rompe con Thorn. Empieza a salir conmigo.

—Eso tampoco tiene ningún sentido.

—¿No? —Apartó la cara y me cogió de la barbilla. Me elevó el rostro para que pudiera mirarlo directamente a los ojos—. Cuando este acuerdo termine dentro de unas semanas ¿de verdad piensas que seremos capaces de alejarnos? ¿Que podremos follarnos a otras personas sin pensar en el otro? ¿Que vamos a trabajar juntos todos los días sin echarnos de menos con locura? —Me miró los labios una vez más antes de inclinarse y besarme la comisura de la boca. Fue un beso largo, una pausa intensa mientras nuestras bocas entraban en contacto. Cerré los ojos al sentir la calidez que se extendía por cada centímetro de mi cuerpo—. Yo no voy a marcharme. Y tú tampoco.

HUNT ABRIÓ su armario y sacó una cuerda blanca con una superficie suave y lisa. Veía cómo la luz se reflejaba en el material, otorgándole un leve resplandor. Se la enroscó alrededor del brazo y caminó hacia mí, que me encontraba en la cama, con aspecto de ser un vaquero esgrimiendo un lazo y vestido tan sólo con sus bóxers negros.

Yo me quedé allí sentada y lo contemplé, sintiendo que el corazón me empezaba a palpar con fuerza en el pecho. Desde que Hunt había asumido el mando, todas sus preferencias habían sido muy moderadas. Le gustaba controlarme, pero no disfrutaba haciéndome daño.

Debería haber imaginado que eso cambiaría.

Me recordé que aquello era diferente, que confiaba en Hunt porque era alguien a quien estaba muy unida. Se preocupaba por

mí, poniéndome siempre por delante de sí mismo. Era compasivo, comprensivo y mi amigo más íntimo.

Una vez que mi cuerpo asimiló aquella lógica, dejé de sentir miedo.

Estaba de pie frente a mí con aquel físico musculoso, poderoso y espectacular. Comprobó la cuerda con las manos, mostrando su evidente resistencia.

—Bocabajo.

Me quedé mirando la sogá que tenía en las manos con la mente en blanco. No podía hacer nada más que permanecer sentada contemplándolo, pensando en aquella cuerda anudada con fuerza alrededor de mis muñecas. Quedaría a su completa merced, sin ningún control en absoluto.

Formó un lazo con ella y tiró de ambos extremos, provocando un fuerte chasquido.

—Ahora.

Terminé por cooperar y me di la vuelta para tumbarme con el vientre sobre la cama.

—Se te olvida algo.

Sabía perfectamente a qué se refería.

—Sí, jefe.

Me agarró por los tobillos y me estiró las piernas hasta que quedaron colgando en el borde de la cama. Me ató los tobillos con la cuerda, apretándola bien para que no pudiera moverme a menos que doblara las rodillas. Cogió lo que sobraba de la sogá y trepó sobre mí.

—Las muñecas.

Dudé antes de juntarlas por detrás de la espalda.

Me las ató con firmeza, usando la fuerza suficiente para que no pudiera mover ni siquiera los codos. Me quedé allí tumbada con la mejilla apoyada contra la cama, esperando a que empezara con lo que fuera que quisiera hacer conmigo.

Hunt se quitó los bóxers y los arrojó al suelo de una patada. Después se mantuvo suspendido sobre mi cuerpo, haciendo presión con su gruesa erección entre mis nalgas. Se frotó contra mí despacio, moviéndose a través de la suave piel. Recogió la humedad de mi entrepierna y la extendió por mi trasero.

No sabía si iba a penetrarme por delante o por detrás.

Conociéndolo, probablemente lo haría por ambos sitios.

Me rodeó el pecho con el brazo y me obligó a levantarme, arqueándome la espalda y girándome la cara hacia él. Me besó la mandíbula y fue trazando un recorrido hasta mi boca. Me dio un beso delicado, una contradicción directa con la brusquedad con la que se aferraba a mí.

—Dime qué pensaste cuando me viste con Paris.

Mi pecho se elevaba y descendía contra su brazo. Sentía su sexo grueso entre mis nalgas, retorciéndose y palpitando porque ansiaba follarme con ganas. Mis manos atadas descansaban en la parte superior de mi trasero y la cuerda me rozaba la espalda.

—Dímelo.

—Que llevabas puesta mi camisa favorita... esa gris con la que me gusta dormir. Odié imaginármela con ella puesta.

—¿Y qué más?

—Me pregunté si querría intentar algo contigo... y si lo haría.

—¿Y?

—Sentí náuseas... Me enfadé mucho... Me sentí dolida.

Volvió a besarme la mandíbula.

—Pero soy todo tuyo, pequeña. La única mujer a la que deseo está debajo de mí. —Me dio algunos mordisquitos en el lóbulo antes de dejar escapar su cálido aliento sobre mi oído—. Paris Prescott no es nada en comparación contigo.

—¿Eso crees?

Me besó la curva de la oreja.

—Eso lo sé. Pero ahora tengo que castigarte por haber salido a

cenar con ese imbécil. El único hombre con el que comes soy yo.
—Me soltó el pecho y sostuvo su propio cuerpo con los brazos.

Mi torso descansó sobre la cama y mi mejilla volvió al colchón.

—Arriba. —Su voz profunda resonó en mi oído.

Volví a incorporarme forzando los pequeños músculos de la espalda para mantenerme erguida.

Me besó en la nuca y fue sembrando besos a lo largo de mi columna. Me rozaba la piel sensible con la barba, arañándome del modo más erótico. Llevó la boca hasta mi hombro y me clavó los dientes con delicadeza, mordiéndome de forma provocativa.

Cerré los ojos y gemí.

Él dirigió su sexo hacia mi entrada y se introdujo dentro, abriéndose paso por mi entrepierna resbaladiza hasta que quedó completamente enfundado en mi lubricación.

—Siempre estás mojada para mí, pequeña.

Respiró pegado a mi oído mientras empezaba a empujar sacudiendo las caderas contra mi trasero. Cada vez que se movía, su cuerpo chocaba contra mis nalgas con una fuerte palmada. Instintivamente mis manos tiraron de la cuerda que me ataba las muñecas, pero no se movieron ni un milímetro.

Hunt gruñó en mi oído mientras me follaba, entrando y saliendo de mi sexo.

—Qué puta maravilla. —Cada vez que entraba en mi interior se esforzaba por llegar lo más hondo posible y por utilizar toda la fuerza que podía, chocando los testículos contra mi trasero.

Volví a tirar de la cuerda porque quería agarrar su prominente muslo. Quería sentir aquel musculado cuerpo sobre el mío con mis propias manos, pero el nudo estaba demasiado apretado y cada vez que me movía, la cuerda se me hundía más en la piel.

De repente me dio un azote sin previo aviso, golpeándome con la enorme palma de su mano con una fuerza sorprendente.

Salí impulsada hacia delante y dejé escapar un pequeño grito de

estupor.

Entonces me acarició la nalga a modo de disculpa, masajeando la piel donde ya sentía un cosquilleo.

—Qué rápido se te enrojece la piel... —Embistió una vez más, acercando la boca a mi cuello. Besó la piel con fuerza y succionó, volviéndose más agresivo conmigo. Entonces me dio otro azote y la mano le tembló con el movimiento.

Solté un gemido.

Él cambió de mano y me pegó en la otra nalga, golpeándome de forma tan despiadada como la vez anterior.

Yo respiré asimilando el dolor y sintiendo cómo me ardía el trasero.

Ahora Hunt me penetraba con más violencia, gruñéndome al oído mientras estampaba el cabecero contra la pared. Me daba un cachete tras otro, azotándome por el crimen que había cometido. Los golpes eran siempre inesperados y me pegaba con energía y rapidez en vez de recurrir a unas suaves palmaditas.

Los ojos se me empezaron a humedecer porque el doloroso ardor que sentía en la piel hacía que me escocieran los lagrimales.

Hunt me miró a la cara y vio cómo me caían las lágrimas.

—Sólo tienes que pedirme que pare y lo haré.

—Nunca.

Se tumbó sobre mí dejando caer más peso y me penetró profundamente y con brusquedad. Movía el cuerpo de atrás hacia delante, haciendo que mi clítoris se frotara contra las sábanas que tenía debajo. Dejó de azotarme y me dio descanso suficiente para que me corriera.

Para que me corriera con violencia.

Intenté contener el grito, pero no sirvió de nada. Se escapó de mis labios, fuerte y agudo, e hizo eco en su amplio dormitorio.

La voz ronca de Hunt me llegó a los oídos.

—Di mi nombre.

—Diesel.

Embistió con más fuerza.

—Dilo otra vez.

—Diesel.

—Ahora di que soy tu hombre. —Empujó con más energía, haciendo que el orgasmo se prolongara una eternidad.

Yo no vacilé porque estaba extasiada por el clímax, disfrutando de todas las sensaciones que me provocaba.

—Eres mi hombre...

Volvió a gruñir junto a mi oído mientras eyaculaba, llenando mi entrepierna de todo su semen. Expulsó su semilla como si fuera una manguera apagando un incendio. Me llenó hasta tal punto que empezó a desbordarse de inmediato, brotando de mi abertura.

—Y tú eres mi mujer.

SALIÓ del baño con un frasco de ungüento.

—Date la vuelta.

Yo estaba tumbada de espaldas en la cama con el trasero todavía enrojecido por la cantidad de veces que me había azotado.

—No necesito...

—Ahora.

Me tenía que recordar constantemente que ahora jugábamos según sus normas. Si él quería que me diese la vuelta, yo tenía que cooperar. Retiré las sábanas y me puse bocabajo. Tenía pequeñas magulladuras en las muñecas por culpa de las cuerdas, pero si los próximos días me ponía una blusa de manga larga, nadie se daría cuenta de las rozaduras.

Me agarró las caderas y me recolocó el cuerpo hasta que me tuvo exactamente donde él quería. Entonces me aplicó el ungüento en las dos nalgas, extendiendo la crema sobre mi piel irritada.

La zona maltratada se calmó de inmediato y me inundó una oleada de alivio.

—¿Qué tal, pequeña?

—Bastante bien...

Sus anchos dedos me acariciaron la piel hasta que la pomada se disolvió del todo, dejando una fina capa aceitosa sobre la superficie. Entonces hundió la cara entre mis piernas y me besó, rozándome suavemente el clítoris con su enorme lengua.

Cerré los ojos y mi respiración se hizo más profunda mientras disfrutaba de las sensaciones maravillosas que me provocaba con la lengua. Acababa de penetrarme con brusquedad y ahora me acariciaba como el viento sobre un pétalo de rosa.

Dios mío.

Me agarró las nalgas con sus grandes manos y las masajeó mientras me besaba, ofreciéndome alivio de dos maneras muy distintas. Su grueso miembro me había tomado con rudeza, dejándome dolorida porque con cada envite había llegado hasta el fondo. Ahora estaba compensándolo con sus tiernas caricias.

—¿Te gusta, pequeña?

—Sí...

Siguió haciéndome aquello durante quince minutos, provocándome placer con los ligeros toques de su lengua. No me llevó al orgasmo de inmediato porque su deseo era relajarme y hacerme sentir bien. Cuando estuvo preparado para hacerme llegar al límite, me tomó con la lengua con mayor agresividad. Me succionó la piel y le hizo el amor a mi clítoris con la boca.

Sentí que el cuerpo se me tensaba en respuesta, preparado para la inminente sacudida de placer. Había hecho que me corriera treinta minutos antes con su imponente erección y ahora estaba haciendo lo mismo con los labios. Pegué la boca a las sábanas y grité contra ellas, sofocando mis gemidos con la ropa de cama sólo en parte. Ahora que tenía las manos libres, agarré las sábanas que

me rodeaban y empujé las caderas contra el colchón, siguiendo la reacción natural de mi cuerpo.

—Diesel...

Hunt siguió besándome hasta que hube terminado del todo, saboreándome los labios hinchados con la lengua mientras me devoraba. Apartó la boca y se colocó sobre mí, observándome mientras yacía agotada sobre el edredón. Pegó los labios a mi mejilla y sonrió.

—Eso parece que te ha gustado.

—¿Qué es lo que me ha delatado?

Me besó la mejilla y luego la comisura de la boca antes de levantarse de encima de mí.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

Había estado demasiado ocupada disfrutando del clímax para preocuparme por la comida.

—Claro.

—Voy a preparar algo rápido. —Abrió el cesto de la ropa sucia y sacó la camisa gris que había llevado a la cena—. Puedes ponerte esto.

Le eché un vistazo antes de tirar de ella hacia mí.

—Y también te la puedes quedar.

—¿Tu camisa? —susurré.

—Sí. De todas formas, a ti te queda mejor.

ME QUEDÉ TUMBADA de costado en la cama porque me dolía demasiado el trasero. Con suerte me sentiría mejor por la mañana y podría sentarme en la silla de la oficina sin tener que ponerme un cojín debajo. La gente sabría que o bien me habían azotado o me habían penetrado con dureza por detrás.

Hunt descansaba junto a mí, asegurándose de que la alarma de

su móvil estuviera activada y comprobando si tenía algún correo nuevo. La luz que emitía el teléfono le iluminaba el rostro y destacaba el color oscuro de sus ojos y su densa barba. No se había afeitado aquel día ni tampoco el día anterior, y tenía la barba poblada y cerrada. A mí me gustaba de ambos modos, pero con la mandíbula rasurada, sus ojos parecían más imponentes. Supongo que prefería aquella mirada hostil.

Dejó el teléfono en la mesilla de noche y me miró.

—¿Hmm?

—¿Qué pasa?

—Me estabas mirando.

—Creía que podía mirarte todo lo que quisiera.

—No —dijo—. Dije que yo podía mirarte todo lo que quisiera. Soy tu dueño.

—Entonces ¿preferirías que mire otra cosa? —bromeé—. ¿A otra persona?

Estrechó los ojos fingiendo enfado.

—Más te vale no hacerlo. Ya sabes cuál será la consecuencia.

—Ahora mismo tengo el culo demasiado dolorido para eso.

—¿Te pongo más crema? —Sonrió, claramente orgulloso de todo lo que me había hecho aquella tarde.

—Ahora lo único que necesito es tiempo.

Apagó la lámpara de su mesilla y se acercó a mí desplazándose por la cama. Me envolvió con los brazos, que hicieron las veces de barrotes de una jaula. Me rodeó con su calidez y su olor, transportándome a un lugar seguro donde nadie podría tocarme nunca.

—¿Vas a cogerte el día libre mañana?

—Yo nunca me cojo días libres.

—¿Ni siquiera cuando estás enferma?

—Es que no me pongo enferma.

—¿Y cuando te vas de vacaciones?

—No me voy de vacaciones.

Me dedicó una sonrisa mientras me miraba.

—Eso suena aburrido.

—Me parece que tú tampoco eres de los que se cogen vacaciones.

—De vez en cuando sí me subo a un avión. Más a menudo que tú.

—Bueno, a mí me gusta trabajar.

—Y a mí también —dijo—. A lo mejor deberíamos tomarnos unas vacaciones juntos. Irnos a alguna isla remota en el medio de la nada y cocernos al sol.

—Pues la verdad es que no suena mal.

—Nada más que tú y yo, y el paraíso... y sexo.

—Me lo imaginaba.

Apoyó los labios sobre mi frente mientras adoptaba su postura. Así era como parecíamos dormir siempre, uno de cara al otro mientras él descansaba la mandíbula en mi frente. Ahora estaba acostumbrada a tenerlo a mi lado, a su forma de respirar mientras dormía. Creía que aquello me resultaría aterrador, que evocaría recuerdos horribles que sólo quería olvidar, pero lo único que sentía era paz.

—Buenas noches, pequeña.

Aquello me enterneció, porque ya le había cogido cariño a aquel apodo.

—Buenas noches, Diesel.

THORN ME ENVIÓ un mensaje mientras estaba sentada ante el escritorio. El trasero no me dolía tanto como el día anterior, pero todavía me escocía un poco. Cambié de postura unas cuantas veces, mitigando la presión de las nalgas cuando podía.

«Oye, esta noche tengo una gala benéfica. Te necesito a mi lado».

«Ya estuve a tu lado el fin de semana pasado».

No quería estar en un acto público hablando de cosas que en realidad no me importaban cuando podía estar en casa con Hunt, una de las pocas personas que sabían quién era yo de verdad. Nuestras conversaciones eran naturales y reales, y hasta cuando no hablábamos me encontraba a gusto.

«¿Y? Vas a pasar el resto de nuestras vidas a mi lado, así que yo diría que es mejor que te acostumbres».

Yo nunca protestaba cuando Thorn me pedía que fuera con él a algún sitio. No me importaba salir por ahí y pasar tiempo con él, porque era mi persona favorita del mundo. Pero ahora ya no me interesaba tanto.

«He trabajado muchísimo hoy. Me apetece pasar una noche tranquila en casa».

«Venga ya. No me dejes colgado, Tay».

«Es que me has invitado a última hora».

«Me invitaron a la gala esta hace cuatro meses, pero se me había pasado por completo. Voy a tantear a algunos magnates empresariales ya que estoy allí, será una oportunidad perfecta para hacer contactos».

Yo no era muy aficionada a establecer contactos. A la gente le costaba tomarme en serio a pesar de mi apabullante éxito. Para la mayoría de los hombres yo nunca sería nada más que una mujer, alguien con quien era peligroso asociarse.

«Vamos, estoy seguro de que tienes un vestido precioso en ese enorme armario tuyo que te está pidiendo a gritos que te lo pongas».

Sonreí porque Thorn sabía cómo convencerme.

«Esa no es la cuestión».

«Y unos zapatos maravillosos que lucir. Te recojo a las siete».

Sabía que iba a terminar por ceder porque me sentía culpable por haberlo dejado de lado. Éramos socios y pretendíamos

conquistar el mundo juntos, lo cual quería decir que tendríamos que asistir a aburridas fiestas por la noche y tener controlada a toda la gente a la que queríamos destronar.

«Está bien».

«Esa es mi chica».

Me centré de nuevo en el trabajo y entonces me llegó un mensaje de Connor Suede.

«Tengo las fotos. Me voy a pasar por allí para que les eches un vistazo».

«Vale, perfecto».

«Te veo en media hora más o menos».

Que Connor se fuera a pasar por mi oficina me hizo pensar inmediatamente en Hunt y en qué opinaría de aquello. Que aquel hombre estuviera a solas conmigo en mi despacho lo haría enloquecer. Era celoso y posesivo, pero no había tardado en darme cuenta de que yo era exactamente igual.

La voz de Jessica surgió a través del interfono unos minutos más tarde.

—Titan, el señor Hunt ha venido a verte.

¿Cómo? ¿Por qué? Si necesitaba algo, habría llamado sin más. No había venido a echar un polvo rápido porque mis puertas eran de cristal. No tenía ni idea de qué querría, pero más valía que fuera importante.

—Dile que pase.

Hunt cruzó el umbral de la puerta un instante después luciendo un aspecto espectacular con un traje gris. El color oscuro de su cabello y de sus ojos contrastaba con el tejido claro. Podía atisbar su piel bronceada bajo el cuello de la camisa. Estaba guapo con cualquier color, pero el gris le sentaba especialmente bien.

Tomó asiento sin preguntar y cruzó las piernas. No hubo ningún saludo verbal.

Me lo quedé mirando, manteniendo las piernas cruzadas y el

rostro impasible. Antes me resultaba sencillo fingir indiferencia hacia él en público, pero ahora me costaba trabajo hacerlo. Mi primer impulso había sido ponerme en pie y darle directamente un beso en la boca. Hasta me había temblado la mano al verlo atravesar el umbral e imaginarme acariciándole la línea de la mandíbula con los dedos. Se había afeitado aquella mañana, así que quería sentir la piel suave con las yemas de los dedos.

Pero me quedé en mi asiento.

Él me miró fijamente como si fuera yo la que había interrumpido su jornada y no al contrario.

Cuando quedó claro que él no iba a pronunciar palabra, hablé yo:

—¿En qué puedo ayudarte, Diesel?

Una ligera sonrisa apareció en sus labios cuando usé su nombre de pila.

—He venido porque han surgido algunos problemas en Stratosphere. La patente que presentamos sigue pendiente. Al parecer uno de los ingenieros jefes está teniendo un problema de vulneración de los derechos de autor.

—Idiota.

—Creo que todo se aclarará, pero mientras tanto me he reunido con nuestra empresa de envíos internacionales. También andan cortos de material, así que los costes van a aumentar. Creo que deberíamos reinventarnos y ofrecer productos más exclusivos. Ahora mismo vivimos en un mundo de tiendas de un dólar y de minoristas baratos. Todo es barato y se rompe enseguida. La gente quiere productos de calidad aunque tenga que pagar un poco más. Creo que deberíamos ir en esa dirección. Con tu reputación y la mía, la gente apostará por ello.

—¿Tú crees?

—Especialmente después de la sesión de fotos con Connor.

Justo en ese momento Jessica habló por el intercomunicador.

—Connor Suede ha venido a verte, Titan.

¿Acaso no tenía la peor suerte del mundo?

Hunt entrecerró los ojos mientras clavaba la mirada en el aparato. Su expresión se endureció todavía más cuando la dirigió hacia mí.

Ahora no sabía qué hacer. No quería hacer esperar a Connor, pero tampoco quería echar a Hunt.

Jessica habló de nuevo.

—¿Titan?

Miré a Hunt, manteniendo una actitud profesional.

—¿Podemos seguir más tarde con esta conversación? Puedo pasarme por Stratosphere...

—Esperaré. —Unió las manos sobre el regazo y continuó con las piernas cruzadas. No parecía tan furioso como lo había llegado a ver otras veces, pero sus ojos aún contenían un aire amenazador. Estaba recurriendo a su férreo control para permanecer impasible y estaba funcionando... en gran parte.

—¿Fuera? —pregunté.

—No. —Dio una palmadita en el reposabrazos—. Esperaré aquí mismo.

No cedería aunque le pidiera que se marchase. Pulsé el botón del intercomunicador.

—Dile que pase, Jessica.

—Por supuesto.

Connor Suede entró un instante después con un portafolio bajo el brazo. Tenía los ojos fijos en mí e ignoraba a Hunt como si no lo hubiera visto.

—Titan. —Extendió la mano por encima del escritorio.

Se la estreché.

—Gracias por haberte pasado. Llevo tiempo pensando en estas fotos.

—Entonces te vas a poner muy contenta cuando las veas.

—Llevaba una americana negra y una camisa blanca con cuello de pico debajo. Los músculos del pecho sobresalían bajo la camisa y su piel bronceada destacaba en igual medida.

—Connor, ¿conoces a Diesel Hunt? Es mi socio.

Connor se giró hacia él, prestándole atención por primera vez.

—Desde luego. Te pusiste una de mis chaquetas para ir al desfile de moda napolitana que hubo en Milán. Una prenda preciosa.

Connor Suede prestaba mucha atención a los detalles. Sabía si yo llevaba su ropa con un solo vistazo. Como diseñador principal, era él quien decidía meticulosamente todas las combinaciones de colores, los cortes y los estampados. Su línea de ropa no era cara, pero eso se debía a que pensaba muchísimo cada prenda.

Connor extendió la mano para estrechársela a Hunt.

A Hunt más le valía corresponder al gesto.

Se quedó mirándola fijamente como si se planteara no darle un apretón de manos.

Yo le dediqué una mirada asesina a pesar de que no me estaba mirando.

Al final, le estrechó la mano.

—Aquella noche recibí muchos cumplidos sobre ella.

—Ya me imagino. —Connor tomó asiento y abrió la carpeta—. Mira qué maravilla. —Puso la primera serie de fotos en el escritorio.

Yo las miré de una en una, encantada con las imágenes. Todas eran espontáneas, pero parecían haber salido a la perfección. Había disfrutado sintiendo aquella ropa sobre mi cuerpo, notando cómo se abrazaba a mi piel.

—Son espléndidas, Connor.

—Ese pañuelo fue el toque de color ideal.

Hunt se levantó de la silla y rodeó la mesa para echar un vistazo a las fotos por encima de mi hombro.

—Esta es mi favorita. —Señaló una imagen en la que aparecía yo

en el despacho delante de un ventanal, con un portátil y una taza de café encima del escritorio. Llevaba un vestido sencillo de color negro y el pelo recogido sobre un hombro. Tenía la cara inclinada, así que sólo se me veía el perfil.

—Eres fotogénica —dijo Connor—. Si mañana lo perdieras todo, siempre serías bienvenida en mi pasarela.

Hunt alzó la cabeza, elevando las cejas.

Yo recogí las fotos y se las devolví a Connor.

—¿Cuándo se publicarán?

—La semana que viene. Los anuncios aparecerán en la próxima edición de las revistas de mayor tirada, pero también habrá algunos en vallas publicitarias. La gente se va a volver loca con mi línea de otoño. —Guardó las fotos en la carpeta y se la metió bajo el brazo—. Muchas gracias por haberme dado esto, Titan.

—Soy yo quien te tendría que dar las gracias, Connor.

Sonrió y extendió la mano.

—Vamos hablando.

Yo se la estreché.

—Vale.

Connor volvió a darle un apretón de manos a Hunt antes de salir.

Él se quedó junto al ventanal observando a Connor alejarse hasta que desapareció del todo. Después se dio la vuelta para contemplar las vistas de la ciudad con las manos en los bolsillos.

No había duda de que estaba enfadado porque yo estaba pasando más tiempo con Connor de lo que a él le gustaría. No le había dado ni un abrazo, pero un simple apretón de manos ya le parecía demasiado.

Me senté ante mi escritorio e intenté hacer caso omiso de aquel ambiente hostil.

Cuando habló, su voz no contenía la rabia que yo había esperado oír.

—Esas fotos son preciosas.

No me giré para mirarlo.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí, pero no soy imparcial. Sólo me gustan porque sales tú. —Se dio la vuelta hacia la mesa y caminó por mi despacho como si fuera suyo en vez de mío—. ¿Te ha dejado alguna copia?

—Sí. Aquí están. —Cogí la carpeta que había en el borde del escritorio.

Las hojeó hasta que encontró la que quería.

—Esta es mía.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

Dejó caer la foto en el bolsillo interior de su traje.

—Eso no es asunto tuyo. —Pasó junto a mi escritorio en dirección a la puerta—. Esta noche te veo, Tatum.

De repente me acordé de que había hecho planes con Thorn.

—Tendrá que ser tarde, probablemente sobre las diez.

Se dio la vuelta con un gesto de puro descontento en la cara.

—¿Y eso por qué?

—Porque tengo planes. —No se los iba a contar a menos que no me quedara más remedio.

—Más vale que no sean con él. —Era obvio que se estaba refiriendo a Connor.

—No.

—Entonces, ¿con quién?

No me gustaba darle explicaciones a nadie. Me enorgullecía de llevar una vida en la que yo era dueña y señora de todo, incluso de mí misma. Pero le había entregado mi alma al diablo y ahora el propio demonio estaba allí haciendo exigencias.

—Thorn y yo vamos a ir a un evento benéfico esta noche.

—¿A la gala del Met de Manhattan?

—Sí.

Regresó a mi mesa con las manos en los bolsillos.

—Volveré cuando hayamos terminado.

—A mí también me han invitado, pero no tenía pensado asistir.

—¿Por qué?

—Porque contaba con pasar la noche contigo.

Me hizo sentir culpable sin alzar la voz siquiera.

—Lo siento, Diesel. Intentaría escaquearme, pero para Thorn es importante que vaya.

—Yo tengo el poder para cambiar tus planes de esta noche.

Así era. Sólo tenía que darme una orden y yo tendría que mentir a Thorn y marcharme.

—Pero no lo voy a hacer. Eso sí, cuenta con que vas a pagar por ello cuando vuelvas.

THORN ME RECOGIÓ en mi ático. Las puertas del ascensor se abrieron y pasó al interior con un traje de color azul marino oscuro.

—Hola, soy yo.

Cogí el bolso de la encimera y me puse una pulsera.

—Hola. —Llevaba un vestido de fiesta corto de color negro con detalles de encaje.

—¿Lista para recaudar dinero para los sin techo? ¿O es para alguna enfermedad? La verdad es que no tengo ni idea.

Claro que no tenía ni idea.

—Es para recaudar dinero para el nuevo centro comunitario.

—Ah... Creo que ya me acuerdo. —Se ajustó el reloj de plata en la muñeca y miró la hora—. Deberíamos irnos ya. —Me miró y me levantó los dos pulgares—. Estás guapa que te cagas, por cierto.

—Gracias —dije con una sonrisa.

—No está aquí tu perro guardián.

—No. Si estuviera aquí, ya te habrías enterado.

Montamos en el ascensor para bajar al vestíbulo y nos subimos a

los asientos traseros del Mercedes negro. El chófer nos llevó por la ciudad hasta el edificio histórico donde se celebraba la gala, un lugar con unas vistas fantásticas del parque.

Thorn puso la mano sobre mi muñeca y se sentó directamente a mi lado.

—He estado pensando.

—Eso nunca es bueno —bromeé.

Esbozó su sonrisa atractiva, pasando por alto mi broma como hacía con todas las demás.

—Mi madre no para de darme la lata... y las cosas han estado avanzando a toda velocidad. Has comprado Stratosphere y yo he estado trabajando en esa nueva empresa de lentejas.

No sabía adónde quería llegar con aquello. Yo estaba al corriente de sus proyectos y él de los míos.

—Llevamos años hablando de casarnos. Creo que deberíamos hacerlo y punto.

¿Cómo?

—Así que dentro de un mes tengo pensado llevarte al mejor restaurante de Manhattan. Me aseguraré de que estén presentes todos los medios, me arrodillaré y soltaré la pregunta. Había pensado en una boda de verano.

Seguía mirándolo, viendo iluminarse sus ojos como siempre que estaba emocionado. No había dejado de sonreírme en ningún momento, luciendo aquella sonrisa encantadora.

Yo sólo podía pensar en Hunt.

Su sonrisa se desdibujó lentamente al contemplar mi gesto impasible. Siguió apagándose hasta que desapareció por completo y su rostro se puso tan serio como el mío. El coche vibraba levemente en el trayecto hasta el evento y todos los negocios que había en las aceras estaban iluminados. Sonaba música clásica de fondo, pero el coche estaba sumido en el silencio.

—¿Titan?

—Perdona... Es sólo que no esperaba que dijeras eso.

—Tienes treinta años y ya sabes que tus óvulos tienen una cuenta atrás. Es el momento perfecto. Pasaremos un año de casados y después iremos a por el primer niño. Probablemente no deberíamos esperar mucho más, de todas formas. ¿Te haces una idea de lo guapos que van a ser nuestros hijos?

—Sí...

—Entonces, ¿te parece bien esa noche?

—Eh...

No podía sacarme de la cabeza el rostro de Hunt. Justo unos días antes había dicho que no nos imaginaba marchándonos cada cual por nuestro lado cuando el acuerdo llegara a su fin. En aquel momento yo no había dicho nada porque no había sabido qué decir, y ahora iba a darle la noticia de que me había prometido con Thorn.... No iba a tomárselo muy bien.

Thorn rebuscó en el bolsillo hasta que encontró una pequeña caja.

—Ya sé que eres de gustos sencillos y que no quieres nada demasiado ostentoso, pero como vas a ser una Cutler, tenía que tirar la casa por la ventana. —Abrió el estuche negro y descubrió una alianza de oro blanco con un único diamante enorme. Pasaría el día preocupada por golpearlo contra cualquier cosa—. O Titan-Cutler, como tú prefieras.

Vi cómo el diamante reflejaba la luz, proyectando arcoíris dentro del coche.

—¿Qué te parece?

—Es precioso... —No era capaz de articular palabra porque no sabía qué decir. Era una auténtica maravilla.

—He tenido que buscar mucho hasta encontrarlo, pero la espera ha merecido la pena.

Me lo quedé mirando completamente enmudecida.

Thorn por fin cerró la cajita y se la guardó en el bolsillo.

—¿Te gusta? Porque todavía hay tiempo para buscar otra cosa. No se lo he enseñado a nadie.

—No... Es perfecto.

—Genial. —En su rostro volvió a dibujarse una sonrisa.

Yo me puse hacia delante y miré por la ventana, notando cómo se movía el coche al girar a la izquierda en el semáforo. Me agarré a la manilla de la puerta mientras miraba hacia fuera, viendo cómo las luces se difuminaban a medida que avanzábamos. Me pasaban un millón de pensamientos por la cabeza, cada uno más grave que el anterior.

—¿Qué te ha hecho tomar la decisión ahora?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué esperar?

Thorn y yo nunca habíamos escogido una fecha. Simplemente habíamos dado por sentado que ocurriría en algún momento del futuro. Cuando llegara el momento idóneo para los dos en nuestras trayectorias profesionales, daríamos el sí quiero. No había habido grandes cambios en nuestras carreras, pero era obvio que él pensaba de otro modo.

—Sobre todo después de la sesión de fotos que has hecho con Connor, tu popularidad va a estar por las nubes. Las acciones subirán y nos veremos beneficiados los dos. Creo que este es el mejor momento.

Puede. O puede que no. No estaba segura.

—¿Titan?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Sí, estoy perfectamente —mentí—. Es sólo que... ese anillo es enorme.

Soltó una carcajada.

—Sí, sí que lo es. Pero para mi futura mujer sólo quiero lo mejor. Futura mujer. Era la futura mujer de Thorn.

Y pronto sólo sería un recuerdo para Hunt.

Hunt

DESEABA HACER SALIR A THORN DE LA ECUACIÓN.

Yo era el que estaba al mando, pero él ejercía una innegable influencia sobre ella. No tenía ni idea de lo que habría hecho aquel hombre para merecer su lealtad incondicional, pero jamás debería haberse convertido en su destinatario. Si ella le importara de verdad, no se comprometería en aquella relación falsa; no permitiría que ella se casase con alguien a quien no amase de verdad.

Él era el mayor beneficiario de aquella relación, mucho más que ella.

¿Por qué no vería Titan aquello?

Me quedé en casa aquella noche, viendo el partido e ignorando los mensajes de texto que me enviaba la gente preguntándome si estaba en la gala que se celebraba aquel día. Mi mente volvía una y otra vez a una de las últimas cosas que le había dicho. Había tomado su rostro entre mis manos y le había dicho que no íbamos a dejar de vernos el uno al otro... que cuando acabara aquel acuerdo, empezaría una nueva relación.

No me había corregido.

Tampoco me había llevado la contraria.

No había dicho nada de nada.

Aquello me indicó que había esperanzas.

Que yo no sería únicamente otro nombre en su lista.

Que yo sería algo más.

Cuando dieron las diez sin tener noticias tuyas, le envié un mensaje de texto.

«¿Dónde estás?».

Aparecieron los tres puntitos en la pantalla.

«Acabo de llegar a casa. No me encuentro bien, así que voy a acostarme ya».

Me eché hacia delante en el sofá apoyando los codos en las rodillas.

«¿Qué te pasa?».

«No estoy segura, sólo tengo el estómago revuelto».

Algo me dijo que me estaba mintiendo, pero no se me ocurría por qué razón. Era difícil descifrar el contexto en un mensaje. A lo mejor estaba mintiendo para evitar el castigo que había quedado pendiente, pero a una mujer intrépida como Titan no le asustaba nada.

«¿Cómo puedes tener el estómago revuelto si no comes nada?».

«Supongo que he bebido demasiado».

Si hubiera bebido demasiado, ahora mismo me estaría suplicando que fuera a su casa.

«Voy para allá».

«¿Para qué?». Casi podía escuchar la exigencia en su voz.

«Porque sé que me estás mintiendo».

Cuando no me llegó ninguna respuesta tuya, supe que estaba en lo cierto.

ENTRÉ en su ático y advertí el vaso vacío que había sobre la mesita de café. Todavía tenía dos cubitos de hielo dentro, lo cual me

indicaba que había estado bebiendo. Ahora su mentira era todavía más flagrante.

—Soy yo, pequeña. —Recorrí el pasillo, haciendo notar mi presencia para no sobresaltarla.

La encontré en el dormitorio, sentada en uno de sus sofás con la camisa gris que le había regalado. Tenía una *tablet* en la mano y se desplazaba por las noticias. Su cabello formaba un fluido telón a ambos lados de su rostro y seguía muy maquillada porque aún no se había lavado la cara.

Me senté a su lado y apoyé el brazo sobre el respaldo del sofá, presionando contra sus delicados hombros y sintiendo su diminuto tamaño a través del tejido. Observé su expresión, dándome cuenta de que no había cambiado al entrar yo en la habitación.

Siempre cambiaba cuando yo entraba en la habitación.

—¿Qué sucede? —Mi mano acarició su cabello y le pasé los mechones por detrás de la oreja.

Ella no reaccionó al contacto.

—No quiero hablar de ello, Diesel.

—¿Por qué no? Soy yo, ¿te acuerdas?

Por fin me miró, suavizando involuntariamente la mirada.

—Lo sé...

—Puedes contarme cualquier cosa. —Contemplé sus labios, apreciando su jugosa suavidad. Todavía estaban pintados de un rojo intenso, pero el color se había corrido en algunas partes, probablemente de estar toda la noche bebiendo de un vaso—. Siempre guardaré tus secretos.

—No te lo tomes como algo personal, pero este es un secreto que todavía no estoy preparada para contar.

—¿Se lo vas a contar a Thorn?

Desvió los ojos y se puso a mirar por la ventana.

—No.

O sea, que realmente no era nada personal.

—Estoy aquí si cambias de opinión.

—Ya lo sé, Diesel. Siempre lo estás...

Tiré del cuello de la camisa y le di un beso en el hombro, pasando la lengua por su piel. Parecía sentirse mejor cuando mi boca la tocaba, cuando era la destinataria de mis besos ardientes y carnales.

Cerró los ojos y emitió un sonido tan suave que no estuve seguro de haberlo escuchado.

Mi boca se acercó a su oreja y depositó un beso en el borde exterior.

—¿Te puedo dar un consejo?

—¿Cómo vas a darme un consejo si no sabes cuál es el problema?

—Porque todos los problemas son diferentes... pero todas las soluciones son exactamente la misma.

Se me quedó mirando fijamente con los labios un poco entreabiertos.

—Sólo tienes que hacer lo que te dé la puta gana. Has trabajado demasiado como para sentir ninguna otra cosa.

Bajó la mirada y una tenue sonrisa se extendió por sus labios.

—¿Sigues tú el mismo consejo?

Me estaba tirando a la mujer con más éxito del mundo por algo.

—Todos los días.

Soltó una risita antes de apoyar la cabeza en mi hombro. Se llevó las rodillas al pecho y se acurrucó a mi lado.

Le di un suave beso en la frente.

—¿Sigues queriendo que me vaya?

—No... Quiero que no te vayas nunca.

A lo mejor sí que había bebido demasiado aquella noche.

—Pues entonces no lo haré.

TREPÉ ENCIMA DE ELLA, pegando mi cuerpo desnudo al suyo mientras le separaba los muslos con los míos. Habíamos pasado la última media hora enrollándonos en el sofá, explorándonos el uno al otro por encima de la ropa como adolescentes en una fiesta para parejas. Me la llevé a la cama cuando me desabrochó los pantalones.

—¿Qué quieres que haga, pequeña? —Me encantaba justo así, debajo de mí con sus bellos pechos apuntándome. Su piel perfecta era suave como el pétalo de una rosa y su blancura la hacía fácil de marcar con mis violentos besos.

—Creía que tú estabas al mando.

—Lo estoy... y lo que quiero es hacerte el amor como tú prefieras. —La besé en la boca, separando sus pequeños labios con la lengua y hundiéndola en su boca. No deseaba un polvo, ni agarrarla por la garganta y metérsela por detrás... Deseaba suaves besos, respiraciones tranquilas y sexo lento.

—No pensé que Diesel Hunt hiciera el amor...

—Ni yo tampoco que lo hiciera Tatum Titan.... Pero eso es lo que hemos estado haciendo. —Presioné el glande contra su entrada y la penetré hasta introducirme por completo en su interior. La tenía inmovilizada con los brazos detrás de sus rodillas y la obligaba a abrir las piernas por completo, reclamando todo el espacio que pudiera para balancearme en su interior.

Ella se mordió el labio inferior y gimió. Sus largas uñas se clavaron en mis brazos y sus pezones se endurecieron.

Me quedé un momento quieto en su interior, rodeado por aquella húmeda estrechez suya que me hacía sentir más hombre. El grosor de mi miembro forzaba al máximo su diminuto sexo, ocupando hasta el último centímetro de espacio que su cuerpo era capaz de crear. La hacía sentirse llena, dándole tanto hombre que no podía dejar de sentirse una mujer.

—Pequeña... este coñito es sólo mío. —Me moví sobre ella

lentamente, disfrutando de la excitación que producía sólo para mí. No creía que jamás se hubiera mojado tanto por ningún hombre, que se hubiera tensado así a su alrededor. No creía que nunca hubiera disfrutado con un hombre tanto como disfrutaba conmigo.

—Sí...

Mantuve el rostro suspendido sobre el suyo y la miré directamente a los ojos mientras me movía con lentitud en su interior, empujando hasta el fondo y volviendo a retirarme. Mantenía el cuerpo rígido y tenso, utilizando el tronco para entrar y salir. Cada vez que me introducía en ella por completo sentía deseos de no moverme de allí.

No quería marcharme nunca.

—Me voy a correr ya... —Cerró las manos sobre mis muñecas y las utilizó como apoyo para elevarse despacio y aceptar todo mi miembro.

—Porque yo siempre llevo a mi mujer al orgasmo.

—Dios, Diesel... —Echó la cabeza hacia atrás.

—Te encanta cuando te llamo así.

Se volvió a morder el labio inferior, tensándose a mi alrededor.

—Dímelo.

—Me encanta cuando me llamas así...

—Dime que eres mi mujer.

—Lo soy, Diesel.

—Y yo soy tu hombre.

—Sí... Tú eres mi hombre. —Me dio un súbito apretón en las muñecas al correrse, contrayendo la cara en una expresión de puro placer—. Sí... Diesel. —Se mordió el labio inferior y lanzó las caderas hacia delante, queriendo tener más de mí en su interior.

Yo había sentido deseos de correrme en el instante en que ella había dicho que yo era su hombre. Me enterré en lo más hondo de su ser y eyaculé con un gruñido, introduciendo toda mi semilla profundamente en su interior. La metí aún más adentro,

empujándola para que permaneciese dentro de ella durante el mayor tiempo posible. Quería que caminase de aquí para allá todo el día con mi semen dentro, cálido y pesado.

Porque ella era mi mujer.

Sus manos ascendieron por mi pecho y jadeó mientras recuperaba el aliento.

—Más...

Mi sexo empezaba a perder rigidez, pero sólo necesitaría unos minutos para volver a estar en plena forma.

—Sí, pequeña.

NO NOS DIMOS una ducha después del sexo como solíamos hacer. Continuamos haciéndolo hasta que ambos quedamos satisfechos. Después nos tumbamos y nos quedamos dormidos. La rodeaba con los brazos y las piernas a pesar de estar acalorado y sudoroso. No me importaba el calor mientras pudiera estar cerca de ella.

Y ella estaba pegada a mí.

Se aferraba a mi cuerpo como una niña pequeña que necesitara su osito de peluche para dormir bien. Cuando la miraba veía a la mujer poderosa dueña de un imperio. Pero después de haber visto aquella foto en la contraportada del libro de su padre, no podía dejar de observarla de un modo inocente. Era igual que todo el mundo, una mujer vulnerable con sentimientos y susceptibilidades. Simplemente había erigido rascacielos y corporaciones a su alrededor.

Me gustaban sus dos versiones.

Pero siempre había preferido a Tatum.

Estaba profundamente dormido cuando la sentí revolverse entre mis brazos. No se limitó a girarse como solía hacer durante su sueño. Estaba manoteando, moviendo los brazos de izquierda a

derecha y lanzando patadas con las piernas.

Yo sólo era consciente a medias de lo que estaba sucediendo.

Pero cuando ella gritó, me desperté por completo.

Las lágrimas le cubrían el rostro y se esforzaba por respirar. Tenía las manos alrededor de la garganta como si se estuviera asfixiando a sí misma.

—¿Pero qué coño haces? —Le cogí las manos y tiré de ellas hacia abajo.

Ella me dio tal puñetazo que me tumbó literalmente de espaldas.

Continuó manoteando hasta que se cayó de la cama y se estrelló contra el parqué.

—¡Tatum! —Salté por encima de la cama y aterricé en el suelo a su lado.

Tenía los ojos abiertos y me miraba como si hubiera sido yo el que acababa de intentar estrangularla.

—Aléjate de mí. —Su voz tenía una calma siniestra, en radical contraste con su actitud de hacía un segundo. Retrocedió arrastrándose por el suelo, apartándose lentamente de mí—. No me toques.

Yo alcé ambas manos y di un paso atrás.

Ella no me dio la espalda mientras continuaba arrastrándose hacia atrás. Se movía despacio, mirándome continuamente a los ojos sin parpadear. Cuando juzgó que había distancia suficiente entre nosotros, se levantó por fin y entró en el cuarto de baño. El pestillo emitió un chasquido cuando lo apretó.

¿Qué acababa de pasar?

Aquello no era una pesadilla. Era un ataque de terror nocturno.

De repente entendí por qué nunca dormía con nadie. Los terrores nocturnos debían de ser algo habitual para ella. Eran aterradores, inquietantes y, la verdad, peligrosos. No había dado la impresión de reconocerme y, de haber tenido un arma, quién sabe lo que podría haber hecho.

Esperé cinco minutos antes de acercarme a la puerta del cuarto de baño.

—Pequeña... Soy Diesel Hunt. Estoy de pie al otro lado de la puerta. No te voy a hacer daño. —A lo mejor era un ataque de sonambulismo. Quizás seguía sin estar despierta, ni segura de lo que la rodeaba.

—Por favor, Hunt, vete.

Ahora volvía a llamarme por mi apellido.

—Pequeña, dime algo.

Su voz permaneció firme; Titan estaba al mando. Su actitud era tan calmada que era como si estuviera intentando convencerme de que aquel arrebato no había sucedido.

—Deberías irte.

—No. Debería quedarme. Mi sitio está aquí... contigo.

—No voy a abrir la puerta.

—Pues entonces me quedaré justo aquí.

Silencio.

Esperé, deseando que abriese la puerta.

—Hunt, vete, por favor. No te lo voy a volver a pedir.

—No me vas a hacer daño. —A lo mejor no tenía miedo de lo que yo pudiera hacerle a ella, sino justo lo contrario.

—Ahora mismo necesito estar sola.

—Nadie en toda la historia del mundo ha dicho eso y lo ha sentido de verdad.

—Hunt...

—Estamos en esto juntos, pequeña. Me puedes contar cualquier cosa, ahora mismo si quieres.

Silencio.

¿Por qué no se abría a mí? Era incapaz de olvidarme del sufrimiento que acababa de presenciar. No podía fingir que no la había visto estrangulándose a sí misma. No podía fingir que no había visto una cara de Tatum Titan que nunca podría olvidar.

—No voy a abrir la puerta —susurró—. Necesito estar sola ahora mismo, Hunt. Podemos hablar de esto más tarde... pero no ahora mismo. En este momento, sólo necesito... un poco de espacio.

Escuchar la desolación en su voz galvanizó mis emociones. Me dolía escuchar su tristeza. Me destrozaba escuchar su dolor. Me sentía desconsolado por no poder ayudarla, por que no me permitiera hacerlo.

—Por favor.

Sabía que no me iba a abrir la puerta, que aquella noche no haríamos ningún progreso. Sabía que tenía que darle espacio.

—De acuerdo, me marcharé. Pero vamos a hablar sobre esto, Tatum. —No pensaba dejarlo pasar sin más y fingir que aquello nunca había pasado. No iba a dejar pasar aquello, como había hecho las otras ocasiones en que había esquivado mis preguntas.

Después de un largo silencio, respondió.

—Lo sé.

NO CONSEGUÍ HACER nada porque lo único en lo que había podido pensar era Titan.

¿Qué tal estaría?

¿Habría ido a trabajar? Había afirmado que nunca faltaba ni un día, que no se ponía enferma ni se tomaba vacaciones. ¿Contaría aquello como una excepción?

Acudí a Stratosphere a mediodía, el momento en que solíamos quedar para hablar de nuestros objetivos para la semana. Los asistentes estaban trabajando en la planta principal y advertí que la puerta de Titan estaba abierta de par en par.

Eso quería decir que ella estaba allí.

Entré sin anunciar mi presencia y me dirigí directamente hacia el escritorio.

Iba perfectamente arreglada, como siempre: tacones de infarto, un vestido ajustado y ni un solo pelo fuera de su sitio. Se había maquillado con tanto esmero como siempre y daba la impresión de haber dormido como un tronco.

Alzó la vista y me miró a los ojos.

—Buenos días.

No tenían absolutamente nada de buenos. No me había acostado al volver a casa la noche anterior. Me había sentado ante el televisor y había estado toda la noche bebiendo.

—Me he encargado de algunos informes. —Abrió un cajón y empujó un fajo de carpetas en mi dirección—. He hablado con nuestro equipo de producto en Francia, por allí todo va bien. También he contratado a un nuevo especialista en *marketing*, porque conservar al anterior no tenía ningún sentido...

No dirigí a las carpetas ni siquiera una mirada de reojo.

—¿Vamos a...?

—Aquí no, Hunt.

—¿Cuándo, entonces? —Quería ponerme a rugir como un oso enfurecido.

—No lo sé... En unos días.

—¿En unos días? —pregunté asombrado—. Ni hablar. Esta noche. ¿Mi casa o la tuya?

—Hunt....

—Diesel. No vuelvas a llamarme por mi puto apellido.

Conservó la compostura a pesar de que prácticamente estaba gritándole en la cara.

—No estoy preparada.

—Me importa un bledo. Anoche te di espacio; eso es todo lo que me vas a sacar. De hecho, fui el colmo de la generosidad, en mi jodida opinión.

—No me gusta tu tono, Diesel. —Su feroz mirada me lanzó una advertencia.

—Y a mí no me gustan tus secretos, Tatum. No me has contestado: ¿en tu casa o en la mía? —Se me ocurrió que a lo mejor prefería no hablar sobre ello en el mismo lugar en el que le había dado el arretrato, quizás ahora le traía malos recuerdos.

No interrumpió el contacto visual, pero sus ojos se movieron de un lado a otro.

—En la tuya.

Salí de la oficina sin mirar atrás.

EL TIEMPO PARECÍA TRANSCURRIR imposiblemente despacio mientras estaba allí sentado en el sofá. Tenía el vaso delante de mí, constantemente vacío porque no paraba de beber de él. Mi licorera de *whisky* lo rellenaba una y otra vez, y los cubitos de hielo se reducían cada vez más.

¿Dónde estaba?

Por fin se encendieron las luces que había encima del ascensor.

Ya casi estaba aquí.

Me puse de pie y me acerqué a la entrada, preparado para saludarla en cuanto entrara. No la iba a bombardear con un millón de preguntas; había venido a hablar. Mi trabajo era escuchar.

Se abrieron las puertas, revelando a Titan en vaqueros oscuros y con una camiseta negra. Era un atuendo que jamás le había visto puesto fuera de casa. Tenía un aspecto casual, real. Era obvio que aquella noche no le apetecía causar impresión.

Lo cual quería decir que se sentía vulnerable.

Había venido Tatum.

De repente me sentí como un cabrón por haber sido tan duro con ella aquella mañana. Me había costado bastante contener mi frustración, molesto por no salirme con la mía. Mi motivación tenía buenas intenciones, pero eso no era excusa para mis malos modos.

La atraje hacia mi cuerpo y la rodeé con mis brazos, aislándola de todo lo que la atormentaba. Era un hombre de carne y hueso, pero tenía el poder de protegerla de todo... sólo con que me lo permitiera.

Rocé el nacimiento de su cabello con los labios y la estrujé contra mi pecho, siendo el apoyo que ella jamás se permitiría tener. Cerré los ojos mientras la abrazaba y un segundo después la sentí aferrarse a mí con la misma intensidad.

Me sentía agradecido por el solo hecho de abrazarla, de tener por fin permiso para tocarla. Así era como quería haberla abrazado la noche anterior, acunándola como a una criatura que sólo necesitase sentirse segura. Si hubiera abierto aquella puerta, podría haberla ayudado a recuperarse.

Aunque yo nunca había ayudado a nadie a recuperarse.

Fueron pasando los minutos hasta que permanecimos media hora allí de pie. Sentía deseos de presionarla, de obtener las respuestas que tanto ansiaba escuchar.

Pero debía ser paciente.

Finalmente me aparté y bajé la cara para mirarla. Su expresión era de Titan, pero tenía los ojos de Tatum. Conservaba su fuerte ademán, pero con un aura vulnerable. Aunque todavía había muros alrededor de su corazón, eran mucho menos numerosos que antes.

—¿Te apetece algo de beber?

—No, estoy bien.

—¿Quieres sentarte? —La guie hasta el sofá, el mejor lugar para mantener aquella conversación.

Se sentó a mi lado y su bolso cayó al suelo. Cruzó las piernas y mantuvo la espalda perfectamente erguida. Hasta en sus momentos de mayor debilidad se comportaba con gran fortaleza. Contempló el suelo durante varios segundos antes de mirarme.

Contuve la lengua, permitiendo que empezara cuando estuviera preparada.

—Yo... Ahora ya entenderás por qué no me gusta dormir con nadie.

—Sí... Hasta ahí he llegado.

—Tengo unas pesadillas horribles. A veces son muy frecuentes y otras veces parecen desaparecer.

Me acudieron mil preguntas a la cabeza, pero no le hice absolutamente ninguna.

—Llevo teniéndolas desde hace mucho tiempo, como diez años. Siento haberte sobresaltado. Sé lo que viste y yo... lo siento mucho.

—No te disculpes —susurré yo—. Conmigo no hace falta. —Su inquietud provenía de su perfeccionismo: había permitido que alguien viese un lado oscuro suyo, una cara que todos teníamos. No era necesaria ninguna disculpa.

—Lo siento de todas formas —susurró—. Siento no haber abierto la puerta... era sencillamente incapaz.

Apoyé los codos en las rodillas y me eché hacia delante, esperando la parte fuerte.

—Todo sucedió hace diez años... cuando conocí a ese novio por el que me has preguntado unas cuantas veces.

Sabía que aquel capullo tenía algo que ver con su frialdad.

—Cuando nos conocimos todo era normal. Nos enamoramos, nos fuimos a vivir juntos y mi negocio empezó a despegar. Se volvió increíblemente celoso y posesivo, invadido por la codicia. Quería mi dinero, pero no le gustaba mi poder. No le gustaba el hecho de que siempre destacara en todo lo que me proponía, de que tuviera más éxito que él; mi éxito sólo le recordaba sus fracasos. Y entonces sus celos se hicieron más amargos y dañinos...

Observaba moverse sus labios mientras hablaba.

—En cierto punto, la relación se volvió abusiva. No voy a entrar en detalles, porque de todos modos no importan. Pero me hacía daño... y mucho —Titan hablaba como si estuviera en medio de una reunión de negocios, como si lo que estaba diciendo no tuviera

absolutamente ningún efecto sobre ella. Tenía una sólida coraza imposible de penetrar—. Llamé muchas veces a la policía y presenté órdenes de alejamiento. El juez nunca consideró que tuviera pruebas suficientes y declaraba que mis lesiones podían ser autoinfligidas. Yo no era más que una mujer con una historia lacrimógena en busca de comprensión. Cada vez que iba a la policía, sólo conseguía que me hiciera más daño. Me asfixiaba hasta que me desmayaba... Cuando más le gustaba hacerlo era cuando yo estaba dormida...

Joder, tenía ganas de vomitar.

Nunca me había sentido tan enfadado y tan asqueado al mismo tiempo.

Titan había pedido ayuda, pero la policía le había dado la espalda. No estaba segura en su propio hogar, estrangulada cada vez que cerraba los ojos. Me ponía tan enfermo que sentí una emoción diferente, una que llevaba muchísimo tiempo sin sentir.

Tenía ganas de llorar.

—Thorn intentó ayudarme en todo lo que pudo. Me quedaba muchas veces en su casa. Él me protegía, poniéndose delante de mí cada vez que Jeremy se me acercaba. Pero Thorn tenía un trabajo y no podía estar conmigo todo el tiempo...

Ahora me sentía como un gilipollas por haber odiado alguna vez a Thorn.

—Así que Jeremy me atacó un día en mi apartamento. Pero aquella vez fue diferente. Aquella vez no pensaba dejarme marchar con unos cuantos moratones nada más...

Mis ojos buscaron los suyos, necesitando escuchar el final de aquella historia.

—Thorn entró justo a tiempo y... mató a Jeremy. Él fue quien lo apuñaló en el corazón. Nos entró el pánico a los dos y lo cubrimos, haciendo que pareciera que alguien había entrado en el apartamento y nos había intentado robar.

Yo iba imaginándome la historia, viendo a Thorn apuñalar a un hombre sin rostro y dejarlo morir en el suelo de la cocina. Vi las lágrimas de Titan mientras observaba la sangre salpicarlo todo. Imaginé sus remordimientos y también su dolor.

—La policía nunca sospechó nada, pero siempre le he ocultado esa historia a los medios porque me da miedo que el mundo escarbe un poco más... y mire un poco mejor. Volverían a repasar las pruebas, verían las órdenes de alejamiento interpuestas... y se darían cuenta de que nunca había habido ningún ladrón, de que yo lo maté. O peor: de que fue Thorn el que lo hizo.

Ahora todo tenía sentido. Ahora entendía por qué se había resistido tanto a compartir aquel periodo de la historia conmigo. Incriminaba a su mejor amigo, a la persona que la había protegido cuando nadie más lo había hecho. A pesar de mis celos, la verdad era que Thorn me caía bien.

Era un buen hombre.

Quise decir algo para lograr que Titan se sintiese mejor, pero estaba conmocionado. No me había dado cuenta de que su pasado hubiera sido tan profundamente perturbador, tan doloroso.

—Espero que no te sientas mal por él. Ese hijo de puta se merecía morir.

—No. Nunca me siento mal por ello.

La miré, viendo la sinceridad en sus ojos.

—Pero nunca he conseguido superar esa sensación... —se llevó las manos al cuello— de cuando te arrebatan el aire, de tus pulmones esforzándose por aspirar aire por la faringe, sin poder porque tienes dos manos bloqueándote la garganta. Desearía poder superarlo y continuar con mi vida, pero no puedo. La idea de dormir con alguien en la misma habitación me aterroriza. No es que crea que me van a hacer daño, es simplemente... instinto.

—No, es lógico.

—Cuando tú y yo empezamos a dormir juntos tenía muchísimo

miedo, pero entonces no tuve pesadillas. Dormía bien. Pensé que aquella parte horrible de mi vida ya había acabado... pero supongo que no se acabará nunca.

—Sí que lo hará —dije yo con seguridad—. Sólo necesitas más tiempo.

—Sí... a lo mejor.

Tomé su mano y le di un apretón.

—Gracias por contármelo.

—No se lo había contado nunca a nadie... excepto a Isa y Pilar.

Ahora me sentí más especial incluso, sabiendo que lo que había entre nosotros era cualquier cosa menos un rollo; lo nuestro, fuera lo que fuese, era real. Era auténtico. Tiré de ella hacia mi pecho y me la puse sobre el regazo. A veces se me olvidaba lo pequeña que era porque proyectaba una presencia el triple de imponente. Apoyé la cara en su mejilla y la mantuve allí, ofreciéndole todo el consuelo que tenía. Había unas cuantas preguntas que me moría por hacer, pero estaba seguro de que ella no querría responderlas.

—Es una parte de mi vida que sólo quiero olvidar. Aunque nadie sospechase que tuve algo que ver con su muerte, si todos supiesen que estuve en una relación abusiva... pensarían que fui débil.

—¿Y por qué iban a pensar eso?

—Por haber estado en esa relación.

—Pero intentaste terminar con ella. —Titan no debería tener que sentirse avergonzada por una mala relación que había tenido hacía diez años. Por aquel entonces era muy joven y no tenía ni un solo familiar a quien recurrir—. Si alguien de verdad piensa mal de ti por eso, será porque es muy insensible.

—En fin... Así es como funciona el mundo. Cuanto más elevada sea tu reputación, más dura será la caída.

—Entiendo por qué no quieres que nadie lo sepa, pero no creo que nadie vaya a tenerte en menor estima. Yo desde luego no.

—¿De verdad? —Giró la cara más hacia mí y me miró a los ojos.

—Jamás. —Le besé la comisura de la boca y la estreché entre mis brazos. La abracé como si soltarla me resultase imposible. Sentir su aliento junto a mí, su porte todavía fuerte e inquebrantable, me sirvió de consuelo. Había recibido golpes y palizas, y yo necesitaba saber que estaba bien, que aquellos moratones no continuaban existiendo en algún lugar de su interior... debajo de la piel. No era yo el que había tenido que soportar una experiencia tan espantosamente traumática, pero me sentía como si así fuera. La idea de que alguien le hiciera daño a Titan me revolvía el estómago, me hacía desear matar a un hombre que ya llevaba muerto diez años—. Sigo pensando que eres la mujer más fuerte del mundo... y te admiro.

THORN TENÍA un edificio allí mismo, en Manhattan, uno de los negocios secundarios que dirigía. Su compañía tomatera tenía la sede en Chicago, pero poseía fábricas por todo el país. Era un hombre inteligente que reinvertía sus beneficios en otras empresas. Ahora pasaba la mayor parte del tiempo aquí... junto a Titan.

Consulté a su ayudante y luego esperé para verlo. Si se tratara de cualquier otra persona yo no estaría esperando en aquel vestíbulo. Nadie me hacía esperar nunca. Si Diesel Hunt se pasaba alguna vez por cualquier parte, aceptabas la reunión al instante: dejabas de hacer lo que estabas haciendo, sabiendo que mi presencia era ya en cierto modo un regalo.

Pero Thorn me hizo esperar.

A propósito, indudablemente.

Él se había pasado por mi oficina como si tuviera derecho a hacer aquella visita y ahora yo le estaba devolviendo el favor.

Su asistente me condujo por fin hacia su despacho pintado de gris. El mobiliario y el escritorio eran negros y vi que sus gustos

eran parecidos a los míos. No había ni un solo objeto que contrarrestara su aura de masculinidad, ni siquiera un cuadro en la pared. Estaba sentado detrás de su escritorio, reclinado en su silla con sus peligrosos ojos fijos en mí; parecía ofendido a pesar de que no le había dicho ni una sola palabra.

Tomé asiento ignorando su hostilidad porque mi odio por aquel hombre se había extinguido la noche anterior. Cualquier sentimiento negativo que hubiera albergado hacia él ya no parecía tener importancia. Se había ganado mi lealtad y mi respeto en el instante en que Titan me había contado lo que había hecho por ella.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó fríamente—. Si estás aquí para hablar de mi futura esposa, con una llamada de teléfono habría sido suficiente.

Oírlo referirse a ella con tanta posesividad ni siquiera me molestó, no en aquel momento.

—Es sobre ella... pero esto tenía que decírtelo en persona. —Me agarré a los reposabrazos mientras me sentaba en la alta silla, desabrochándome la chaqueta y cruzando las piernas.

Thorn arqueó las cejas.

—Me ha contado lo que pasó con Jeremy.

Thorn se puso rígido en su silla y entrecerró los ojos de modo amenazador. Me estaba mirando como si quisiera clavarme el bolígrafo en el ojo.

—¿Qué te dije sobre ese tema?

—Yo no se lo pregunté.

—¿Esperas que me crea que te lo contó así por las buenas?

—Hace algunas noches tuvo una pesadilla... así que me explicó por qué las tenía.

El enfado de Thorn se aplacó, pero sólo muy ligeramente.

—Me dijo que abusaba de ella y que no la dejaba en paz. Y también que tú fuiste el único que la protegió... y que fuiste tú el que lo mataste.

Thorn no confirmó aquello, pero tampoco lo negó. Dejó caer un codo sobre el reposabrazos y se puso los nudillos debajo de la barbilla. Mantenía su cara de póker, ocultándome hasta el último de sus pensamientos.

—He venido a darte las gracias.

—¿Darme las gracias? —susurró.

—Sí. Estuviste a su lado, la cuidaste... e hiciste lo correcto. Yo también me habría cargado a ese cabrón.

Bajó la mano y volvió a ponerla en el reposabrazos. Ladeó levemente la cabeza mientras la ferocidad de su mirada se iba suavizando.

—Siento haberme metido tanto contigo. Si hubiera sabido lo que hiciste por ella... no habría dicho ni una sola palabra. Mereces mi respeto, así que he venido a ofrecértelo.

Su expresión se suavizó todavía más hasta que me encontré ante una versión diferente de Thorn. Ya no era el feroz competidor que no se merecía a Titan. No era más que un hombre, un ser humano. Su traje y su despacho ya no importaban, como tampoco lo hacían sus riquezas ni su reputación. Ahora sólo éramos dos hombres que queríamos a la misma mujer.

—Lo único que quería era agradecerte lo que hiciste. Ya me voy.

—Me levanté de la silla y me abotoné la chaqueta del traje.

—No sé qué decir, Hunt. Me sorprende que te lo haya contado... y me sorprende aún más que estés ante mí ahora mismo, dándome las gracias por algo que hice cuando ni siquiera la conocías todavía.

—Es una buena persona. Se merece tener a alguien que la cuide como hiciste tú. —Yo no quería que Titan se casase con Thorn, pero, en último término, era un buen candidato. Era leal y protector. Si de escoger un compañero se trataba, ella no podría haber encontrado a nadie más comprometido.

—Me alegra que finalmente hayas entrado en razón.

—Creo que te has ganado mi respeto, es todo lo que digo.

—Aun así, me alegro de que estés llevándolo tan bien.

—¿Llevando tan bien el qué?

—Que has perdido.

Yo no había perdido nada. Cuando nuestras tres semanas llegaran a su fin, todo sería diferente, algo de lo que me sentía todavía más seguro que antes. Ahora que Titan me veía como a uno de sus amigos íntimos, Thorn prácticamente no tenía ninguna ventaja sobre mí.

—No he perdido nada, Thorn. Todavía tengo tiempo.

Me estudió con ojos desconfiados, moviéndolos ligeramente mientras el cerebro le funcionaba a toda máquina. Entonces una lenta sonrisa se extendió por sus labios.

—¿Qué pasa?

Se sentó más erguido en la silla, pero no ocultó su sonrisa.

—Nada. —Rodeó el escritorio y me tendió la mano—. Dado que Titan es la mujer que tenemos en común, no me importa avanzar en una nueva dirección. A lo mejor podríamos ser socios... y tal vez un día, hasta amigos.

Yo tenía la certeza de que tras aquella sonrisa se escondía algo. Él sabía algo, pero se negaba a compartirlo conmigo. Al contrario que Titan, a él no se lo podría sacar atosigándolo a preguntas. Thorn no me debía nada.

No quería darle la mano, pero sabía que se merecía aquel gesto. La acepté y ambos nos la estrechamos con fuerza, aferrando la mano del otro con garra de hierro.

Me miró a los ojos y asintió.

—Por si sirve de algo, Diesel Hunt, creo que eres bastante buen tío.

—Y por si sirve de algo, yo pienso lo mismo de ti.

Titan

EN CUANTO ENTRÉ POR LA PUERTA ME LLAMÓ THORN.

—Hola, ¿qué tal? —Me bajé de los tacones y me senté en el sofá. Los zapatos de tacón de aguja de trece centímetros tenían una puntera acabada en punta que me aplastaba los dedos de los pies unos contra otros. La incomodidad nunca me importaba porque quedaban fabulosos con cualquier cosa que me pusiera. Eran bastante cómodos, hasta el punto en que unos zapatos de aquel tipo podían serlo.

—Tu juguetito se ha pasado hoy por mi oficina.

—¿Ah, sí? —Me masajeeé la planta del pie, pero sólo prestaba atención a medias a lo que estaba haciendo—. ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que le has contado lo de Jeremy.

¿Aquello era lo primero que hacía después de que le contara mi secreto? ¿Correr a largarlo?

—¿Qué más te ha dicho? —No entendía qué motivo podía haber tenido Hunt para decirle todo aquello a Thorn, cuando era evidente que Thorn conocía la historia: había estado allí.

—Me ha dicho que me quería dar las gracias por protegerte.

Dejé de frotarme el pie y me eché hacia atrás en el sofá, súbitamente sin aliento. Hunt y Thorn siempre se mostraban

hostiles el uno con el otro. No conseguía imaginarme a Hunt moviendo ni un dedo para ser ni siquiera un poquito amable con Thorn.

—Y me ha dicho que me respetaba por hacer lo correcto... por matar a aquel cabrón.

Yo no sabía qué decir. Me conmovía que Hunt hubiera ido hasta allí y le hubiera agradecido a Thorn lo que hizo. Había dejado completamente a un lado sus celos para decirle algo agradable, algo impresionante para un hombre tan obstinado como él... y celoso hasta la psicosis.

—Me sorprende que haya hecho eso.

—Siempre he sabido que era un buen tipo. Casi todos los hombres son unos estafadores o unos pervertidos. Diesel Hunt no es ni lo uno ni lo otro; es un hombre hecho a sí mismo que protege a los que no se pueden proteger solos y te admira de verdad. No tengo nada malo que decir sobre él... pero eso no quiere decir que me caiga bien.

—Te das cuenta de que eso no tiene sentido, ¿verdad?

—Quiere que te quedes con él y seas suya. ¿Cómo quieres que me caiga bien?

Aquella vez no le llevé la contraria a Thorn. Sería imposible hacerlo sin mentir, y yo no le mentía a mi mejor amigo.

—No le has dicho nada sobre nuestro compromiso.

No, no lo había hecho. Y sí, había sido a propósito.

—¿Por qué?

—No lo he hecho... y ya está.

—Te he guardado el secreto. Me imaginé que preferirías que lo supiese por ti en vez de por mí.

—Gracias.

—Supongo que no pasa nada por esperar hasta que termine vuestro acuerdo antes de decírselo. Tres semanas, ¿no?

Aquello seguro que se lo había dicho Hunt.

—Sí.

—Dale las malas noticias con delicadeza. Le importas de verdad.

—Lo sé... —Podía sentirlo cada vez que me miraba, cada vez que me tocaba. Le había abierto mi corazón y él había aceptado mi historia sin juzgarme. Me había dicho que me admiraba por todo lo que había tenido que soportar. Era un buen hombre, uno de los mejores que conocía.

—Sé que él también te importa a ti... y sabes que podrás contar conmigo cuando llegue el momento.

HUNT ME CONVOCÓ en su ático después de cenar. Me envió un mensaje sencillo porque era hombre de pocas palabras.

«Ven». Ya había vuelto a ponerse mandón, dándome órdenes como si fuera un general.

Mi chófer me dejó en su casa, y esta vez sí llevaba una bolsa colgada del hombro. Sospechaba que él quería que me quedara a dormir a pesar de que yo tenía mis propias reservas al respecto. No se compadecería de mí durante mucho tiempo; era de esos hombres que creían en el amor impartido con mano firme.

Entré en su sala de estar y lo vi allí de pie para darme la bienvenida.

Iba sin camiseta y descalzo, sólo con los pantalones de chándal; los llevaba a la altura de las caderas, dejando a la vista sus marcados abdominales y el resto de los músculos con los que iba armado. Se acercó a mí e inclinó su rostro sobre el mío, besándome suavemente en los labios y agarrándome por las caderas. Me atrajo hacia su pecho y juntó su frente con la mía.

—Hola...

—Hola... —Estaba mareada y me temblaban las rodillas. Respiraba de forma rápida y superficial, de repente sin pensar en

nada, con la mente completamente en blanco. Me limitaba simplemente a existir, a escuchar su profunda respiración y a notar el latido de mi corazón.

Me sentía en paz.

Me dio un beso en la frente antes de soltarme.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—He tenido una larga jornada y una larga sesión en el gimnasio.

Mi mano exploraba su brazo palpando sus gruesos bíceps.

—Thorn me ha dicho que hoy te has pasado por allí.

Era casi palmo y medio más alto que yo, así que tuvo que bajar la vista para mirarme a los ojos.

—Sí.

—Me ha contado lo que le has dicho.

—Imaginé que lo haría.

Volví a concentrarme en mirar su brazo, sin saber muy bien lo que decir. Creía que tenía que sacar a relucir su visita a Thorn, por más que no hubiera nada de lo que hablar: era algo que había que mencionar.

—Thorn es un buen hombre. Me alegro de que esté en tu vida.

—Sí que lo es...

—Me esforzaré más por llevarme bien con él.

—Me ha dicho que eres un buen hombre y que no tiene nada malo que decir sobre ti... que no eres como el resto de la gentuza que hay por ahí.

—Estoy seguro de que eso siempre lo ha sabido.

—Sí.

—Me siento como si le debiese algo.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque si no hubiera hecho lo que hizo, yo ahora no te tendría. Levanté la cara y lo miré con ojos enternecidos.

—Me has cambiado la vida, Titan. De muchas formas buenas.

—No sé yo...

Me puso las manos en las mejillas y acercó su cara a la mía.

—Claro que lo sabes. Me has dado la vida. Estaba muerto por dentro, no sentía nada; pero tú me conviertes en un hombre más fuerte, me vuelves un hombre más compasivo.

—Diesel... Ya eras perfecto antes de que apareciese yo.

—Eso no es verdad y los dos lo sabemos. —Me dio un beso en la boca, tierno y suave al contacto.

Nunca en toda mi vida me había sentido tan confusa como en aquel momento. El corazón me saltaba del pecho cada vez que él me tocaba, provocándome sensaciones hasta entonces desconocidas para mí. Me costaba imaginar mi vida sin él, permitir que se alejara de mí para estar con otra persona. Hasta después de tener aquella pesadilla quería que se quedara en mi cama, durmiendo a mi lado.

No sabía si sería capaz de renunciar a él.

Y a él le pasaba lo mismo.

Hunt me levantó en brazos y me llevó hasta el dormitorio. Me dejó sobre la cama con la cabeza sobre una almohada y se tumbó encima de mí, sosteniendo con sus gruesos brazos su peso sobre mi cuerpo. No me desvistió ni se quitó los pantalones de chándal. Di por sentado que íbamos a ir directos al grano, pero era evidente que él tenía otros planes.

Mis dedos acariciaron su barbilla, sintiendo el hirsuto vello que empezaba a brotar. Lo miré a los ojos, contemplando aquellos iris oscuros que me recordaban al chocolate fundido. Él era el calor en invierno, el consuelo en tiempos difíciles.

Me cogió una pierna y se la pasó por la cintura, haciendo que se me subiera el vestido y dejando mis bragas al descubierto. Me mantuvo contra sí en aquella postura, presionando con su erección el encaje de mi ropa interior. A pesar de lo duro que estaba, no me quitó la ropa para tomarme como hacía normalmente.

En vez de eso, se limitó a mirarme.

—¿Qué pasa? —susurré. Mis dedos descendieron por su rostro hasta llegar a los labios, pasando las puntas por su boca suave y sintiendo la carne que me besaba por todas partes. Su cincelado rostro era tan duro como su mandíbula. Tenía unos ojos aterradores que poseían una belleza propia. Su cabello oscuro era exactamente del mismo color, y su piel bronceada daba la impresión de ser acariciada frecuentemente por el sol, a pesar de que casi nunca salía.

—Eres preciosa. —Frotó su nariz contra la mía—. Disfruto mirándote.

Mi mano ascendió deslizándose por su cuello y se introdujo en su pelo.

—Puedes hacer todo lo que te apetezca conmigo... ¿y lo único que quieres hacer es mirarme?

—Me resulta fascinante —dijo con una sonrisa.

—Me parece que necesitas encontrar una afición más emocionante.

—Ya la tengo, y tiene que ver contigo. —Se restregó suavemente contra mí, presionando su grueso miembro contra mi clítoris.

Mis muslos se apretaron automáticamente alrededor de él.

Dejó de frotarse contra mí, llevándose consigo aquel rozamiento que me volvía loca.

—Hay algo que quiero decirte.

—Te escucho.

Su talante juguetón desapareció y se puso serio.

—Estos acuerdos tuyos...

Tendría que haberme imaginado que aquello era de lo que quería hablar.

—¿De qué tienes miedo exactamente?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué tienes acuerdos en vez de relaciones? Me consta que no le tienes miedo a nadie y que sabes cuidar de ti misma. Tienes

más poder que casi todo el resto del mundo junto. Si alguien intentara ponerte un dedo encima, sería el último error que cometería en su vida.

Mis dedos continuaron enterrados en su pelo, acariciando los suaves mechones que se enroscaban en ellos. Cuando estaba debajo de él de aquella manera, no tenía escapatoria. Debía enfrentarme a sus ojos color moca de mirada intensa.

—Aquella relación que tuve con Jeremy fue apasionada. No siempre fue mal, al principio era increíble. Las conversaciones eran profundas y el sexo fantástico. Pero aquella pasión se convirtió en otra cosa; se volvió celoso y posesivo, pero no de un modo saludable. Cuanto más sentía que yo me estaba alejando, más se aferraba a mí. Se convirtió en una relación destructiva y abusiva, una experiencia que me hizo darme cuenta de que el amor pasional no existe, no hay nada más que lujuria, desesperación y poder. Y cuando eso va a más, se vuelve peligroso. Entonces decidí que no quería ninguna otra relación como aquella. Lo que quería era amistad, amor, confianza, lealtad... amor de verdad. Y eso es exactamente lo que tengo con Thorn. No estamos enamorados ni nos sentimos apasionados el uno por el otro, pero el enorme respeto que nos tenemos lo convierte en algo bonito, acogedor y seguro. Ese tipo de relaciones son largas y duraderas.

—¿Y tus acuerdos? ¿Tu necesidad de poder?

—Me da lo que me falta con Thorn, la pasión que anhele. Pero en estos supuestos los hombres no tienen ningún poder, no tienen control. Yo soy la que está al mando, por lo que no hay ningún riesgo. Puedo hacer realidad mis fantasías sin arriesgar mi corazón.

Su expresión no cambió mientras escuchaba atentamente cada una de mis palabras.

—Pero conmigo has hecho una excepción.

Aquello no era una pregunta, pero me lo tomé como una.

—Sí...

—Porque confías en mí.

—En aquel momento sólo te deseaba. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para tenerte.

—Y ahora tenemos algo muchísimo mejor que un acuerdo. Tenemos amistad, confianza, lealtad y respeto: todo lo que siempre has querido, pasión incluida. —No parpadeó mientras me miraba a los ojos.

Yo le devolvía la mirada, sintiendo el dolor de mi corazón y los temblores de mi cuerpo. Me había arrinconado en un espacio diminuto del que no me podía escapar. Me tenía inmovilizada con su pesado cuerpo y me mantenía en la postura más íntima posible... sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

—Sé que tú sientes lo mismo, pequeña.

—¿Estás seguro de eso? —susurré.

Asintió.

—Es evidente.

—No sé yo...

—Yo sí. Te has entregado a mí... por completo.

—¿Cuándo?

—En cuanto me pusiste al mando. Nunca lo habrías hecho de no haber confiado en mí, ni me habrías permitido dormir contigo si no te hubieras sentido segura. Nunca me habrías hecho tu socio de negocios si hubieses sospechado que no estaba siendo sincero contigo. No me has dicho ninguna de estas cosas, pero no hace falta: me lo has demostrado.

A lo mejor estaba permitiendo a mi corazón tomar todas las decisiones por mí. Estaba perdiendo mi sentido de la lógica y también las grandes dotes de pensamiento crítico que me habían hecho llegar a la cumbre. Estaba dejando que pensaran mi cuerpo y mis hormonas.

—Yo no soy como los demás.

—No... No lo eres.

Por fin me bajó las bragas por los muslos hasta los tobillos, me separó las piernas, y se bajó los bóxers y los pantalones de chándal hasta el trasero. Se colocó entre mis muslos y se deslizó en mi interior.

Yo me agarré a sus brazos y gemí.

Me penetró por completo y sostuvo su peso con ambos brazos. Apretó su frente contra la mía mientras me dilataba en todas las dimensiones.

—Soy el único hombre al que has permitido que te haga el amor.

A MEDIDA que transcurría el día me iba hundiendo cada vez más en mi propia agitación.

Hunt me mostraba sus sentimientos, exhibiéndolos como una pizarra con el menú. No me decía nada a mí directamente, pero sus intenciones quedaban perfectamente claras. Para él, yo era realmente su mujer; aquel acuerdo no iba a tener fin.

Porque no había acuerdo de ningún tipo.

Thorn me había dicho que sería mejor que esperase para contarle mis planes de convertirme en su prometida, pero cuanto más lo retrasara, más daño le haría a Hunt.

Tenía que decírselo.

Era lo correcto, aunque no tuviera ningunas ganas de hacerlo.

Lo respetaba demasiado para permitir que aquello continuase.

Cuando terminé de trabajar al día siguiente fui yo la que le envié un mensaje.

«Ven a casa».

«Me encantaría. ¿Quieres que lleve algo?».

«Sólo a ti».

«Eso es todo lo que mi mujer necesita».

Seguía empeñado en llamarme así... y cada vez que lo hacía, un

escalofrío me bajaba por la columna.

Llegó a mi ático quince minutos después. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta, y venía con el mentón perfectamente rasurado porque se afeitaba en cuanto llegaba a casa. Me saludó con un beso y un firme pellizco en el trasero.

—¿Me deseas ahora? ¿O más tarde?

—¿Y qué tal las dos cosas?

—Buena respuesta. —Dejó escapar una risita contra mi boca antes de volverme a besar. Su nariz rozó la mía y me miró como si yo fuese lo único importante del mundo. Era el centro de su universo, el sol que orbitaba todos los días sin excepción.

Me encantaba cuando me miraba de aquella manera.

Me cubrió la mejilla con la mano y bajó lentamente los ojos mientras me miraba a la cara. Rozó la comisura de mi boca con el pulgar antes de levantarme la barbilla, dirigiendo mis ojos hacia él.

—¿Qué ha pasado?

—¿Por qué piensas que ha pasado algo?

—Porque te conozco, Tatum. Puedes engañar al resto del mundo, pero a mí no me engañas.

Mi intención nunca había sido engañarlo... sólo a mí misma.

—Cuéntamelo.

No sabía si deberíamos sentarnos en la sala de estar o tumbarnos en el dormitorio. O quizá deberíamos quedarnos simplemente donde estábamos, de pie en el salón con la televisión encendida en el rincón. Hasta aquel momento, nunca me había puesto nerviosa la idea de hablar con él. Sentía un nudo en el estómago y las rodillas menos firmes que de costumbre.

—Thorn y yo hemos estado hablando y... dentro de unas semanas va a formalizar el compromiso.

—¿El compromiso con quién? —preguntó frunciendo las cejas.

—Conmigo...

Hunt me miraba fijamente sin alterar su expresión en lo más

mínimo, con los ojos fijos en un punto. Se podía ver el reflejo de las luces de la ciudad en la superficie de sus pupilas, tenues y casi invisibles. Su mano se quedó pegada a mi mejilla, pero ya no pude sentir su pulso. El tiempo pareció detenerse para ambos mientras mis palabras calaban en él y yo me obligaba a pronunciarlas.

—¿Todavía te quieres casar con él?

—Eso fue lo que acordamos.

En cuanto se sacudió de encima la conmoción su mano se desplazó hasta mi cuello.

—No has contestado a mi pregunta.

—Sí... Supongo.

—¿Supones? —hablaba con la mandíbula apretada y la boca tan tensa que parecía a punto de desencajarse—. A mí eso no me suena muy convincente.

—Me comprometí con Thorn... y yo mantengo mis promesas.

—¿Qué tipo de hombre obliga a una mujer a prometerle que se va a casar con él cuando ella está claramente enamorada de otro tío?

—No estoy enamorada...

—Y una mierda, Titan —me cortó furioso—. ¿De verdad vas a mirarme a los ojos y decirme eso a la cara?

Cerré la boca, ahora con la mandíbula tan tensa como la suya.

—Esto ya no es un acuerdo, Tatum. Esto es una relación. No pensaba alejarme de ti cuando terminaran las tres semanas... y eres muy tonta si piensas que tú sí que lo ibas a hacer.

—Yo establecí las normas de este acuerdo... y pienso cumplirlas.

—Las normas no se aplican a nosotros.

—Se aplican a todo el mundo.

Dejó caer la mano con una furia en la mirada que no le había visto nunca.

—Ahora mismo no puedes estar hablando en serio.

—Te conté mis intenciones con Thorn desde el primer día.

—Lo cierto es que no. Te lo tuve que sacar como un dentista arrancando muelas.

—Pero tú ya lo sabías, Hunt...

—Diesel. Ahora ya no te puedes echar atrás.

Había tenido claro que no se tomaría bien aquello, pero no me había dado cuenta de lo difícil que iba a resultar.

—Dijiste que querías un compañero en quien pudieras confiar. Dijiste que necesitabas confianza, amistad, lealtad y respeto.

—Sí. Thorn puede darme todo eso.

—Y yo también —saltó—. Y puedo darte todo lo demás.

—Y ese es justo el problema...

—¿El problema? —preguntó—. No finjas que no confías en mí, porque lo haces. Es imposible que puedas renunciar a esto y ser feliz. Yo sería muy desgraciado sin ti, Titan. Y desde luego tú lo serías sin mí.

Eso estaba claro.

—Ya me he hartado de jugar a estos jueguecitos —dijo él—. Voy a poner las cartas sobre la mesa. Tatum, quiero que estemos juntos. No quiero volver a enrollarme con un montón de mujeres sin nombre que no significan nada para mí y fingir que soy feliz. He encontrado a la única mujer que realmente me hace sentir algo. He encontrado a una mujer a quien admiro y respeto como igual. No hay nada de ti que no me guste... y no necesito escucharte decirme lo mismo para saber que te sientes igual que yo.

Di un paso atrás, dejando que su mano se separara de mi mejilla.

—Hunt...

—¿Qué?

—Esto es exactamente lo que yo no quería.

—Pues cuánto lo siento —respondió iracundo—. Ha sucedido, es lo que hay. Yo tampoco me lo esperaba.

Retrocedí unos pasos más y me crucé de brazos.

Él me fulminaba con la mirada, su enorme pecho elevándose y

descendiendo con rapidez.

—Yo te puedo dar todo lo que te pueda dar él.

—No se trata de lo que puedas ofrecerme.

—¿Entonces de qué se trata? A menos que estés enamorada de él, que no lo estás.

—Simplemente... se lo debo. —Aquella era la verdad sobre el asunto. Daba igual lo intensos que fueran mis sentimientos por Hunt. Le era leal a Thorn. Había hecho por mí más que ninguna otra persona en el mundo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por matar a Jeremy? No le debes nada, Tatum. Ese hijo de puta se merecía morir. Si Thorn va a usar eso para presionarte, entonces es tan malo como Jeremy.

—No me presiona con nada...

—¿Entonces qué es lo que le debes?

—Fue mi primer inversor. Yo estaba arruinada, sin un céntimo en el banco. No tenía nada que poner como aval, así que no podía pedir un préstamo en el banco. Él me prestó cien mil dólares. Sin él... hoy no estaría donde estoy.

Finalmente, Hunt dejó a un lado su enfado mientras la comprensión inundaba su mirada.

—Ha sido una parte fundamental de mi éxito. Por eso todos mis ingresos y activos están asociados a él. Casarnos, aunque sólo sea por conveniencia, nos beneficia a ambos.

—¿Y cómo se os ocurrió siquiera una cosa así?

—Yo dije que no quería volver a tener una relación nunca más... y Thorn dijo que no se podría casar con nadie porque sólo lo harían por su dinero.

—O sea, ¿que fue de mutuo acuerdo? —Se acercó a mi mueble bar y se sirvió un vaso de *whisky*.

—Sí.

—¿Entonces por qué tenía tanto interés en que tú y yo estuviéramos juntos? Prácticamente me arrojó en tus brazos. —Se

bebió el vaso entero como si fuese un chupito y luego lo rellenó, se aproximó al sofá y se sentó.

Yo me acerqué a él lentamente antes de sentarme en el sofá junto a él.

—Thorn siempre ha deseado que yo superara mis problemas con el control...

—¿Por qué?

—Porque es... —No estaba segura de si debería contarle aquel secreto porque no era mío.

—Ahora estamos poniendo todas las cartas sobre la mesa —dijo Hunt mientras removía su bebida—. Hay que sacarlo todo.

Ya le había contado a Hunt mi más oscuro secreto. ¿Importaba que le contase otro?

—Thorn es como yo... Le gusta estar al mando de sus propios acuerdos. Me descubrió este estilo de vida cuando estuve preparada para volver a estar con hombres.

—Supongo que eso tiene sentido.

—Pero no está dispuesto a transigir en nuestra relación. Necesita tener el control y, como a ti te he permitido controlarme... guarda la esperanza de que haga lo mismo por él.

Hunt estuvo a punto de hacer estallar el vaso que tenía en la mano. Se le abultaron las venas de los antebrazos.

—No hemos hablado demasiado sobre nuestra vida sexual, pero...

—No quiero saberlo. —En vez de romper el vaso, dio un largo trago—. Ese hombre te ha salvado la vida y te ha convertido en lo que eres... —Sacudió la cabeza y se secó los labios con el dorso de la mano—. Lo entiendo.

Lo observé contemplar mi chimenea, negándose a mirarme. Nunca me había ignorado de aquella manera, cerrándose a mí. No me permitía mirarlo a los ojos, la ventana a sus pensamientos. Su cuerpo musculado estaba tenso, como un oso molesto que podía

atacar en cualquier momento.

Me sentí fatal conmigo misma.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Junto las palmas de las manos y empezó a frotárselas suavemente mientras clavaba la vista en el suelo.

Ahora todo parecía forzado. Nuestra relación tranquila y cómoda había desaparecido. Hunt había erigido un muro invisible entre los dos.

Quería decir algo para mejorar las cosas, pero no se me ocurría nada.

—A Thorn le importas. —Cuando Hunt habló, sus palabras apenas tenían sentido—. Si le dijeras que quieres estar conmigo, lo entendería. Querría que fueses feliz. Eso es lo que hacen los amigos de verdad. —Por fin me miró—. Y Tatum Titan no hace nada que no quiera hacer. O sea, que la pregunta es... ¿Qué es lo que quieres?

Contemplé sus ojos color café y entonces me di cuenta del poder que irradiaba de todas sus extremidades.

—¿Pequeña?

—No es cuestión de lo que yo quiera...

—Sí que lo es.

—Es muchísimo más complicado que eso. Si me caso con Thorn como había planeado, mi futuro queda establecido. Podré saber exactamente lo que sucederá y cuándo sucederá. Es algo seguro.

—Y también un puto coñazo. Yo no soy un riesgo, Tatum.

—Sí que lo eres. Hasta si quisiéramos mantener una relación, no tenemos ni idea de cómo saldría, de cuánto duraría.

—Eso no importa.

—Sí que importa. Si rompo públicamente con Thorn, no podré volver con él. Le haría quedar mal.

—¿A quién le importa lo que piensen los medios?

—A mí —salté yo—. Los medios lo controlan todo. Su efecto llega hasta a las acciones de mis compañías. Gustar a la gente es más

importante que ninguna otra cosa. Abre puertas.

Él se frotó la nuca, visiblemente frustrado.

—¿Prefieres conformarte con una relación falsa que estar en una de verdad con un hombre como yo?

—Lo que yo prefiera tener no tiene nada que ver con esto...

—Sí que lo tiene, Tatum. Es imposible que vayas a hacer esto.

—Es lo que más sentido tiene. No puedo poner en peligro todos mis planes sólo por haber empezado a albergar sentimientos por ti.

—No son sólo sentimientos, Tatum.

Aparté la vista, reacia a enfrentarme a su expresión. Siempre que miraba aquellos ojos, me resultaba imposible ocultarme de él.

—Estás enamorada de mí.

Inhalé profundamente al escuchar aquellas palabras, pero continué sin devolverle la mirada. Me negaba a reconocer lo que había dicho. Me negaba a admitirlo.

—Los dos sabemos que es verdad.

Mantuve los ojos fijos delante de mí.

—Así que no creo que pudieras casarte con Thorn y no pensar en mí. No creo que pudieras ser suya y no preguntarte dónde estaría durmiendo yo por la noche, ni tampoco que fueses capaz de trabajar conmigo todos los días e ignorar el olor a perfume de mujer en mi traje. Te comería por dentro, yo sé lo celosa que te pones.

—Que vaya a estar casada no quiere decir que no podamos continuar con esta relación. Fidelidad es algo que Thorn y yo nunca nos hemos prometido el uno al otro.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Me di la vuelta hacia él y vi su expresión dura.

—No me voy a tirar a una mujer casada, ni siquiera si a Thorn no le importa. No soy esa clase de hombre.

—Entonces supongo que lo dejaremos cuando me case.

—No. Lo dejaremos en cuanto lleves puesto su anillo de

compromiso.

Ahora que el final de nuestra relación estaba todavía más cerca, sentí el pánico reptándome por las venas. Ya estaba alejándose, desapareciendo.

—Me doy cuenta de lo mucho que eso te desagrada. Lo estoy viendo en tus ojos ahora mismo.

Parpadeé y después desplacé la mirada hasta la televisión.

—Sé que deseas estar conmigo. —Su voz se volvió amable—. Corre el riesgo, Tatum. Yo ya te lo he demostrado de sobra.

—Lo sé...

Se acercó a mí y me tumbó lentamente en el sofá. Me trepó encima, cubriendo todo mi cuerpo con sus gigantescas dimensiones. Su rostro flotaba sobre el mío y me miraba como si me tuviera acorralada... por segunda vez.

—Sé que me dijiste que así era como iban a ser las cosas. Pusiste una fecha de fin y reglas. Yo esperaba seguirlas; lo que nunca esperé fue sentirme así. Nunca esperé enamorarme de ti.

Cuando aquellas palabras penetraron en mi corazón, me olvidé de respirar.

—Y ahora no quiero compartirte. Ahora quiero dirigir esta ciudad contigo. No quiero continuar con mi vida y dejarte atrás, ni estrecharte la mano y fingir ser tu amigo. Simplemente, ha sucedido... y esa nunca fue mi intención, pero tienes que entender que yo no soy como aquel cabrón. Jamás te pondría una mano encima, Tatum.

—Eso lo sé, Diesel... Nunca se me ha ocurrido pensarlo.

—Entonces no permitas que el pasado estropee lo que podrías tener ahora. No te quedes con Thorn sólo porque sea la apuesta más segura.

—Lo sé...

—No le debes nada. Si quieres estar conmigo, él se hará a un lado. Sé que lo hará.

Sí, probablemente lo haría. Se sentiría decepcionado, pero no se enfadaría.

—Sólo te pido que pienses en ello. Sé que esto no entraba en tus planes. Sé que si lo nuestro no funciona, perderás todo lo que has construido, pero pienso que merecería la pena. Ahora mismo quiero estar contigo con toda mi alma... y dudo que eso vaya a cambiar nunca. Cuanto más te tengo, más te deseo. —Se acercó a mí y me besó en la boca—. Por favor, piensa en ello. Sólo piénsalo. —Me volvió a besar, cortejando mi boca con sus suaves labios.

Mis labios se movieron automáticamente con los suyos y mis manos se introdujeron en su cabello. El rugido de la pasión inundó mi corazón y lo atraje hacia mí, arrastrada por su anhelante contacto. No nos desvestimos, pero aquello no impidió que nos deseáramos ni que nos frotáramos el uno contra el otro como si nada se interpusiera entre nosotros.

Hunt

ESTABA ENFADADO.

Por todo.

Estaba enfadado por haberme permitido colarme por Tatum Titan. Me irritaba que Thorn hubiera sido una parte fundamental de su ascenso al éxito. Me cabreaba que aquel exnovio suyo hubiera hecho que pusiese en duda la existencia del amor verdadero.

Y me ponía absolutamente furioso el hecho de que no me hubiese escogido a mí.

Todavía tenía tiempo... y grandes dosis de esperanza. Lo admitiese Titan o no, yo conocía sus sentimientos por mí.

Y lo hacía únicamente porque me sentía exactamente igual que ella.

Lo que teníamos era algo excepcional. Era auténtico. Era algo que yo jamás había sentido antes con ninguna mujer... y había estado con muchísimas. Ella y yo compartíamos un vínculo que era más fuerte que la sangre. Era imposible que pudiera casarse con Thorn y renunciar a mí.

Totalmente imposible.

Ella era la que había cedido ante mí en primer lugar, dándome el control sobre la relación. Aquello era algo que no haría por nadie: sólo por mí. Estaba convencido de que se daría cuenta de que Thorn

era la apuesta segura y yo un comodín, pero que aun así necesitaba mi pasión.

Se daría cuenta de que no podría vivir sin mí.

No podría vivir sin el sexo, sin las tranquilas conversaciones en la cama, la confianza y la amistad... y todo lo demás que teníamos. No sólo era tan buena pareja como Thorn, era incluso mejor. Yo podría darle algo que él no podría.

Podría dárselo todo.

Me senté ante mi escritorio una hora entera y no conseguí adelantar nada. Puse los pies encima de la mesa y miré por la ventana, contemplando las sombras de los edificios mientras el sol avanzaba en su recorrido por el cielo. Nunca consentía que nadie distrajera mi atención de lo que había que hacer, especialmente si era una mujer... pero sólo podía pensar en Titan.

La voz de Natalie entró en mi despacho.

—Brett Maxwell está aquí, señor.

Mi hermano tenía la mala costumbre de pasarse a verme cada vez que estaba en la ciudad presumiendo de un coche ante alguien. Solíamos tomarnos una cerveza cuando yo terminaba de trabajar, pero si sólo iba a estar por allí a primera hora de la tarde, solía hacerme una visita.

—Hazlo pasar. —Aunque tuviera una reunión, normalmente la retrasaba para poder verlo.

Porque era mi familia... La única que me quedaba.

Brett entró luciendo una sonrisa en medio de su barba. Llevaba una camisa negra de manga larga y vaqueros oscuros. Me chocó los cinco antes de dejarse caer en la silla mirando hacia mi escritorio.

—¿Qué te cuentas, hermanito?

Yo todavía tenía los pies puestos encima de la mesa.

—Aquí admirando las vistas.

—A mí lo que me parece es que estás haciendo el vago.

Levanté el dedo corazón en su dirección.

Él se rio y apoyó también los pies sobre el escritorio.

—¿Tienes ganas de morir, hermano mayor?

—Atropéllame con uno de mis coches y ya está. Moriré feliz.

Mi sonrisa se apagó al instante.

A Brett le llevó un momento darse cuenta de lo insensible que había sido su comentario. Bajó los ojos de inmediato y suspiró entre dientes.

—Lo siento...

—No pasa nada —dije yo quitándole importancia, sabiendo que su intención no había sido ofenderme—. ¿Qué te cuentas tú de nuevo?

—Le acabo de vender un coche a un famoso.

—¿De quién se trata?

—Thomas Wade.

Wade era uno de los golfistas más famosos del planeta. Contaba con el patrocinio de la mayoría de las compañías: justo en aquel momento salía en tres anuncios de televisión en emisión.

—¿Le gusta el coche?

—Se enamoró de él en cuanto le puso los ojos encima. No puedo culparlo.

—Son una preciosidad. —Volví a mirar por la ventana cuando la palabra «preciosidad» me recordó a una persona en especial.

—¿Qué te preocupa?

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes pinta de no haber dormido en tres días.

Era cierto que no había dormido. Estaba dejando pasar tiempo lejos de Titan, dándole espacio para que meditara su decisión a fondo. Me sentía lo bastante seguro de mí mismo como para no sentirme amenazado por otros hombres, pero Thorn se había desvivido por ella. No era sólo que hubiera sido el responsable de que pudiera empezar su primer negocio, es que había matado literalmente por ella.

Aquello no lo podía superar.

—Sólo necesito un corte de pelo.

—No me jodas. ¿Qué es lo que te pasa?

Antes o después me iba a preguntar por Titan, así que fui directo al grano.

—Le he confesado mis sentimientos a Titan...

—¿Y no fue muy bien, imagino?

—Dice que sigue teniendo un compromiso con Thorn.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad—. Si lleva tanto tiempo acostándose contigo, es evidente que ese tío no le da lo que ella necesita.

Mi hermano acababa de dar justo en el clavo.

—Le he pedido que se lo vuelva a pensar.

—Me sorprende que le hayas dado esa opción ya para empezar.

Aquello era prueba de lo mucho que me gustaba. La idea de volver a los bares a conocer mujeres porque sí para enrollarme con ellas me parecía muy poco apetecible. El sexo era bueno pero siempre exageraban, esforzándose demasiado para ser exactamente lo que ellas pensaban que yo quería. Sin embargo, Titan hacía lo que ella quería... y que una mujer supiera exactamente cómo deseaba que un hombre la complaciera era la cosa más erótica del mundo.

—Ella es muy especial.

—Eso ya te lo podría haber dicho yo. Espero que te salgan bien las cosas, tío.

—Y yo.

—Nunca te había visto colado por una chica... ni siquiera cuando éramos pequeños.

Yo levanté una ceja.

—Ya sabes a qué me refiero.

Era cierto, nunca había demostrado un interés romántico por nadie; para mí, las mujeres eran simplemente sexo con piernas.

Pero en el caso de Titan, no veía sus piernas. Lo que veía era una mujer poderosa con una mente brillante. Veía a alguien con un alma tierna y una sólida coraza exterior, a alguien tan profundo que no tenía fondo. La veía de un modo diferente al resto del mundo: no era sólo una mujer guapísima con la que disfrutaba entre las sábanas, era una socia, una amiga, alguien que formaba hasta tal punto parte integrante de mí que me sentía totalmente incapaz de imaginar mi vida sin ella.

—¿Quieres mi consejo?

—No.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—No dejes de luchar por ella. La guerra no es más que una sucesión de batallas que hay que ganar... y cualquiera puede decirte que el amor es la mayor guerra en la que nunca participaremos.

CUANDO TRANSCURRIERON varios días sin que me invitara a su casa supe que se estaba tomando mi mensaje final en serio.

Se lo estaba pensando otra vez.

Pero pasar todas las noches sin compañía delante de la televisión empezaba a resultar solitario. Bebía mucho, no comía demasiado y me machacaba un poco más en el gimnasio. Trabajaba mucho con el portátil y aligeraba la carga de cosas pendientes durante la jornada.

Pero nada era lo bastante absorbente para distraerme.

Aquello me hizo temer lo que sería mi vida si ella elegía a Thorn. Sería seguir haciendo esto.

Antes de conocerla nunca me había parado a pensar en mi vida. En aquel momento me resultaba satisfactoria, pero pasar de algo espectacular a algo tan mediocre era sencillamente deprimente. Finalmente cedí a la tentación y le envié un mensaje.

«Te echo de menos». Era la primera vez que le enviaba un mensaje así a una mujer en toda mi vida porque aquello solía parecerme cosa de maricas, pero le di a «Enviar» en cuanto terminé de escribir las palabras en la pantalla, sin pensármelo. Tatum Titan no sólo me había hecho un hombre: también me había vuelto un romántico.

Su respuesta fue instantánea.

«Yo también te echo de menos».

«Pues invítame a tu casa».

«Sabes que tú no necesitas invitación, Diesel».

Aquella era toda la invitación que necesitaba. Abandoné mi ático y me dirigí hacia su casa, a unas manzanas de distancia. Los dos vivíamos en Tribeca, la parte de Manhattan donde más caros eran los inmuebles. Las calles estaban tranquilas, llenas de empresarios con sus familias. Entré en su edificio y subí en el ascensor hasta su ático. Las puertas se abrieron a la diáfana sala de estar bañada en el resplandor de la televisión.

Ella estaba allí de pie, vestida con mi camisa gris y con un torbellino de emociones en el rostro.

Me adentré en la estancia y escuché cerrarse las puertas del ascensor a mi espalda.

Su expresión era imposible de descifrar, como si quisiera sonreír y ponerse a llorar al mismo tiempo. De repente, se acercó corriendo y se abalanzó sobre mi pecho, rodeándome la cintura con las piernas y echándome los brazos al cuello.

Yo la cogí sin esfuerzo y esbocé una sonrisa.

—Sí que me has echado de menos.

Se frotó contra mí, restregando las bragas contra el bulto que se había formado en mis vaqueros.

—Me parece que tú me has echado más de menos a mí.

Mi mirada se oscureció y empecé a recorrer el pasillo de camino a su dormitorio con ella en brazos.

—No he dejado de echarte de menos ni un solo día desde que me fui.

—Entonces te debes de haber sentido muy incómodo. —Me sonrió con sus labios rojos, coqueta y sensual.

—Me las he arreglado solo cuando ha sido necesario. —La dejé sobre la cama y tiré de sus bragas para bajárselas por las largas piernas.

—Vaya... Qué erótico suena eso.

—¿Te parece erótico que me masturbe? —Le quité la camisa por la cabeza antes de quitarme la mía a tirones.

—Muy erótico.

—Y pensaba en ti cuando me masturbaba.

Ella apretó los muslos entre sí y se llevó las rodillas al pecho.

—Mmm...

Como si no estuviera ya bastante empalmado, aquello me estaba poniendo como una moto. Me quité los vaqueros y los bóxers de un tirón y me coloqué a los pies de la cama, justo en el mismo lugar en donde la había sodomizado por primera vez.

—Ahora vas a gozar de un pase en directo. —Me deslicé en su húmeda entrepierna, sintiendo su excitación a mi alrededor. Seguramente se había excitado en cuanto había recibido mi mensaje y le había dicho que iba a ir a su casa.

—Diesel... —Ya estaba totalmente metida en ello, echando la cabeza hacia atrás mientras se mordía el labio inferior.

Menos mal que no tardaría mucho en correrse, porque yo tampoco iba a aguantar demasiado. Me introduje por completo en su interior y luego me doblé sobre ella, contemplando el rostro que me perseguía en sueños.

—Estás guapísima con mi polla metida hasta el fondo.

—¿Y sin ella?

—También guapísima... pero no tanto. —Eché las caderas con fuerza hacia delante y me introduje profundamente en su interior,

deseando que sintiera toda mi erección. Quería ver temblar sus labios, escuchar sus gemidos, oírla suplicar que la follara más fuerte.

Sus manos se cerraron como tenazas alrededor de mis muñecas como de costumbre y me miró directamente a los ojos mientras empezaba ya a abrir la boca. Sus fuertes gemidos estaban sincronizados con mis empujones y eran lo más sensual del mundo. Cada pocos segundos musitaba mi nombre, disfrutando de mí como si llevara años sin hacerlo, en vez de sólo unos días.

—He echado muchísimo de menos tu polla...

—Ella a ti también, pequeña. —Entraba y salía de ella deslizándome por su creciente humedad.

Los pezones se le pusieron duros como la punta de un cuchillo y su pecho adquirió un rubor rosado que se extendió hasta sus mejillas, dándoles un aspecto ardiente.

—Me voy a correr, Diesel.

—Lo sé.

—Más fuerte.

Aceleré el ritmo, sacudiendo la cama y haciendo que el cabecero de madera golpeará contra la pared. Los fuertes golpes acompañaban el movimiento de mis caderas, armonizándose con sus sensuales gemidos. Sus gritos aumentaban cada vez más de volumen y sus uñas me mordían como si tuvieran dientes. Cuando llegó al límite echó la cabeza hacia atrás e impulsó las caderas hacia arriba, mordiéndose el labio inferior con tanta saña que se hizo sangre.

—Diesel... Sí... Sí.

La satisfacía por completo, logrando que tocara el cielo con las manos. Le froté el clítoris para hacer que disfrutara todavía un poco más, intensificando su experiencia para lograr que se retorciera debajo de mí. Me había echado de menos de por sí, pero ahora quería que supiese lo que se estaría perdiendo si se apartaba

de mi lado.

Sus gemidos y gritos continuaron, atenuándose lentamente a medida que disminuía la intensidad.

Yo quería prolongarlo, pero después de la sequía que había atravesado sabía que no iba a durar mucho más. Me enterré por completo en su interior y eyaculé, depositando toda mi semilla en lo más hondo de su ser. Los músculos del pecho se me tensaron al recorrerme la explosión, y me sentí bien al estar completamente metido en ella. Me sentía en casa.

Me cogió de las caderas y tiró de mí con más fuerza, a pesar de que ya había invadido hasta el último resquicio de su cuerpo.

—Sí... —Le encantaba que me corriese dentro de ella todavía más que a mí hacerlo. Estaba doblada debajo de mí, totalmente abierta de piernas y con una mirada de satisfacción en la cara. Nunca la había visto tan guapa como en aquel momento, profundamente satisfecha y complacida después de correrse.

Salí lentamente de ella y me quedé mirando su entrada, donde empezaba a acumularse mi semen, reluciendo entre sus pliegues hinchados. Quería reclamarla como mía de aquella forma todos y cada uno de los días. Quería a Tatum Titan sobre mi escritorio con las piernas abiertas de par en par. Quería que todos los hombres de Nueva York me guardasen rencor por tener a la mujer más maravillosa del mundo.

Y por follármela todas las noches.

Al terminar nos metimos en la ducha siguiendo una rutina nocturna que habíamos establecido hacía mucho tiempo. Yo le frotaba el jabón por todo el cuerpo, disfrutando del tacto de su piel increíblemente suave. Sus frágiles hombros eran esbeltos y redondeados, su cuello elegante y el arco de la espalda, el más bonito que había visto. La columna le descendía en línea recta por la espalda y los músculos se le marcaban a ambos lados. Tenía un cuerpo fuerte y femenino que me encantaba agarrar con las manos.

La realidad de nuestra situación pendía sobre nuestras cabezas, pero ni ella ni yo lo mencionamos. No había nada más que decir al respecto. Tendría que tomar la decisión por su cuenta, no escucharme argumentar sobre por qué escoger a Thorn era un error. Titan era una persona de una lógica aplastante. Cada decisión que tomaba, sin importar lo personal que fuese, era una decisión de negocios. Así era también como trataría aquel dilema.

Se enjabonó el pelo con el champú y después se dio la vuelta para aclarárselo. Echó la cabeza hacia atrás, pero sus ojos se desplazaron hasta mi rostro.

Yo le agarraba los pechos, sintiendo el jabón salpicar por todas partes. Tenía una delantera espectacular, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Sus pechos eran firmes, suaves y redondeados. Mis dedos rugosos adoraban sentir aquella fabulosa carne bajo mis manos. Podría correrme sólo tocándola así.

El arco de su espalda se hizo más pronunciado mientras se aplicaba la crema suavizante en el cabello.

—Tienes unas manos muy hábiles.

—Es que les encantan tus tetas. —Di un suave apretón antes de bajarle las manos hasta la cintura—. Tienes un cuerpo precioso. —Pasé el pulgar por encima de su ombligo, sintiendo la pequeña depresión.

—Gracias.

—No comer parece merecer de verdad la pena.

—Sí, ¿verdad? —Eché la cabeza hacia atrás y se aclaró el suavizante del cabello.

Me encantaba observarla en la ducha. Estaba atractiva en su despacho, cuando llevaba puesta una de mis camisetas y cuando estaba cabalgándome en el sofá, pero aquello no tenía comparación. El pelo mojado se le pegaba a la cabeza y tenía la cara limpia de todo maquillaje. Sin rímel ni delineador, sus ojos parecían más pequeños, pero aquel aspecto fresco le daba una belleza

natural. Podría ir donde quisiera sin rastro de maquillaje y los hombres seguirían volviendo la cabeza sólo para echarle un vistazo.

Acabamos de ducharnos, nos secamos y nos metimos en la cama. Su pelo seguía ligeramente húmedo porque no se lo había secado del todo con el secador, pero me gustaba la naturalidad con la que caía su melena rodeándole la cara. Recogió mi camiseta del suelo y se la puso.

¿Seguiría poniéndosela si escogía a Thorn?

Nos metimos en la cama a pesar de que todavía no eran ni las diez. Me tumbé a su lado rodeándole la fina cintura con un brazo. Al mirar su bello rostro sentía aflojarse en mi pecho las tensiones que lo atenazaban constantemente. El arte proporcionaba paz a cualquiera que lo mirara. Así era exactamente como me sentía sobre la musa que tenía justo delante de mí. El simple hecho de mirarla me hacía sentir mejor, me hacía entrar en un estado de calma.

Ella me subió la mano por el pecho dibujando círculos sobre mi corazón con las puntas de los dedos. Estaba concentrada en lo que hacían sus manos, obviamente sin nada de sueño a pesar de estar metidos en la cama bajo sus suaves sábanas.

—¿Qué tal has dormido estos días? —Me preguntaba si le habría afectado mi ausencia y también si había tenido alguna otra pesadilla. Me preguntaba si mi ausencia habría sacudido su vida tanto como la suya lo había hecho con la mía.

—No he dormido demasiado, si te digo la verdad.

—Yo tampoco. —Había pasado solo casi todas las noches de mi vida. Dormía en una cama gigantesca totalmente solo y nunca había tenido problemas para conciliar el sueño en cuanto mi cabeza tocaba la almohada. Pero ahora que me había acostumbrado a aquella compañera de cama, el silencio de mi dormitorio se me hacía insoportable. Echaba de menos su suave respiración y aquellos pequeños suspiros que daba mientras se estaba quedando

dormida. Llevaba relativamente poco tiempo en mi vida, pero aquel periodo había tenido más efecto sobre mí que cualquier otra experiencia. Me daba la impresión de que ella siempre había estado allí.. a pesar de que no fuese así—. Por eso estoy aquí.

—¿Para que te ayude a dormir? —me preguntó sonriendo.

—Sí. Se me ha ocurrido que a lo mejor podría hacer lo mismo por ti.

—Ayudará, seguro. Esta semana he extendido muchas veces la mano a través de la cama en mitad de la noche para tocarte... y entonces recordaba que no estabas allí.

Mis dedos se tensaron sobre su cintura, sintiendo su dolor porque me dolía a mí también.

—Ahora estoy aquí.

—Lo sé...

—Y puedo estarlo siempre... si es eso lo que quieres. —No quería hablar de nuestra dolorosa situación, pero aquellas palabras salieron de mis labios por su cuenta. Titan estaría arriesgando toda una vida de seguridad si al final decidía quedarse conmigo. Aquello daría al traste con todos sus planes, con el momento en que quería empezar a tener hijos y con todo por lo que Thorn y ella habían trabajado. Era mucho pedir, la verdad. Yo no podría darle ninguna garantía porque el futuro siempre era impredecible, pero sí que podría darle algunas otras cosas—. Cuentas con mi lealtad, Tatum. Eso ya lo sabes. Nunca te traicionaría ni te mentiría. Y podrías contar conmigo... para cualquier cosa.

Subió la mano hasta mi cuello.

—Lo sé, Diesel. Si no lo supiera, esta decisión sería mucho más fácil de tomar. —Su pulgar recorrió mi mandíbula, notando la barba de varios días sin afeitarme.

Estreché su muñeca con la mano y me llevé su palma a los labios para darle un beso. Besé las puntas de sus dedos y sus nudillos, ansiando idolatrar a aquella mujer que había tenido un efecto tan

profundo en mi vida. Le estaba pidiendo que corriera un riesgo por mí, pero yo también estaba corriendo un riesgo por ella.

Estaba dispuesto a cambiar mi vida por completo... sólo por ella.

Titan

ESTABA TRABAJANDO EN EL ESCRITORIO CUANDO THORN SE PASÓ POR MI OFICINA para hacerme una visita.

Entró en mi despacho y se dejó caer en la silla que había frente a mi mesa. Fue directo al motivo de su visita y empezó a hablar de negocios. Oficialmente no compartíamos la propiedad de ninguna de nuestras empresas, pero aun así trabajábamos juntos para conseguir que nuestros activos tuvieran el mayor éxito posible. Si íbamos a combinar nuestras propiedades, queríamos aportar todo lo que pudiéramos.

Thorn deslizaba el dedo por la pantalla del móvil mientras me iba recitando una serie de números con rapidez.

Grabé lo que me dijo y luego nos pusimos a hablar de Stratosphere. Al principio habíamos tardado en ponerla en marcha, pero Hunt y yo habíamos empezado a ver resultados de inmediato. Bruce Carol era arrogante y había pensado que podría ir tirando sin ningún esfuerzo, haciendo el mínimo indispensable. Aquella había sido su perdición, junto con su rotunda estupidez.

—Bueno, ¿tú qué novedades tienes? —En cuanto nos quitamos de en medio los temas de trabajo, Thorn se puso cómodo y me contempló con sus ojos de color azul hielo. Incluyó ligeramente la cabeza, despojado ya de su aura de implacabilidad cuando

estábamos los dos solos.

—Ninguna.

—¿Ninguna? —preguntó con incredulidad—. ¿Ni una sola cosa?

—Bueno... Tengo una alfombra nueva en el salón.

—Para ser la mujer más rica del mundo, habría esperado que tuvieras una vida más interesante.

Esa había sido exactamente mi impresión hasta que me había visto atrapada en aquella complicada situación con Hunt. Nunca me había costado poner fin a mis anteriores acuerdos. El sexo era increíble, pero para cuando el acuerdo llegaba a su fin yo ya estaba preparada para pasar página. Si algún hombre había querido seguir adelante, en ningún momento había expresado sus deseos, probablemente porque todos sabían que diría que no.

Pero ahora mi futuro se presentaba turbio. Había estado perfectamente planificado hacía unas semanas, pero ahora estaba sin rumbo. Era difícil llevar una vida interesante cuando estaba atascada en aquel bache del camino. Podía quedarme con Thorn y echar de menos a Hunt. O podía escoger a Hunt y ser feliz, pero luego arrepentirme de ello más adelante.

Thorn era la persona a la que recurría cuando necesitaba consejos, pero en esta ocasión no podía hacerlo.

Thorn seguía mirándome fijamente con ojos fríos y penetrantes. Tenía un modo particular de examinarme, contemplándome como si pudiera ver a través de mí. Tenía algo que ver con la forma en que echaba las cejas hacia delante.

—Titan, tengo la sensación de que hay algo que no me estás contando. Sé que no es muy probable porque me lo cuentas todo... pero desde luego esa es la impresión que da.

Pues sí, podía ver a través de mí.

—¿De qué se trata? —insistió—. Estás hablando conmigo, no lo olvides.

—Bueno... Es que todo esto de Hunt es complicado.

—¿A qué te refieres?

—Le he contado que nos vamos a comprometer dentro de poco... y me ha dicho que no lo haga. Me ha pedido que me quede con él.

La expresión de Thorn no cambió, melancólica y fría como siempre. Normalmente sus pensamientos eran transparentes y sus expresiones tan fáciles de leer como un libro abierto. Me abría su alma porque no tenía nada que ocultar después de todo lo que habíamos pasado juntos.

—¿Y?

—Es sólo que... estoy confusa.

—Entonces ¿quieres estar con él? —Thorn no estaba enamorado de mí. Nunca lo había estado y nunca lo estaría. Lo que compartíamos era más fuerte que eso. Si no quería casarme con él, con toda certeza no se lo tomaría como algo personal.

—Sí... y no.

—¿Cuál de las dos? —me preguntó con firmeza.

—Quiero estar con él porque... no quiero perderlo. No soy capaz de imaginarnos a cada uno yendo por su lado. No quiero estar con nadie más y sin duda no quiero que él esté con nadie más. Me hace feliz. Confío en él. Es mi amigo... Es buena persona.

—Si tienes miedo de que me vaya a enfadar contigo, sabes que por eso no te tienes que preocupar. Si eso es lo que quieres, sabes que respetaré tu decisión. ¿Me alegrará? No. ¿Me decepcionará? Pues sí, está claro. Pero eso da igual. Se trata de ti, no de mí.

Aquello me conmovió y me sentí una estúpida por haber llegado a sospechar que Thorn no me apoyaría. Siempre había estado a mi lado, contra viento y marea. Habíamos sorteado los momentos difíciles del mismo modo que nos habíamos regocijado durante los buenos.

—Eres tan bueno conmigo...

—Porque te quiero —dijo—, pero eso ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé... Después de todo lo que has hecho por mí, me

sentiría fatal si me echara atrás sobre lo que habíamos decidido.

—Cariño, no hice aquellas cosas por ti porque quisiera algo a cambio. Las hice porque me importabas... porque eres mi amiga. No me debes nada, Titan. Te hice tu primer préstamo, pero eres tú la que ha construido este imperio con sus propias manos. Yo no he tenido nada que ver. Cogiste cien mil dólares y los convertiste en miles de millones. Lo has hecho todo tú, cariño.

Me apoyé los dedos en la boca, encubriendo mis emociones todo lo posible. En mis ojos se formó una fina capa de humedad, pero la eliminé parpadeando discretamente. Nunca se me habían dado bien aquella clase de momentos sensibleros.

—Quédate con él si eso es lo que quieres. Tienes mi bendición, aunque no la necesitas. —Por fin me dedicó una sonrisa, asegurándome que todo iba bien de verdad—. Pero tendremos que pensar cómo aclararlo todo en los medios. Habrá que dejar claro que ha sido una ruptura de mutuo acuerdo para no dañar la imagen de ninguno de los dos. Y no puedes empezar a dejarte ver con él poco después porque eso hará que parezcas una insensible.

Estábamos adelantando acontecimientos.

—Todavía no he tomado una decisión.

—¿No? —preguntó—. Pues parece que sí.

—Quiero estar con él... pero sigo pensando que tú eres la mejor opción.

—Hombre, eso está claro —dijo con una sonrisa—. Tú mírame.

Solté una risita y puse los ojos en blanco.

—Si pongo fin a lo nuestro, me quedo con Hunt y las cosas no salen bien... Sé que no podré volver a ti.

Thorn no rebatió aquella afirmación.

—Así es.

—Entonces... Lo estaría arriesgando todo.

—Sí. Conmigo tendrías estabilidad, seguridad, protección, aceptación, honestidad... por no mencionar un sexo magnífico.

Podrías tener todo eso con él, pero... ¿durará? No creo que ninguno de los dos sepáis la respuesta.

No, estaba claro que no lo sabíamos.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Ya sabes que no puedo responder a eso.

—Siempre recorro a ti cuando necesito consejos.

—Pero aquí hay un conflicto de intereses. Y no sé qué sientes por este tío. Si estás enamorada de él... puede que no tengas elección. ¿Estás enamorada?

Bajé la mirada hacia el escritorio y esquivé la pregunta.

—Si no estás segura, tienes que averiguarlo. La verdad es que, si no vas a estar conmigo, Diesel Hunt es una magnífica elección. Es rico, inteligente, atractivo y sincero, y no es un cerdo machista. Te respeta y está claro que te adora. Sería un buen compañero y no revelaría tus secretos, pero como todo esto parte de la pasión y el amor... dos cosas a las que te opones... no sé qué ocurrirá. Puede que un día tengáis una pelea y todo se vaya a la mierda. Dividiréis vuestras posesiones y todo por lo que has trabajado se derrumbará ante tus ojos. No te voy a mentir, Titan, es un riesgo. Tienes que decidir si merece la pena correrlo por él o no.

—Pero...

—Sabes que no puedo responder por ti.

Yo siempre había sido una mujer capaz de pensar por sí misma, siempre había tenido claro mi camino cuando los demás no sabían qué ruta seguir. Analizaba las situaciones de forma distinta a la mayoría de la gente, lo cual me llevaba a conseguir los mejores tratos. Pero toda aquella experiencia vital ahora no me servía para nada. Mi última relación había sido un desastre que había acabado en asesinato. Era evidente que no se me daba bien juzgar el carácter de las personas cuando se trataba de amor.

—Pero te voy a decir una cosa. —Thorn cruzó las piernas, apoyando un tobillo en la rodilla contraria—. No tienes por qué

temer que el pasado se repita. Lo que pasó con Jeremy nunca ocurriría con Hunt. Es la última persona del mundo de la que tienes que tener miedo.

—Tienes muy buena opinión de él...

—Siempre he sabido que es buen tío. No me caía bien porque me temía que pasara esto... y así ha sido. Pero ahora que es un hecho, ya no tengo motivos para que me caiga mal. Me ha quitado a mi mujer, pero no puedo culparte por haberte colado por él. Ese hombre aceptaría una bala por ti tan rápido como lo haría yo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Lo sé sin más. En serio, ese tío renunció a una empresa de mil millones de dólares sólo porque el dueño te insultó. Podría haber cerrado el acuerdo y fingir que nunca había ocurrido, pero no lo hizo. Declaró una guerra porque alguien te faltó al respeto. Si eso no es ser protector, no sé qué lo será.

Nunca olvidaría lo que había hecho Hunt. Me había llegado al corazón. La lealtad era importante para mí y obviamente también lo era para él.

—Es verdad.

—No les he dicho nada a los periodistas sobre la propuesta de matrimonio, así que no hay problema.

—¿Y qué hay de tu madre?

Se volvió a encoger de hombros.

—Ya encontraré la manera de contárselo con delicadeza. Por eso no te preocupes.

—Gracias...

—¿Cuánto tiempo necesitas para pensártelo?

—Todavía no estoy segura. Sigo tan indecisa como hace unos días.

—Es como si estuvieras en un triángulo amoroso —dijo con una risita.

Aquello no tenía nada de divertido.

—Dije que no volvería a pillarme por otro tío... y mírame.

—No te castigues por ello. Todos tenemos debilidades.

—Tú no.

—Bueno, es que yo no soy de los románticos. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Simplemente soy así.

—Pues qué suerte tienes.

Sonrió.

—Toda esta situación es bastante irónica. El verdadero motivo por el que quería proponerte matrimonio ahora y no más tarde era Hunt. Creía que si esperaba demasiado, vuestra relación podría volverse seria. Pensaba que si me daba prisa y nos comprometíamos ya, eliminaría esa posibilidad. —Se encogió de hombros—. Al parecer no he actuado con la suficiente rapidez.

—Thorn... Lo siento muchísimo.

Levantó la mano.

—No lo sientas. Quiero casarme contigo por mis propias razones egoístas, así que no te sientas muy mal por mí.

Bajé la mirada cuando me invadió la culpabilidad.

—Tómate todo el tiempo que necesites para pensarlo. —Se puso en pie y se abrochó los botones de su chaqueta azul marino—. De verdad, Titan. No habrá rencores. Si es el hombre con el que quieres estar, nuestra relación no cambiará. Seguimos juntos en esto... Así será el resto de nuestras vidas.

JESSICA LLAMÓ a la puerta antes de pasar.

—Titan, te han enviado flores.

¿Flores?

—Gracias. Puedes dejarlas en mi mesa.

Llevó el jarrón de cristal hasta la esquina, donde se marchitaban

las antiguas peonías. Las cambió y se llevó las flores marchitas consigo al salir.

Me quedé mirando el pequeño jarrón de lirios morados. Tenía el tamaño perfecto para mi escritorio y las flores eran de un color precioso. No estaba segura de quién me las habría enviado, porque no recordaba haber pedido ninguna. Por norma general me cambiaban las flores al día siguiente, así que quien las había mandado sabía que era momento de sustituirlas.

Encontré la tarjeta a un lado y la abrí.

Pequeña:

Tengo un nuevo acuerdo en mente. Te veo en mi casa a las 7.

-El jefe-

ENTRÉ en su ático a las siete en punto porque no quería llegar ni antes de tiempo ni con retraso. No sabía qué le rondaba la cabeza, pero Hunt siempre tenía un montón de buenas ideas. No sería tan rico si aquella preciosa cabeza suya estuviera llena de nubarrones.

Pasé al interior y lo encontré sentado en el sofá. Estaba leyendo un libro descalzo y con el pecho desnudo. No llevaba nada más que los pantalones deportivos y así era como más me gustaba verlo. Me encantaba que me provocara así con su físico musculado, aunque ocultaba la mejor parte de su cuerpo en los pantalones. Deslizó el marcador entre las páginas y se levantó para recibirme.

Mis ojos se posaron en los suyos, embebiéndose de aquellos iris de color marrón café. Estar a su lado me hacía sentir frágil, pero en el buen sentido. Nadie más era capaz de ejercer ningún efecto sobre mi seguridad en mí misma. Cuando alguien intentaba intimidarme, yo me crecía más. Yo siempre era la persona más alta de la sala, a pesar de ser la de menor estatura.

—Gracias por las flores.

—Sabía que quedarían bien en tu escritorio. Los lirios son tus favoritos, ¿no?

El corazón me latió un poco más fuerte.

—¿Cómo lo sabías...?

—Tienes flores por todas partes y de todas clases, pero me he fijado en que sueles tener lirios con más frecuencia que cualquier otra flor... así que hice una suposición.

—Bueno... pues es correcta.

Se aproximó más a mi cuerpo con sus brazos gruesos y cincelados a los costados. Bajó la mirada hacia mí con el corto cabello pegado a la cabeza. Estaba claro que se había secado el pelo con una toalla en cuanto había salido de la ducha. Daba igual lo que llevara puesto o cuánta atención le dedicara a su pelo: era el hombre más sensual de Manhattan.

Se inclinó hacia abajo y ladeó la cabeza para poder besarme cálidamente en los labios al tiempo que me deslizaba la mano por el pelo. Movié la boca sobre la mía, succionándome el labio inferior con los suyos antes de soltarlo. Me introdujo la lengua, derramando su cálido aliento.

Estaba perdida.

Me rozó los labios con los suyos antes de apartarse, dando por terminado el contacto antes de que yo estuviera preparada para que acabase.

Puse las manos en su abdomen perfilado y palpé su físico duro. Su vientre era igual de firme que su pecho. Era un alto muro plagado de curvas. Hecho de ladrillo y cemento, era más resistente que una chimenea de piedra que aguantaba el paso del tiempo.

—Bueno... ¿y qué pretendías conseguir con eso?

—Yo no diría que quería conseguir nada... sino más bien proponer un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo? —No le estaba pidiendo a Hunt nada que no pudiera darme. Simplemente no era capaz de decidir cuánto

riesgo estaba dispuesta a correr. Si escogiera a Thorn, puede que olvidase a Hunt con el tiempo, aunque al principio me dolería. Me dolería mucho.

—Thorn te ofrece más que yo. ¿Y si yo te ofreciese lo mismo?

—¿En qué sentido me ofrece él más? —Hunt ya era leal y honesto. Confiaba en él tanto como en mi mejor amigo. No había nada más que él pudiera hacer para lograr que yo cambiase de opinión. Todo se reducía a cuánto estaba yo dispuesta a sacrificar.

—Él te ofrece seguridad y yo estoy dispuesto a darte lo mismo.

No tenía ni idea de qué quería decir con aquello, así que continué mirándolo.

—¿Eso qué significa, Hunt?

—Matrimonio, niños, una colaboración... Te lo daré todo.

Ahora el corazón me latía todavía con más fuerza, martilleándome la caja torácica. A pesar de que se me había acelerado el pulso, tenía la sensación de que no me llegaba suficiente sangre a las extremidades, de que mis pulmones no recibían suficiente oxígeno.

—Al escogerme a mí estás arriesgando una relación de negocios perfecta. Confías en Thorn para que sea tu pareja, para que sea tu amigo. Confías en que dure porque vuestra relación no se basa en la lujuria. Bueno, pues eso también te lo puedo dar yo. Me casaré contigo, Titan. Tendré hijos contigo. Te daré exactamente la misma relación que está dispuesto a darte él. Puedes fiarte de mí para que sea tu compañero de vida, para que esté a tu lado todos y cada uno de los días y para que te sea fiel. Tengo mucho dinero y juntos nuestras propiedades serán inmensas. Soy tan buen candidato como Thorn, pero yo soy mejor porque puedo satisfacerte. Puedo hacer realidad todas tus fantasías... y tú puedes cumplir las mías.

Cuando Hunt me había dicho que tenía un acuerdo que proponerme, no me había esperado aquello. Creía que querría prolongar el tiempo que compartíamos, explorar algún nuevo

ámbito sexual. No tenía ni idea de que se plantearía aquello.

—Yo... no me esperaba que dijeras esto.

—Bueno, pues ahora te lo estoy diciendo. ¿Qué opinas?

—¿Que qué opino? —pregunté con incredulidad—. Me acabas de proponer matrimonio.

—No te he propuesto matrimonio, te he pedido que te cases conmigo.

—¿Acaso no es lo mismo? —espeté.

—No tengo anillo, pero puedo comprarte cualquier alianza que pudieras desear.

Di un paso atrás y me pasé las manos por la cara.

—Es que... Ostras.

—¿Tan sorprendente te parece la idea de casarte conmigo? —preguntó con frialdad.

—No... Es sólo que nunca pensé que me harías una oferta así. ¿De verdad estás dispuesto a sacrificar la posibilidad de enamorarte de alguien y de formar una familia sólo por estar conmigo?

Sus ojos perforaron los míos cuando clavó la mirada en mí. Mantenía los brazos a ambos costados de su cuerpo, pero le temblaban ligeramente, y flexionaba de manera involuntaria los músculos y los tendones. Era una mirada agresiva, llena de irritación y enfado.

—Ya me he enamorado.

Silencio.

Se me paró el corazón.

Se me olvidó cómo respirar.

Seguía mirándome fijamente sin avergonzarse de la declaración que acababa de hacer.

Le sostuve la mirada pero sentí cómo mi confianza se hacía trizas. De repente me sentí eclipsada por su tamaño, empequeñecida por su poder. Finalmente cogí aire porque lo necesitaba para mantenerme firme. Tenía las rodillas bloqueadas y

estaba a punto de venirme abajo.

—Oh, Dios mío...

—Además, sé que te has enamorado de mí. —Se acercó más a mí, pegando la cara a la mía—. Dímelo.

—Diesel...

—Dime que me quieres. —Me puso la mano en el cuello y me alzó un poco la barbilla para que lo mirase directamente a los ojos—. Ya sé que es así, pequeña, así que lo mismo te da decírmelo.

—¿Cómo lo sab...?

—Lo noto con sólo mirarte... con ver cómo me miras. —Me pasó el pulgar por el cuello y sintió mis pulsaciones erráticas. Sus ojos escudriñaron mi rostro, unas veces posándose en mis labios y otras en mis ojos. Sabía lo que estaba a punto de suceder, pero fue lo bastante paciente como para seguir esperándolo.

Mi pecho subía y bajaba a mayor velocidad, y me ardían los ojos a causa de una emoción que no sabía que sentía. Le agarré la muñeca con las dos manos mientras él continuaba con la suya sobre mi cuello. Aquello era algo que yo nunca había querido que sucediera, un desenlace que nunca habría podido predecir. Pero allí estábamos ahora los dos, con el corazón pendiendo fuera del pecho como si fuera una herida abierta.

—Te quiero, Diesel Hunt. Te quiero tanto que me asusta. —En cuanto pestañeé, me cayó una lágrima de cada ojo rodando por la cara.

Interceptó una de mis lágrimas con el pulgar y me la limpió. Su expresión no reflejaba un tumulto de emociones como la mía. Él lucía su típica sonrisa atractiva, sintiéndose victorioso nada más escuchar mi confesión.

—Pequeña... Estás preciosa cuando lloras.

Se inclinó hacia delante y me besó la otra lágrima, que se había detenido a medio camino en mi mejilla. Pegó su boca a la mía, depositando un beso en ella mientras hundía una mano en mi

cabello. Cerró el puño sobre los mechones mientras me besaba delante del ascensor y me sujetaba la parte baja de la espalda con la otra mano.

Me rendí a él por completo, entregándome por fin a otra persona. Me había comportado con rigidez y con una actitud estricta durante mucho tiempo, sin permitir jamás que nadie se acercara a mí, además de Thorn. Pero ahora el muro había caído. Mis sentimientos emergían a la superficie y dejaba que los suyos calaran en mí. Le devolví el beso y saboreé mis propias lágrimas en su lengua. Ahora era más vulnerable de lo que lo había sido nunca, permitiendo que Hunt me viera por completo por primera vez. Ya no tenía nada que ocultar porque lo había visto todo de mí.

Me alzó en volandas y me llevó en brazos a su dormitorio. En ese instante, aquel era el único lugar en el que quería estar. Quería hundirme en aquel colchón aplastada por su enorme peso. Deseaba aquella boca, aquella erección, aquellos ojos... Quería que me cubriese a besos.

Me arrancó la ropa a tirones y se deshizo de sus pantalones de chándal antes de trepar sobre mí. No perdió ni un segundo en introducirse en mi interior. Con una sola embestida, quedó enterrado entre mis piernas, sumergiendo su lujuria y su amor en el fondo de mi cuerpo.

—Diesel... —Entrelacé los tobillos alrededor de su cintura y le rodeé el cuello con los brazos. Tenía los dedos hundidos en su corto cabello, tirando de los mechones en mi desesperación por aferrarme a él, por tomar todo lo que pudiera.

—Pequeña... —Me tumbó sobre el colchón, empujando profundamente mientras se abría paso por mi interior. Mantenía el cuerpo suspendido a tan sólo unos centímetros del mío, aguantando su gran peso con sus anchos brazos. Se arrastraba en mi interior, frotando el hueso pélvico contra mi clítoris y dándome unos besos increíblemente seductores.

—Dime que me quieres. —Me daba órdenes únicamente con los ojos, al igual que hacía cuando estaba al mando.

—Te quiero...

Gruñó y se meció hacia mí con más ímpetu.

—Dime que me quieres. —Le pasé las uñas por el cuello, bajando hasta la espalda. Me sujeté a la parte posterior de sus hombros y clavé los dedos con fuerza.

—Te quiero, Tatum Titan. —Me dio un beso en la comisura de la boca mientras seguía moviéndose y frotándose.

Oírle decir aquello tan maravilloso me encendió de forma inigualable. Me excitó más que fustigarlo. Me produjo más satisfacción que tenerlo atado a una silla prohibiéndole que me tocara. Me proporcionó un nuevo tipo de clímax del que no podía descender.

Yo me movía con él mientras yacía bajo su cuerpo, compartiendo besos ardientes y sensuales caricias. Deslicé los tobillos hasta su trasero y lo introduje más en mí. Mis gemidos aumentaron de volumen y se hicieron más difíciles de controlar. Jadeaba y respiraba cortándole la piel con las uñas, atravesando el sudor. Estaba a punto de correrme y sería un orgasmo distinto a cualquiera que hubiera experimentado antes.

Mi cuerpo se tensó alrededor de él y estrujé su erección con fuerza mientras llegaba al éxtasis. Inundé cada centímetro de su sexo con mi abrumadora excitación, lubricándolo para que su grueso miembro encajara mejor en mi interior, llegando más hondo.

—Diesel... —Me corrí con un grito, atrayéndolo más hacia mí—. Córrrete conmigo.

Me miró a los ojos mientras seguía empujando.

—No. Prefiero mirarte a ti... una y otra vez.

AL ABRIR los ojos a la mañana siguiente me encontré mirando directamente el rostro de Hunt.

Tenía los párpados pesados, apenas abiertos, pero esbozaba aquella sonrisa de la que me había enamorado.

—Buenos días.

—Buenos días. —Era la primera vez que no había puesto la alarma. La suya tampoco había sonado. Yo nunca me tomaba tiempo libre, pero en ese momento el trabajo no parecía importante. Si realmente ocurría una catástrofe, Jessica sabía que podía llamarme.

—Me gusta despertarme contigo.

—A mí también...

Me dio un beso en la frente y me atrajo hacia su cuerpo. Enganchó mis piernas alrededor de su cintura, acurrucándose conmigo como a él le gustaba. Sus fuertes músculos irradiaban calor como un horno y calentaba las sábanas con la temperatura natural de su cuerpo. Sería ideal en un día de invierno.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien. Por fin ya no me siento cansado.

—¿De verdad? Porque nos acostamos bastante tarde.

—Bueno, es que he dormido como un tronco. Hacerte el amor puede ser agotador... y una auténtica gozada. —Me puso una mano en el pelo y me besó la comisura de la boca—. ¿Tienes hambre? Aquí tengo cosas ricas de verdad, no sólo apio y agua.

Entrecerré los ojos al oír el insulto.

—¿Cuándo me has visto comer apio?

—Con un Bloody Mary, eso seguro.

—No bebo Bloody Mary...

—Es verdad. Sólo *bourbon* puro y duro.

—Soy una mujer de *bourbon*.

—No, eres mi mujer. —Salió de la cama a toda prisa y se puso los

pantalones de chándal—. ¿Qué te parece que te traiga el desayuno a la cama?

—No hace falta. ¿Y si lo preparamos juntos?

Sacó una de sus camisetas del cajón y me la lanzó.

—Si te pones esto.

—Con mucho gusto. —Me puse la camiseta de algodón por la cabeza y lo seguí hasta la cocina. Hicimos una cafetera, preparamos unos huevos con verduras y nos sentamos a la mesa de comedor.

Hunt desayunó sin camiseta. Solía ir con el pecho descubierto por la casa, algo que a mí me encantaba. Dio un sorbo al café y se metió algunos bocados en la boca. Su mirada siempre terminaba volviendo a posarse en mí. Parecía un día normal, pero de la noche a la mañana habían cambiado muchas cosas. Ahora todo era distinto.

—¿Cuándo vas a hablar con Thorn?

—No lo sé. A lo mejor mañana.

—¿Cómo crees que se lo tomará?

—Ya me ha dado su bendición. Me ha dicho que no le debo nada.

Hunt mostró una leve sonrisa, una de esas sonrisas que se reflejaban en la mirada.

—Eso es muy generoso por su parte.

—La verdad es que me dijo muchas cosas bonitas. Me dijo que si no quería estar con él, entonces tú serías la siguiente mejor opción.

—Ahora me siento algo culpable por haberme portado tan mal con él.

—Yo no me preocuparía. Thorn no es rencoroso. Le dan igual ese tipo de cosas.

—Bueno, si va a ser una parte integrante de mi vida, tendré que pasar tiempo con él. A lo mejor podemos ir a un club de *striptease* o algo así...

Le di un cachete en el brazo de forma juguetona.

—Nada de clubes de *striptease*.

Soltó una carcajada.

—Sabes que tú eres la única mujer a la que quiero ver desnudarse.

—Eso ya me gusta más.

Su mano se posó sobre la mía encima de la mesa y la sostuvo. Siguió dando cuenta de su desayuno con una sola mano, como si aquella muestra de afecto fuera algo completamente normal.

—¿Estás seguro de que de verdad es esto lo que quieres hacer?

Dio un trago al café mientras me miraba.

—¿Y por qué no iba a estar seguro?

—Te vas a comprometer conmigo para el resto de tu vida. No es poca cosa.

—No me da miedo.

—¿Cómo no?

Bebió un sorbo más de café antes de dejar la taza sobre la mesa.

—Cuando me hablaste de tu acuerdo con Thorn, tuve prejuicios al respecto. Te dije que no me gustaba. Pero cuanto más te iba conociendo, más empezaba a entenderlo. ¿Por qué no iba a querer Thorn casarse contigo? Eres perfecta.

—No tanto, pero bueno.

—Entonces, ¿por qué no iba a quererlo yo? ¿Por qué no iba a querer tener una pareja como tú? Estar casado con Tatum Titan sería uno de mis mayores logros. La gente te vería de mi brazo y se preguntaría qué habría hecho para conseguirte. Eres una triunfadora, inteligente y preciosa. No podría conseguir nada mejor. Y el hecho de que me gustes de verdad sólo mejora las cosas. Nunca voy a encontrar a otra mujer como tú. Incluso aunque nuestra atracción y la lujuria se acaben algún día, sé que seguiré amándote y respetándote para siempre. —Me dio un apretón en la mano.

No era la propuesta con la que fantaseaban todas las mujeres, pero era exactamente lo que quería yo. Quería a un compañero en

quien pudiese confiar, alguien de quien pudiera fiarme. Cuando el tiempo marchitara nuestros cuerpos y nos arrebatara nuestra belleza, seguiría habiendo lealtad y respeto. Seguiríamos dominando el mundo como compañeros.

—Si tú estás seguro.

—Lo estoy. ¿Y tú?

Envolví la taza con los dedos, sintiendo el calor que desprendía la cerámica.

—Creo que es lo mejor de los dos mundos. Es exactamente lo que quiero... y además podré estar casada con alguien a quien quiero. Thorn y yo estamos muy unidos, y es un hombre atractivo... pero nunca he sentido nada así por él. Y él por mí tampoco.

—Entonces, ¿cómo lo vamos a hacer?

—Vas a tener que ser más específico.

—El paso de él a mí.

—Thorn me dijo que deberíamos romper de mutuo acuerdo para que no nos perjudique a ninguno de los dos, y también que le gustaría que esperáramos un tiempo antes de empezar a dejarnos ver juntos en público, porque podría ser malo tanto para mí como para él.

Hunt asintió.

—Cierto. ¿Cuánto tiempo?

—Thorn y yo hemos estado juntos mucho tiempo... así que al menos seis meses.

Hunt silbó por lo bajo.

—Eso es mucho tiempo... pero me parece razonable. ¿Y cómo va a ser nuestra relación? ¿Habrás normas?

—Ya me conoces, Diesel. Me encantan las normas.

Me apretó la mano.

—Sí que te conozco.

—Me gustaría seguir estando al mando algunas veces... si estás abierto a la idea.

Sonrió.

—Estoy abierto a la idea en cualquier momento, pero se aplica lo mismo en mi caso, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces perfecto. Mitad y mitad. ¿Qué me dices de los niños?

—Me estoy haciendo vieja en lo que a la maternidad se refiere. Necesito que tengamos a nuestro primer hijo cuando tenga treinta y dos.

—Joder, entonces voy a tener que dejarte preñada en cuanto nos casemos.

—Sí, probablemente.

—Pues a mí me parece bien. Sabes que me encanta darte mi semen ya de por sí.

—Quieres tener hijos, ¿no? —pregunté—. Porque si no quieres niños...

—Sí que quiero —respondió a prisa—. Sinceramente, lo que me sorprende es que los quieras tú. Me parecía algo que podría no interesarte.

—Pues me interesa y mucho. No tengo familia, así que tengo que formar la mía propia.

Bajó la mirada, frunciendo el ceño.

—Eso no es verdad. Tienes a Thorn. Me tienes a mí.

—Ya lo sé... pero quiero decir alguien de mi misma sangre.

—La sangre no une a la gente más de lo que lo hace el agua.

—Volvió a coger la taza y dio un largo trago.

Tardé un instante en comprender lo que quería decir con aquello. Hunt no mantenía ninguna relación con su padre ni con su hermano, y probablemente nunca lo haría. Le di un apretón en la mano, entrelazando nuestros dedos.

—¿Cómo vamos a hacer lo de los apellidos?

—No voy a cambiarme de apellido —dije con determinación.

—Nuestros hijos serán Hunt, no Titan.

Entrecerré los ojos.

—Pues al menos comprométete añadiendo un guion. Hunt-Titan.

—Titan-Hunt.

—No. —Me lanzó una mirada furibunda—. Tienes suerte de que te deje recurrir al guion.

—Suerte, ¿eh? —pregunté—. Ya volveremos a retomar esta conversación más adelante.

—¿Separación de bienes? —preguntó, cambiando de tema.

—Sin duda.

Hunt no puso reparos, probablemente porque sabía que era mucho más sencillo proteger nuestros bienes desde un principio. Si alguna vez nos divorciábamos, sería una pesadilla.

—Vale. Creo que Thorn sale beneficiado de todo esto.

—¿Y eso?

—Un día conocerá a alguien y se enamorará. Se arrepentiría de estar casado.

—No sé yo —dije—. Thorn no es de los románticos, de verdad.

—Yo tampoco era de los románticos. No podía imaginar que me fuese a casar en algún momento. Pero entonces conocí a la persona adecuada... y todo eso cambió.

Se me suavizó la mirada.

—Y cuando él conozca a la persona adecuada, se alegrará de que tú me encontraras a mí.

ESPERÉ en la cola para pedir mi café. Hacía un día precioso y estaba de buen humor, así que fui dando un paseo por la calle que había frente a mi edificio y decidí darme un capricho y tomarme un café con leche y sirope de arce. Las personas se permitían comer cosas que engordaban para consolarse cuando se sentían tristes, pero parecía que yo tenía el problema contrario.

Ahora que era feliz, me apetecían las cosas más dulces.

Todavía no había hablado con Thorn de aquel tema, pero era inevitable que nuestros caminos se cruzaran aquel día o el siguiente. De todas formas, lo más probable era que él ya sospechase cuál iba a ser mi respuesta. Por fin llegué al principio de la fila, pedí el café y me hice a un lado mientras esperaba. Algunas personas se me quedaron mirando y unas pocas llegaron incluso a sacarme fotos con el teléfono. Yo no me consideraba famosa, pero todos aquellos que trabajaban en el mundo empresarial sabían quién era yo perfectamente.

—Titan. —Brett apareció ante mí luciendo la misma sonrisa que tenía Hunt. Con la misma mandíbula marcada y unas facciones masculinas idénticas, me sorprendía mucho no haberme dado cuenta de su parentesco la primera vez que estuvimos los tres juntos en la misma habitación.

—La pausa del café de media mañana, ¿eh?

—Necesitaba un poco de combustible. Me estaba quedando sin energía.

—Ya sé de lo que hablas. —Llevaba unos vaqueros oscuros y una chaqueta negra, con aspecto informal y desenfadado.

—¿Qué haces aquí?

—Acabo de salir de una reunión con un cliente. He estado trabajando en el próximo modelo del Bullet. Quería conocer las opiniones de la gente.

—Qué bien. Seguro que Diesel tenía un par de cosas que decir.

Brett estrechó los ojos al oír el nombre de pila.

Intenté fingir que lo había hecho a propósito y que no había dicho nada indebido.

—Avísame cuando lo tengas terminado. Puede que para entonces me apetezca un cambio a mejor.

—Puede que tenga que regalarte uno. Que seas una de las patrocinadoras de mis coches ha disparado las ventas una

barbaridad.

—Me alegro mucho de que el anuncio saliera tan bien.

—He visto el trabajo que has hecho con Connor Suede. —Alzó los pulgares—. Muy elegante. Me ha encantado.

—Gracias.

—A lo mejor ahora tengo que empezar a ponerme su ropa.

—Es capaz de improvisar algo espectacular en un abrir y cerrar de ojos.

—Me lo creo —dijo—. No paro de escuchar que ese tío es un genio.

—Lo es. —Yo siempre mostraba respeto cuando correspondía y Connor se lo había ganado.

—Bueno... ¿Habláis a menudo Hunt y tú?

—Sí... Tenemos un negocio juntos.

Asintió despacio con la cabeza, endureciendo su expresión.

—¿Sabes? Hunt es un tío genial. Sé que a veces es sarcástico y malhumorado, pero tiene un corazón de oro debajo de todos esos trajes... y sé que tú le importas de verdad.

—Sí... Gracias. —Ahora la conversación estaba volviéndose incómoda, como si Brett estuviera intentando decirme algo sin tener que expresarlo con palabras.

—Puede que Thorn sea más rico que él y sea de mejor familia, pero Hunt puede ofrecer exactamente tanto como él.

¿Qué? ¿Qué se suponía que quería decir aquello?

—¿Perdona?

—Sólo digo que...

—¿Y por qué me estás diciendo ahora algo así? Hunt y yo sólo somos socios y amigos.

Entrecerró los ojos intentando ocultar su sonrisa al mismo tiempo. Aquello transformó su rostro, otorgándole un aspecto contradictorio y confuso. Se estiró la chaqueta e interrumpió el contacto visual.

—Sí... Desde luego. —Eché una ojeada al reloj—. Tengo que marcharme ya, Titan. Ya nos veremos. —Salió sin darme siquiera ocasión de despedirme.

Yo estaba orgullosa de mi intuición y me di cuenta de que estaba pasando algo. Brett se comportaba de forma distinta a lo habitual, y el modo en que hablaba de Hunt y de mí era claramente sospechoso. No habría dicho nada de aquello a menos que creyese que nos estábamos acostando.

¿Quería decir aquello que Hunt se lo había contado?

¿A pesar de que había prometido que no lo haría?

Tenía que concederle a Hunt el beneficio de la duda y dar por sentado que no lo había hecho. Pero eso no quería decir que no fuera a preguntárselo.

IBA de camino al ático de Hunt cuando llamé a Thorn.

—Hola, ¿qué pasa? —Respondió al segundo tono. Siempre me cogía las llamadas, sin importar lo que estuviera haciendo. Podía estar en mitad de una reunión crucial y de todas formas me cogía el teléfono para saber si necesitaba algo.

—Nada. ¿Estás ocupado? —Estaba sentada en el asiento trasero del coche mientras el chófer me llevaba a casa de Hunt.

—Nunca estoy demasiado ocupado para ti. ¿Le has dedicado algún pensamiento más a nuestro pequeño problema con el triángulo amoroso?

Puse los ojos en blanco.

—No es un triángulo amoroso.

—Es algo así —dijo con una risita—. ¿Has tomado alguna decisión?

Thorn ya me había dicho que no le parecía mal que rompiera nuestro acuerdo, pero de todos modos me sentía fatal por la

decisión que había tomado. Habíamos planeado pasar la vida juntos y ahora yo abandonaba todo aquello, me alejaba de una realidad en la que él habría sido mi marido. Nunca había estado enamorada de Thorn, pero lo quería con toda el alma.

—He hablado con Hunt... y quiero estar con él.

Hubo una prolongada pausa en la línea y yo contuve la respiración, pero cuando Thorn habló un segundo después, todo parecía normal.

—Bueno, me alegro por ti. Es un buen tipo, así que sé que vas a estar en buenas manos.

—Me ha dicho que quiere ofrecirme lo que me ofrecías tú... así que quiere que nos casemos y que nos asociemos. Sólo que además también estamos enamorados.

—Vaya. Eso es exactamente lo que tú querías.

—Sí...

—Bueno, estoy un poco decepcionado por que me haya robado mi brillante idea, pero de todas formas me alegro por ti.

—¿De verdad? —le pregunté, necesitando su aprobación más que nada en el mundo.

—Claro, Titan. Que no te quepa ninguna duda.

El coche se detuvo en el arcén y entré en el vestíbulo.

—Me alegro mucho de que te parezca bien.

—Seguimos siendo un equipo. Seguirás siendo mi chica preferida.

Me monté en el ascensor y vi cómo se cerraban las puertas.

—Eso es cierto.

—Y a lo mejor le propongo a Hunt que vayamos a jugar al golf o algo así.

—Él dijo que te iba a pedir que fueseis a un club de *striptease*.

—Pues claro que sí —dijo con una carcajada—. Eso me gusta más.

El ascensor subió hasta la planta alta y se abrió en su salón. Al

entrar vi a Hunt sentado en el sofá sólo con los pantalones de deporte.

—Bueno, tengo que dejarte. Luego hablamos.

—Vale, Titan. Ya nos vemos. —Colgó.

Hunt dejó a un lado el libro que estaba leyendo y se acercó caminando hasta mí. Me rodeó la cintura con los brazos y me miró sonriendo.

—¿Quién era?

—A juzgar por esa sonrisa, sabes perfectamente quién era.

—¿Thorn?

—Sí.

—¿Y se lo has contado?

Asentí.

Su sonrisa se ensanchó.

—O sea, que ya eres oficialmente mía, ¿no?

—Oficialmente sí, pero no según los medios.

—Bueno, eso cambiará con el tiempo. —Frotó la nariz contra la mía, observándome con los ojos cargados de afecto—. Entonces, ¿se lo ha tomado bien?

—Claro que sí.

—Perfecto.

—Ha dicho que deberíais quedar para ir a jugar al golf.

—¿No le gustó mi idea del club de *striptease*?

—Pues la verdad es que le gustó demasiado.

Soltó una carcajada.

—A lo mejor tenemos más en común de lo que yo creía. —Me besó en la comisura de la boca y luego me acompañó al sofá—. ¿Qué tal el día?

Pensé en el encuentro que había tenido con Brett en la cafetería.

—Pues lo cierto es que hoy me ha pasado una cosa interesante.

—¿Sí? —Se sentó y apoyó un brazo sobre mis hombros. Hasta cuando estaba sentado, sus abdominales eran tersos y definidos.

—Me he encontrado con Brett. —Observaba hasta la más mínima de sus reacciones, examinándolo como si fuera un rival sentado frente a mí en una sala de conferencias.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo?

—Pues habló un poco del trabajo... y luego dijo algo muy raro de nosotros.

La expresión de Hunt no se alteró en absoluto.

—Me dijo que eras buen tipo... y que tienes tanto que ofrecer como Thorn.

Nada, ni un pestañeo.

La falta de reacción me pareció incluso más sospechosa.

—Diesel... ¿Se lo has contado?

—¿Contarle el qué?

—Lo nuestro.

Hunt me sostuvo la mirada, apretando lentamente la mandíbula. Sus ojos empezaron a empañarse de frustración, revelando un gesto de irritación que fue incapaz de ocultar.

Sabía que no me mentiría, así que esperé a que me contara la verdad.

Dejó caer el brazo que tenía sobre mis hombros y soltó un suspiro.

—Sí... Se lo conté.

En cuanto soltó la verdad, me sentí absolutamente traicionada. Le había pedido que no dijera nada, pero él lo había hecho de todos modos. Hasta le había contado lo de Thorn.

—Diesel...

—Deja que te lo explique antes de que te enfades.

Yo seguía con la boca abierta, pero las palabras dejaron de salir.

—Me acusó de ello. No paraba de hacerme preguntas sobre nosotros, diciendo todo el tiempo que a ti te miro de una manera distinta. Y así siguió y siguió el asunto... hasta que dejó de tener sentido ocultarlo. Lo sabía. Tanto si yo lo admitía como si no, él lo

sabía. Así que pensé que lo mejor sería sincerarme con él y pedirle que no dijera nada.

—¿Y va y me lo dice a mí? —pregunté sin podérmelo creer—. Imagínate a cuántas personas más se lo habrá contado.

—Te aseguro que no se lo ha contado a nadie.

—Pues no tuvo ningún problema en soltármelo todo a mí.

—Porque tú estás metida en el lío. Sólo está siendo protector conmigo... Intenta cuidarme.

—¿Le hablaste de nuestro acuerdo? —Prácticamente me salía humo de las orejas de lo enfadada que estaba.

—No. Simplemente cree que Thorn y tú tenéis una relación abierta.

Me alejé de Hunt porque necesitaba pasear por aquel salón, tener algo de espacio.

Él se inclinó hacia delante y me observó.

—Lo siento, pequeña, pero lo dedujo él solo. Por eso quería contárselo a mis amigos, para así poder pedirles que no dijeran nada.

—A mí me parece que Brett es bastante bocazas.

—Te prometo que no le contará nada a nadie. Tienes mi palabra, ¿vale?

Me pasé las manos por la cara y solté un gruñido.

—Mira, ya hace un tiempo que lo sabe. Si tenía intención de contárselo a alguien, a estas alturas ya te habrías enterado. Así que es obvio que no lo ha hecho.

—¿Por qué me dijo que eres buen tipo y que eres igual de bueno que Thorn?

—Pues... porque le dije que me estaba enamorando de ti y que quería estar contigo. Yo no sabía qué hacer, así que me dijo que peleara por ti porque las mujeres como tú no crecen de los árboles. Nada más.

Aquello era tan tierno que me resultaba imposible enfadarme.

—Para mí él es lo mismo que Thorn para ti. Puedes confiar en él.

Brett siempre me había caído bien. Me trataba con respeto y siempre me hacía sentir bienvenida. Tenía una sonrisa encantadora y una presencia reconfortante. Sabía que Hunt y él se parecían mucho, que compartían la misma filosofía de vida y el mismo sentido de la lealtad. Hunt le había dado la espalda a su familia para apoyar a su hermano. Brett no lo traicionaría después de aquello.

Hunt se levantó y se puso frente a mí, manteniéndose a unos palmos de distancia.

—¿Pequeña?

Suspiré.

—Venga.

—¿Qué?

—No te enfades conmigo.

Me pasé los dedos por el pelo, obligándome a tranquilizarme.

—¿Vale?

—Vale... No estoy enfadada. Sólo un poco molesta.

—Vaya... Pues lo siento.

Crucé los brazos delante del pecho, sabiendo que no podría seguir enfadada con Hunt. Si Brett se había enterado por su cuenta, ¿qué podía hacer Hunt? ¿Mentir a la única familia que tenía en el mundo?

Hunt se acercó más a mí y apoyó las manos en mis caderas. Pegó la frente a la mía y bajó la vista hacia mis labios.

—¿Estamos bien?

Asentí.

—Sabes que nunca te traicionaría a propósito.

—Ya lo sé, Diesel.

—Y ahora que vamos a seguir adelante con esto, voy a tener que contárselo a mis amigos. Ha sido casi imposible mantenerlo en secreto durante tanto tiempo.

—Vale, pero no le cuentes a nadie lo de Jeremy...

—Eso nunca lo haría. —Me agarró el mentón y me alzó la cara para que lo mirase a los ojos—. Eso ya lo sabes. Nunca te traicionaría revelando ninguno de tus secretos. Sólo quiero que el mundo entero sepa que estamos juntos, eso es lo único que me importa. A mí me da igual la historia que quieras contar, pero al final... quiero que todos sepan que eres mía.

Hunt

BRETT ENTRÓ EN MI DESPACHO SONRIENDO COMO SI ESTUVIERA EN LA CIMA DEL mundo.

—¿Ya me echabas de menos?

Le había pedido que se pasase cuando estuviera en la ciudad. Normalmente iba mucho de aquí para allá, yendo adonde le llevara el negocio automovilístico.

—Yo nunca te echo de menos.

—Pues no lo parece. —Se sentó y cruzó las piernas con un aire bastante arrogante para estar sentado en el despacho de otra persona.

—Gracias por soltárselo todo a Titan. —Sabía que mi hermano tenía las mejores intenciones, pero no me hacía ninguna gracia que lo fuera largando todo por ahí como un maldito idiota. Por suerte, ella no estaba enfadada conmigo. Si aquello hubiera pasado unas cuantas semanas antes, las cosas podrían haber salido de un modo bastante diferente. Afortunadamente ella ya sabía que la quería.

—¿Qué?

—Conmigo no te hagas el tonto. Me contó lo que le dijiste en la cafetería.

—Yo no le dije nada.

—No, pero esa mujer es un genio. Se le da de miedo leer entre

líneas. Titan es una fuera de serie, te conviene no olvidarlo.

Su sonrisa desapareció al darse cuenta de que yo estaba realmente molesto.

—No iba con segundas intenciones. Simplemente no me gusta cómo te está haciendo esperar.

—No me está haciendo esperar.

—Pues lo parece.

—De hecho, ya hemos estado hablando y me ha dicho que quiere estar conmigo.

La sonrisa de Brett reapareció, pero esta vez no había arrogancia en ella. Era auténtica, del tipo que se contagiaba a los ojos.

—¿De verdad? ¿Va a dejar a Thorn, entonces?

—Sí.

—Bien. Así que por fin te decidiste a mover el culo y luchar por ella.

—Algo parecido —contesté en voz baja.

—O sea, que Tatum Titan es oficialmente tu novia.

—Bueno, oficialmente no. Todavía no se lo puedes contar a nadie, no hasta que Titan esté preparada.

Puso los ojos en blanco.

—¿Por qué con vosotros todo tiene que ser un secreto?

—Porque así es como ella lo quiere. Bien, ¿puedo confiar en que mantengas la boca cerrada?

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Yo nunca te la jugaría, eso lo sabes.

Lo sabía.

—¿Y ahora ya puedo dejar de fingir que no sé nada cuando vea a Titan?

—Sí. Pero déjale muy claro que no vas a ir contándolo por ahí.

—De acuerdo, lo haré. —Brett apoyó la barbilla en las puntas de los dedos y se me quedó mirando.

—¿Qué sucede?

—Te veo feliz. Es un cambio agradable.

Era feliz. En vez de ir por ahí sombrío y taciturno todo el tiempo, tenía un motivo para sonreír. No sólo me había enamorado finalmente de alguien, además había encontrado a la mujer perfecta. Había encontrado a alguien a quien adoraba, a quien respetaba y con quien disfrutaba de verdad. Yo siempre había pensado que si alguna vez sentaba la cabeza, mi esposa sería un ama de casa que se gastaría mi dinero cubriéndose de regalos. Tendría una niñera para que cuidara de los niños y así poder marcharse a yoga. Una mujer florero, básicamente. Pero en vez de eso, me había tocado la mujer más alucinante del planeta.

Tatum Titan.

Era la clase de mujer que verdaderamente me convertiría en un hombre.

—Sí... Soy feliz.

Brett guiñó un ojo.

—Eso era todo lo que yo quería.

—SEÑOR, está aquí Thorn Cutler para verlo.

Aquello iba a ser bueno.

—Hazlo pasar. Gracias, Natalie. —Me levanté de mi asiento y rodeé el escritorio para poder saludarlo como era debido. Todas las otras veces que habíamos interactuado, nos habíamos intimidado el uno al otro con nuestros escritorios y despachos.

Pero aquello ya lo habíamos dejado atrás.

Thorn pasó al interior, llevando un traje negro que le daba aire de auténtico ejecutivo, aunque los ojos azules y el pelo rubio oscuro le hacían parecer más un modelo que el propietario de una empresa. Yo no me sentía amenazado por nadie, pero aun así estaba agradecido por el hecho de que Titan nunca se hubiese

sentido atraída por él, porque tenía tanto que ofrecerle como yo... y además se había jugado el cuello para salvarle la vida.

Me tendió la mano con una leve sonrisa.

Yo se la tomé y le di un firme apretón.

—Me alegro de verte, Thorn —hablaba con sinceridad, esforzándome de verdad por dejar atrás nuestras diferencias.

—Y yo a ti. —Se metió las manos en los bolsillos con la sonrisa asomando ligeramente a sus labios de nuevo—. He venido a darte la enhorabuena... y a recordarte lo del club de *striptease*.

Me reí.

—Eso no creo que le hiciese mucha gracia a mi dama. Pero nunca digo que no a unos hoyos de golf.

—¿Se te da bien?

Me encogí de hombros.

—Pues la verdad es que bastante, sí.

—Entonces tú y yo tenemos que vernos en el *green*. Allí es donde celebro la mayoría de mis reuniones de todas formas.

—Cuando quieras.

—Por ahora, ¿te apetece tomar una copa?

Eran las doce, pero Thorn y Titan a veces empezaban a beber hasta a las nueve, por supuesto. Tendría que adaptarme.

—Siempre.



FUIMOS a un bar deportivo unas manzanas más allá. Nos sentamos juntos en un reservado; si alguien nos reconocía, probablemente daría por sentado que estábamos haciendo negocios y ya está.

Thorn se decidió por una cerveza y yo pedí lo mismo. Titan ya estaría tomándose un Old Fashioned, pero yo todavía me lo tomaba con algo más de calma. Por el momento con una cerveza estaba bien.

—Pues nada —dijo Thorn—, ¿entonces supongo que ahora somos amigos?

—Me gustaría que lo fuéramos, sé que significaría mucho para Titan.

—Tienes razón, sí que lo haría. Sé que siempre te lo he puesto difícil, pero nunca he dejado de respetarte, Hunt.

—Lo sé, y el sentimiento es mutuo.

Tocó mi vaso de cerveza con el suyo.

—Brindo por eso.

Yo di un largo trago antes de volver a dejar el vaso encima del posavasos.

—Sólo te pido que cuides de ella, ¿de acuerdo? Es una chica dura, pero tiene necesidades. Se las oculta a todo el mundo, pero están ahí si miras con la suficiente atención.

—Eso ya lo he notado.

—Y no arrastres su buen nombre por el fango. Si alguna vez haces algo que la disguste, tendré que declararte mi enemigo mortal. Quiero que nos llevemos bien y estoy seguro de que así será, pero eso tenía que dejarlo claro.

—Lo entiendo, Thorn.

Bebió de su cerveza y dirigió la mirada hacia la televisión de la esquina.

—Sabía que tú eras diferente. En cuanto apareciste se me pasó por la cabeza la idea de que podía perderla. Todos los demás... se iban igual que venían, nada más. Pero cada vez que veía el modo en que te miraba, sabía que te ibas a convertir en un problema.

—Gracias por dejarla marchar, me imagino que ha tenido que ser duro.

Él se encogió de hombros.

—Era la compañera perfecta, me hubiera encantado envejecer con ella. Pero ¿sabes qué? Todavía vamos a envejecer juntos. Da igual de quién se enamore, porque seguiremos siendo amigos

íntimos. Y si a ella se le presenta la oportunidad de enamorarse otra vez y ser feliz, yo me alegro por ella. En eso jamás me interpondré.

—Gracias.

—Además, noto que tú también la quieres de verdad. Te ha enderezado a base de bien.

—Desde luego que sí. —Ahora que Thorn y yo ya no éramos competidores, me resultaba muy fácil hablar con él. Tenía un carácter distendido, transparente y amistoso. No me costaba imaginármelo en mi grupo de amigos con el tiempo—. Así cuando tú conozcas a la persona adecuada estarás libre de ataduras.

—¿Libre de ataduras? —preguntó sonriendo de oreja a oreja—. Yo no soy precisamente lo que se dice hombre de una sola mujer, seguro que ya te lo habrá contado Titan.

—Yo pensaba lo mismo de mí... hasta que ella entró en mi vida.

—Bueno, yo conozco a Titan desde hace muchísimo tiempo. Es más lista que el demonio, guapísima, divertida... la mujer perfecta. ¿Pero sabes lo que sentía por ella? —Sacudió la cabeza—. Nada. Y si no me puedo enamorar de mi persona favorita en todo el mundo, entonces es que en mi caso no está escrito. Tampoco le veo nada de malo a eso, simplemente soy así.

Yo seguía pensando que todo aquello podría cambiar si la mujer adecuada se cruzaba en su camino. Quizá Titan era la mujer perfecta para mí, pero no la compañera adecuada para él.

—Nunca digas nunca jamás...

Se rio como si el tema le divirtiera.

—Seguro que Titan te habrá contado que yo soy el controlador, igual que ella.

—¿El controlador?

—Sí. La persona que está al mando. Me gusta dirigir a mis mujeres de la misma manera que dirijo un negocio. Soy demasiado controlador para poder mantener una relación espontánea y real. Pero no me importa y a las mujeres que voy conociendo por el

camino tampoco.

—¿Fuiste tú el que le enseñaste ese estilo de vida?

—Sí. Después de que yo matara a Jeremy ella tuvo un montón de problemas, sobre todo para confiar en otras personas. Le expliqué que no necesitas confiar en nadie si siempre tienes el control; tu pareja tiene que confiar en ti, pero tú no estás obligado a hacer lo mismo a cambio. Aquello le funcionaba muy bien.

—Hasta que llegué yo.

Asintió.

—Eso es. Ahora que es feliz ya puede volver a confiar en alguien, lo cual es genial.

—Sí que lo es.

Se tiró ligeramente de la manga de la camisa para echar un vistazo a su reloj.

—Probablemente debería volver al trabajo. ¿Te apetece jugar al golf el martes?

—Claro que sí. Que tu ayudante llame a la mía.

—Eso está hecho. —En vez de darme un apretón de manos, cerró la mano en un puño y chocó los nudillos contra los míos.

La comisura de la boca se me elevó en una sonrisa.

—¿Así es como te despides de tus amigos?

—No. ¿Y tú?

—No.

Se encogió de hombros y empezó a salir del reservado.

—Entonces hagamos como que esa mierda no ha sucedido.

Titan

ESTABA SENTADA FRENTE AL ESCRITORIO CUANDO LA PANTALLA DEL TELÉFONO se iluminó con un mensaje.

«Tengo tus bragas en el bolsillo».

Levanté una ceja cuando leí el mensaje de Hunt. Pero, por supuesto, también me hizo sonreír.

«¿Cómo han acabado ahí?».

«Me las llevé».

«Pervertido».

«Sólo contigo».

Dejó de escribirme y yo me volví a centrar en el trabajo, haciendo todo lo posible por no pensar en el hombre que me estaría esperando en cuanto terminase la jornada. Ahora que mi vida había cambiado tanto, me resultaba difícil recordar cómo era antes. Los acuerdos me parecían algo del pasado. No me hacían falta normas para disfrutar del sexo, para sentirme a salvo con mi pareja.

Hunt se bastaba y se sobraba para hacerme sentir a salvo.

Pasó una hora y terminé de hablar por teléfono con uno de mis proveedores de China. Repasé algunos correos, intentando hacer simultáneamente el mayor número de tareas posible. Mis ayudantes no podían encargarse de todo porque era yo quien tenía

que tomar todas las decisiones finales.

Mi teléfono sonó y el nombre de Thorn apareció en la pantalla.

Respondí sin cerrar el correo electrónico.

—Hola, ¿qué tal? Hunt me ha dicho que ayer os lo pasasteis muy bien.

Hubo un silencio cargado de enfado.

Yo era capaz de detectar todos los estados de ánimo de Thorn porque lo conocía mejor que nadie.

—¿Qué pasa?

Suspiró.

Aquello era malo. Por normal general ya me habría soltado todo lo que se le estuviera pasando por la cabeza.

—Thorn... ¿Qué pasa?

—No sé cómo decirte esto. Es malo, Titan. Es muy malo, joder.

Aparté las manos del teclado y me centré en el teléfono. Todas las tareas que tenía pendientes quedaron en segundo plano cuando oí la amargura de su voz. Estaba tan enfadado que ya ni siquiera gritaba.

Y aquel era el nivel máximo de enfado.

—¿Qué?

Volvió a suspirar otra vez antes de hablar.

—Busca tu nombre en Google.

—¿Qué...?

—Hay un artículo sobre ti en el *Times*. Hunt les ha contado lo de Jeremy.

Ahora era yo la que se había quedado muda, pensando en tantas cosas que no era capaz de articular palabra. Se me aceleró la respiración y pude oír cómo me devolvía el eco. Cuando sonó el teléfono fijo, arranqué inmediatamente el cable de un tirón. Si lo de aquel artículo era cierto, los periodistas estarían a punto de bombardearme.

—¿Titan? —La voz enfadada de Thorn me llegó a través del

teléfono—. Di algo.

No era capaz de decir nada.

—El artículo ha salido hace cinco minutos. En media hora lo sabrá el mundo entero.

Dios, no me podía creer que aquello estuviera ocurriendo.

Me acerqué al ordenador, tecleé mi nombre y el artículo apareció arriba del todo. Ya sólo el titular me dio ganas de vomitar.

Tatum Titan víctima de maltrato.

No. No. No.

El artículo era largo, lo cual no presagiaba nada bueno.

—¿Titan? —repitió Thorn.

—Yo... —No podía pensar en nada mejor que decir—. Joder.

—No se menciona en ningún sitio que la muerte de Jeremy fuera sospechosa, pero eso podría cambiar si la gente sigue indagando.

—Esto no puede estar pasando...

—Voy a matar a Hunt. Ese puto desgraciado estuvo ayer sentado enfrente de mí como si todo fuera de maravilla, cuando probablemente ya habría hablado con el periodista. —Daba gritos al teléfono y se oyó cómo algo se estrellaba contra su escritorio y golpeaba el suelo.

—¿Por qué estás tan seguro de que ha sido Hunt? —En ese momento, cualquiera era sospechoso, pero Hunt no fue la primera persona que me vino a la mente. Sólo Thorn y yo sabíamos lo del incidente con Jeremy, y Hunt era la primera persona a la que se lo habíamos contado, pero aun así... no me entraba en la cabeza que pudiera hacerme algo así.

—El periodista lo menciona a él como su fuente.

Se me hundió el corazón en el pecho y se me desplomó hasta el estómago. Cuando se asentó en la base de mi vientre, estalló en cientos de pedazos. Me sentía asqueada, mareada y débil. Ni siquiera sentía rabia de lo aturdida que estaba. Nunca una traición me había dolido tanto, nunca había sentido una puñalada así de

profunda. Tenía un cuchillo clavado en la espalda que giraba y se retorció sin parar a pesar de que yo ya estaba muerta.

—Dios mío...

—Qué cabronazo. No me puedo creer que nos haya hecho esta putada.

—¿Por qué ha hecho algo así...?

—No tengo ni puta idea, a lo mejor para perjudicarnos a los dos. Somos rivales en la lista Forbes.

—Pero Hunt no es tan psicópata.

—Está claro que sí lo es. No lo conoces... y yo tampoco.

Me temblaba la mano al sujetarme el teléfono junto a la oreja. Ahora que todas las pruebas apuntaban a Hunt, no había nada que yo pudiera hacer aparte de aceptar la dolorosa verdad. Era la única persona a la que le había hablado de Jeremy y el periodista lo había mencionado por su nombre.

Lo había hecho él.

Lo había hecho a propósito.

—Tengo que dejarte...

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Thorn—. ¿Quieres que vaya contigo?

—No. Voy a ir al despacho de Hunt. Le voy a decir cuatro cosas bien dichas a ese hijo de puta.

Hunt

ESTABA SENTADO DETRÁS DE MI ESCRITORIO CON LAS BRAGAS DE TITAN METIDAS en el bolsillo cuando la puerta se abrió violentamente y la propia Titan entró como un vendaval por ella.

Natalie la iba siguiendo de cerca.

—Señor, he intentad...

—Lárgate en este puto instante —dijo Titan señalando hacia la puerta. Iba vestida con una falda negra ajustada y una blusa negra. No parecía la poderosa ejecutiva que estaba acostumbrado a ver de ocho a cinco. Ahora tenía aspecto de maníaca, como si le fuera a prender fuego a mi despacho y a quemar el edificio hasta los cimientos.

Natalie se encogió contra la pared y acto seguido salió como una flecha de la estancia, sabiendo que Titan era una oponente contra la que no se podía medir. Cumplir con su trabajo no era tan importante como para arriesgarse a tener un enfrentamiento con ella.

Titan cerró la puerta de un portazo tan fuerte que pareció sacudir el edificio entero.

O a lo mejor sólo lo hizo en mi imaginación.

Me levanté de la silla y me erguí cuan alto era, una reacción de mi cuerpo al presentir de inmediato que se avecinaba una batalla.

No tenía ni la más remota idea de qué podría haber empujado a Titan a comportarse con tanta falta de profesionalidad e irrumpir de aquella manera en mi despacho.

Pero fuese lo que fuese, era malo.

—¿Qué te pasa, pequeña?

—No tengas los santos cojones. —Se aproximó a toda velocidad a mi escritorio sin que sus tacones alteraran su ritmo mientras desfilaba hasta ponerse justo delante de mí. Echó la mano hacia atrás y me abofeteó con tal fuerza en la cara que me hizo retroceder trastabillando.

—Confié en ti. Confié en ti, joder.

La piel me empezó a escocer al instante debido al impacto, enrojeciéndose intensamente como respuesta a aquel ataque. Me volví hacia ella, cabreado porque me hubiera dado un bofetón en mi propio despacho como si fuese la dueña del lugar.

—Pero ¿qué coño estás...?

Ella me volvió a cruzar la cara.

En aquel momento perdí los estribos. Me abalancé sobre ella y la agarré por el codo.

—Pégame otra vez y ya verás lo que pasa. —Le bajé el brazo de un empujón, viendo delante un rostro tan furioso como el mío.

Esta vez controló la mano, pero me estaba mirando con ojos asesinos.

—Conmigo no te hagas el imbécil. Seguro que ya has leído el artículo. Dos veces.

—¿Qué artículo?

—¿Quieres que te vuelva a dar? —me amenazó—. Pues entonces compórtate como es debido y dime la verdad. No me insultes haciéndote el tonto.

—En serio, no tengo ni idea de qué me estás contando.

Ella sacudió la cabeza y entrecerró los ojos.

—El *New York Times* te menciona en el artículo como su fuente...

¿y todavía vas a seguir intentando hacerme creer que no sabes nada? ¿Pero cómo de gilipollas te piensas que soy?

¿El *New York Times*? ¿Que yo era su fuente? ¿Pero qué demonios estaba pasando?

—Yo no he ido al *New York Times* a contar nada sobre ti...

—Eres la única persona que lo sabe aparte de Thorn, así que tienes que haber sido tú. Deja de marear la perdiz y admite que te has quedado conmigo. Que me la has jugado. Me engañaste, me llevaste a la cama, me robaste mis secretos y luego te diste la vuelta y los vendiste. —Alzó los brazos al cielo—. Así que te felicito, Hunt. Me has enseñado una lección que ya había aprendido una vez.

Mi mente trabajaba a toda velocidad para intentar dar sentido a lo que estaba diciendo.

—¿Es sobre Jeremy? —Volví a mi escritorio y tecleé con rapidez en la barra del buscador. Un segundo después apareció el artículo. Leí el titular y palidecí de inmediato.

—¡Deja de hacer teatro!

—Tatum, de verdad que...

Se acercó airadamente hasta mi escritorio señalándome con el dedo.

—No te atrevas a llamarme así.

Me volví hacia el ordenador y cerré el artículo. No era de extrañar que estuviese tan cabreada... y además, oh, sorpresa, sorpresa, el periodista me citaba como su principal fuente. ¿Qué coño estaba pasando allí?

—Titan, te juro que yo no he tenido nada que ver con esto.

—Que te jodan. No me insultes.

—Titan, mírame. —Me puse la mano en el corazón—. Sé que esto tiene muy mala pinta, pero te juro que yo no he hecho nada. Me están tendiendo una trampa.

—¿Quién? —preguntó incrédula—. ¿Thorn? Porque él es la única otra persona que lo sabe.

—Yo... no lo sé. Pero alguien lo está haciendo, porque yo jamás te haría esto. Ni a ti ni a nadie.

—Corta el rollo, Hunt.

Rodeé el escritorio y me puse ante ella.

—Tú me conoces, Titan. En la vida te traicionaría así. Vamos, piénsalo un poco... Sé que ahora parezco un auténtico villano y no puedo culparte por sacar conclusiones, pero créeme cuando te digo que no he sido yo.

Cruzó los brazos delante del pecho, mirándome fijamente como si yo fuese basura.

—¿Qué iba a sacar yo con esto, Titan? Eres mi socia. ¿Por qué iba a querer hacerte quedar mal?

—No tengo ni idea, pero me da igual.

La estaba perdiendo.

—Titan, sólo piénsalo un segundo. Me conoces... Me conoces mejor que nadie...

—Eso pensaba yo. Pero eres un cabrón, como todos los demás.
—Se dirigió a paso firme hacia la puerta, terminando oficialmente conmigo.

—Oye, espera un momento. —La cogí por el codo y la detuve.

Ella se soltó retorciéndose con más rapidez que una víbora.

—No me vuelvas a tocar en la vida.

Levanté las manos y no la volví a tocar.

—Sólo déjame que localice al periodista por teléfono. Voy a llegar al fondo de este asunto, ¿de acuerdo?

Ella se limitó a mirarme fijamente, pero aquello era mejor que nada. Podría haberse marchado directamente sin que yo hubiera podido detenerla. Tensó los brazos contra su pecho con ojos todavía furiosos, pero ya no con tanta intensidad.

Junté las palmas de las manos en un gesto de gratitud.

—Gracias. —Salí de mi despacho en dirección a las mesas de mis cuatro ayudantes, que estaban todos hablando en susurros sobre lo

que acababa de pasar con Titan—. Necesito a ese periodista del *New York Times* al teléfono.

—¿A qué periodista? —preguntó Natalie.

—Al puto imbécil que ha escrito el artículo.

Natalie se sobresaltó ante mi furia.

—Yo... no sé de qué artículo me está hablando.

—Maldita sea. —Me acerqué a su ordenador y me incliné por encima de ella para buscar el artículo y encontrar el nombre del periodista—. Tú sólo ponme a este tío al teléfono... Jared Newman. Ahora mismo. —Volví a entrar en el despacho deseando que Titan se hubiera calmado un poquito más.

Pero no lo había hecho.

El último cajón de mi escritorio estaba abierto y vi que tenía una carpeta entre las manos. Me miraba iracunda con ojos como brasas letales. Se le habían llenado de humedad, pero no porque estuviese a punto de ponerse a derramar lágrimas de sufrimiento. Eran lágrimas de ira, de locura, el tipo de lágrimas que sólo la frustración más absoluta era capaz de provocar. Lanzó la carpeta al otro lado de la habitación y los papeles volaron por todas partes.

Mierda.

Se dirigió hacia mí con los brazos tensos a los costados. En aquella ocasión no parecía que fuese a pegarme. La mirada que me dedicó fue todavía peor que eso: era una expresión de puro aborrecimiento, de odio infinito. Si no me pegaba una bofetada era porque su mano era demasiado buena para mi cara.

—Titan... —Respiré para calmar el dolor que sentía en el pecho, sabiendo la espantosa impresión que causaba aquello—. Tengo esa carpeta desde hace muchísimo tiempo, pero te juro que nunca la he leído...

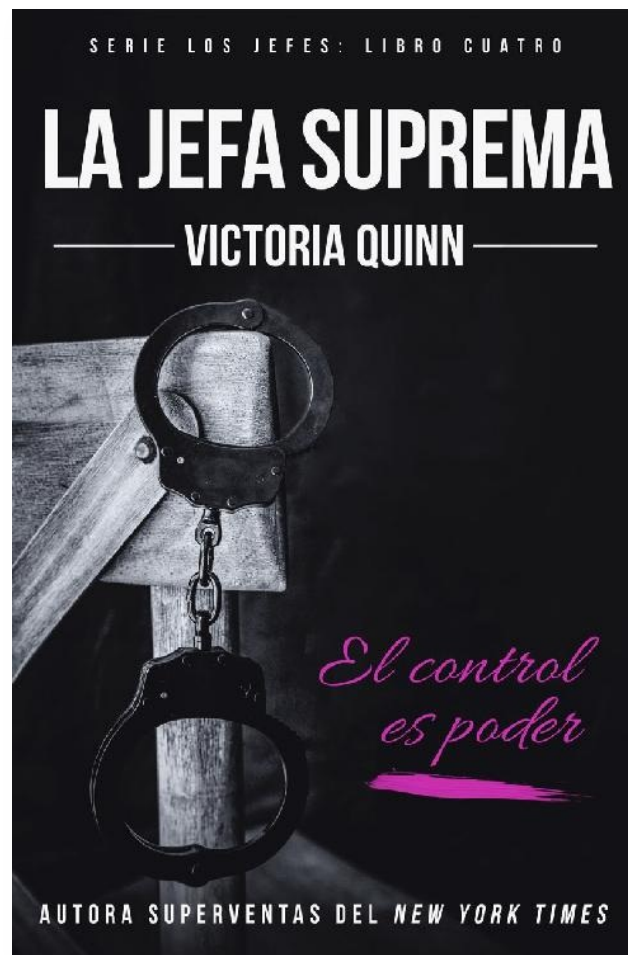
—Me da igual, Hunt —me susurró acercando mucho su cara a la mía. Ya no estaba dando gritos, desparramando papeles por todas partes ni dando un espectáculo. Ahora su actitud era fría y

calculadora, mirándome con los ojos brillantes por haberse acumulado en ellos más humedad. Le latía la vena que tenía en la frente y los ojos parecían a punto de saltársele de las órbitas. Tenía la mandíbula más apretada de lo que jamás había estado la mía.

—Yo ya he recibido mi castigo, Hunt... pero créeme: tú también vas a recibir el tuyo.

También de Victoria Quinn

LA HISTORIA CONTINÚA EN *LA JEFA SUPREMA*.



Pedir ahora